



11 11111111

# HISTORIA

DE LA

## Literatura Ecuatoriana

Por el Padre

*Francisco Váscos, S. J.*

Profesor de LITERATURA en el Colegio de  
S. Gabriel de la *Compañía de Jesús* en Quito

~~~~~

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION ECUATORIANA  
TOMO PRIMERO

QUITO-ECUADOR

Tip. y Encuad. de la "Prensa Católica"

1919



# HISTORIA

DE LA

## Literatura Ecuatoriana

POR EL PADRE

*Francisco Váscones, S. J.*

Profesor de LITERATURA en el Colegio de San Gabriel  
de la *Compañía de Jesús*, en Quito



TOMO PRIMERO

BIBLIOTECA NACIONAL  
REGION ECUATORIANA

Con las licencias necesarias

QUITO—ECUADOR

IMP. Y ENCUAD. DE LA "PRENSA CATOLICA"

1919



## A modo de prólogo

---

Los "Breves Apuntes sobre la Literatura Ecuatoriana", que han venido publicándose, como folletín, primeramente en «El Mensajero» de Riobamba, y luego en «El Mensajero» de Quito, presentamos hoy a nuestros lectores con el nuevo título de HISTORIA DE LA LITERATURA ECUATORIANA, no porque creamos que tal nombre merezcan, en realidad de verdad — ya que estamos persuadidos de que nuestra labor no pasa de un mero ensayo — sino porque así les ha parecido a nuestros amigos versados en letras patrias.

Aunque el Ecuador sea una de las repúblicas más pequeñas del continente Sudamericano, sin embargo, ocupa lugar preferente en la historia de las letras. Gloria suya son: Don José Joaquín de Olmedo, el poeta heroico más grande de América; Don Juan Montalvo, el más ingenioso y castizo de los prosadores del Nuevo Mundo; Don Juan León Mera, uno de los primeros novelistas hispano-americanos; Fray Vicente Solano, comparable por su ilustración y patriotismo con el benedictino español Feijóo; los inspirados y correctos líricos Julio Zaldumbide, Numa Pompilio Llona, Luis Cordero y Miguel Moreno; el doctísimo jurisconsulto Luis Felipe Borja, autor de una obra monumental; el renombrado orador político José Mejía; los oradores sagrados Manuel José Proaño, José

*María Aguirre y Luis F. Muñoz; el ameno y castizo articulista José Modesto Espinosa; el insigne historiador, Hmo. Sr. González Suárez, etc., etc. En nuestra modesta obra hablaremos de éstos y otros muchos autores de segunda y aun tercera clase, con el fin de estimular a los jóvenes al cultivo de las bellas letras.*

*Como el fin que nos hemos propuesto al escribir la HISTORIA DE LA LITERATURA ECUATORIANA no es otro que el de encaminar a la juventud por la senda del buen gusto y del sano arte, no debe nadie maravillarse de que, postergando algún tanto la brevedad histórica, hayamos dado a nuestro trabajo un carácter didáctico y detenidos en análisis, acaso minuciosos, de las obras principales de nuestros autores. Con ello pretendemos hacer apreciar mejor el verdadero mérito de las obras literarias, y huir de los defectos que las deslustran, por más fascinadoras que sean las falsas galas con que en ocasiones se presentan ataviados.*

*Juntamente con una breve biografía y el juicio crítico de los diversos autores, insertamos trozos en prosa y composiciones íntegras en verso, con el objeto de comprobar, por una parte, nuestras afirmaciones, y por otra, formar una especie de antología manual, que en las clases facilite el estudio a profesores y a discípulos.*

*Quiera el Cielo bendecir nuestra labor y hacerla fructificar entre nuestros jóvenes amantes de las letras patrias.*

*Quito, diciembre de 1919.*

*El Autor.*



# Historia

## De La Literatura Ecuatoriana

### Siglo XVI

GENERALIDADES.—1º Verificóse la conquista del Reino de Quito en 1533, cuando la *edad de oro* de las letras castellanas brillaba ya en la Península. El ascendiente de España sobre las demás naciones, adquirido en la dominación de la casa de Austria y el régimen del emperador Carlos V: las íntimas relaciones de los españoles con Italia, que entonces se hallaba en su segunda edad de oro; el perfeccionamiento del gusto, iniciado con el estudio de los clásicos griegos y latinos, juntamente con la admirable unidad religiosa y política de la nación, acarrearón a España el *siglo de oro*, tan brillante como el de Pericles entre los griegos o el de Augusto entre los romanos.

En el terreno de la poesía lírica, dos escuelas principalmente se disputaban el campo, a principios del siglo XVI: la *italo-hispánica*, introducida por Boscán y encabezada luego por Garcilaso de la Vega, y la *trovadoresca nacional*, sostenida principalmente por Castillejo, la cual tuvo al fin que ceder el puesto a la primera.

autor, juntamente con el *modo* o *forma* de tratarlo. Una misma acción, por ejemplo, la heroica defensa del fuerte de Tarifa, hecha por Guzmán el Bueno, o, entre nosotros, la victoria de Jambelí, puede dar origen a una poesía dramática, épica o lírica, según el propósito del escritor. Si éste pretende hacer resaltar en ella el juego de pasiones, será *dramática*; si el aspecto histórico o narrativo, *épica*; si la impresión que causa en su alma, *lírica*.

No es difícil probar que Olmedo, al escribir la *Victoria de Junín*, se propuso componer una *oda*. Así lo manifiesta en su carta de 19 de abril de 1826, respondiendo al reparo que el Libertador le había hecho a propósito del carácter *rimbombante* de la introducción: "Ya que usted me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quicren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente o para la exposición del argumento de un poema épico. Pero ¿quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un *poeta lírico*?"

Con más claridad se expresa Olmedo en la carta que escribió al Dr. Joaquín Araujo, en 28 de febrero de 1825: "Contemple usted con cuánto embarazo seguiré mi trabajo, persuadido como estoy de que mi *oda* ha de salir muy inferior al objeto y al plan que he concebido."

Dos dificultades ocurren aquí, basadas en el carácter de las odas: la primera es la *extensión inusitada* de *La Victoria de Junín*; la segunda, el *carácter narrativo* de gran parte de ésta.

Aunque al mismo Olmedo le pareció que la *muchedumbre de los versos* era el *defecto principal* de su canto, sin embargo esta mancha no es tal, que llegue a privarle del carácter lírico; que extensas, y talvez más que *La Victoria de Junín*, son algunas de las odas de Píndaro, si se tiene en cuenta la concisión griega, respecto de nuestro idioma.

Puédese demostrar el aserto de ambos célebres críticos, con una prueba que los lógicos llamarían intrínseca, sacada de las cualidades de las odas del gran lírico griego.

Las cualidades que caracterizan a las odas de Píndaro son: la elevación de pensamientos, la grandiosidad de imágenes, la efervescencia continua de afectos, la sinuosidad de vuelo y la magnificencia de estilo. Ya Horacio las había señalado en la primera parte de su oda *A Julio Antonio*, y con no menor acierto el mismo Olmedo en la digresión que precede a la batalla de Junín:

Tal en los siglos de virtud y gloria

.....

Como al demostrar el lirismo de *La Victoria de Junín* hemos citado varios pasajes de ésta, no será menester que los volvamos a repetir a fin de probar el pindarismo del Canto de Olmedo: bastará aludir a ellos de una manera general y vaga.

Nadie que lea atentamente *La Victoria de Junín* dejará de observar, desde los primeros versos, la alteza de las ideas; las grandiosas imágenes que aquí y allí va sembrando el poeta en su camino; el tortuoso rumbo que en éste sigue, desde las alturas donde el *trueno horrendo en fragor revienta*, hasta las floridas márgenes del Guayas: todo ello con tal entusiasmo y tal magnificencia de estilo, que no puede menos de cautivar al lector.—(Véase el Apéndice)

12.—La oda *Al General Flores Vencedor en Miñarica* compite con el *Canto a Bolívar* y aun le supera en perfección artística. Comienza Olmedo con una audaz comparación entre el águila que inexperta y atrevida se

que no me parece tan superior a la de su hermano, como da a entender el docto colector de las obras de la Santa." (1)

## § II. PROSA

**GENERALIDADES.**—Todos los prosadores del siglo XVI no pudieron menos de ser españoles, según lo que anteriormente hemos indicado. Escribieron generalmente sobre antigüedades o fundaciones de villas.

Todos ellos, si no clásicos, son autores de estilo claro, sencillo y natural. Citaremos los de más nota.

**Sánchez Solmirón.**—El Dr. Miguel Sánchez Solmirón, natural de Sevilla según D. Pablo Herrera, y de Cartago en Colombia, según el Ilmo. González Suárez, vino a Quito en 1580, y murió en 1640. Son obras suyas la *Historia de Ntra. Señora de Copacavana* y el *Formulario*, usado por la Catedral de Quito, desde su fundación. Contiene también esta obra una relación sobre los Obispos y Presidentes de Quito.

**Cabello Balboa.**—Por 1560, o hacia 1566, estuvo en Quito D. Miguel Cabello Balboa, sacerdote, que compuso la *Miscelánea Austral*, especie de historia universal, dividida en tres partes, la última de las cuales contiene noticias relativas a la historia antigua del Reino de Quito.

**Salazar de Villasante.**—Don Juan Salazar de Villasante, Oidor de Quito en 1569, es autor de una curiosa *Relación general de las poblaciones españolas del Perú*. En ella se habla de Quito, Guayaquil, Portoviejo, etc.

(1) Menéndez y Pelayo: Antología de Poetas Hispano-Americanos, tomo 3º.

## Erratas más notables

---

| Pág. | Línea | Dice                       | Debe decir           |
|------|-------|----------------------------|----------------------|
| 37   | 23    | Algunos de los cuales..... | Alguno de los        |
| 58   | 17    | Mucha mayor importancia.   | Mucho mayor          |
| 72   | 30    | Mandado a fabricar.....    | Mandado fabricar     |
| 86   | 35    | Forman en estribillo.....  | Forman un estribillo |
| 87   | 3     | Al fin ella.....           | Al fin de ella       |
| 96   | 5     | Menos defectuoso.....      | Menos defectuosa     |
| 98   | 6     | Traza cuadros.....         | Trazan cuadros       |
| 107  | 23    | La credulidad.....         | La credibilidad      |
| 112  | 15    | Sus sucesos.....           | Los sucesos          |
| 114  | 20    | Que las poesías.....       | Que en las poesías   |
| 233  | 4     | Menguado.....              | Menguada             |

---

## § I. VERSO

GENERALIDADES.—1º No frutos de buen gusto, porque no los podía dar tales el siglo XVII, sobre todo en las colonias, mas siquiera muestras de que en el Reino de Quito se conocían ya los procedimientos mecánicos y exteriores del Arte Poética, son las varias composiciones escritas en nuestra patria, hacia mediados del presente siglo. Estos conocimientos, siquiera sean de lo más superficial del arte, debieron de adquirir nuestros poetas—llamémoslos así en las aulas del Seminario de San Luis, que era, en los dos primeros tercios de este siglo, el único establecimiento público donde se enseñaba el arte literario. Lo cual prueba también que los estudios literarios de este tiempo no estaban demasiado atrasados, como algunos pretenden.

2º Dejando a un lado a la primera poetisa ecuatoriana, Dña. Jerónima de Velasco, de quien nada conocemos, nos encontramos en primer término con un furibundo *gongorista* en Jacinto de Evia, y luego con un laureado *conceptista* en Manuel Hurtado. Únicamente el franciscano Fr. Manuel Almeida se nos presenta como una honrosa excepción, apartado de uno y de otro, y guiado por el buen sentido y la naturalidad.

**La primera corona fúnebre.**—Una especie de corona fúnebre, en memoria de la Reina Dña. Margarita de Austria, es el primer certamen poético que se conoce. En él tercian composiciones latinas y castellanas, a cual más desmañadas y pedantescas, como puede observarse en las siguientes quintillas que alcanzaron la palma de la victoria, y son de *D. Manuel Hurtado*:

Vivo yo, mas ya no yo,  
Por que del mortal encuentro  
El cuerpo en tierra cayó:

extravagancias y nebulosidades del gongorismo, máscara propia para engañar a necios.

Por la llaneza, facilidad y sabor popular que respira, copiamos aquí el villancico de *La Gitanilla al Niño Jesús*.

*Dame una limosnita,  
Niño bendito,  
Dame las buenas pascuas  
En que has nacido:  
Niño de rosas,  
Dale a la gitanilla  
Pago de glorias*

Si me das la mano,  
Infante divino.  
La buena Ventura  
Verás que te digo....  
Miro aquí la raya  
Que muestra que aun niño  
Verterás tu sangre,  
Baño a mis delitos.  
Serás de tres reyes  
Rey reconocido,  
Y a este mismo tiempo,  
De un rey perseguido.  
En tu propia patria,  
Con ser el rey mismo,

Vivirás humilde,  
Vivirás mendigo.  
*Dame una limosnita,  
Niño bendito.....*

Miro esotra raya  
Que es de tu martirio;  
Morirás en Libra,  
Si naciste en Virgo.  
Tendrás corta suerte  
Aun de los amigos,  
Pues de un paniaguado  
Te verás vendido.  
A los treinta y tres.  
¡Oh qué de prodigios!  
Dejarás la vida,  
De amores rendido.  
Si el cruzado leño  
Fuere tu cuchillo,  
Cuchillo de palo  
Cortará tus bríos,

*Dame una limosnita,  
Niño bendito.....*

**Fray Manuel Almeida.**—No podemos dejar en el olvido, siquiera sea como honrosa excepción del gongorismo poético de la época, a Fr. Manuel Almeida, religioso franciscano de talento distinguido, que nació en Quito a mediados del siglo XVII y murió con fama de santidad a principios del XVIII. La décima que insertamos encierra un pensamiento no muy diverso del que contiene el soneto atribuido a San Francisco Javier: *No me mueve, mi Dios, para quererte....* y es un anhelo seráfico, un brote espontáneo de un alma enamorada de Dios:

A Vos se deben, Señor,  
por vuestro infinito sér,  
todo amor, todo querer,  
toda alabanza y honor.  
¡Oh, si se hallara mi amor  
en tan encumbrada esfera,  
que, sin que nada quisiera  
y sin que nada esperara,  
a Vos, por Vos, os amara,  
a Vos, por Vos, os temiera!

## § II. PROSA

GENERALIDADES.—1º El mal gusto que había invadido la poesía, se apoderó también de la prosa, aunque en menor grado, por la índole misma de los escritos, que se reducían generalmente a relaciones históricas, descripciones geográficas y disquisiciones filosóficas y teológicas. De todos los géneros el que salió peor librado fue el oratorio.

2º Más autores y de mejores cualidades que la poesía, presenta la prosa de este siglo. Los más señalados son: Sor Teresita de Jesús, el Ilmo. Sr. Villarroel, Juan Machado de Chávez, Alonso de Peñafiel, Alonso de Rojas, José Maldonado, Fray Laureano de la Cruz y Sor Gertrudis de San Ildefonso.

**La Hermana Teresa de Jesús.**—1º La *Hermana Teresa de Jesús* es la primera carmelita americana y la primera escritora ecuatoriana, cronológicamente hablando, conforme lo asegura nuestro dignísimo Arzobispo de Quito, Dr. D. Manuel María Pólit. Hija menor y última de D. Lorenzo de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús, nació Teresita en Quito el 25 de Octubre de

1566. Huérfana de madre al año siguiente, llevóla D. Lorenzo a España en 1575, y confióla a su santa hermana, quien se esmeró, como era natural, en su formación religiosa y literaria. Escribiendo la Santa al P. Gracián dice donairoosamente de su sobrina: "Ya ella está acá con su hábito, que parece duende de casa, y su padre que no cabe de placer: y todas gustan mucho de ella; y tiene una condicioncita como un ángel, y sabe entretener bien en las recreaciones, contando de los indios y de la mar, mejor que yo lo contara."

Hecho el noviciado a la edad canónica, emitió los votos de profesa el 5 de noviembre de 1582, pocos días después de la muerte de santa Teresa. De 1602 a 1605 desempeñó el cargo de Superiora en el Monasterio de San José de Avila, y luego el de Maestra de novicias. En este mismo monasterio falleció santamente, como había vivido, en setiembre de 1610.

2º La tierna edad de nueve años en que fue Teresita trasladada a España, el trato íntimo con la ilustre Doctora, y el roce con otras religiosas ilustradas, como María de San José y María de San Jerónimo, fueron circunstancias favorables para que nuestra compatriota adquiriera una formación literaria no común. Para convencerse de ello, léanse detenidamente los escritos que nos ha dejado, que son tres cartas y dos declaraciones procesales, relativas a la causa de la beatificación de su santa tía.

En las cartas hay visibles huellas del estilo castizo, cortado y suelto, no menos que de la espontaneidad y sinceridad de Santa Teresa. ¿Cómo no habían de pegársele algunas de las bellas cualidades de ésta, si tuvo la dicha de sacar una copia del célebre libro de su Vida?

La primera carta, que lleva la fecha de 20 de mayo de 1608, va dirigida a la Madre Leonor de San Bernardo, con motivo del apoyo y consuelo que le prestó a

la Venerable Ana de San Bartolomé en las tribulaciones que ésta tuvo que sufrir en Francia. Véla aquí:

Jesús

Sea con V. R., mi carísima Madre, y la dé su divino espíritu y amor. El Sr. Toribio Manzanos (1) muestra bien el que tiene a V. R. en lo que me escribe. Yo me huelgo mucho de estas nuevas, tan conformes al buen concepto que yo tenía de V. R. y más de saber que ha sido tan fiel a mi Madre Ana de San Bartolomé, y de que la ida a Flandes no fuese por haber quiebra en esto, sino por más conveniencia. Tengo por gran favor de Dios que ha hecho a V. R., el que haya perseverado en estimarla y quererla en el tiempo de la persecución y probación suya: que siendo ella oro, no podía dejar de pasar por el crisol, para con eso dar mayor resplandor. Este espero en Dios irá cada día en más aumento, y que V. R. será de su Majestad muy premiada, por lo que la ha ayudado y defendido. Siempre lo haga, mi Madre, que es lo seguro, y demás de eso me echará a mí en más obligación de amarla y de tener memoria de V. R. en mis pobres oraciones. En las de V. R. me encomiendo mucho, y la pido me tenga por muy hija y aficionada suya, que lo he sido, y agora más; y me he consolado de saber que tiene V. R. el gobierno de esa casa, y por Superiora a la Madre María de San Josef. Unos ríngones la escribiré, porque así me lo envió a pedir el Sr. Toribio Manzanos, que si no fuera por eso, no me atreviera a hacerlo. Quisiera poder ser más larga, pero no hay comodidad. Seré siempre en la voluntad y la tendré a sus hijas espirituales de V. R. Déles mis recados de mi parte, y que me huelgo tengan tan buena madre en V. R., que procurará criarlas muy conformes al espíritu y orden de la Sancta, que está en el cielo. Ella nos ayude donde allá, y alcance la gracia de Nuestro Señor, el cual guarde a V. R.

De esta casa de San Josef de Avila, y de Mayo 20, 1608.  
Indigna hija de V. R. *Theresa de Jesús.*

La segunda carta, cuyo original se halla en el monasterio de Carmelitas descalzas de Amberes, está dirigida a la Vble. Ana de San Bartolomé. La publicó por

(1) Este era un sobrino de la Vble. Ana de San Bartolomé, que la había acompañado en su viaje a Francia, donde permaneció algún tiempo: después regresó a España, se ordenó de presbítero y llegó a ser Chantre de la iglesia catedral de Avila.— (Nota del Ilmo. Sr. Pólit.)

vez primera el Ilmo. Sr. Pólit en *La familia de Santa Teresa en América y la primera carmelita americana*.

La carta tercera publicada por el mismo Ilmo. Sr. Pólit en el N<sup>o</sup> 2, Serie sexta de *La Unión Literaria* de Cuenca, se guarda inédita en el convento de Santa Ana de Carmelitas descalzas de Madrid. Se ignora a quién la dirigió Teresita. El Ilmo. Sr. Pólit cree que fue dirigida "al célebre Francisco de Mora, arquitecto y cortesano del rey Felipe III, quien de un modo ciertamente providencial había emprendido y estaba concluyendo la reconstrucción de la hermosa iglesia de San José de Avila"

De las dos *declaraciones* de Teresita, la una fue hecha en el proceso impulsorial en orden a la beatificación de su Santa Tía, en 1596; y la otra, la víspera de su muerte, en el proceso remisorial, verificada por mandato del Papa Paulo V. Acerca de esta última, que es la más extensa, nos complacemos en reproducir el juicio del Ilmo. Sr. Pólit: (1) "No obstante la forma procesal en que está redactada, se trasluce a las claras, en el relieve y vigor de la frase, la palabra viva de la declarante, poseída de su objeto: a trechos es indudable que ella misma dictaba; hay pasajes de pintoresca descripción, y otros muy sentimentales y patéticos."

**Ilmo. Fray Gaspar de Villarroel.**—1<sup>o</sup>. Quien verdaderamente merece el nombre de escritor es el Ilmo. Fray Gaspar de Villarroel, de la orden de San Agustín. Nació en Quito en 1587, hizo sus primeros estudios en el Seminario de San Luis, y, habiéndose trasladado a Lima ya adulto, tomó en esta ciudad el hábito agustiniano en 1607. Tan brillantes fueron sus estudios teológicos en la capital del Perú, que optó el grado de doctor en la

(1) *La primera Escritora ecuatoriana*: La Unión Literaria. Serie sexta, N<sup>o</sup> 2, pág. 49.

Universidad de San Marcos, y mereció entre sus hermanos de religión dictar las cátedras de Teología escolástica y expositiva. También se graduó en Quito en 1630, según lo atestigua la "Serie Cronológica de los varones ilustres que ha producido la Universidad pública y nacional del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino." Fue Prior y Vicario Provincial, primeramente en Lima y después en el Cuzco. Designado Procurador, pasó a la Corte de España, donde por su virtud, su ciencia y sus dotes oratorias mereció ser nombrado Predicador de su Majestad y luego Obispo de Santiago de Chile. Su caridad heroica en el terremoto que sobrevino a Santiago en 1647 fue causa de su promoción al Obispado de Arequipa, de donde finalmente se le trasladó al Arzobispado de Charcas o Sucre. En esta ciudad falleció en 1665.

2º Que Villarroel haya sido religioso y Prelado edificante, lo atestiguan sus biógrafos y las personas que lo conocieron. Unos, con D. Pedro Machado de Chaves alaban "lo ejemplar de su vida, lo templado de su sustento, lo modesto de su persona;" éstos, con Fr. Alonso de Ayllón, ensalzan su mansedumbre y caridad con los súbditos; aquéllos, con el Marqués de Baydes, el acierto y la prudencia de su gobierno. La huída del noviciado con el objeto de asistir a una comedia, fue una irreflexión de joven, que él mismo refiere para propia confusión. Los otros defectos de que se acusa, revelan más bien su virtud, que su imperfección. Tan grata memoria se conserva de Villarroel en Santiago de Chile, que se le ha levantado una estatua en la colina de Santa Lucía, uno de los sitios más hermosos de la ciudad.

3º Como político Villarroel no pudo menos de acatar la autoridad legítima, pero siempre con dignidad. Pruébanlo su gobierno pacífico y su monumental obra

*Gobierno Eclesiástico Pacífico.* "Y es cosa muy para admirar—dice el Marqués de Baydes escribiendo a Villarroel—que tenga tanta afición a los Ministros del Rey, y esto en tierra en donde los Obispos han tenido con ellos tantos encuentros." Mas este acatamiento a la autoridad fue sin menoscabo de los fueros episcopales. "La paz y concordia—afirma D. Pedro Machado de Chaves—que Vuestra Señoría ha tenido con esta Real Audiencia y Ministros reales en materias de jurisdicción, sin faltar a la suya, ha sido grande y rara." En un reclamo injusto hecho por la Real Audiencia, después de justificar su conducta y ceder a lo exigido, dirigiéndose al Presidente, concluyó Villarroel: "Y porque lo referido ha de ser sin perjuicio de mi sucesor, para que conste en todo tiempo que no dejé caer mi dignidad, Vuestra Señoría se ha de servir, en resguardo de mi opinión, mandar que me dé testimonio el Escribano de Cámara de la carta de Vuestra Señoría y de mi respuesta, que acá dejo un tanto autorizado de ella".....

4º Aunque Villarroel pertenece a la primera mitad del siglo XVII, cuando el espléndido sol de la edad de oro empezó a eclipsarse en los horizontes hispanos: sin embargo tuvo la fortuna de aprovecharse de sus luces y de evitar sus más espesas sombras, escribiendo numerosas y eruditas páginas, que son reflejo de aquella grandeza y honor de nuestra patria. Léase cualquiera de sus obras, y se observará, sin grandes esfuerzos, el sabor clásico de la época. Carece, sin duda, Villarroel de la riqueza y vigor de un Luis de León, de la rotundidad y elocuencia de un Luis de Granada, del atildamiento de un Rivadeneira; mas, con la solidez de doctrina y copia de erudición, sabe hermanar la candorosidad y sencillez de estilo, la pureza y corrección de lenguaje.

Por todas partes campean en sus obras: una memoria prodigiosa que retiene multitud de dichos y de hechos; una imaginación pintoresca que reviste de vida y

colorido las narraciones; una inteligencia perspicaz que penetra con facilidad en lo recóndito de las cosas; una rectitud y una ingenuidad de corazón que comunican atractivo a sus escritos.

Podría señalarse como defecto general de Villarreal, la difusión. Su misma peregrina erudición lo lleva con facilidad a insertar en sus escritos ciertas cuestiones e historias que, si contribuyen a amenizarlos, los vuelven enfadosos y en ocasiones oscuros por cortar el hilo de los discursos.

Aunque el estilo, como hemos dicho, es en general sencillo, no rehusa de vez en cuando las cláusulas elegantes que pueden competir con los períodos de Fr. Luis de Granada o de Cicerón: "Si tiene en ellos (los Obispos) lo judicial tan grande latitud; si no hay en la república quien no pueda litigar en su Audiencia; si las causas meramente espirituales son tantas y tantas las mixtas; si las dependencias son tan ordinarias y tan trascendentes las recusaciones, que no perdonan las personas eclesiásticas: ¿por qué no se prohibirán a los Obispos las visitas?"... (Gob. Ecl. Pacíf., art. 7, n. 11.)

Sin embargo, no son raras las cláusulas pesadas y oscuras, ora por la acumulación de miembros, ora por la inserción en una proposición principal de muchas incidentales, ora, finalmente, por la introducción de diversos sujetos gramaticales. Daremos un ejemplo de cada una de estas clases:

"No hay alteza en el estado de la Religión, desde donde pueda con modestia un religioso decir que honra su hábito, y puede sin nota y sin rebozo afirmarlo de sí cualquier Obispo y es como ingratitud no honrarlo, cuando lo puede honrar, y siendo lo un Apóstol su silla, podrá quejarse su hábito de que no le puso en ella."—(Gob. Ecl. Pacíf., art. 2, n. 16.)

"Podrá (el alma) considerar a qué afrentoso estado redujeron nuestras culpas a nuestro Dios, que, blasfe-

mado y perseguido de sus enemigos, desamparado de sus Apóstoles, encubiertos sus pocos aficionados, cuando entre tormentos tan terribles, le blasfeman los pontífices y los sacerdotes, tiene a su lado, en defensa de su honor sólo una persona tan vil (Dimas).”—(Crona X, consid. 2ª, n. 12.)

“Ordena a los Hebreos Nuestro Señor, que ninguno sacrifique al Idolo Moloch sus hijos. Este Idolo era de bronce, y estaba hueco, las manos eran anchas, y entre ellas y el pecho ponían al muchacho, estaba ardiendo la estatua, porque por lo interior le daban fuego, y abrasábase, quedando en breve resuelto en ceniza”...

Algunas sutilezas, no escolásticas, según afirma Eyzaguirre en su Historia de Chile, sino más bien ascéticas y místicas, propias de la época, se encuentran principalmente en los comentarios, sermones y obras ascéticas de Villarroel. La literatura hispana ascética y mística de la edad de oro no tiene rival en las demás literaturas; mas no todos sus autores ni todas sus obras fueron siempre felices: hay extralimitaciones y hasta ridiculeces. No es posible señalar todos los casos en que Villarroel cae en este desperfecto: tomamos dos, sacados de la “Relación” enviada a D. García de Haro y Avellaneda sobre el terremoto de Santiago de Chile, verificado en 1647:

“Y Santiago, patrón de esta ciudad (sacóse de los escombros de la catedral), sin la mano derecha, que no se ha pedido hallar hasta hoy, *como dando a entender que, aunque es nuestro tutelar, no tuvo mano para defendernos*: porque los Santos no siempre son poderosos para detener los castigos”...

“Halláronle (al Crucifijo) con la corona de espinas en la garganta, *como dando a entender que le lastima una tan severa sentencia; y nos prometimos para lo que quedaba su grande misericordia.*”

5º Las obras de Villarroel son las siguientes: *Discursos, comentarios y dificultades sobre los Evangelios de la Cuaresma* (Tres volúmenes en 8º de unas 700 páginas cada uno); *Judices commentariis litteralibus cum moralibus aphorismis illustrati* (Un volumen en 4º de más de 800 pág.); *Historias Eclesiásticas y morales, con quince misterios de nuestra fe* (Tres tomos); *Sermón de San Ignacio de Loyola*; *Sermón del Patriarca San Agustín*; *Gobierno Eclesiástico Pacifico* (Dos volúmenes en 4º de más de 700 pág.); *Primera parte de los comentarios, dificultades y discursos literales, morales y místicos sobre los Evangelios de los domingos del Adviento y de los de todo el año* (Un volumen en 4º de unas 400 páginas); *Comentario latino sobre los Cantares* (Desconocido); *Sermones de Santos* (Tres tomos); *Comentario sobre el libro de Ruth* (Desconocido); *Cuestiones quodlibéticas, escolásticas y positivas* (Desconocidas); *Coronas de la Virgen Santísima* (Tres volúmenes).

6º Su ciencia jurídica, que fue singular, se halla consignada en los dos gruesos volúmenes del *Gobierno Eclesiástico Pacifico*. En aquella época en que eran tan frecuentes las quisquillas y los choques entre la autoridad eclesiástica y la civil, fue muy oportuna y útil la obra de Villarroel, pero de difícil ejecución por la ciencia y la entereza que requería, para no adular con los cesaristas a la segunda, ni menoscabar los fueros de la primera. Otros autores, como Bártulo, Enrico y Canisio, habían fijado la diferencia y los límites de los dos derechos, mas no se habían propuesto, según lo ha hecho Villarroel, cotejarlos y armonizarlos entre sí. Villarroel determina con asombrosa erudición los derechos de las dos autoridades, eclesiástica y civil, estudia los posibles choques, hace aplicaciones prácticas, e ilustra todo con anécdotas y ejemplos de santos y varones célebres. Es una obra monumental, que por sí sola bastaría para

dar celebridad a Villarroel. En ella se dan la mano la Jurisprudencia, la Escritura, la Teología, la Filosofía, la Patrística y la Historia Eclesiástica y Profana.

Abraza dos partes: en la primera, se trata de la dignidad, método de vida y jurisdicción de los Obispos; la segunda versa sobre las prerrogativas y jurisdicción de la Real Audiencia, las atribuciones del Fiscal del Rey, la conducta de los Obispos ante los tribunales regios y el deber de los Prelados de mantener el Patronato.

Cada parte se divide en varias *cuestiones*, y cada cuestión en muchos *artículos*. Cada uno de éstos es un tratado completo, demasiado extenso y difuso de la materia. Al tratar, por ejemplo, en el Artículo IX de la Cuestión III, sobre *si los Obispos pueden, sin culpa, ejercitarse en la caza*, divide el Artículo en 78 números, en los cuales trata de la diferencia que hay entre caza y pesca, de la antigüedad y origen de aquella, de sus graves peligros y muertes que ha ocasionado, de las diversas clases de caza; cuál es la prohibida a los Obispos, clérigos y religiosos: quiénes pueden prohibirla y en qué condiciones. Con estas cuestiones mezcla otras, como la de la desgracia de Lamech, la sentencia que el Señor impuso al fratricida Caín, el significado del número *siete*, lo que le aconteció al autor en la Corte, y a un canónigo en Lima, etc., etc.: asuntos que, si tienen algún enlace con el principal, bien pudieran suprimirse en gracia de la brevedad y claridad.

En este "vasto arsenal de los conocimientos legales en tiempo de la colonia," según frase de Medina, encierra Villarroel ciertas cuestiones que algún crítico ha calificado de fútiles, como el vestuario de los Oidores y las melenas de los clérigos. Aunque para nuestra época parezcan tales, no lo fueron para los tiempos de Villarroel, ni lo son en sí mismas, consideradas jurídicamente. Estando el vestido de los Oidores y de los clérigos determinado por el respectivo derecho, incumbía a Villarroel tratar de él en su obra. Tampoco es cues-

ción baladí en una obra de derecho eclesiástico, tratar sobre si es o no digno de un ministro de Jesucristo tal o cual manera de presentarse en público, con guedejas o sin ellas, etc., etc.

A una obra de la índole del *Gobierno Eclesiástico Pacífico* no se le puede exigir ni novedad en las ideas, ni belleza de forma, ni cuadros de imaginación, ni rasgos de elocuencia, pues es un escrito didáctico que trata de exponer llanamente las disposiciones de derecho. Sin embargo, las anécdotas y los relatos tomados de la Historia sagrada, eclesiástica y profana, comunican al conjunto amenidad e interés, por más que en ocasiones alarguen desmedidamente el discurso. En el siguiente pasaje, sacado de la Parte II, art. 2, hace grandes alabanzas de la caridad del pueblo chileno y de su gran religión:

La caridad de la gente de esta tierra compite con las mayores de Europa: en ella no hay lo que llaman tambos en el Perú y ventas en España: harán el reino todo millares de advenedizos: apéanse donde anochece o donde les coge el mediodía, con la misma satisfacción que pudieran en sus casas, acarícialos, hospédanlos, regálanlos, dánles viático para el camino, y tienen una grande arenga estudiada para pedirles perdón del regalo que les han hecho, y de aquí nació lo que llaman *el perdón de Chile*, quedando por proverbio en muchas partes."

"Esta caridad se envuelve con la virtud de la religión, porque para el culto divino son tan profusos, que parece, no que dan, sino que derraman. Diez años ha que se fundó en mi Catedral la Cofradía de Animas, y se han dicho por ellas poco menos de cuarenta mil misas, que en tierra tan agostada es esta una limosna prodigiosa. Para el día de los difuntos hacen a su costa un título los cofrades, que compite con los de las honras de los reyes. La Semana Santa se hacen siete procesiones de sangre, y con sola la cera que se gasta pudiera quedar rica una república; las demandas ordinarias que piden con mi licencia llegan a diez y seis: habrá 500 mujeres pobres que piden de noche de puerta en puerta y a tener cada una una carreta, cada una llevaría una carretada, porque no hay cosa que no pidan, y no hay cosa que les nieguen. Quejéronseme unos presos de que no comían, por sacarme unos realillos para entretener el juego: hice diligencias para saber su necesidad, porque el socorrerla tocaba a mi obligación; y supe con evidencia que los Señores Oidores

les sustentaban a porfía, enviándoles por turno la comida de sus casas, y, a su imitación muchos caballeros de esta ciudad. Han señalado los Señores de la Audiencia Real un alguacil para recoger la limosna cada semana, y he admirado en él un nuevo cuervo de Elías, de quien ponderó San Ambrosio, que siendo un ave tan voraz, le llevaba al Santo entera la ración. No tengo para qué me declarar, siendo este ministro alguacil; lo que sé es que la pide con tanta devoción y lleva con tanta fidelidad, como pudiera si los presos fueran sus hijos. En esta caridad que tiene listas de religión, han sido los Señores Oidores excelentes ejemplares: porque hace casi doce años que tomaron por su cuenta celebrar las fiestas del Santísimo Sacramento toda su octava, y hácenlas con tamaña grandeza, que aunque hemos hecho cuanto se ha podido para poner a su liberalidad algún término, se le hace romper su mucha devoción: y las Señoras Oidoras vienen a poner los ramilletes, los olores y las pomas, pendienciando con sus criadas, si ponen la mano en un tan santo ejercicio, juzgando que las defraudan de tan estimado fruto, y con las demás señoras tienen dos monasterios, solemnes y costosas fiestas. . . . .

7º La segunda obra, por su importancia, son los *Comentarios al libro de los Jueces*, escritos en latín claro y llano. Comentador que no escribe para alardear de ingenio y erudición, sino para aprovechar a sus lectores, procura Villarroel, siempre que puede, hacer aplicaciones prácticas. Así en el cap. XVII, pág. 508, señala las faltas, imperfecciones y peligros que debe evitar, y las virtudes que ha de cultivar el verdadero ministro de Jesucristo. A esta tendencia práctica debe referirse también el Índice de aforismos o máximas de bien vivir, puesto en orden alfabético, al fin de la obra.

Bastará dar una idea suscita de este libro para admirar su extraordinaria erudición. Después de un breve sumario de cada capítulo, pónense uno o más versículos según la Vulgata, la versión de los Setenta, la versión hebrea y la paráfrasis caldaica. En seguida viene el *comentario literal*, explanado con otros textos de la Escritura, citas de Santos Padres y Doctores de la Iglesia, y hechos tomados de la historia hebrea, griega y roma-

na. Al comentario literal se juntan las *deducciones* o *aforismos*, ilustrados con el dogma, los Santos Padres y la historia sagrada y profana.

8º De la misma índole que los *Comentarios al libro de los Jueces*, son los *Discursos, comentarios y dificultades sobre los Evangelios de la Cuaresma*, y los *Comentarios sobre los Evangelios de los domingos de Adviento y de todo el año*. Escritas en castellano claro y sencillo, estas dos obras, tienen la misma solidez de doctrina, la misma asombrosa erudición y la misma tendencia práctica que la primera. Los que llama *discursos* Villarroel no son sino consideraciones sencillas que, si tienen el mérito de apoyarse en la Escritura y los Santos Padres, resultan pesadas y enojosas por estar empedradas de citas latinas. No son como los discursos de S. Bernardo, en los cuales el Santo, empleando expresiones de la Escritura, manifiesta sus propios sentimientos, con soltura y animación.

9º Las *Historias eclesiásticas y morales, con quince misterios de nuestra fe* escribió Villarroel con el objeto de atraer al pueblo a la práctica de la virtud y a la piedad, poniéndole delante los hechos más heroicos de los santos.

10. Las *Coronas de la Virgen Santísima* compuso Villarroel no sólo para dar vado a su amor a la Madre de Dios, sino principalmente con el fin de promover entre los fieles la devoción a Nuestra Señora. El mismo autor asegura que se propuso "aprender enseñando: aprovechar al prójimo: dar pasto a las almas sencillas... pagar jornal a la Virgen Madre de Dios"

De acuerdo con este fin están la llaneza suma de estilo, la sencillez de las consideraciones y la unción que se trasluce principalmente en los afectos. Las reflexio-

nes son por lo regular sólidas y libres de las sutilezas en que incurren otros autores ascéticos y místicos de su tiempo.

Los tres volúmenes de las *Coronas* contienen en cada uno de los quince misterios del Rosario, siete consideraciones breves y sencillas, basadas en el Evangelio. Las historias que las siguen están tomadas, en su mayor parte, de autores acreditados, y se reducen a meros compendios o simples traducciones. Véase en qué afectos prorrumpe en la *Consideración II* de la *Corona X*, después de haber considerado el dolor de Ntra. Señora al ver en el desamparo de la Cruz a su divino Hijo:

“Fundada el alma que medita en la verdad de la Sagrada Escritura, porque cosas tan serias han de estar muy lejos de consejas y de fábulas; podrá considerar a qué afrentoso estado redujeron nuestras culpas a nuestro Dios, que blasfemado y perseguido de sus enemigos, desamparado de sus Apóstoles, encubiertos sus pocos aficionados, cuando entre tormentos tan terribles le blasfeman los pontifices y los sacerdotes, tiene a su lado en defensa de su honor sólo una persona tan vil (Dimas). ¿A qué estado se pudo llegar de más afrenta que a necesitar de un ladrón, clavado en una cruz por tal, para que su honra tuviese una tan soez defensa? ¡Oh Redentor de mi alma, hasta cuándo tanto padecer! Ya que no os doléis de Vos, doleos de los que Os quieren bien, que en Vos, Dios mío, ni aun en la imaginación puede el alma que Os tiene amor, sufrir tanto dolor... ¡Oh Redentor de mi vida! que hayáis llegado a estado tan abatido, que no sólo no sintáis que Os apadrine un ladrón, pero que aun eso Os parezca mucho! ¡Oh Reina Madre! oh Emperatriz del Cielo! mirad la bajeza a que por mis pecados quiso descender vuestro Hijo! ¿Quién se hiciera mil, por que tenga más que le pueda defender? Yo os presento mis deseos, presentadle Vos vuestros dolores. Gime, alma, hora esta desdicha, da voces en su defensa, y pues no te hallaste en el Calvario

para poderle defender, sábele acompañar en la meditación. Sabe sentir el desamparo en el Hijo, en la Madre su soledad.”

11. Además de los panegíricos de San Ignacio de Loyola y de San Agustín, publicó Villarroel tres tomos de *Sermones de Santos*.

No hay que buscar en éstos ni aparato oratorio, ni novedad, ni elegancias de estilo. Siguiendo la costumbre entonces reinante, concrétese el orador a narraciones históricas y a reflexiones suministradas por éstas y autorizadas por la Escritura y los Santos Padres. Juzgamos que la fama de orador que se captó Villarroel en España y en América, debióse, ora a su virtud y unción apostólica, ora a su erudición y ciencia teológica, ora también a la acción digna y significativa que acompañaba a sus palabras. Gustó ésta tanto en la Corte de España, que un poeta contemporáneo no dudó describirla así:

Su viva acción, tan fiel y verdadera:  
discípula es del alto pensamiento  
que en los límites breves de su esfera  
la mano (con airoso movimiento  
que el arte dicta y la razón impera)  
lengua es sin voz o alma sin acento,  
que el más sutil concepto que suspende,  
parece que lo dice o que lo entiende.

**Machado de Chávez.**—Por 1594 nació en Quito D. Juan Machado de Chávez. Hechos los primeros estudios en su ciudad natal y los superiores en Lima, obtuvo el grado de abogado en la Cancillería de Granada. Fue profesor de ambos derechos en Salamanca y luego recibió los sagrados órdenes. Estando ya presentado para el Obispado de Popayán, murió en 1651.

En dos tomos en folio publicó el *Perfecto confesor de almas*, obra estimable por su método, llaneza y claridad de estilo y pureza de doctrina. En el primer tomo

trata de los principios generales del derecho, tanto civil como canónico; el segundo comprende las obligaciones generales y particulares de los eclesiásticos:

La ley divina todos los doctores enseñan que *est Deus ipse, quatenus iudicat quid faciendum sit, quidve omittendum et voluntatem habet obligandi homines et angelos ad sui observationem*. Esta es en dos maneras: una antigua, cual era la ley de Moisés; otra nueva, que es la que gozamos en el tiempo presente de la gracia, la cual se divide también en divina natural y divina positiva. La divina ley natural es aquella por la cual se nos manda lo mismo que por la ley natural. La divina positiva es aquella por la cual se nos manda alguna cosa especial o no estaba antes mandada por el derecho natural, v. g.: el precepto de la confesión antes de comulgar, cuando hay conciencia de pecado mortal, etc.

**Alonso de Peñafiel.**—Hacia fines del siglo XVI nació en Riobamba el P. Alonso de Peñafiel de la Compañía de Jesús. Fue profesor en el colegio del Cuzco y a continuación enseñó filosofía y teología en la Universidad de Lima.

Además de un curso de filosofía que publicó en 1653 con el título de *Universa Philosophia*, escribió a petición del Conde de Chinchón las *Obligaciones y excelencias de las tres Ordenes Militares, Santiago, Calatrava y Alcántara*. Es obra erudita y elocuente, aunque con resabios de mal gusto, algo exagerada, artificiosa y con frecuencia oscura, por el excesivo amontonamiento de miembros e incisos en las cláusulas. El prurito de ostentar erudición lo arrastra muchas veces a este hacinamiento intempestivo. Oígamele cómo deplora la decadencia de la Orden de Santiago:

Admiraba el mundo tu fortuna, reverenciaba tus magníficos acentos. Osaremos decir que desde el cayado a la corona, desde la mitra al capelo, desde lo majestuoso del imperio hasta lo beatífico de la tiara, hallaba en tí materia para sus admiraciones. Nadie se ponía hombro a hombro con lo encimado de tu grandeza y fortuna. ¡Oh bienaventurada flota real! el tiempo te vió

surcar las ondas con empresas dignas de tu grandeza, en la bonanza de tu navegación caudalosa, en las rentas señora de tantos vasallos. Pueblos, aldeas, ciudades y provincias que, a fuer de menores navíos, humillaban las banderas de su altivez, saludándote como a patrona capitana, lucida en la ostentación de estandartes y banderas de tus enemigos, sirviendo de despojos a tu grandeza y gloria. El te ha visto descaecer de tus mayores lucimientos: así tus admiraciones te siguieron, y sus lágrimas alentaron su descaecimiento; deshízote, no furia de vientos encontrados, no montañas de agua violentas, sino el descaído, la pereza, el no volver los ojos de la consideración a quien fuiste, para corregir las menguas de lo que eres, llorando por ver que se agostó tu hermosura, que ha enflaquecido tu valor.

Tampoco se mostró Peñafiel rehacio para la poesía, a juzgar por los fragmentos que nos quedan de una composición dedicada a las tres órdenes militares de que hemos hablado ántes, donde ostenta destreza y soltura de versificación, aunque con resabios de culteranismo y mal gusto:

Alta región, a donde vuela y pára  
mi pensamiento, y ve de allá seguro  
el peligroso rumbo que yo sigo,  
veces mil te bendigo,  
y mil y mil al Arquitecto adoro,  
que esa tan rociada  
cumbre de gotas de oro  
del seno de la nada  
sacó, y sustenta este edificio inmenso  
de aquella imán de su virtud suspenso.  
En tu pintura veo  
de la maestra mano  
el valiente pincel con arte suma,  
y como en libro, en tí cifrado veo  
las obras de aquel dedo soberano,  
que ya en papel de piedra ha sido pluma,  
cuales jamás presume  
comprender soberbio el que más sabe,  
ántes con pecho humilde

y rostro alegre alabe  
a quien así en la tilde  
de cada estrella, siendo tantas ellas,  
atesoró misterios más que estrellas.

**Alonso de Rojas.**—El lojano, P. Alonso de Rojas, estudió en el Seminario de San Luis, y habiendo entrado en la Compañía de Jesús, desempeñó el cargo de Prefecto de Estudios y de Profesor de Teología en la Universidad de San Gregorio Magno. Su mayor timbre de gloria consiste en haber sido Director espiritual de la Bienaventurada Virgen Mariana de Jesús.

La oración *fúnebre* que predicó en la muerte de la Virgen Quiteña fue tan del agrado del auditorio, que inmediatamente se publicó en Lima, en 1646. ¡Lástima que el culteranismo vicie pieza tan celebrada y que la extensión y el corte de los períodos oscurezcan algunas veces el sentido de la cláusula! Reprensibles son igualmente ciertas incorrecciones gramaticales como las que se refieren al relativo *que*:

Largos siglos de santidad en breves años de vida: *festina tempus*. Memoria continua de la muerte, que alentó a la difunta a heroicos hechos, *et memento finis*. Excelentes virtudes, que todas parecen maravillas, *ut enarrent mirabilia tua*: serán los tres asuntos de mi sermón, cifrados en las palabras del Eclesiástico que sirven de tema a mis discursos. Sacadme de mi empeño, Dios mío, en la ocasión que no llegarán mis encarecimientos a las verdades; aunque no habrá verdad en el sermón que no parezca encarecimiento; porque es misterio todo cuanto se dice de esta mujer fuerte, y lo que se dice es mucho". . . . .

"La memoria de la muerte ocasionó en esta sierva de Dios, el desprecio de todas las honras, bienes y deleites del mundo; púsolos todos, con generoso desprecio, debajo de los pies, que, si se coronó con guirnalda de estrellas de virtudes, como la misteriosa mujer que vió San Juan, pisó también todo lo temporal en la luna. No he visto en mi vida mayor desprecio de cosas humanas, ni mayor aprecio de las divinas. Su vestido era pobre y no más de uno, la comida casi ninguna; inaudita fue su abstinencia; su encerramiento raro; ni visitaba ni gustaba la

visitasen; no cruzaba más que una calle, que es la que hay de su casa a la Compañía. Moraba dentro de sí en la presencia de Dios, y andaba con el cuidado de no perderle de vista, y estaba interiormente tan asida con la Santísima Trinidad, que decía no se podía apartar de Dios. Con facilidad se levantaba en espíritu al cielo, y, entre las vírgenes, cantaba motetes a Dios.

**José Maldonado** —El franciscano, P. José Maldonado, nació en Quito, estudió en España y fue Comisario General, primero de la familia cismontana y después de Jerusalén. Murió en 1652.

Compuso tres obras: la primera en latín, titulada *Armamentarium Seraphicum pro tuendo titulo Immaculatae Conceptionis*; la segunda en castellano, que es una defensa de la autoridad; y la tercera, también en castellano, con el rubro de *El más escondido retiro del alma*. Es esta última un libro místico, que tuvo mucha aceptación en España.

Las consideraciones místicas no siempre son naturales ni tienen la debida solidez.

Aunque en el lenguaje haya pureza y propiedad, y en el estilo, llaneza y hasta familiaridad; sin embargo, la claridad deja que desear: el autor pasa bruscamente de unos objetos a otros y construye cláusulas algunas veces enmarañadas, como la siguiente:

Es tan mala la fruta de este *pero*, que, aunque Dios da voces en el espíritu y no deja el alma de oírlos y conocerlos, como Isaac la de Jacob, con que la conciencia pica, y desea el alma la mayor perfección, diciendo: Dios es el que me llama, no acaba de corresponder a Dios y perfeccionarse, imitando a Cristo Señor Nuestro, y todo lo cumple con descos; y así, con el tiempo, las amistades buenas, que son según la voluntad de Dios, se han vuelto amistades del mundo, demonio y carne, cubiertas, como las manos de Jacob, con varios pretextos.

**Fray Laureano de la Cruz.**— Del franciscano *fray Laureano de la Cruz* sólo sabemos que fue *hijo de la provincia de Quito*, que tomó el hábito en 1633, y que, por muchos años se empleó en la evangelización de los Omaguas. Traslado a España, en Madrid compuso, de orden de sus superiores, *El Nuevo Descubrimiento del Marañón*. Cuánto no ganarían la naturalidad y el candor de la narración, si el estilo fuera menos pesado y las cláusulas menos largas y recargadas de inútiles incisos.

**Sor Gertrudis de San Ildefonso.**— Sor Gertrudis de San Ildefonso nació en Quito en 1652 y murió en 1709. En edad temprana entró en el convento de Santa Clara, en donde, consagrada a la oración y a la penitencia, mereció ser favorecida por el Señor con visiones análogas a las de la Beata Margarita María Alacoque.

En prosa escribió por mandato de sus superiores, gran parte de su vida, en estilo claro y sencillo, pero con tal gracia, candor y naturalidad, que es agradable su lectura. — (Véase el Apéndice)

Dejó también una que otra composición en verso, libre de las extravagancias del gongorismo y del conceptismo. La muestra que presentamos es un retruécano, pero admisible:

Sin cruz no hay gloria ninguna,  
ni con cruz eterno llanto;  
santidad y cruz es una:  
no hay cruz que no tenga santo,  
ni santo sin cruz alguna.

**Autores extranjeros.**— Aunque ningún influjo hayan tenido en nuestras letras, siquiera por vía de ilustración conviene que citemos a los autores españoles que en este siglo escribieron en nuestra patria.

El primero es **Dr. Antonio de Morga**, Presidente de la Real Audiencia de Quito, autor de los *Sucesos de las Islas Filipinas*, historia que, por su castizo lenguaje y esbozo pintoresco, alguien ha comparado con la Conquista de las Molucas de Bartolomé de Argensola.

Con solidez de doctrina y no poca erudición escribió por este tiempo su *Itinerario para los párrocos de indios* el **Ilmo. Sr. Montenegro, Obispo de Quito**.

El **P. Cristóbal de Acuña, S. J.**, es autor del *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*, relación del viaje que hizo por este río en compañía del Capitán Teixeira. La relación es muy apreciable no sólo por la veracidad de los sucesos que narra, sino también por la corrección de lenguaje, claridad, naturalidad y nobleza de estilo.

En lenguaje correcto, mas no libre de todo amaneramiento, escribió el **P. Rodríguez, S. J.**, su historia de *El Marañón y Amazonas*, que se concreta a relatar las labores de los misioneros jesuitas en el oriente. La parte que contiene las biografías de los misioneros adolece de monotonía y pesadez.

## Siglo XVIII

GENERALIDADES.—Nuestra literatura, que en el siglo precedente había comenzado a florecer bajo los malos auspicios del culteranismo y del conceptismo, apenas si dio señales de vida en la primera mitad del siglo XVIII. Sólo en la segunda empiezan a despertar los ingenios y a salir de esa especie de marasmo en que habían caído. Cuatro fueron las causas que a ello contribuyeron: el mejoramiento de la enseñanza en colegios y universida-

des, la introducción de la imprenta, la comisión geodésico-francesa, y la lectura de las obras de Feijóo.

Acerca del mejoramiento de los estudios, plácenos copiar las palabras del Dr. Herrera: "El sistema de instrucción pública en este siglo había mejorado notablemente respecto del que rigió en el anterior, yá por los sabios jesuítas y distinguidos profesores que vinieron de Francia e Italia a dirigir la Universidad de San Gregorio y el Colegio Seminario de San Luis, yá por la noble emulación que se entabló entre los catedráticos y alumnos de los otros colegios y de los demás conventos regulares. Así es que en la Compañía de Jesús, en el clero secular y entre muchos ciudadanos que no pertenecían al estado eclesiástico, hubo sabios de primer orden que merecieron el aprecio de los más ilustres viajeros de Europa, como Bouguer, La Condamine y Humboldt."

Uno de los hombres que más contribuyeron a mejorar la instrucción pública fue el Ilmo. Sr. José Pérez y Calama, Obispo de Quito. Grandes fueron sus esfuerzos por ilustrar al clero con pastorales, decretos y reglamentos. "Las pastorales harán época en nuestra historia, así por su número como por los asuntos que en ellas trató el Obispo, algunos de los cuales parécenos propio más bien de una ordenanza de higiene pública, que de una exhortación pastoral." (1)

"Quiso que los jóvenes quiteños cultivaran las ciencias, y derramó, con generosidad sus rentas para dar impulso a los estudios: trajo libros, antes desconocidos, y los obsequió al colegio Seminario y a la Universidad; fue el fundador del estudio de las ciencias públicas en la colonia, y el iniciador de reformas trascendentales en el régimen de los colegios y en los sistemas de enseñanza: al Sr. Calama se le deben el conocimiento de las

---

(1) González Suárez: Historia General de la República del Ecuador, t. VII, pág. 51.

primeras obras de Economía política y el gusto por las lecturas amenas e instructivas." (1)

"Su *Plan de estudios* para la Universidad de Quito no podría satisfacer ahora las justas exigencias de la civilización contemporánea; pero a fines del siglo décimo octavo, para una Universidad modesta, en una colonia de tan poca importancia política como la Antigua Audiencia de Quito, ese plan era amplio y daba lugar a notables adelantamientos en los estudios académicos, fundando cátedras de enseñanzas hasta entonces desconocidas." (2)

Con el establecimiento de la imprenta, vieron nuestros compatriotas abierto el camino a la publicidad, acicate poderoso para impulsar a la composición de obras literarias. Los primeros que introdujeron la imprenta en el Ecuador fueron los Jesuítas, hacia mediados del presente siglo. En un principio la establecieron en Ambato y más tarde la trasladaron a Quito. La primera obra que salió en esta imprenta es un librito latino titulado *Piissima*. El primer tipógrafo fue un Jesuíta alemán, llamado Hermano Juan Adán Schwarz, natural de Ausburgo. El primer tipógrafo nacional, que trabajó en dicha imprenta, fue Raimundo de Salazar. La segunda imprenta del Ecuador la introdujo este último en 1757.

No poco contribuyó a reanimar nuestra literatura la comisión geodésico-francesa, encabezada por La Condamine, que vino al Ecuador con el objeto de medir un arco meridiano. Aunque extranjera esta comisión, despertó entre nosotros la afición a las ciencias físicas, al estudio de la lengua francesa y al conocimiento de sus autores. El más ilustre representante de los que se dedicaron por este tiempo al estudio de las ciencias físicas, fue Don Pedro Vicente Maldonado, hijo de Riobamba. Nació en 1710 y murió en Londres en 1748. En ciencias físicas

-----  
(1) González Suárez: Historia General de la República del Ecuador, t. VII, pág. 52.

(2) Id. id. id. pág. 52.

fue un verdadero genio por la claridad y facilidad de comprensión. Maldonado trazó un mapa de la provincia de Esmeraldas y otro de todo el Reino de Quito. La Condamine se aprovechó de estos trabajos para su carta geográfica de Quito. Humboldt, hablando del mapa de Maldonado, dice: "A excepción de los mapas de Egipto y de algunas partes de las grandes Indias, la obra más cabal que se conoce sobre ninguna posesión continental de los europeos, fuera de Europa, es sin duda, el mapa del Reino de Quito levantado por Maldonado." Escribió Maldonado algunas *memorias* que se han perdido.

Por último, algún influjo tuvieron también en nuestra literatura las obras del benedictino, P. Feijóo, que, aunque en lenguaje galicado, pero claro y suelto, tratan diversas materias, propias para abrir nuevos horizontes a los ingenios de entonces.

Entre los elementos de progreso científico y literario de la colonia, especialmente en este siglo, debemos contar las bibliotecas que poseían muchos particulares y especialmente los religiosos. "En los conventos había bibliotecas formadas con laudable constancia por los frailes, que, mediante sumas considerables de dinero, las habían logrado acrecentar y enriquecer con obras raras y valiosas: la entrada a esas bibliotecas era accesible a todos, pues los religiosos no sólo no negaban la entrada a ellas, sino que se complacían en franquear a todos, los tesoros científicos y literarios que en ellas poseían." (1)

Hablando de la riqueza de estas bibliotecas dice el célebre colombiano Caldas: "He visto aquí exquisitos libros y en gran copia: no hay particular que no los tenga en mucha o en corta cantidad, y me parece que en esto (Quito) hace ventajas a Santa Fe. Yo no conocí allá las Memorias de la Academia Real de Ciencias, y aquí hay tres ejemplares: el uno llega hasta muy cer-

---

(1) González Suárez: Historia General de la República del Ecuador, t. VII, pág. 34.

ca de nosotros; muchas obras de Linneo y de otros botánicos; en fin, hay libros buenos en todo género." (1)

"Los jesuitas tenían en todos sus colegios bibliotecas domésticas bien arregladas: la del colegio de Quito, que era muy rica, se destinó para el público, después de la expulsión de los Padres y extinción canónica de su Orden, y el primer bibliotecario fue el célebre hombre de letras e insigne patriota Don Eugenio de Santacruz y Espejo." (2)

Según el inventario del secuestro, la biblioteca del colegio de Quito contenía 13,472 volúmenes (entre ellos 400 manuscritos) que agregados a los de la biblioteca del Seminario de San Luis llegaron a 14.892, total que fue entregado a Espejo en 1792.

## § I. VERSO

GENERALIDADES.—Casi los únicos representantes de la poesía ecuatoriana del siglo XVIII fueron los Jesuitas expatriados por Carlos III. "Aquellos Jesuitas ecuatorianos—habla D. Juan Valera—fueron como los españoles de la Península, a refugiarse en Italia, y en Italia dieron claro testimonio de su saber y de su ingenio. Sería adulación suponer que descolló entre estos jesuitas ecuatorianos ninguno de aquellos varones portentosos que se llaman *genios*; pero, ¿cómo negar que hubo hombres de talento no común, no indignos compañeros de nuestros Islas, Hervás, Andrés y Lampillas, y que en Italia mostraron la ilustración que tuvo y difundió la Compañía, así en la Península, como en sus más distantes colonias? El país en que se habían formado hombres como los padres Velasco, Aguirre, Rebollo,

---

(1) González Suárez: Historia General de la República del Ecuador, t. VII, pág. 35.

(2) Id. id. id. pág. 36.

Garrido, Andrade, Crespo, Arteta, Larrea, Viescas y Ullauri, era sin duda un país donde las letras se cultivaban con éxito y con esmero. Las poesías en castellano, en italiano y en latín de esos expatriados Jesuitas, son muy estimables." Los más señalados son Aguirre, Ambrosio Larrea, Joaquín Larrea y sobre todo Viescas y José Orozco. Formando un grupo aparte, por la inferioridad de su mérito, aparecen Ullauri, Manuel Orozco, Garrido, Andrade y Crespo.

Para completar la lista de los poetas del siglo XVIII hablaremos, ante todo, del fabulista Rafael Goyena, y luego de dos poetas anónimos, cuyas composiciones nos ha conservado *El Ocioso de Paenza*.

**Juan Bautista Aguirre.**—1º El P. Juan Bautista Aguirre, natural de Daule, nació en 1725. Hechos sus estudios en el Seminario de San Luis, entró en la Compañía a los 15 años, es decir en 1740. (1) Fue profesor de Filosofía en la Universidad de San Gregorio Magno. En

---

[1] En el Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, Vol. II, N<sup>o</sup> 4, Enero y Febrero de 1919, pág. 122, en el artículo titulado Documentos Históricos, se dice: "Por ellos [los documentos] se sabe también que el P. Francisco X. Aguirre fue en dicho Colegio de San Ignacio, Vicerrector el año de 1740. Herrera, Cevallos y Mera han omitido esta noticia en los escritos referentes a este eximio escritor ecuatoriano, que figuró a fines del siglo XVIII como ingenioso poeta y teólogo profundo."

Por estas líneas que acabamos de transcribir, se ve que el articulista cree que el P. Aguirre, "que figuró a fines del siglo XVIII como ingenioso poeta y teólogo profundo," es el mismo que en 1740 fue Vicerrector del Colegio de San Ignacio de Guayaquil.

Semejante suposición no tiene visos de verdad. Nuestro poeta y teólogo se llamaba *Juan Bautista* y no *Francisco Javier*, y en 1740 apenas contaba 15 años y acababa de ingresar en la Compañía. No es, pues, verosímil que a un joven que todavía no había hecho ni el noviciado se lo hubiera puesto de vice-superior de una casa religiosa. Probablemente un Padre Francisco Aguirre, español, que en 1738 se hallaba en Cuenca, pasó, poco después, de Vicerrector al Colegio de San Ignacio de Guayaquil.

compañía de los otros Jesuítas, expatriados por Carlos III, pasó a Italia, y murió en Tívoli, en 1786. Se captó tan grande estima en Italia, que desempeñó los cargos de Rector del Colegio de Ferrara y de Examinador Sinodal; fue nombrado teólogo del Obispo de Tívoli, y más tarde, Teólogo Consultor y Confesor de su Santidad, el Papa Pío VII.

2º En los pocos versos que conocemos de Aguirre se entreve un talento poético no vulgar, deslustrado desgraciadamente por el mal gusto y el gongorismo de la época. La que por esta causa ha desmerecido más, no obstante el desenfado y la rotundidad del verso, es la poesía seria, si hemos de juzgar por los *treinta y seis* versos del fragmentario poema de Monserrate, que malignamente (1) cita Espejo en El Nuevo Luciano, y que León Mera copió en la Ojeada Histórico-Crítica sobre la Poesía Ecuatoriana. Para que el lector se de cuenta de ello, basta que lea los diez primeros versos:

Este de rocas promontorio adusto,  
freno es al aire y a los cielos susto;  
más que de Giges los ribazos fieros  
organizado terror a los luceros,  
cuya excelsa cimera,  
taladrando la esfera,

---

(1) Claro es que Espejo tenía razón en esto de criticar el mal gusto de Aguirre, mas no la tenía cuando dijo de éste que era *ingenio de guayaquileño, siempre reñido con el seso, reposo y solidez de entendimiento*; que se iba detrás de los sistemas más flamantes y detrás de las opiniones acabadas de nacer, sin examen de las más verosímiles, hasta el punto de repetir en la cátedra como máxima: *Novitatem non veritatem amo...* Según esto, Aguirre era un desquiciado, un loco; y sin embargo la historia nos dice que en Italia fue tenido como un oráculo, y como tal consultado por toda clase de personas, nombrado *Examinador Sinodal, Teólogo del Obispo de Tívoli, Teólogo Consultor y Confesor de Pío VII...* ¿Quién tenía razón?

nevado escollo en su cerviz incauta,  
del celeste Argonauta  
teme encallar fogoso el Bucentoro,  
que luces sulca en tempestades de oro....

En las décimas satírico-festivas, dirigidas a un amigo quiteño, ensalzando a Guayaquil y denigrando a Quito, muéstrase Aguirre donairoso, fluído y menos gongorino. Si las hubiera destinado a la publicidad, probablemente habría puesto más cuidado en la propiedad y corrección del lenguaje, y rechazado ciertas hipérbolos de mal gusto, juntamente con algunas expresiones chocarrerías y menos decorosas.

El género burlesco es muy resbaladizo, y en el cual, si no hay arte y exquisito gusto, el escritor se desliza fácilmente hasta parar en bajezas y chocarrerías vulgares. El arte no puede aprobar que se excite la risa indiscretamente. Es menester, dice Horacio, distinguir la expresión inurbana de la chistosa, para no aplaudir neciamente las chocarrerías de Plauto, como lo hicieron los antiguos romanos:

*At nostri proavi Plautinos et numeros et  
Laudavere sales: nimium patienter utrumque,  
Ne dicam stulte, mirati: si modo ego et vos  
Scimus inurbanum lepidò seponere dicto,  
Legitimumque sonum digitis callemus et aure.*

De las décimas referentes a Guayaquil sólo copiamos las siguientes:

Guayaquil, ciudad hermosa,  
de la América guirnalda,  
de la tierra bella esmeralda,  
de la mar perla preciosa;  
cuya costa poderosa  
abriga tesoro tanto,

que con suavísimo encanto  
entre nácares divisa  
congelado en bella risa  
lo que el alba vierte en llanto.

Ciudad que por su esplendor  
entre las que dora Febo,  
la mayor del mundo nuevo  
y hoy del orbe la mejor,  
abunda en todo primor  
en toda riqueza abunda;  
pues es mucho más fecunda  
en ingenios, de manera  
que siendo en todo primera  
es en todo sin segunda.

Tribútanla con desvelo,  
entre singulares modos,  
la tierra sus frutos todos  
y sus influencias el cielo:  
hasta el mar que con anhelo  
soberbiamente levanta  
su cristalina garganta  
para tragarse esta perla,  
deponiendo su ira al verla  
le besa humilde la planta.

Los elementos de intento  
la miran con tal agrado,  
que parece se ha formado  
de todos un elemento:  
ni en ráfagas brama el viento,  
ni fuego enciende calores,  
ni en agua y tierra hay rigores,  
y así llega a dominar  
en tierra, aire, fuego y mar,  
peces, aves, frutos, flores.

.....

Templados de esta manera  
calor y fresco entre sí,  
hacen que florezca allí  
una eterna primavera;  
por lo cual si la alta esfera  
fuera capaz de desvelos,  
tuviera sin duda celos  
de ver que en blasón fecundo  
abriga en su seno el mundo  
este trozo de los cielos.

.....

Esta ciudad primorosa,  
manantial de gente amable,  
cortés, discreta, afable,  
advertida e ingeniosa,  
es mi patria venturosa;  
pero la siempre importuna  
crueldad de mi fortuna,  
rompiendo a mi dicha el lazo,  
me arrebató del regazo  
de esa mi adorada cuna.

.....

Menos aceptables son las que tocan a Quito:

Cualquier chisme o patarata  
lo cuentan por novedad,  
y para no hablar verdad,  
tienen gracia *gratis data*.  
Todo hombre en lo que relata  
miente o a mentir aspira;  
mas esto ya no me admira,  
porque digo siempre ¡alerta!  
sólo la mentira es cierta,  
lo demás todo es mentira.

Mienten con grande desvelo;  
miente el niño, miente el hombre;

y para que más te asombre,  
aun sabe mentir el cielo;  
pues vestido de azul velo  
nos promete mil bonanzas,  
y muy luego, sin tardanzas,  
junta unas nubes rateras,  
y nos moja muy de veras  
el buen cielo con sus chanzas.

3º En piosa escribió sendos tomos latinos de Lógica, Física y Metafísica. En el fragmento que citamos de la *Oración júnibre*, predicada en la muerte del Obispo de Quito, Dr. D. Juan Nieto Polo del Aguila, verá el lector que el P. Aguirre no carecía de elocuencia ni de facilidad de expresión, si bien afeadas por el culturanismo:

Ello era cosa admirable, ver a nuestro Ilmo. Prelado, en lo mejor de su edad, navegando en el mar de este siglo, como un golfo de leche, todos los vientos favorables a popa, todas las ondas en bonanza, todas las estrellas con aspecto risueño; mas él tan superior a su grandeza y a sí mismo, que tenía como borrasca la serenidad, y como escollos del sosiego las insignias de su fortuna. ¿Con qué esfuerzos no procuró sacudir de sus hombros la alta dignidad de ser esposo tuyo, oh insigne Catedral de Quito? ¿Qué súplicas no dirigió ya a Madrid, ya al Vaticano, sobre arrojar de su mano el cayado de oro con que os pastoreaba, oh nobilísima grey, suspirando siempre por cambiar el resplandor excelso de la mitra por la humilde oscuridad de un bonete?"

**Ramón Viescas.**--1º El P. Ramón Viescas nació en Quito el 11 de diciembre de 1731, según consta en los Catálogos de los antiguos Jesuitas de la Provincia de Quito. (1) Ingresó en el Noviciado que la Compañía tenía en Latacunga, el 24 de abril de 1748. Expatriado

---

(1) Pudiera ser que el nacimiento en Quito del P. Ramón Viescas fuera tortuito, pues parece que su familia radicaba en Ibarra, donde nació su hermano Marcos, que también perteneció a la Compañía.

con los demás Jesuitas de Quito, falleció en Ravena, el 7 de marzo de 1799.

2º.—Viescas es el mejor poeta de la colonia, si no por el ardor y sentimiento, al menos por el arte, el buen gusto y la versación en letras humanas. Lástima que haya escrito tan poco.

Aunque lejos de los territorios españoles y obligado a hablar y escribir en una lengua que no era la suya, muestra Viescas en sus escritos que no le era desconocida la entonces nueva escuela literaria de Meléndez y Jovellanos, caracterizada por las mismas dotes que distinguen a nuestro poeta: la regularidad, el buen gusto, la armonía y la pulcritud.

Y si nos concretamos al suelo hispano-americano, no tememos asegurar que no existía en aquella época, poeta ninguno que le disputara el primer puesto en el conjunto de cualidades literarias. Eran considerados por entonces como los mejores poetas, el mejicano Manuel de Navarrete, el peruano Juan del Valle y Caviedes y el argentino Manuel José de Labardén. A Navarrete en medio de su abundancia y elevación, le faltan la igualdad, la gallardía y la dicción poética de Viescas. A Valle y Caviedes le sobra su rastreo conceptismo. Labardén no obstante sus buenas dotes descriptivas, dista mucho de ser un humanista como Viescas.

3º.—La primera de las composiciones originales por su mérito literario es el *Sueño sobre el sepulcro de Dante*, en la cual se alaba al Cardenal Luis Valenti Gonzaga por haber hecho construir un suntuoso mausoleo para el cantor de la Divina Comedia. Píngese Viescas un sueño poético, en el que ve los campos Elíseos, y en ellos a Dante, celebrado, entre otros ilustres personajes, por Virgilio y Homero. Mas estos vates interrumpen su canto, luego que Dante, inspirado por un estro supe-

rior empieza a ensalzar a Valenti y a engrandecer su obra, en la que

“Reina Valenti donde yace Dante”

Terminado el canto de Dante, el poeta recobra el sentido y concluye con el siguiente delicado pensamiento:

¡Oh nunca despertado,  
de tan alegre y dulce sueño hubiera!  
Mas al fin he probado,  
lleno de una delicia pasajera,  
que es eco fiel el sueño  
de cuanto vigilante piensa el dueño.

Aparte de algunas pequeñas imperfecciones de forma, resaltan en esta pieza, sobriedad, inventiva e ingeniosidad en disponer las partes dentro de una rigurosa unidad. Bien pudo decir Menéndez y Pelayo de ella y de la elegía a la muerte del P. Ricci en las prisiones: “Son poesías de noble asunto, de entonación lírica, de sabor clásico, de mucho jugo en las ideas, y de versificación armoniosa y pulcra en general, aunque no enteramente libre de prosaísmos y descuidos, bien perdonables en versos que su autor no parece haber destinado nunca a la publicidad.” (1)—(Véase el Apéndice)

Apenas seis son los sonetos compuestos por Viescas, mas con tanta felicidad, que en este género es uno de nuestros mejores autores y aun comparable a los Herreras, Argensolas, Arguijos, Riojas, Moratines y Meléndez. No decimos que contengan la perfección, pero sí que se acercan mucho a ella por la unidad de pensamiento, su desarrollo gradual, la entonación, la escogida dición poética y la armonía. Por mejores conceptuamos los titulados: *A la restauración de una iglesia de Rave-*

---

(1) Antología de Poetas Hispano-americanos, pág. XCVIII.

*na debida al celo de D. Gabriel de Roca; Despedida de la madre a la hija; Da gritos (la Musa) pidiendo a Dios por la Compañía.*

El primero se distingue por lo sustancioso de las ideas, la gallardía del movimiento y la dignidad de la expresión. Huyendo Viescas de las rastreras frases adulatorias, sabe con delicadeza de artista alabar al restaurador del templo, afirmando que Iberia envió

Un hijo suyo, digno de su cielo,  
Nuevo Zorobabel .....

De igual modo engrandece la obra, diciendo:

Más firmeza te dió, más bella forma.

Como escribimos para jóvenes; no será inoportuno hacer observar el arte con que nuestro poeta destierra el prosaísmo aun de las frases vulgares. Expresión trivial es, *llena de devoción*; mas Viescas quita esta trivialidad repitiendo sencillamente el verbo, y escribiendo:

Llena de devoción, llena de celo....

No faltará algún riguroso preceptista de métrica castellana que repruebe la rima de: *forma, reforma, conforma*.

He aquí íntegro el soneto:

Lloró tu ruina, oh templo de María,  
la ciudad reina del Emilio suelo,  
y sumergida en hondo desconsuelo,  
modo de repararte no sabía;

cuando la Iberia generosa un día,  
llena de devoción, llena de celo,  
un hijo suyo digno de su cielo,  
nuevo Zorobabel, a tí te envía.

“Anda, le dice, oh Roca. Tú el Atlante  
serás del nuevo templo: alza, reforma,  
órnalo todo y hazlo más brillante.”

El a tanto designio se conforma,  
y con empeño siempre vigilante,  
más firmeza te dió, más bella forma.

Habiendo de partir de Ravena para Ímola la señora Matilde Cappio, casada con el señor Juan Fuschini, compuso el P. Viéscas un soneto a nombre de la madre de la recién desposada, que lo tituló: *Despedida de la madre a la hija*. Conformándose con el título, resalta en este soneto, con mucha naturalidad y delicadeza de expresión el tierno sentimiento de una madre que se despide de su hija idolatrada. Como lunares del soneto hemos de observar que la expresión, *envuelta en llanto*, según la intención del autor debe referirse a la madre, mas, tal como se halla la construcción gramatical, refiérese a Matilde. Semejante ambigüedad desaparecería en parte, separándola con una coma: *A dejarme te obliga, envuelta en llanto*. . . .

Al octavo verso pudiera tildársele de poco rítmico, por no coincidir la cesura con la pausa de sentido.

El adverbio *cómodamente* es demasiado vulgar, y en el lugar que ocupa quita la rotundidad al verso, por más que se cargue la acentuación en la penúltima sílaba:

¡Ay, amada Matilde! ¿Conque el cielo  
a dejarme te obliga, envuelta en llanto,  
para estrechar tu nudo sacrosanto,  
el materno pospuesto a otro desvelo?

¿Conque tus preudas, que eran mi consuelo,  
son la causa fatal de mi quebranto?  
Porque eres bella y mi amoroso encanto  
¿he de perderte? ¡Oh duro desconsuelo!

¡Hija, adiós! Anda; pero ten presente  
que no en los ojos el amor se anida,  
y aprende a no olvidarme estando ausente.

Tu corazón es grande y sin medida,  
luego pueden caer comodamente  
tu esposo en él y quien te dió la vida.

El mismo Viescas compuso otro soneto que encierra la *Contestación de la hija* a su madre. Es inferior a los precedentes por varios conceptos. Al primer cuarteto le falta rotundidad y le sobra prosaísmo. Lo mismo puede afirmarse del segundo terceto.

Aunque la idea del segundo cuarteto es delicada, no puede decirse que sea nueva. Aféanla además una anfibología en el segundo verso, y una asonancia entre los finales del cuarto y del primer hemistiquio del tercero: *haciendo y movimiento*.

Los tres restantes sonetos forman parte de *La Musa Scéptica*. En el certamen poético de los *Taboristas* o *Jesuitas* que esperaban el restablecimiento del Instituto, y los *Calvaristas* que habían perdido toda esperanza, intervino el P. Ramón Viescas, escribiendo con el título de *La Musa Scéptica*, tres sonetos y 64 décimas octosilábicas. En el primer soneto expone el argumento, en las décimas lo desarrolla, en el segundo soneto, *Da gritos pidiendo a Dios por la Compañía*, y en el tercero se acoge al limbo de las dudas.

El desempeño general del primer soneto es bueno. Los primeros versos son gallardos y nos recuerdan el soneto de D. Leandro Moratín a Ntra. Sra. del Pilar:

Estos que levantó de mármol duro  
Sacros altares la ciudad famosa. . . .

Nuestro Viescas dice:

Esta que me dio el mundo dura cruz  
Juzgo que del Calvario no ha de ser. . . .

Desgraciadamente en el segundo terceto decaen el ritmo y la dición poética.

El segundo soneto lleva por título, *Da gritos* (la musa) *pidiendo a Dios por la Compañía*, y por tema, el versículo 23 del salmo 43: *Exurge: quare adormis, Domine.*

Es una especie de paráfrasis aplicada al tristísimo estado en que se encontraba entonces la Compañía. Sin duda ninguna, por el asunto, la entonación y el desempeño general, es el mejor de los tres sonetos de *La Musa Sceptica*. Lástima que precisamente el último verso sea el menos numeroso.

Es posible, Señor, (¡quién lo diría!)  
que parezca que duermes sosegado,  
cuando el infierno está tan desvelado  
contra tu muy amada Compañía?

Van creciendo sus riesgos a porfía,  
al paso que tu amor se ha adormentado,  
y cuando te ve el mundo tan callado  
levanta más su voz la tiranía.

Despierta ya, que amparo omnipotente  
su vida necesita: ya que es vana  
la abusada paciencia de Clemente.

Que si tarda tu mano soberana,  
el peligro está ya tan inminente,  
que no subsistirá quizá mañana.

En el tercer soneto *La Musa Sceptica*, *desengañada del mundo*, pide hospedaje en el limbo de la duda. En tono algún tanto festivo muestra Viescas en este soneto

facilidad y, sobre todo, ingeniosidad en acomodar el Limbo a su estado de duda sobre el resurgimiento de la Compañía.

Acerca de las décimas de la *Musa Scéptica* afirmamos, desde luego, que para un argumento tan pobre, como el de no adherirse a los Taboristas ni a los Calvaristas, es excesivo el número de 640 versos. En una composición, que toda ella se concreta a consignar razones para no esperar ni temer, natural es que se halle mucho raciocinio seco y diluído. Sólo de vez en cuando algunos pensamientos felices e imágenes hermosas hacen soportable la lectura. Léase por ejemplo la primera décima:

Con sentimiento profundo  
en este destierro me estoy,  
y por Dios cargando voy  
la cruz que me ha puesto el mundo.  
Y aunque cielo y tierra inundo  
de gemidos y de llanto,  
me parece en el quebranto  
de este mi infeliz destierro,  
todo corazón de hierro  
y de mármol todo santo.

En las dos décimas que siguen hace la descripción del temor:

El temor (si acaso puede  
definirlo el juicio mío)  
es como el escalofrío  
que a la enfermedad precede:  
pues de ordinario sucede  
que el que teme, con temprana  
anticipación se afana  
padeciendo desde hoy día  
la mitad de la agonía  
del mal que vendrá mañana.

Es una pasión cobarde  
que engaña la fantasía,  
turbando su mediodía  
con las sombras de la tarde.  
Dios de su engaño me guarde,  
pues con fugido color,  
hará parecer horror  
lo que es rayo de luz,  
y del Calvario la cruz  
sabrà llevar al Tabor.

Luego habla de la esperanza;

Y la esperanza? Al contrario,  
va templando la pasión  
con dejes de redención,  
en las sombras del Calvario.  
Mas con un efecto vario,  
si alegra al primer rayar,  
con el tiempo hace llorar;  
pues como Salomón dice,  
aflige a un alma infelice  
desde que empieza a tardar.

¿Qué importa que el navegante  
al puerto llegar espere,  
si de congoja se muere  
al ver el puerto distante?  
Va perdiendo a cada instante  
su estimación la bonanza  
que se junta a la tardanza,  
y es su navegar amargo,  
cuando sopla un viento largo  
de una prolija esperanza.

¡Qué mal alivio (esperando  
mucho bien) mi contratiempo,  
si con no venir a tiempo,  
se va otro dolor formando!

En nuevo llanto engolfando  
yo me voy incautamente;  
pues con no visto accidente  
estoy, si en esperar dúro,  
padeciendo el bien futuro,  
por sanar del mal presente.

En medio de la fluidez con que corren estas décimas escáposele al autor una que otra incorrección, como el uso galicado del pronombre *ese* en la tercera décima, donde se dice, *ese eminente collado*, sin habérselo presentado antes ninguno.

En el romance festivo y fácil, dirigido *A un poeta que en el rigor del invierno se ocupa en hacer versos*, manifiesta la admiración que le causa semejante ocupación en estación tan rigurosa y poco a propósito para la poesía. Hay ciertamente la chispa que llama León Mera, pero no lo bastante para sacar el romance de una decen-te medianía. Quisiéramos no encontrar en él ciertas expresiones triviales. No obstante su fluidez, tropeza-mos también en esta composición con uno que otro hi- pérbaton violento.

4.º.—La más gallarda, entonada y sentimental de las traducciones de Viescas es la elegía o *Canción con motivo de haber muerto el P. Ricci en sus prisiones*. Las canciones, que tan de moda estuvieron entre los poetas italianos y castellanos, imitadores de Petrarca, llamáronse así, no tanto por el argumento que encerraban, cuanto porque tal nombre dió el poeta de Arezzo a las suyas, cuyo distintivo era la extensión de las estrofas. Dificultad propia de estas composiciones es la de circunscribir a diez, doce, catorce o más versos, un pensamiento expresado con la debida claridad, concisión y amplitud. Nuestro poeta ha sabido acomodarse tan bien a esta exigencia que, a pesar de ser un simple traductor del fran-

cés, puede dignamente colocarse al lado de Fray Luis de León, Herrera, Rodrigo Caro, Mirademesua, Meléndez, etc.—(Véase el Apéndice)

Algo violento, mas sin traspasar los límites del buen gusto y la claridad, es el hipérbaton:

.....¡Oh, cuántos te han labrado  
los trabajos, gran Ricci, que has pasado,  
resplandores de gloria a tu persona!

Palpable es la semejanza con el de Rodrigo Caro:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora  
Campos de soledad, mustio collado,  
Fueron un tiempo Itálica famosa.

No sabemos explicarnos cómo a un oído tan fino y cultivado, como el de Viescas, se le escapó aquel verso falto de ritmo:

El bello fruto de las aflicciones.

Poco numeroso y prosaico es el que encontramos más adelante:

Sabe recompensar inmensamente

No menos hermosa es la traducción que Viescas hizo de una poesía italiana titulada *Liras* y publicada con ocasión de haberse expedido la *extinción de la Compañía*.

Ligeras imperfecciones de forma manchan esta composición: frecuentes adverbios en *mente*, algún epíteto vago, algún verso duro, alguna rima incorrecta. Pero en cambio llamaremos la atención de los lectores, en especial de los jóvenes estudiantes, porque conviene mucho, a la dicción poética de Viescas, a la destreza y gracia con que expresa los pensamientos y al sencillo e in-

interesante conjunto dado a toda la obra. Debe sobre todo advertirse que no hay vaciedad ni inútil ruido de palabras, sino que cada oración, cada párrafo tiene substancia propia para satisfacer el entendimiento del lector. Este es un mérito nobilísimo que desearíamos hacerlo advertir siempre que se nos presente en el curso de nuestras investigaciones, por lo mismo que tanto escasea en la mayor parte de los escritores modernos.” (1)— (Véase el Apéndice).

Quisiéramos haber visto el original italiano del poeta Pignotti, para juzgar del mérito intrínseco de la parábola *La muerte elige su primer ministro*. Ateniéndonos a la parte meramente exterior, observamos en la traducción de Viescas, buena dicción poética, exquisito ritmo, gallardo manejo de la silva. Poquísimos entre nuestros versificadores pueden en esta materia compararse con Viescas.

**José Orozco.**—1º—El P. José Orozco nació en Riobamba en 1733 y entró en la Compañía en 1748. Desterrado como los otros jesuitas, sus hermanos, vivió los últimos años de su vida en Italia. Murió en Ravena, el 18 de Octubre de 1786.

2º—Con el título de *Sentimientos de un pecador contrito*, compuso el P. José Orozco seis octavas reales, que son la única poesía lírica que nos ha dejado.

Según el argumento era de esperarse que en las octavas se sobrepusiera el corazón a la inteligencia, una vez que la contrición es acto principalmente de la voluntad arrependida de sus extravíos pasados; pero sucede

---

(1) Juan León Mera: *Ojeada Histórico-Crítica sobre la Poesía Ecuatoriana*, pág. 131.

lo contrario, porque en el afán de comunicar verdad teológica y novedad a los pensamientos, da en conceptuoso y oscuro.

Las octavas están en general bien construídas. Además de un largo paréntesis, que echa a perder la quinta octava, hállanse en la misma varios versos prosaicos y faltos de armonía. La mejor de todas es la cuarta:

Contrito el buen Ladrón, de su agonía  
cambió el desmayo en mejorado aliento,  
al recibir del sol que fallecía  
un rayo que ilustró su entendimiento;  
y pasó del patíbulo aquel día  
en el cielo a gozar sueno contento.  
La piedad de Jesús ¡cuánto resalta  
que así la penitencia tanto exalta!

3º--Mucha mayor importancia tiene Orozco como poeta narrativo, si no por el éxito, siquiera por el esfuerzo hecho para componer un poema de aliento; pues el mérito, como dice el mismo Orozco, consiste

“En emprenderlo, más que en la victoria”...

Obra suya es *La Conquista de Menorca*, ensayo épico, que canta la recuperación de esta isla, hecha en 1782 por el Duque de Crillon.

El poema abraza cuatro cantos: En el primero se relata la resolución que toma Carlos III de recuperar la isla y el modo maravilloso con que designa para jefe de la expedición a Luis de Bertón, Duque de Crillon. En el segundo se refieren los aprestos que se hicieron para preparar una poderosa escuadra, la tempestad que a ésta sobrevino en el Mediterráneo y el arribo de la expedición a las aguas de Menorca. El tercero canta la sorpresiva toma de la isla. El cuarto concluye con la rendición del fuerte de San Felipe, donde se había reconcentrado el vencido enemigo.

La sola lectura del argumento y la disposición de los cantos nos dan a comprender que *La Conquista de Menorca* nada tiene que ver con los grandes poemas de la Ilíada y Odisea de Homero, la Eneida de Virgilio, la Divina Comedia de Dante; con el Paraíso Perdido de Milton, la Mesíada de Klopstock, la Jerusalén Libertada de Tasso o Los Lusíadas de Camoens. Es un pobrísimo ensayo de poema histórico, de esos que pulularon en la literatura hispano-americana en torno de la Araucana de Ercilla: su sitio propio se halla al lado de la "Cuarta y Quinta Parte de la Araucana" de D. Diego Sebastián de Osorio; del "Arauco Domado" de Pedro de Oña; de las "Guerras de Chile", de D. Juan de Mendoza; del "Purén indómito" de Hernando Alvarez de Toledo; y del "Compendio historial" de Melchor Xufré del Aguila.

No carece de héroe ni de acción principal, pero es escasísimo el interés a causa de la falta de arte: aun Herodoto y Julio César, con sólo su pluma de historiadores, hubieran trazado un cuadro más lleno de vida. Ya que Orozco, por imitar a Virgilio, introdujo la tempestad en el Mediterráneo, ¿por qué no lo siguió en la disposición de partes? Orozco, acomodándose rigurosamente a la cronología, expone las causas de la expedición, los preparativos, los obstáculos que se presentaron, etc., etc. Virgilio por lo contrario: preséntanos desde luego a Eneas navegando para Italia con el designio de fundar el imperio romano; y sólo, cuando el héroe, presa de una tempestad, fue a parar en Cartago, refiere sobre mesa a la reina Dido, que lo había recibido espléndidamente, la toma de Troya y su destrucción por los griegos: causa del emprendido viaje. Con este bellísimo episodio no sólo dió más brillo a la narración, sino que complicó más la acción y le dió nuevo interés. Así procede el buen poeta, según nos lo enseña Horacio:

.....in medias res  
*Non secus ac notas, auditorem rapit.*

Otro de los defectos que hacen insoportable la lectura especialmente de los dos primeros cantos, es el conceptismo divagador que lo oscurece todo. A Orozco le pareció muy natural la división de su poema en cuatro cantos; mas en la ejecución se encontró con que la materia de los dos primeros era muy reducida y pobre para formarlos; y así no le quedó más arbitrio que estirla por medio de reflexiones conceptuosas, que él creía ser las más poéticas, según el gusto de la época. Los cantos tercero y cuarto, que le ofrecieron material más abundante, se hallan menos manchados de culteranismo y son los más inteligibles y racionales. En comprobación de lo que decimos vamos a transcribir la estrofa nona del canto segundo, tomada casi al azar:

Quando festiva de sus galas bellas  
trémula pompa desplegaba al viento,  
esmalte rico a Flora y sus estrellas,  
les pudo competir con lucimiento;  
enjambre vago del rubí en centellas  
la tiria púrpura agotó sediento,  
y del vario matiz con los primores  
tejido al iris tremoló en colores.

Con este defecto va íntimamente ligado el mal gusto que se revela en muchas estrofas y versos. Citaremos algunos. Ya dice:

.....desvelados mis pesares  
bogaban de mis ojos en los mares.

Ya asegura que la Fama se transformó en aurora elocuente:

Quando Fama festiva y presurosa  
en aurora elocuente transformada,  
de un parlero esplendor en los reflejos  
anunció que aquel sol no estaba lejos....

Ya llama al astro del día, *solar pincel*:

Ya de vivos colores matizaba  
con esplendor más claro y reluciente,  
diestro el solar pincel, que reformaba  
los objetos que borra estando ausente...

Más chocante que todo esto es la exageración que reina en las ideas: apenas hay cosa que se halle contenida en los límites naturales: todo traspasa las fronteras de lo grande y extraordinario. No contento con llamar a Carlos III *sin segundo, invicto, poderoso, sabio, admirado*, escribe de la armada:

Grecia, la antigua Roma, el Othomano,  
y cuanto las historias de eminente  
decirnos puede del poder humano,  
ceder sin queja deben al presente;  
basta decir: fue empeño soberano  
de aquel Monarca sumo, en cuya frente  
aun son corta diadema los imperios  
que ilustra el sol en ambos hemisferios.

Al Duque de Crillón lo coloca entre los semidioses:

El vuelo de sus méritos excede  
con sus remontes la más alta esfera,  
a donde apenas acercarse puede  
la idea más fecunda y lisonjera;  
a sus prerrogativas se concede  
que si elevar alguno se debiera  
entre los semidioses por guerrero,  
el Duque de Crillón fuera el primero.

La tempestad es tal que

Avisa a las riberas que amedrenta  
los parasismos últimos del mundo:  
al cóncavo celeste en la tormenta

intimó vecindades el profundo;  
pues usurpando a Juno los espacios,  
pasó a manchar del cielo los espacios.

La isla de Menorca, con sus montes y su vegetación, no puede menos de corresponder a estas *grandezas extraordinarias*.

Organizada en montes su estatura,  
de Juno en los espacios extranjera,  
usurparse presume por su altura  
los ajenos linderos de otra esfera:  
alzándose frondosa su verdura  
sobre las nubes pretextar pudiera  
de Pyróis y de Éthonte la fogosa  
hambre satisfacer vanagloriosa.

Acerca de las hiperbólicas frases adulatorias, tributadas a Carlos III y al Duque de Crillon, pudieran en parte perdonarse a Orozco, por cuanto en su destierro se sustentaba de la miserable pensión que le pasaba el Gobierno español.

A pesar de un argumento *tan grandioso*, según Orozco, no fue éste capaz de exornarlo con brillantes cuadros, al menos en aquellos puntos que más se prestaban a ello, como la tempestad, la descripción de la isla, la toma de San Felipe, etc. Carecía de imaginación viva y pintoresca; y así, aunque conocía a Virgilio, no supo imitarlo. ¡Qué diferencia entre la tempestad de Virgilio y la de Orozco! Pero ni siquiera la descripción de la isla puede llamarse buena. Virgilio había descrito con elegante concisión y claridad, el puerto líbico, al cual arribaron sus combatidas naves:

6.

Est in secessu longo locus: insula portum  
Efficit objectu laterum, quibus omnis ab alto  
Frangitur inque sinus scidit sese unda reductos.

Hinc atque hinc vastæ rupes geminique minantur  
In coelum scopuli, quorum sub vertice late  
Aequora tuta silent; tum silvis scena coruscis  
Desuper horrentique atrum nemus inminet umbra.

La descripción que Orozco hace de la parte física de la isla abraza cuatro octavas, sin que consiga con ello aproximarse a la de Virgilio, ni siquiera en la claridad. Copiamos la primera octava:

En el Mediterráneo se levanta  
una de las Baleares que engreída,  
sujeta y humillada ve a su planta  
de las ondas la saña encanecida;  
en átomos deshecha la quebranta  
su robusta paciencia envejecida,  
donde espumoso orgullo, como en tumba,  
su propio funeral ronco retumba.

Aunque la descripción de la toma de la fortaleza de San Felipe no es un modelo, sin embargo puede considerarse como superior a las anteriores.

Guiado del buen sentido había enseñado Horacio que la *máquina* o *maravilloso literario* debía emplearse solamente en casos indispensables:

*Nec Deus intersit, nisi dignus vindice nodus  
Inciderit* .....

Y dado caso que la intervención sea necesaria, deberá presentársela rodeada de tales circunstancias, que tenga visos de verdad o parezca verosímil. Así, si Eneas oye hablar a la sombra del desdichado Héctor, es entre sueños; si ve a Venus, es por breve tiempo y en medio de las sombrías selvas africanas. Lo mismo hace Homero cuando nos refiere que el alma de Patroclo se presentó a Aquiles en sueños.

Mas nuestro poeta con la mayor candidez del mundo, y sin que lo exiga la trama, conduce a Marte a la luz meridiana al palacio de Carlos III, lo introduce en su despacho y pónelo en una amigable y larga conversación, como pudiera hacerlo con un ministro de estado, sobre *la elección de supremo Comandante* de la armada.

La mitología pagana no sólo deslustra este cauto de *La Conquista de Menorca*, sino también los tres restantes, en los cuales nos encontramos con Neptuno, Jove, Anteos, Tetis, Piróis, Etón, Circe, etc., etc. Para Orozco, como para todos los poetas del renacimiento, fue la mitología elemento indispensable de poesía.

Por lo demás, no obstante cierta pesadez de estilo, oscuridad de algunas perífrasis, impropiedad de algunas voces y flojedad de unos pocos versos, afirmamos con León Mera que "en lo poético de la dicción, en la valentía del decir, en el número y redondez de los períodos pocos rivales encuentra Orozco en nuestra Patria, y quizá el único es Olmedo". Los pensamientos son por lo regular elevados y nobles; los caracteres tanto del protagonista como del antagonista están bien trazados y sostenidos. Breve, oportuna y valerosa es la arenga que el jefe español dirige a la tropa, momentos antes de saltar en tierra:

¡A tierra! dijo el jefe valeroso,  
que es llegada por fin la feliz hora  
al español invicto y animoso,  
a quien un riesgo extremo le mejora:  
si este abate al cobarde y temeroso,  
este mismo estimula y acalora  
a los que en las hazañas a que aspiran  
hallan la aura vital con que respiran.

El pensamiento contenido en los cuatro últimos versos de esta octava es el mismo que Olmedo puso en boca del Inca, en la arenga que éste hizo a las tropas victo-

riosas en Junín. La diferencia, si la hay, débese a la mayor concisión y energía que Olmedo supo comunicarle:

Lo grande y peligroso  
yela al cobarde, irrita al animoso....

No menos valiente, noble y oportuna, aunque algo más larga, es la arenga de Murray a las tropas inglesas:

¿Sabéis, dijo, cuál es el enemigo  
que nos ocupa la isla, cuál su fama?  
El orbe absorto y ocular testigo,  
maravilla sus hechos los aclama;  
valerosos britanos, ésto os digo  
por encendederos en aquella llama  
con que ardiendo lució vuestro coraje,  
sin rendirse jamás en homenaje.

A trance extremo, extremo también sea  
nuestro esfuerzo, nos valga o no fortuna,  
y aunque présaga anuncie suerte rea  
el no dejarnos esperanza alguna.  
Salvo el honor, ¿qué importa que yo vea  
abrirse las murallas una a una,  
si el Héroe que invencible nos oprime  
del desdoro con gloria nos redime?

También en las comparaciones es feliz Orozco. Véase con qué delicadeza retrata la nostalgia que oprimía su pecho, lejos del patrio suelo:

Como en contrario clima degenera  
no pocas veces desgraciada planta,  
aun cuando cuidadoso más se esmera  
en su cultivo aquel que la trasplanta:  
tal mi musa infeliz en extranjera  
región se ve degenerar, si canta;  
aura nativa fáltale y con ella  
el dulce influjo de benigna estrella.

Con no menos habilidad nos pinta el valor español:

El africano monstruo coronado,  
terror del bosque, gravemente herido,  
sacude la melena, ensangrentado  
y a combatir de nuevo prevenido:  
bien que no espere en tan fatal estado  
el vencer, casi ya desfallecido,  
su valor más le ufana en la proeza  
de su gloriosa, pertinaz fiereza.

León más generoso es el hispano,  
terror universal de las naciones....

Aunque adulatoria en el fondo, es feliz en la expresión la alabanza que tributa a Carlos III, cuando dice de su gloria que es

Luz permanente, no esplendor de luna.  
De luna que al esmero de favores  
de quien su gala argenta e ilumina,  
crece; y cuanto más crece en esplendores,  
tanto más a la mengua se avvicina:  
no así cuando resaltan los primores  
de una fuente de luz que no declina,  
como la vuestra, que perenne crece  
por sí misma, y dos mundos esclarece.

Notable es igualmente el símil con el que elogia al jefe británico:

Como el sol que al nublado se oscurece  
y no deja de ser brillante y puro,  
así el britano jefe supo invicto  
mantenerse glorioso en su conflicto.

Si Orozco siembra, talvez en demasía, reflexiones y máximas en su poema, éstas suelen ser nobles y ver-

daderas. Hablando de la guerra, personificada en Marte, se expresa así:

De la razón a veces amigable  
y poderoso defensor se ostenta:  
no lleva siempre, no, la lamentable  
venta de la ignorancia turbulenta....

A propósito de la ciencia y del valor militar que deben adornar a un jefe, discurre de esta manera en persona del monarca español:

Preferir dignamente se debería  
aquel a quien adorna y ennoblece  
la ciencia militar, brillante guía  
sin la cual el valor no resplandece:  
una ciega y frenética osadía  
¡oh cuánto las empresas oscurece!  
pues que de la ignorancia los arrosos  
son de sí mismos trágicos despojos.  
La ciencia sin valor no desempeña  
el crédito de un jefe esclarecido:  
el que sin alas en volar se empeña  
de necio yerra más que de atrevido....

En otro lugar dice del valor:

¿Qué le impide al valor lo insuperable?  
¿Talvez no conseguir? Mas esto es nada  
para quien colocó su propia gloria  
en emprenderlo, más que en la victoria.

Refiriéndose al mérito, afirma que

El mérito de acasos no depende,  
sí de los hechos: aun desde la cuna  
Hércules mereció con propia mano  
el aplauso debido a un veterano.

Entre las buenas pinceladas que sabe dar Orozco  
contaremos aquella con la que pinta los triunfos del  
Duque de Crillon:

A los impulsos de su mano airada  
le faltó el campo y le sobró la espada.

Compite con ésta y aun la supera la que retrata el  
valor inquebrantable de Murray:

Pues donde él mismo a la defensa se halla,  
de bronce o de diamante es la muralla.

Referida la capitulación de la fortaleza de San Fe-  
lipe, concluye con buen acuerdo:

El valor cedió al valor: eterno asombre  
del vencedor y del vencido el nombre!

Entre las armonías imitativas no dejaremos de co-  
piar los versos en los que imita el disparo de un cañón:

De la fuerza naval los oficiales  
de su parte a la acción daban el lleno,  
rayos mil arrojando artificiales  
*al ronco rimbombar de un solo trueno . . .*

Ya que hablamos de imitaciones o semejanzas, bu-  
no será transcribir aquí otros versos de Orozco que,  
además de los citados anteriormente, guardan alguna  
analogía con estos de Olmedo:

Y el canto silencioso  
duerme sobre las cuerdas de su lira . . .

Orozco dice:

Cuando marcial estrépito cual trueno  
el estro despertó que en mí dormía . . .

En conclusión: *La Conquista de Menorca*, más que en el conjunto, es apreciable en muchos de sus detalles.

Como no es posible copiar íntegros los cuatro cantos, nos contentaremos con presentar a nuestros lectores únicamente el cuarto, que es el mejor.—(Véase el Apéndice).

**Ambrosio Larrea.**—1º Hijo de Riobamba es el P. Ambrosio Larrea, que nació en 1742, y entró en la Compañía de Jesús en 1759. Pocos años habían transcurrido de su ordenación sacerdotal, cuando tuvo que trasladarse a Italia en compañía de los demás jesuitas, expatriados por Carlos III. No consta la fecha de su fallecimiento.

2º—Aun antes de su destierro se había dado a conocer como cultivador de la gaya ciencia; sin embargo, lo mejor que conocemos lo escribió en Italia, y en su mayor parte en idioma italiano.

Su talento poético es mediano, pero hay en sus versos pureza y corrección, facilidad y armonía: fáltanles buen gusto y sobriedad.

3º--Sólo seis piezas conocemos escritas en castellano: *Endechas*, dos sonetos *A Ntra. Señora de Dolores*, *Décimas* a Mons. Siestrenczewicz, otras *Décimas* al P. Juan de Velasco, un *Romance* sobre el incendio de la "Memoria Católica."

Las *Endechas*, que escribió Larrea para deplorar la muerte del célebre escritor mejicano, D. Francisco Javier Clavijero, son relativamente lo mejor entre las de tono serio, sin que puedan colocarse, ni mucho menos, entre las buenas elegías. En ellas encontramos una que otra pincelada buena:

Murió; pero su nombre,  
cual luz de la mañana,

a cada instante crece  
y a pesar de las sombras se propaga;

mas la exageración de conceptos es mucha y el sentimiento escaso, no obstante los esfuerzos del poeta en aparentarlo. En el epitafio con que terminan las *Endechas* hay cierta contradicción. Por una parte se dice:

Su nombre sólo basta  
para hacer su memoria  
eterna en los anales de la fama. . .

Por otra se añade:

El siglo de las luces  
ya pierde la esperanza  
de conservar tal nombre  
viendo apagado el sol que le alumbraba.

Suprimidas las dos últimas estrofas del epitafio, éste hubiera adquirido más gracia.

Dejos de gongorismo tiene aquello de

Mezclen con sus cenizas  
ardiente llanto tus dolientes ansias.

No podemos menos de aplaudir y transcribir aquí dos estrofas de las *Endechas*, en las cuales se hace mención, siquiera de una manera general, de América, patria del poeta y del llorado escritor:

América, delicia  
de las más nobles almas,  
tu defensor invicto,  
díme, ¿por qué no alienta, por qué calla?  
.....

Ven, América triste,  
y, abriendo la urna helada,  
mezclen con sus cenizas  
ardiente llanto tus dolientes ansias,

(Véase el Apéndice)

Las *Décimas* que dirigió Larrea a Mons. Siestrenczewicz, Obispo de Rusia Blanca y Delegado Apostólico, por haber éste abierto el Noviciado de los Jesuitas de Rusia, el 30 de junio de 1779, son ocho y fluyen con facilidad y corrección, en tono más histórico que poético.

Las otras *Décimas* escribiólas Larrea cuando tuvo conocimiento de la total sordera que le había sobrevenido al P. Juan de Velasco. En tono festivo y alegórico, y con alguna gracia, deplora de tal suerte el infortunio de su amigo, que las seis *décimas* vienen a ser una alabanza de éste.

No sin gracia y en tono satírico y festivo se compuso el *Romance* sobre el incendio de la "Memoria Católica."

Los sonetos consagrados *A Nuestra Señora de Dolores* no pueden parangonarse con los de Viescas. Si en el segundo, que es el mejor, hay unidad—aunque no muy clara—de pensamiento, el desarrollo es defectuoso por varios conceptos. Las comparaciones son forzadas y de mal gusto casi todas. ¿No es imagen enteramente gongorina la del *alba que llora*? Del mismo jaez y basada en falso supuesto es la afirmación de que el llanto de la Virgen muestra sólo dolor, como lo muestra *el tierno rocío de la aurora*,

4<sup>o</sup>—No son muy distintos los siete sonetos italianos que hemos leído de Larrea. Parece que el molde del soneto viene demasiado grande para el argumento o pensamiento que nuestro poeta trata de encerrar en él. De

aquí el que consagre en los tercetos, todos sus esfuerzos a estirarlo con expoliciones más o menos desgraciadas.

Tomemos, por ejemplo, el soneto que deplora la muerte de cierto arzobispo y que León Mera considera como el mejor. Hay ciertamente más claridad y mejor gusto que en el soneto castellano anteriormente citado; pero en medio de cierto suave sentimiento y armonía métrica, resaltan la verbosidad y la difusión, que en este género son graves defectos. ¿Quién no ve que es una demasía emplear los ocho primeros versos del soneto para concluir simplemente con que

M' avvisano la morte del Pastore?

Y como con ello no llenaba todavía el molde, repite el mismo pensamiento en todo el primer terceto:

Veggio funerea tomba già innalzata,  
E ah! dico allor, il caro Padre é morto,  
Crudel, ci lo rapí la morte ingrata.

Pero, ¿antes no se lo habían dicho esto mismo, *il mesto suono, i gemiti, i sospiri, e quel pallore, pianto, lutto, silenzio, flebil tuono*, etc., etc.?

Por último, no es verosímil, como afirma el poeta, que el alma del arzobispo hubiese estado en el féretro, aguardando que aquel dirigiera su mirada al catafalco, para volar al cielo:

Rivolgo il guardo attonito ed assorto,  
E miro allor quell' anima beata  
Lieta volar verso il celeste Porto.

Tampoco consideramos nosotros digno de aprecio el segundo soneto que cita León Mera y que tiende a enaltecer el nuevo sepulcro de Dante, mandado a fabricar por el Cardenal Valenti Gonzaga.

Después de una evocación del poeta delante del sepulcro de Dante, aparece el alma de éste en forma de paloma, póstrase a los pies de Valenti, y le dice:

Per voi, Gonzaga, sono fra i viventi.

Aquí pudiera haber terminado el soneto, pero como faltaban tres versos para los catorce, añádese una glosa que está demás.

No nos agrada tampoco la aparición del alma de Dante, en forma de paloma, para tan poca cosa.

Tras de un soneto *A la Santísima Trinidad*, que es inferior a los dos anteriores, encontramos cuatro, escritos con ocasión de una famosa cuaresma que predicó en Ravena el P. Cayetano Angiolini. Los temas son los de los sermones predicados: *Del amor de Dios, Del juicio final, Del infierno, De la gloria*. Todos ellos van dirigidos al predicador.

El de *El Infierno* es el que mejor cumple con las condiciones del soneto:

“Inferno! Oime, que subitaneo orrore  
Nell’ alma mia s’ infonde! Ancor io sento  
Una voce che dice in fondo al cuore:  
Breve piacer, eterno patimento!

Presente alla mia pena ’l Dio d’ amore,  
Será amara cagión del mio lamento:  
Ma lontano da me, che gran dolore!  
E tormento maggior d’ ogni tormento!”

Disse, ed allor attonita l’ udienza  
Si conturba, sospira, s’ addolora,  
Sente novi pensier di penitenza.

Perdono il peccator piagendo implora,  
Il giusto teme adordo d’ innocenza,  
E del Dio grande la giustizia adora.

De bueno igualmente puede calificarse el soneto escrito con motivo de haber visto Larrea estampados en un pañuelo los delitos atribuidos a los jesuítas. El carácter satírico-epigramático del segundo terceto le hace muy recomendable.

Además de los sonetos consérvanse tres poesías líricas en italiano: *Al P. José Dávalos cuando celebró su primera misa; Apología del estío; y A Nuestra Señora de la Luz.*

De la primera sólo diremos que aunque encierra uno que otro pensamiento, dotado de ingenio y gracia, es común, tan común que bien púdiera, sin ninguna variación, aplicarse a cualquiera otra persona, en iguales o parecidas circunstancias.

La *Apología del estío* comienza con un hermoso cuadro campestre de la estación, pasa luego a comparar las cuatro edades de la vida humana con las cuatro estaciones, y concluye haciendo una apología del estío. Si alguna novedad tiene, no es en el fondo, sino tan sólo en la forma. Lo mejor es el primer cuadro:

Vieni Stagione amabile  
A rallegrar il core  
Del Villanel intrepido,  
Del saggio agricoltore.  
Di quella stagion parlasi,  
Ove da Febo amico  
Co' i raggi suoi s' illumina  
La valle, il monte aprico.  
Risplende il ciel pacifico  
La terra si riveste  
Del verde suo gratissimo,  
E di smaltata veste.  
Trovan le capre e pecore  
Pascolo sempre eletto  
Sol che lo sguardo volgano  
Fuor dell' usato tetto.

E l' agnellino candido,  
Lasciando il niveo seno,  
Giá salta, corre, e fermasi  
Lieto nel prato ameno.

E l' Usignolo e il Passaro  
E ancor la Rondinella  
Y grati giorni aplaudano  
In metrica favella....

La mejor de todas las poesías italianas y castellanas, por su arte, inspiración y movimiento de afectos, es la que va dedicada *A Nuestra Señora de la Luz*. Alguna vez flaquea el buen gusto y dejan que desear la sobriedad, la claridad y el ritmo del verso. Los retratos tanto de Nuestra Señora como de la sierpe que se enrosca a sus pies están hechos con novedad y gracia; pero pudiera tildárseles de algo vagos. La composición que escribió el P. Juan de Velasco con el mismo epígrafe, es muy inferior a la de Larrea por todos aspectos.—(Véase el Apéndice)

**Joaquín Larrea.**—1º—Hermano de Ambrosio Larrea y menor que éste con un año fue Joaquín Larrea, que nació en Riobamba en 1743 e ingresó a la Compañía de Jesús en 1761. Trasportado a Italia cuando aun no era sacerdote, logró sobrevivir al restablecimiento de la Compañía. Ignoramos el lugar y la fecha de su muerte.

2º—Aunque León Mera dice que nada escrito en castellano se conserva de Joaquín Larrea, asegura el Dr. Pablo Herrera que existen varias composiciones, casi todas de carácter satírico-burlesco. En el trozo citado por Herrera no encontramos propiamente poesía, sino tan sólo agudezas, que se reducen a juegos de palabras:

En hacer coplas he dado,  
Por ser esto lo que se usa  
Aunque vea que mi musa  
Ha quebrado.

Soy un poeta al revés,  
Que, por decir agudezas,  
Si otros quiebran sus cabezas,  
Yo los pies. (1)

Mas, dirán ya los malvados,  
Que parezco curandero;  
Pues sólo componer quiero  
Pies quebrados.

Pero, en tan grande zozobra,  
Aun más se alienta mi vena,  
Y luego pone y ordena  
Pies a la obra. (2)

El asunto que hoy se toma  
Es de Herodes un asunto;  
Asunto ha de ser con punto  
Y con coma.

Herodes, pues, según leo,  
Érase un rey muy avieso,  
Y es testimonio, confieso,  
De Mateo.

Todos sienten a este intento  
Que Herodes se condenó;  
Mas sepan todos que yo  
No lo siento.

De sólo una cuchillada  
Alegan que hizo mil muertes,  
Mas todo esto, si lo adviertes,  
Fue *niñada*.

---

(1) Alude a la estrofa que emplea en esta composición y que suele denominarse *pie quebrado*.

{2} Hace referencia a la medida métrica latina, que se llama *pie*

3º —La musa de Joaquín Larrea aparece en los sonetos italianos dotada de sentimiento más suave y de más sobriedad que la de su hermano Ambrosio: se acomoda mejor a la índole del soneto, aunque en la versificación es menos rítmica.

Cuatro son los sonetos italianos: uno dirigido al P. Cayetano Angiolini después de la cuaresma que éste predicó en Ravena; dos que encomian la vocación a la Compañía de Jesús del joven popayanejo Ignacio Tenorio; y el cuarto que sólo es una traducción de un epigrama de su compatriota el P. Joaquín Aillón.

El primero es el mejor por el desempeño general, la suave melancolía que respira y las buenas pinceladas con que pinta al *peregrino en el ciclo romano* y el sol que está para hundirse en el ocaso. Sobre todo esta última pincelada tiene, a buen seguro, poquísimos similares en nuestra literatura.

Quel Pellegrin, che dopo lungo errare  
Per erma valle, o inospita foresta,  
Affretta il passo e il piede non arresta,  
Il sole già vedendo tramontare:

La chiara face, che già per smorzare  
Tremolo lume stá, vibra funesta  
Or vivace la fiamma, ed ora mesta,  
Ch' ambiguo lume par, già par fumare,

Il sole siete voi: io Pellegrino,  
Ch' il passo raddoppiai da ciel Romano,  
Vedendo a tramontar il sol vicino:

Voi la Fiaccola chiara, che lontano  
Agli occhi invola omai fatal destino,  
Dolce Francesco, amabile Gaetano.

**Manuel Orozco.**—El P. Manuel Orozco, hermano mayor del P. José Orozco, tuvo su cuna en Riobamba, el año 1728, e ingresó a la Compañía en 1745. Murió en Italia en fecha para nosotros desconocida.

El P. Manuel Orozco es como poeta muy inferior a su hermano José. Comprueban su grande amor a la Compañía no menos que su escaso numen poético, las 194 décimas que compuso con el rubro de *Lamentaciones por la muerte de la Compañía de Jesús y consuelos al ver que comienza a resucitar en la Rusia*. Se le pueden perdonar a Orozco la excesiva extensión y la difusión, el mal gusto, el prosaísmo y el gongorismo de muchos pasajes, por la fluidez y el sentimiento con que escribe. No más de cinco décimas merecen el honor de la reproducción:

Nunca pudiendo olvidarme  
Que vivo de tí privado,  
Mi discurso no cansado  
A tí procura llevarme.  
Jamás podré yo apartarme  
De tí, mi centro querido,  
Cual tórtola que ha perdido  
Los polluelos que bien ama,  
Y, andando de rama en rama,  
Mil veces se vuelve al nido.

Mil veces me vuelvo al nido,  
Y mil veces se me van  
Las ansias tras del imán  
De su centro apetecido.  
Más bello cuando perdido,  
Me pareces más amable.  
¡Oh, si fueras rescatable  
Con el copioso tesoro  
De las lágrimas que lloro,  
Mi mal fuera remediable!

¡Oh encanto del alma mía!  
Si pudiera yo encontrarte  
En la más remota parte  
Del mundo, hasta allá me iría.  
Sólo así darte podría

Un testimonio sincero  
De mi afecto verdadero;  
Mas no pudiendo, allá irán  
Mis suspiros y dirán  
Que estando sin tí, me muero.

Estas lágrimas que ván  
Con mis suspiros mezcladas,  
Por esos aires llevadas,  
Mi estado infeliz dirán.  
Informar ellas podrán,  
Cuando te hubieren hallado,  
Que a la congoja entregado  
Estoy sin tener consuelo,  
Por no poder yo de un vuelo  
Llegar a mi centro amado.

Dirán que yo me enloquezco,  
Cual aguja por su centro,  
Viendo al Norte por si encuentro  
La quietud que en tí apetezco.  
Dirán que al mundo aborrezco,  
Como a mortal enemigo:  
Que paz no tengo conmigo,  
Ni la tendré hasta morir,  
Si no llego a conseguir  
Volver a tu dulce abrigo....

**Mariano Andrade.**—El P. Mariano Andrade nació en Quito en 1734, entró en la Compañía en 1750 y murió en Italia durante la extinción de la Orden.

De las diversas composiciones latinas y castellanas que escribió, sólo hemos podido leer un largo romance elegíaco, compuesto con motivo de su destierro, y titulado *Despedida de Quito*.

Andrade revela en su romance, con el mismo mal gusto de Manuel Orozco, mayor vulgaridad de pensa-

mientos y menos sentimiento e imaginación. Poquísimos son los versos que se pueden citar, libres de algunos de estos defectos:

¿Cuándo volveré a habitar  
Esa ciudad, donde unidos  
Se ven entre mil delicias,  
Dulcísimos atractivos?

.....  
Allí es donde siempre el aire,  
Adulando los sentidos,  
Es respiración vital,  
Templadamente benigno.

.....  
La planta que se ha arrancado  
De su terreno nativo,  
Muere, perdiendo aquel suelo  
A quien debió su cultivo.

Así también yo arrancado  
Del propio cielo patricio,  
Daré la vida, perdiendo  
El terreno, en que he nacido....

**Rafael García Goyena.**—1º—El Dr. Rafael Ignacio García Goyena, nació en Guayaquil en 1766, y murió en Guatemala en 1823. A la temprana edad de 12 años se trasladó a Guatemala, donde hizo sus estudios y llegó a ser abogado distinguido.

2º—Es cierto, como afirma el guatemalteco Antonio Batres Jáuregui en su *Literatura Americana*, que “nuestro, Pedro, conocedor profundo del corazón humano y de las costumbres, vicisitudes y estado político de su querida patria de adopción, se propuso en sus apólogos dar sabios y útiles consejos, enseñar máximas de la más pura moral, reprimir y corregir muchos de los vicios

dominantes y divertir al mismo tiempo a sus conciudadanos;" sin embargo, preciso es confesarlo, no alcanzó en la mayor parte de sus *Fábulas* la perfección que exige el arte.

García Goyena sabe pintar con buen orden, claridad y naturalidad los personajes y los escenarios de sus apólogos; pero, por falta de acendrado gusto, sobriedad y selección de detalles, aquellos resultan largos, de escaso interés y faltos de movimiento. Preocúpase demasiado el fabulista, como buen abogado, de enumerar todos los antecedentes y concomitantes de la acción alegórica, urdiendo así una narración *ab ovo*, como diría el viejo Horacio. Cuánto mayor interés no tendrían muchas de sus fábulas, si en ellas condujese al lector *in medias res, non secus ac notas*, para ir insertando después las circunstancias que más las ilustran y realzan. ¿Quién no ve, por ejemplo, que del apólogo *La araña y el mosquito*, pudieran descartarse, sin detrimento del interés y objeto literario, las *cuatro* primeras estrofas?

Cansado de ver procesos  
Escritos para constancia  
De los humanos excesos,  
Ayer salí de mi estancia,  
Y en un jardín me paseaba  
Que se halla a corta distancia.  
Sin reflexión repasaba  
Con vista vaga y errante  
Cuanto allí se presentaba.  
Pero en ese mismo instante  
Mi atención entera llama  
Un objeto interesante.  
Puesta en una y otra rama . . .

.....

Aquí comienza propiamente la acción. Lo que hemos dicho del principio, podemos también aplicar a

aquella estrofa, en que, después de haber referido que el mosquito cayó preso en la telaraña, añade:

Porque de aquella babaza  
Glutinosa que se exprime,  
Fabrica su fuerte hilaza.

¿Quién ignora ésto? ¿Qué gracia o interés se comunica con ello a la acción? ¿Qué falta hace para su clara exposición? . . .

Ni se diga que Samaniego, en una de sus mejores fábulas, *El labrador y la Providencia*, tiene un exordio semejante, porque todo lo que allí se dice, es necesario para la inteligencia y el fin que se propuso el autor.

Debemos también advertir que no todas las *moralejas* fluyen con la debida naturalidad y claridad. Léase, v. gr., la fábula titulada *La mosca, la hormiga y la palomilla nocturna*. Habiendo descrito el modo de vivir que cada personaje tiene y la muerte que en él ecuentra, saca por moraleja, que *no son los hombres más rectos*. Como esto es muy vago y oscuro, trata de explicarlo en tres quintillas, añadiendo así un nuevo defecto literario.

Aunque la versificación es por lo regular fácil y rítmica, no deja de estar manchada por abusos prosódicos. Tampoco podemos aprobar ciertos pecados contra la gramática, como cuando dice *usolan* ("La mosca, la hormiga y la palomilla nocturna") por *asuelan*; *hubieron* ("Los sanates en consejo") por *hubo*, etc.

Lo que sí merece plena aprobación, es el carácter netamente americano, más aún, guatemalteco, de sus producciones, no sólo en los escenarios y personajes, sino también en los asuntos, que son contemporáneos y nacionales. En sus fábulas políticas, por ejemplo, habla, como hijo de la colonia, de las Cortes de Cádiz, y, como residente en la república de Guatemala, de sus congresos. En las Fábulas de García Goyena no encontramos, como acontece en las obras de nuestros no-

veles poetas, ni águilas, ni ruiseñores, ni otros objetos desconocidos en nuestro continente, sino quesales, sanates, etc., propios de América, o más bien dicho, de Guatemala. Para nosotros, que no conocemos ciertas aves y cuadrúpedos de esta república que intervienen en los apólogos de García Goyena, éstos pierden mucho de su gracia e interés; mas en cambio, esto mismo demuestra el carácter original y hondamente nacional que los anima.

3º—El tomito de las *Fábulas* de García Goyena contiene unas treinta y una, más otra que encontramos en la Antología Ecuatoriana, son 32, entre políticas, morales, literarias y ascéticas. De todas ellas puede entresacarse una media docena, número suficiente para que, en unión de sus cualidades, se coloque a nuestro poeta entre los fabulistas de segundo orden. Las que nosotros estimamos por mejores son: *La araña y la oruga; Los perros; Los muchachos, los sanates y el loro; El mulo, el Potrillo y la Picaza; El macho de arriero y el caballo de carreta; Los animales nocturnos, la mariposa y la golondrina.*

El argumento de *La araña y la oruga* es nuevo, los personajes están bien escogidos y contrapuestos. Sin embargo el razonamiento de la araña podía ser más conciso. La expresión *las entrañas se devana*, empleada en vez de *desentrañarse*, no es castiza. Tampoco aprobamos las incorrecciones contenidas en los versos: *La antigua piel se desnuda . . . . . Con cuyo doloso arbitrio . . . . . Contestándole a Voltaire los sarcasmos y la zumba . . . . .*— (Véase el Apéndice).

Más breve, de buena invención y de personajes apropiados al objeto, es la fábula de *Los perros*, escrita contra los socialistas. La moraleja es breve, clara y bien deducida. Vence en corrección a la anterior.— (Véase el Apéndice)

Mayor invención hay en *Los muchachos, los sanates y el loro*, pero deja que desear la concisión. El diálogo de los muchachos ante el nido de sanates destruido, es muy natural.

Sátira picante encierra *El mulo, el potrillo y la picaza* contra los bastardos que se glorian de su ilustre abolengo. El lenguaje de éstos está bien imitado.

Igualmente satírica es la fabulilla de *El macho de arriero y el caballo de carreta*, en la que el autor zahiere a los que se jactan de haber visto muchas tierras y visitado grandes ciudades. Suprimida la introducción, por innecesaria a la acción alegórica, esta fábulita es una de las más cortas y claras. Como la aplicación o moraleja fluye con mucha naturalidad, el autor no se cuida de sacarla, mejor dicho, la saca con delicadeza y novedad, diciendo:

Yo como soy enemigo  
De malquistarme, no quiero,  
Por cuanto oro tiene el mundo,  
Aplicar a nadie el cuento.

Como no son determinados ni el macho ni el arriero, es incorrecto gramaticalmente el empleo del artículo *el* en el verso: "Con *el* macho *del* arriero." Para comprender mejor la falta, léase toda la estrofa:

A corta distancia estaban,  
De conformidad paciendo,  
Un caballo de carreta  
Con *el* macho *del* arriero,

Suponemos que por un error tipográfico se dice: "¡Qué bosques y *de* llanuras!"; pues bastaba, para mayor corrección sustituir la preposición *de* con *que*, escribiendo: "¡Qué bosques y qué llanuras!"

Como se hubiera dado en Guatemala un bando ordenando que desde las seis de la tarde en adelante to-

dos anduviesen con luz, bajo pena de un peso, nuestro compatriota no dejó pasar la ocasión para consignar una verdad muy llana en ésta y en otras disposiciones legales, a saber, que

Los inocentes cumplen  
La *ilustre* providencia,  
Y a oscuras como siempre  
Los malvados se quedan.

Esta es la moraleja de la fábula de *Los animales nocturnos, la mariposa y la golondrina*. En pocos apólogos como en éste, entra directamente García Goyena en la relación de la acción. Pocos son, igualmente, los que, como éste, se hallan libres de incorrecciones— (Véase el Apéndice)

En la *Nueva Lira Ecuatoriana* hemos encontrado la *Canción a la Libertad*, que es la única poesía lírica que conocemos de García Goyena. En ella nuestro poeta voló con alas ajenas, y sucedió lo que no podía menos de suceder: que cayó en el prosaísmo más pedestre y ramplón. A la tortolilla que tiene su nido en las cercas, bien está que revuele en las eras y trigales; no debe pretender dominar los espacios como el cóndor de las cordilleras. García Goyena no debió salir del campo de la fábula, donde podía ensayar sus vuelos con bastante holgura.

En la *Canción a la Libertad* nada hay de poesía: los pensamientos de sus estancias son vagos, vulgares, descoloridos y fríos. En la segunda estancia dice negativamente lo mismo que afirmativamente lo había dicho en la primera. Casi por el mismo camino van las estancias tercera y cuarta, con la particularidad de ser más prosaicas. Entre las expresiones viciosas y de mal gusto no dejaremos de citar los versos:

Y sin tí (la Libertad) el bosque ocioso  
Nace, muere y no surca el mar ondoso.

**A las Siete Palabras del Redentor en la Cruz, de una musa quitense.**—*Cuartetas*—No creemos indigna de la publicidad la composición anónima que, con el título transcrito, encontramos en la *Colección del Ocioso de Faenza*. Devoto, más que inspirado, de sentimiento templado y grave, de versos fáciles, de lenguaje correcto y castizo, es el mejor romance que conocemos del siglo XVIII. Una que otra vez paga tributo al conceptismo de la época.

Después de una corta introducción, expone el sentido de cada palabra, y luego hace la correspondiente aplicación moral, llena de afecto y unción.—(Véase el Apéndice)

**A una dama de travieso genio, un ingenio travieso quitense, anónimo.**—*Canción burlesca*.—Tomada también de la *Colección* del P. Velasco, esta poesía es una muestra no despreciable del género satírico-burlesco del siglo XVIII. En ella satiriza el anónimo poeta quitense, con agudeza y gracia, ciertas amistades, no muy raras en la sociedad, en las que entran por medio el egoísmo y el interés venal. El lenguaje es culto, correcto y generalmente propio. La disposición de los pensamientos pudiera ser más regular.

La estrofa empleada es una verdadera curiosidad métrica. Consta de diez versos, de los cuales el primero es de seis sílabas; el segundo y tercero son de nueve; el cuarto, quinto, sexto y nono, de ocho; el séptimo y octavo, de doce; el décimo, de once, rarísimo por cierto y muy desgarbado. Todos estos versos llevan asonante, a excepción del quinto que es libre y generalmente llano. El primero y el tercero terminan en la letra *e* aguda, todos los demás en la letra *a*, también aguda. La asonancia no se sostiene en todas las estrofas con rigor, degenera algunas veces en consonancia. Los dos últimos versos forman en estribillo.

Hemos dicho que esta estrofa es una curiosidad métrica, mas con ello no aprobamos en manera alguna, la monótona cadencia que resulta de juntar al fin ella cinco versos asonantes seguidos y agudos, con tormento no pequeño para un oído bien afinado. La fuga de lo común y vulgar, cuando traspasa los linderos del buen gusto, deja de ser virtud y se trueca en vicio: *In vitium ducit culpæ fuga, si caret arte.*—(Véase el Apéndice)

## § II. PROSA

**GENERALIDADES.**—La prosa tuvo más cultivadores; sin embargo, las obras propiamente literarias son todavía escasas. La mayor parte de los escritos pertenece al género histórico, yá en la forma propia de historia, yá como vidas o relaciones. Los hay también oratorios y aun críticos, alguno didáctico, y uno que otro ascético. No hacemos mención de las obras filosóficas y teológicas, aunque ellas sean numerosas, por cuanto sus autores, que son en su mayoría jesuítas, las escribieron en latín. Siguiendo el orden cronológico, hablaremos de Sor Catalina de Jesús María, Riofrío y Peralta, Sancho de Escobar, Manuel Mariano Echeverría, Alcedo, Espejo, La Fita, Velasco, Ayllón y Butrón.

**Sor Catalina.**—Sor Catalina de Jesús María Herrera nació en Guayaquil a principios del siglo XVIII, y murió en Quito en 1795. Desde sus primeros años manifestó no escaso talento y grande inclinación a la piedad. Venciendo no pocos obstáculos, entró en el convento de Santa Catalina, donde llevó una vida ejemplar.

Por mandato de sus confesores escribió su propia *vida*, en estilo sencillo y nada contaminado con el culturanismo. Léase una de sus visiones:

El día de pascua de resurrección de este año de 1761, acabada la comunión, quedé recogida, dando gracias, y luego se manifestó una peña, en forma de paredón, y al medio un puente-cillo tan angosto, que parecía una línea, por donde andaba sin temor de caer, una niña pequeñuela: corría y jugaba sin cuidado de la profundidad que había al otro lado de la línea. Creí que iba a dar en el abismo: lo que me causó un pavor y un temor de si yo misma caería allí, y con este susto volví en mí, con el corazón que se me quería salir por la boca, y a este tiempo tuve la inteligencia de que aquella niña representaba, en su inocencia, a los justos, que, aunque caminen por los peligros del mundo, no temen caer en el abismo: se aseguran con su buena conciencia y la gracia. También representaba aquella niña a los pecadores, en diversiones, tan insensibles, y olvidados de sí mismos, andando por una línea peligrosa, sin mirar al otro lado por donde habían de caer en el abismo del infierno....

**Riofrío y Peralta.**—Don Diego Riofrío y Peralta, descendiente de una familia noble, nació en Loja, estudió en el Seminario de San Luis, se ordenó de sacerdote en 1725, y obtuvo el curato de Santa Bárbara, en la Capital. Habiendo ido a España para presentar su *Informe sobre las misiones del Amazonas*, falleció a poco de su arribo a la Madre Patria.

Con estilo sencillo y sobrio, lenguaje propio y correcto, compuso su *Informe*, que tiene la primera y principal cualidad de semejantes escritos, la veracidad.

**Sancho de Escobar.**—Por 1720 nació en Quito Sancho de Escobar. Hizo con brillo sus estudios en el Colegio de la Compañía de Jesús, siguió la carrera forense y después la eclesiástica. Con laudable laboriosidad desempeñó la cura de almas en varias parroquias, pero vivió en escasez, hasta su muerte, acacida a fines del siglo XVIII.

De Escobar sólo se conservan varios alegatos y discursos manuscritos. Célebre se hizo el sermón predicado el miércoles de ceniza del año 1755, a causa de las

persecuciones que le acarreó de parte de la Real Audiencia, por creerse ésta injuriada. Escobar es vehemente y facundo, hinchado a veces e incorrecto. Del citado sermón entresacamos algunos trozos:

Quito es aquella copa de la ramera Babilonia llena de culpas y abominaciones. Si buscáis la detracción, la calumnia, la murmuración y la mentira, en Quito encontraréis a millares esas malditas lenguas que envuelven la universalidad del crimen: lenguas de serpiente que arrojan veneno letal; lenguas que tienen por expresión dardos, y cuchillas por palabras; lenguas, en fin, cuyos cortantes filos hieren impiamente a la doncella recatada a pesar de su compostura, a la casada honesta a pesar de su recogimiento, al joven virtuoso no obstante su modestia, a la viuda honrada sin embargo de su pudor.....

¿Comete homicidio un desvalido? ¿Quién no admira la prontitud con que los jueces proceden a la prueba, la eficacia con que se pronuncia sentencia condenatoria? Pero si incurre un poderoso en una o muchas muertes, aunque para el secuestro de bienes sean exactos los jueces, por ser esta la feria donde aseguran sus ganancias, ¡cuánta es la lentitud con que procede la causa! Se admite al reo las excepciones, se dan por tachados los testigos, y, finalmente, rompiendo todas las cadenas de la ley, queda el delincuente, no sólo absuelto del delito, sino también lleno de estimación con los mismos jueces.....

Acordaos, Señor, de tantas infelicidades que oprimen nuestras vidas; vednos constituidos en la irrisión, el escarnio y oprobio de los hombres, huérfanos, desvalidos, sin padre porque los que debieran serlo se han convertido en nuestros enemigos, y nuestras madres gimen en la viudez sin hallar consuelo. Para nosotros ya no hay felicidad ni descanso; nuestras canciones son el llanto de la pena; nuestros instrumentos, el dolor, y en las dolientes cítaras de la miseria no entonamos otra música que el gemido y el sollozo.....

**Manuel Mariano Echeverría.** El presbítero Manuel Mariano Echeverría es hijo de Quito. Por su ciencia y sus virtudes mereció ser nombrado Vicario y Visitador de las Misiones de Mainas y del Marañón, después de la expulsión de los Jesuitas. A su regreso de la misión obtuvo una canongía en la catedral de Quito, pero falleció a poco tiempo, hacia fines del siglo XVIII.

Con buen orden, sinceridad, fluidez y naturalidad compuso una *Descripción de Mainas*, incluyendo en ella el Napo y Canelos. En la descripción se da a conocer la posición geográfica de los pueblos, sus productos naturales e industriales, juntamente con su estado político, social, moral y religioso. En la descripción de la Concepción de Jeveros se expresa así:

El pueblo de Jeveros se halla situado en una espaciosa y bella planicie, rodeada de hermosas campiñas de *gamalote* y cortada por arroyos de agua pura y cristalina. El aire que se respira es saludable, y sin aquella abundancia de mosquitos que tanto incomodan en los otros pueblos. En el centro está la población bajo una forma agradable; porque a una plaza de seis cuadras de longitud y cuatro de latitud, rodean en cuadro las casas formadas con simetría y a distancia de tres varas una de otra.

Los indios de esta nación prestaron importantes servicios a los padres Gaspar de Cujía y Lucas de Cueva, de la Compañía de Jesús de Quito, acompañándoles desde San Francisco de Borja y ayudándoles a la reducción de otros pueblos: son corteses, generosos, agradables en su trato y aplicados al trabajo, principalmente al de la cacería y pesca. Su industria consiste en la manufactura de cerbatanas, con que proveen a casi todos los pueblos de la misión. Tejen con particular aliño y hermosura ciertas arcas de mimbres muy fuertes, grandes y pequeñas, tan cómodas como seguras.

**Alcedo.**—El Coronel Don Antonio de Alcedo, hijo del Presidente Don Diego de Alcedo y Herrera, nació en Quito en 1735. Trasladado a España desde sus primeros años, hizo sus estudios en la Madre Patria, donde obtuvo el título de Capitán de las Reales Guardias Españolas y mereció ser miembro numerario de la Real Academia de la Historia.

Alcedo compuso el *Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales o América*, en el cual se hace la descripción física, política y religiosa de las diversas naciones, provincias, ciudades y aldeas, consignando al mismo tiempo datos históricos muy importantes. Es

obra que presupone no corta labor, y muy útil, sobre todo para aquellos tiempos, en que los conocimientos geográficos e históricos eran tan escasos.

Un diccionario geográfico no es materia a propósito para lucir en ella exquisitas dotes literarias: las que Alcedo manifiesta en su *Diccionario* son buen orden, verdad e ilustración, con pureza y corrección de lenguaje.

Muchas cosas han cambiado con el transcurso del tiempo, como es natural; no faltan en el *Diccionario* inexactitudes y aun errores manifiestos, como cuando se afirma ser hijo de la ciudad de Quito nuestro insigne geógrafo Don Pedro Maldonado; pero, así y todo, es innegable que la obra de Alcedo merece estima, como que en muchas ocasiones hay que acudir a ella en busca de datos históricos y geográficos.

Defecto notable de Alcedo es la mala construcción de cláusulas. Son estas de ordinario tan extensas, que engendran oscuridad en el sentido y cansancio en el lector. Al tratar, por ejemplo, de la Provincia y Corregimiento de Quito, todo lo relativo a este asunto lo encierra en una sola cláusula de dos páginas, reduciendo a miembros e incisos, pensamientos inconexos, que bien pudieran formar otras tantas cláusulas.

Por no permitirlo la índole de nuestros apuntes, nos contentamos con transcribir parte de la descripción de Quito:

El vecindario de Quito se compone de 58 000 habitantes Españoles, Criollos, gente de color e Indios; entre los primeros hay seis títulos de Marqués, uno de Conde, y muchos Caballeros de las Ordenes Militares y familias ilustres: los Criollos son dóciles, humanos, corteses, liberales, amantes de los extranjeros, inclinados a la piedad, y de despierto ingenio y capacidad; los Indios son los más cultos del Reino, sumamente hábiles en toda especie de artes y oficios, particularmente en la pintura y escultura. El temperamento es tan benigno que indiferentemente se viste todo el año ropa de seda y de lana sin incomodidad: abunda en toda especie de frutos exquisitos de que la proveen y abastecen las Ciudades y Pueblos de su jurisdicción, de modo que la plaza está hecha un vergel de frutas, flores, aves, hor-

talizas y cuanto puede desear la imaginación para regalo de la vida, y todo muy barato; hacía en otro tiempo un lucroso comercio que hoy ha decaído mucho. En medio de las circunstancias referidas tiene el contraresto de ser muy propensa a tempestades y terremotos que han causado mucho daño, especialmente el que experimentó el año de 1755: tiene un Cuerpo de Milicias establecido después del tumulto que movió la plebe el año de 1765; es patria de muchas personas ilustres en virtud, armas y letras.....

**Santa Cruz y Espejo.** 1º— Uno de los ingenios más ilustrados del siglo XVIII, Don Francisco Javier Eugenio Santa Cruz y Espejo, perteneció a la raza indígena y nació en Quito en 1747. Nulos son los datos que se conservan acerca de los primeros años de su vida. Acusado ante el Presidente Villalengua por los médicos y los frailes Betlemitas de haber hecho circular ciertos manuscritos contra ellos, aquel le aconsejó que se alejara de Quito, como lo ejecutó Espejo, fingiendo un viaje a Lima. Encontrándose en Latacunga se lo tomó preso y se le confiscaron sus papeles, por haber sido denunciado como autor de *El retrato de Golilla*. A pesar de no habérsele podido probar la paternidad de este escrito, se lo tuvo preso en Quito, hasta que Espejo obtuvo de Madrid que su causa fuese conocida en Bogotá por el Virrey. Este, que lo era Espeleta, no encontrando causa legal para la acusación, lo dejó en libertad en 1789. Imbuído como estaba Espejo en las ideas de emancipación política, púsose de acuerdo en Bogotá con Zea y Nariño, para trabajar en favor de la independencia americana. Vuelto a Quito, sus planes no tardaron en ser conocidos del Presidente Muñoz, por medio de una indiscreta revelación que hizo su hermano, el clérigo Juan Pablo Santa Cruz y Espejo, a una moznela de apellido Navarrete. Por este mismo tiempo habían aparecido en diversos puntos de la ciudad ciertas banderillas de tafetán rojo, en las cuales se leía por un lado, sobre una cruz de papel blanco: *Salva cruce, libertatem et gloriam*

*consequuto*; y por el otro lado, también sobre papel blanco: *Salva cruce: liber esto*. Con esto, no esperó a más el Gobierno colonial para encerrar a Espejo en una dura prisión, de la cual logró salir después de once meses, por la mediación de sus amigos, para morir en la casa de su hermana, en diciembre de 1795.

2º—Aunque las creencias religiosas de Espejo no hayan sido en el curso de su vida bastante prácticas, sin embargo ninguna prueba fehaciente existe para afirmar que las hubiera negado o que hubiera abrazado alguna doctrina contraria a ellas.

3º—Si Espejo fue audaz en concebir sus ideales políticos, más audaz lo fue en emprender la labor de reducirlos a práctica. Es evidente que el ejemplo de las colonias inglesas de la América del Norte y la Revolución francesa hicieron brotar en su espíritu el proyecto de emancipación y establecimiento de un gobierno republicano democrático en Hispano-América; pero, solo un hombre del temple de Espejo podía, bajo el régimen colonial de España, emprender en labor tan enojosa y llena de peligros.

El plan político de Espejo no sólo se concretaba al modo de verificar la emancipación, sino también a la manera de organizar el nuevo gobierno, conciliando los intereses políticos y sociales con los religiosos. Era idea suya que todas las colonias lanzaran el grito de independencia al mismo tiempo y que se prestaran mutuo apoyo contra la Metrópoli. Anhelaba, además, que en cada colonia se organizara un gobierno igualitario, y que las reformas que necesitaba el clero regular las hiciera la Autoridad Suprema de la Iglesia, a petición del gobierno civil.

4º—No carecía en Medicina de algunos conocimientos teóricos, aprendidos en uno que otro libro que había caído en sus manos, pero la mayor parte de su ciencia médica era empírica. “Sirvióle mucho para granjearse pronto reputación de médico docto y acertado la observación experimental que había logrado hacer desde niño en el hospital de Quito” (1) al lado del betlemita español, Fray José del Rosario, farmacéutico y médico no vulgar. El único trabajo que en esta materia nos ha dejado Espejo son sus apreciables *Reflexiones* sobre el método de curar la viruela, escritas por encargo del Cabildo Civil de Quito.

5º—Tiene Espejo la gloria de ser uno de los primeros escritores hispano-americanos que se han dedicado a la espinosa labor de la crítica. A esta gloria, sin embargo, no correspondió su desempeño. No le faltaban ingenio perspicaz y memoria feliz, pero sus conocimientos, aunque muchos y muy variados, no eran suficientemente profundos, ni poseía el gusto literario que era menester. Esta falta de sólida instrucción le arrastró en su crítica a no pocos errores y prejuicios, que no tienen otra explicación que la lectura superficial de ciertos autores adocenados.

Su imparcialidad tampoco fue cual exige esta clase de escritos. “Nótase en toda la obra de Espejo el marcado propósito de censurar a los jesuitas y de presentarlos como poco instruidos, pedantes y culpables de profesar un sistema de moral relajada. Cuando Espejo escribió su obra, los enemigos de los jesuitas estaban triunfantes; y nuestro compatriota era en Quito, el eco de las acusaciones, que contra los Padres de la Compañía de Jesús se hacían en Europa: pretendía, además,

---

(1) González Suárez: Historia General de la República del Ecuador, t. VII, pág. 114.

Espejo que su obra fuera patrocinada en la corte de Campomanes; y, para eso era necesario hablar desfavorablemente de los jesuitas." (1)

6º—Por más que Espejo haya disertado mucho sobre el método de enseñar Filosofía y Teología, manifiesta claramente que no posee estas ciencias. En las conversaciones del *Nuevo Luciano*, en que habla largamente de ellas, nunca sale de ciertas nociones generales y vagas y si alguna vez trata algún punto determinado, es para incurrir en errores, como acontece cuando discurre sobre las indulgencias o los Santos Padres. Aún más: usando de un sofisma, que honra poco a un filósofo, atribuye a los sistemas filosóficos o teológicos los defectos personales de los que los enseñan.

7º.—Tampoco sobre literatura tenía ideas exactas, como lo comprueba la peregrina afirmación, que estampa en la *Conversación Tercera* del *Nuevo Luciano*, de que no es posible aprender bien la Retórica sin conocer las Instituciones de Quintiliano y los *Tratados dignísimos* de Cicerón o de Longino.

A pesar de conocer las Instituciones de Quintiliano y los *Tratados* de Cicerón y aun de Longino, a pesar

---

(1) González Suárez: *Escritos de Espejo*, tomo I, pág. XLVIII. A propósito de este mismo asunto, continúa el Ilmo. Sr. Suárez, en la página siguiente de la citada obra: "El juicio que pronuncia contra los jesuitas de Quito, es muy desfavorable y se halla desmentido por la historia; pues consta que entre los jesuitas expulsados de Quito por Carlos III hubo algunos, como el P. Viescas y el mismo P. Aguirre, que en Italia llamaron la atención como doctos en Teología: ¿dónde se habían formado éstos, sino en Quito? ¿Con qué sistema de estudios, sino con el sistema seguido en Quito, alcanzaron tanta ciencia?... Espejo escribía su *Nuevo Luciano* en 1780, y, precisamente, en aquel mismo tiempo, algunos de los expulsados de Quito desmentían con su ciencia, allá en Italia, las aseveraciones absolutas del apasionado censor quiteño."

de poseer un talento natural aventajado y una vasta erudición, Espejo no es un literato. Fáltanle principalmente la imaginación y la sensibilidad para describir con claridad y amenidad, raciocinar con gracia e interesar con arte. No menos defectuoso que el fondo es la forma de los escritos de Espejo: el estilo es pesado y oscuro, las cláusulas desmañadas, y el lenguaje peca muchas veces contra la corrección y aun contra la pureza.

89. -- Muchas son las obras de Espejo, unas inéditas aún, y otras publicadas por la Municipalidad de Quito en dos tomos, bajo la dirección del Ilmo. Sr. Arzobispo, Dr. Dn. Federico González Suárez. Hablaremos de las principales.

El *Nuevo Luciano de Quito* es la obra más célebre de Espejo, yá por ser la más antigua del Ecuador en materia de crítica, yá principalmente por la polvareda que levantó en la sociedad colonial del siglo XVIII. Está escrita en forma dialogada. Los interlocutores son dos personajes reales: el primero, el ambateño. Dr. Luis Mera, es un crítico ilustrado y de buen gusto; el segundo, D. Miguel Murillo, tiene mal gusto y escasa instrucción. Todo el *Nuevo Luciano de Quito* se reduce a la crítica del sermón de la Virgen de Dolores, predicado en la Catedral por el gerundiano, Dr. Sancho Escobar, cura de Zámbriza. Valiéndose de esta ocasión, Espejo trata en nueve conversaciones o diálogos, del latín, de la Retórica y Poesía, del criterio del buen gusto, de la Filosofía, de la Teología Escolástica, de un nuevo plan de estudios teológicos, de la Teología Moral jesuítica y de la Oratoria cristiana.

Inspirado el autor en el *Fray Gerundio* del P. Isla, pretendió hacer en Quito lo que éste había hecho en España, no en la forma novelesca de aquel, sino en la dialogada de Luciano de Samosata. El designio fue laudable, mas no la ejecución. Espejo no tiene ni la

inventiva y gracejo de Isla, ni la chispeante sátira de Luciano. Además, échanse de menos en el *Nuevo Luciano* la claridad y la corrección, juntamente con el interés y movimiento de los diálogos del escritor griego. Aunque el fondo no es original, (1) sino tomado principalmente de Verney o el Barbadiño del Arcediano de Eborá, está bien acomodado a la circunstancias. En las apreciaciones hay unas acertadas y justas, mas otras son comunes, apasionadas y falsas.

9º—Con el fin de vengarse del mercedario, P. Arauz, compuso Espejo *La Ciencia Blancardina*, que es una agria censura de la *Aprobación* que, criticando al *Nuevo Luciano*, dió dicho religioso a la Oración fúnebre pronunciada por el Dr. Yépez en las exequias del Obispo de Badajoz. Es una continuación del *Nuevo Luciano*, por el procedimiento y forma en que está escrita. Consta de 7 conversaciones o diálogos sobre diversos asuntos morales y literarios. Además de los dos personajes del *Nuevo Luciano*, aquí se introduce un tercero, llamado Blancardo, que representa al P. Arauz: Blancardo es un simplón, Murillo aparece menos ridículo que en el *Nuevo Luciano*, y Mera más desapacible. La crítica carece de novedad, al diálogo falta vida, el lenguaje es incorrecto, el estilo raya con frecuencia en bajo.

10.—El *Marco Porcio Catón* es también otra obra de Espejo, quien la escribió como la "verdadera segun-

---

(1) "Las fuentes principales de la doctrina literaria del Dr. Espejo son las *Reflexiones* de Muratori *sobre el buen gusto*, las *Conversaciones de Aristo y Eugenio* del P. Bonhours, y más especialmente el *Verdadero methodo d' estudiar* del Barbadiño, con la misma mala voluntad de este último contra las escuelas de los Jesuítas y aun acrecentada y subida de punto" [Menéndez y Pelayo: *Antología de Poetas Hispano-americanos*, tomo 3, Introducción]

da parte” del *Nuevo Luciano* con el fin de poner en claro las objeciones que contra éste se hacían. Comprende siete diálogos.

11.—Las *Cartas Riobambenses* nos recuerdan las Provinciales de Pascal, y, aunque nó con el aticismo y gracia de éste, traza cuadros, si no perfectos, en ocasiones conformes a la realidad. Con menos amontonamiento de objetos, más orden y variedad, se leerían aquellas con agrado. El estilo es bastante suelto, aunque el lenguaje no mejora en corrección.

12.—Espejo es también célebre en la historia de nuestras letras por haber sido el primer periodista del Ecuador. La *Sociedad económica de amigos del país* escogió a Espejo por su secretario y redactor de *Las primicias de la cultura de Quito*, periódico quincenal, que por primera vez vió la luz pública en enero de 1792. Sólo siete números llegaron a publicarse, a causa de las persecuciones de que fue víctima su redactor. En el N<sup>o</sup> 1 se contiene, además de una *Instrucción previa*, una disertación, con el título de *Literatura*, sobre el atraso literario de Quito. Sigue un *Suplemento* que enseña un método de *Educación Pública*; y finalmente, una aprobación, tanto del Presidente, como del Obispo de Quito. Bajo el epígrafe de *Ciencias y Artes*, trata el N<sup>o</sup> 2 de la necesidad de cultivar, a lo Rousseau, la sensibilidad. (1) El N<sup>o</sup> 3 se reduce a una *Miscelánea*, es decir, a una *Carta escrita al editor de los periódicos sobre los defectos del N<sup>o</sup> 2*. En el N<sup>o</sup> 4, con el rubro de *His-*

---

[1] “Dióse [Rousseau] a moralizar, dice un escritor, en nombre de la *sensibilidad*, palabra de moda en el siglo XVIII y que en su vaga y elástica significación encubría extraña mezcla de sofismas, de lugares comunes y de instintos carnales”... [Poncelis: Historia de la Literatura]

*toria Literaria y Económica*, se empieza a publicar el *Discurso* dirigido desde Bogotá al Cabildo de Quito y a una *Sociedad patriótica*, precedido de una especie de prólogo sobre el amor de los libros y de la Patria. Con el mismo lema de *Historia Literaria y Patriótica*, abraza el N<sup>o</sup> 5 la continuación del *Discurso* dirigido a Quito, una *Carta escrita al redactor de los periódicos* sobre los *Efectos de sensibilidad patriótica*, y una *Versión parafrástica del Salmo Beatus vir*. En el N<sup>o</sup> 6 prosigue el *Discurso* dirigido a Quito, y a continuación una *Carta al redactor de los periódicos sobre la educación de los niños*. En el N<sup>o</sup> 7, tras de la conclusión del *Discurso*, aparecen unas *Anécdotas concernientes a la Historia*.

Creemos que no debe pasar inadvertido el método pedagógico que nuestro compatriota insinúa en su *Educación Pública*, el cual no es en realidad otro, que el que en nuestros días se conoce como novísimo, y lleva el nombre de *objetivo y oral*.

13.— El *Discurso dirigido a la muy ilustre y muy leal ciudad de Quito y a los socios provistos a la erección de una Sociedad Patriótica, sobre la necesidad de establecerla luego con el título de "Escuela de la Concordia"*, es notable no sólo como la única pieza de oratoria académica del siglo XVIII, sino también como el escrito más elocuente de Espejo. En él se esfuerza por llevar a los quiteños a un grado mayor de civilización, aficionándolos al trabajo y al estudio, una vez que la Providencia les ha dotado de aptitudes no comunes para las ciencias, las artes y las industrias. El ardiente deseo de imprimir sus ideas en sus compatriotas lo hace dar en exageraciones y lo vuelve a veces verboso y aun oscuro, a causa de la sobreabundancia de miembros en la cláusula y de la no muy visible dependencia de ellos. Son también lunares del *Discurso* varias desigualdades, incorrecciones e impropiedades.—(Véase el Apéndice)

14.—Cinco *sermones* se conservan de Espejo, predicados únos por su hermano Juan Pablo, y ótros por varios sacerdotes seculares. De los cinco, dos versan sobre Santa Rosa de Lima, uno sobre los Dolores de la Santísima Virgen, otro sobre San Pedro, y el último sobre la profesión de dos carmelitas. Los mejores son el de San Pedro y los dos de Santa Rosa. Imitan a los oradores franceses aunque la proposición no la enuncian clara y sencillamente como lo acostumbraban hacer éstos. No sólo carecen de unción, sino también de unidad oratoria y de solidez en las pruebas. Aunque eruditos y libres generalmente de culteranismo, están recargados de figuras retóricas que los hacen declamatorios. Obsérvese de paso, con el Ilmo. Sr. González Suárez, el espíritu monárquico tan exagerado, que llega a calificar de santo a Carlos IV.

**De la Fita.**—El Dr. Francisco Javier de la Fita y Carrión nació en Sabambe, en 1741. Estudió con los jesuítas en el Seminario de San Luis. Uno de sus antepasados fue Don Diego Vaca de Vega, conquistador de la provincia de Mainas y fundador de la villa de San Francisco de Borja. Ocupó distinguidos puestos y aun fue electo Obispo de Cuenca, pero no llegó a posesionarse del Obispado, a causa de su muerte, acaecida en Quito a principios del siglo XIX.

Con ocasión de haber hecho oposición al curato de Guano y de no haber obtenido su posesión, publicó una *Alegación jurídica*, que tuvo resonancia hasta en la Metrópoli. Su estilo es llano y noble, y su lenguaje castizo:

Es bien notorio, entre los juristas, que la fuerza en el modo de conocer y proceder consiste en la vulneración de las leyes y transgresión del orden establecido por ellas. Deben los jueces aplicar la justicia al que la tiene, sin desviarse de sus reglas, ni salir de la norma que establece el derecho, para su distribución. Si se apartan de lo justo, gravan con injusticia, y

es apelable su sentencia; y si se separan de las leyes, oprimen con violencia, y dan lugar, si son eclesiásticos, al real auxilio de la fuerza. El ejercicio de la judicatura tiene por centro los soberanos preceptos del legislador. El que excede sus límites y sale fuera de ellos, ni juzga como juez, ni puede menos que inferir violencia, perturbando la paz de la justicia. . . . .

### Juan de Velasco.

1º Riobamba se precia de contar entre sus hijos al jesuita, P. Juan de Velasco, nacido en 1727. A la edad de 17 años ingresó en el noviciado que los jesuitas tenían en Latacunga. Hechos sus estudios de humanidades, se dedicó a los de filosofía y teología en el Colegio Máximo de Quito y su célebre Universidad de San Gregorio. Consagróse por algún tiempo a las misiones de infieles, enseñó Filosofía en Ibarra, y Física en Popayán. Aficionado como era a la historia y a las ciencias naturales, recorrió por seis años el territorio de nuestra República, recogiendo las tradiciones de los diversos pueblos, visitando los monumentos antiguos y estudiando con la mineralogía, nuestra fauna y nuestra flora. Desgraciadamente vino a interrumpir tan importante obra la *Pragmática Sanción* de Carlos III, que lanzó a nuestro historiador a tierras extranjeras. La mayor parte de su destierro permaneció en Faenza, en donde pasó a mejor vida, el 29 de junio de 1792.

2º—Además de la *Historia del Reino de Quito*, escribió el P. Velasco la *Historia Moderna del Reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reino*, un curso de *Física* dictado en Popayán, una *Colección de poesías varias hecha por un ocioso en la ciudad de Faenza* y diversas composiciones poéticas.

3º—Veinte años llevaba ya dedicados a la *Historia del Reino de Quito*, cuando acosado por una grave enfermedad y conociendo que su obra no llegaba a la me-

ta deseada, resolvió condenarla a *perpetuo olvido*, como él mismo dice. A instancias, sin embargo, de sus amigos, determinó conservarla, reduciéndola a tres tomos: el primero que trata de la *Historia Natural*; el segundo de la *Historia Antigua*; y el tercero, de la *Historia Moderna*. (1)

Si no científica, por que no lo permitían ni el fin ni las circunstancias, (2) es la *Historia Natural* la más completa que hasta el presente se ha escrito entre nosotros. La de Wolf sólo la supera en el buen orden geográfico, en el tecnicismo científico y en el estudio de la mineralogía, pero le es inferior en la descripción individual y detallada, aunque vulgar y en muchos casos vaga, de los diversos caracteres y cualidades. Fray Vicente Solano hace en sus escritos descripciones científicas y vulgares al mismo tiempo, de varios animales y plantas del Ecuador; el justamente renombrado jesuita, P. Luis Sodiro, tiene estudios completísimos sobre determinadas familias y especies de nuestra flora; mas ni uno ni otro, un estudio general de los tres reinos naturales, a la manera de nuestro P. Velasco.

La *Historia Natural* del P. Velasco abraza cuatro libros: en el primero se hace una descripción geográfica

---

(1) La *Historia del Reino de Quito* la hizo imprimir por primera vez el Sr. Modesto Larrea, pero con supresión de los *Apéndices* y de una *carta geográfica* de la Presidencia de Quito trabajada por el mismo P. Velasco.

(2) Escribió Velasco la *Historia Natural* no para los doctos en ciencias naturales, sino para el común de las gentes. Las circunstancias de su avanzada edad y de su mala salud no le permitieron dedicarse al estudio de sistemas científicos, inventados hacía pocos años y todavía no muy generalizados, cuales eran los de Linneo y de Buffon. Sin embargo, Velasco reconoció las deficiencias de esta parte de su obra, y por ello, al entregar los manuscritos a su fideicomisario el P. José Dávalos, le encargó que se hicieran en la *Historia Natural*, las correcciones necesarias. El P. Dávalos, a su vez, hizo la misma recomendación al poner en manos de D. José Modesto Larrea los manuscritos de Velasco.—(Véase Cevallos: *El Presbítero Don Juan de Velasco*).

y mineralógica del Reino de Quito; el segundo trata del reino vegetal; el tercero versa sobre el reino animal; y el cuarto se consagra al reino racional o al hombre. En este último se ventilan cuestiones relacionadas con la Sagrada Escritura, la unidad de la especie humana, la población del continente americano, la predicación de los Apóstoles en éste, el origen de los pobladores del Perú y de Quito, la existencia de los gigantes y de las Amazonas, el carácter físico, moral y político de los indios y el carácter moral de los criollos: cuestiones tan escabrosas algunas, que todavía en nuestros días no se han resuelto satisfactoriamente.

¿Qué extraño es, pues, que en un asunto tan vasto y lleno de dificultades no haya siempre salido airoso nuestro historiador: más aún, que haya incurrido en errores manifiestos? ¿Qué extraño es que haya desbarrado lamentablemente en materia de ciencias naturales, cuando éstas sólo se hallaban en pañales, y se desconocían o no tenían explicación ciertos fenómenos físicos? ¿Cómo exigir a Velasco que en estas circunstancias discurra a la manera de un avezado arqueólogo o naturalista de nuestros días?

La *Historia Antigua* divide Velasco materialmente en cinco libros y formalmente en cuatro épocas: "A cuatro épocas distintas puede reducirse la antigüedad de este Reino. Duró la primera desde su primera población, algunos siglos después del general diluvio, hasta que fue conquistado por Caran Scyri, cerca del año de mil de la era cristiana. La segunda duró cosa de 500 años hasta que fue conquistado por Carán Huainacápac, en el de 1487. La tercera duró 46 años hasta que fue conquistado por los españoles, en el de 1533. La cuarta duró 18 años, hasta que dieron fin las guerras civiles de los mismos españoles, en el de 1550."

La división es clara y natural, pero por razón de la desigual importancia de los hechos y de la falta de fuentes históricas, muy irregular en cuanto al tiempo que

cada una de las épocas abraza. Acerca del concepto que de estas diversas partes se formó el mismo historiador y que también nosotros debemos formarnos, creemos oportuno copiar las palabras de Velasco: "Siendo la primera de muchos siglos, es la más corta para la historia, por ignorarse casi todo lo que pertenece a ella. La segunda de 500 años, daría sobrada materia, si se hubiesen de escribir fábulas y hechos muy dudosos; pero da alguna probabilidad y fundamento. La tercera de 46 años comienza a dar suficiente materia que pueda merecer nombre de historia. La cuarta de solos 18 años, da materia tan abundante que es necesario reducirla a brevísimo compendio."

Ante estas sensatas y atinadas observaciones, nadie debe exigir de Velasco más de lo que él promete y podía dar en sus circunstancias. Si porque en éste o aquel caso llega, por ventura, a demostrarse que se equivocó Velasco, en la cronología o en la explicación de los hechos, ¿hay razón suficiente para considerar su historia destituida de toda autoridad? ¿Nuestra ignorancia acerca de las fuentes de donde Velasco tomó ciertos hechos o la *sola posibilidad* de que el mismo incurriera en falsedad al narrarlos, ¿nos autoriza suficientemente para calificarlo, de un modo categórico, de falsario y embaucador? Además: supongamos, por ejemplo, que la historia de los Segas, perteneciente a la segunda época, se demostrase ser falsa. ¿Qué perdería Velasco con esto? ¿No dice él mismo expresamente que los hechos de aquella oscura época sólo tienen *alguna probabilidad y fundamento*? Luego, si sólo tienen *alguna probabilidad y fundamento*, lo contrario, en absoluto, puede ser verdadero, sin que por ello sea lícito afirmar, en buena lógica, que Velasco ha falseado la verdad.

La *Historia Moderna del Reino de Quito*, que relata los sucesos comprendidos entre 1551 y 1767, "se reduce, según el mismo P. Velasco, a una sucinta descrip-

ción histórica, geográfica, política y eclesiástica de sus provincias.”

El método que en ella se sigue es el llamado geográfico, que consiste en historiar acomodándose al orden en que se hallan las diferentes comarcas. La obra está distribuída en cinco libros, según la división territorial del Reino de Quito, hecha por el mismo autor.

Contiene ciertamente errores la *Historia Moderna*, debidos principalmente a las circunstancias que rodeaban al escritor; mas, aquellos, ni son tantos como se exageran, por dar, sin duda, mayor importancia de la que tienen, a ciertas obras modernas, ni suficientes para quitar a Velasco la autoridad histórica. (1) Los errores principales se reducen a ciertos anacronismos, provenientes de no haber podido su autor consultar *las fuentes originales más puras, por hallarse extranjero en muy distante y diverso mundo*.

Por el ligero análisis que hemos hecho de la historia del P. Velasco, se ve que ésta es una obra hasta cierto punto enciclopédica y que, como tal, supone en su autor una ilustración y una labor no comunes, para llevarla a cabo. No era indispensable para la *Historia del Reino de Quito*, tratar extensa y detalladamente de la geografía, de la flora y de la fauna quiteñas, ni mucho menos de las otras cuestiones bíblicas, geológicas, filológicas y etnográficas, comunes muchas de ellas a los otros países americanos; pero, quí solo hacer Velasco, yá para dar una idea exacta del suelo americano y de sus habitantes tan desconocidos en Europa, yá también para

---

(1) ¿Qué historiador se halla libre de errores? A Herodoto, padre de la historia, se le tilda de crédulo y superticioso; a Tucídides, de excesivamente apasionado; a Jenofonte, de falto de imparcialidad; a César, de ser más orador que historiador; a Tácito, de crédulo y parcial; y así de los demás célebres historiadores.

Es evidente que el Ilmo. Sr. Suárez obtiene la palma entre nuestros historiadores, pero ¿no contiene ningún error su historia, a pesar de estar escrita con suma diligencia y a la vista de documentos fehacientes?

desvanecer ciertas errores, muy válidos en su tiempo, especialmente entre los enemigos de la Iglesia y de España.

Siendo de esta índole la historia del P. Velasco, sólo el haber intentado escribirla es digno de aplauso. Añádese a este mérito el ser Velasco el primer escritor nuestro que ha acometido tan magna obra, no disponiendo para los tiempos precolombinos, sino de una tradición vaga y muchas veces contradictoria.

Velasco no es un historiador ignorante e improvisado. Según se deduce de sus escritos, estaba al tanto de las cuestiones más difíciles agitadas en su época; conocía cuanto era posible, el Reino de Quito, teatro de los acontecimientos (1); hallábase impuesto en los usos y costumbres de sus habitantes, pues había vivido 40 años entre ellos; le eran familiares no sólo las historias publicadas hasta entonces, sino también otros documentos y manuscritos; había examinado personalmente los antiguos monumentos, y hecho diversas observaciones científicas; hablaba, por último, perfectamente el idioma quichua, que era el general del reino. "Además, añadiremos con el Dr. Pablo Herrera, se aplicó, cerca de 20 años, al trabajo de recoger impresos y manuscritos para formar extractos, y empleó el espacio de seis años en viajes, formación de cartas y de apuntes." (2)

Léase también lo que a este propósito escribe el Ilmo. Sr. Suárez en las *Notas Arqueológicas*: "El P. Velasco no era de ingenio vulgar: sabía reflexionar con acierto, acerca de la imparcialidad de los escritores de las cosas de América, y se había trazado reglas de críti-

(1) "El autor de la *Historia del Reino de Quito* conocía científica y prácticamente la comarca que fue teatro de los sucesos que refiere, y su narración hace palpable toda esa suma de instrucción tan necesaria para el desempeño de semejante obra" . . . . (Cevallos: *Ecuadorianos Ilustres: El Presbítero Don Juan de Velasco*)

(2) Ensayo sobre la Historia de la Literatura Ecuatoriana, página 107.

ca, muy atinadas, para aquilatar la veracidad de los historiadores. En su tiempo, tanto aquí, como en Italia, gozó, con justicia, de la fama de varón religioso y docto; observador de la naturaleza e investigador de las antigüedades indígenas de estas provincias."

✓ Otra de las cualidades indispensables al historiador es la veracidad, que consiste en narrar los hechos cuales son en sí, o cuales los ha conocido el escritor después de una concienzuda investigación. (1) Así lo reconoce \* el mismo Velasco en la *Prefación* de su Historia: "Si el escritor debe ser verídico e ingenuo, para no dar una fábula por historia; para no exagerar más de lo justo lo favorable; y para no callar o desfigurar maliciosamente lo contrario, puedo comprometerme en esta parte; pues teniendo millares de oculares testigos, nunca me expondría el honor a ser solemnemente desmentido."

Además de esta categórica declaración, prueba también la veracidad de Velasco la *Introducción* puesta al frente de la *Historia Antigua*, en la cual manifiesta el historiador que no pretende dar más valor a sus narraciones, que el que tienen los hechos, habida cuenta de la credulidad de las fuentes históricas de donde las ha tomado: "La Historia Antigua del Reino de Quito, es tanto más incierta y confusa, cuanto más se retira a su primer origen. Propiedad de todas, aun cuando tienen escrituras, que son la mejor luz para aclarar las confusiones. Careciendo de ellas las historias americanas,

---

[1] Pedro Fermín Cevallos: *Ecuatorianos Ilustres*: El Presbítero Don Juan de Velasco: "Los acontecimientos están descritos tales cuales pasaron, según el testimonio de aquella multitud de autores que consultó y tuvo a bien citar." Y en nota: "Fuera de las obras, cuya lectura era común para la multitud, consultó las de Jerés, Oviedo, Cieza o Chicca de León, Sárate y Rodríguez que estaban ya publicadas, y las inéditas de Palomino, oficial de Benalcázar. Niza, A. Montenegro, Bravo de Saravia, P. de la Peña y Montenegro, Obispo de Quito, Severeno, Montesinos, Maldonado, y los PP. Ferrer, Lucero, Fritz, Frantzer, Brentano y Weigel, casi todos moradores del tiempo de la Presidencia."

es preciso que por la mayor parte queden envueltas en las tinieblas del antiguo caos. La única que puede llamarse escasa luz, son las tradiciones; mas siendo éstas recogidas sin crítica, ni discreción, mezcladas con mil fábulas en los hechos, y apoyadas en la cronología sobre puros cómputos y conjeturas, apenas pueden suministrar materia que no quede en la esfera de incierta o de dudosa. . . . . Omitiendo casi todo lo que se halla escrito de los primitivos tiempos, no haré sino apuntar lo que parece más conforme o menos mal fundado, sin empeñarme en ser garante de su verdad."

Son tan patentes la buena fe y la sinceridad de Velasco, que el Ilmo. Sr. Suárez no vaciló en dejar escrito lo que sigue en sus *Notas Arqueológicas*: "Para concluir nos resta proponer y resolver una cuestión más.— El P. Velasco, en su Historia Antigua del Reino de Quito, ¿fue sincero? ¿creía él mismo lo que refería?— Esta cuestión, nosotros la resolvemos, sin vacilar, asegurando que el P. Velasco estaba convencido de que todo cuanto escribía acerca de la monarquía de los Shiris de Quito era cierto y verdadero: había leído los manuscritos, que se conservaban, como copias fidedignas, de las obras del P. Niza, y no se le ocurrió ni la menor duda respecto de la fidelidad de las copias, y de la autoridad de las obras; y, por esto, escribió su libro, con la buena fe, que respaldade en su narración."

De acuerdo con el Ilmo. Suárez están también los arqueólogos franceses Verneau y Rivet, según se lee en su *Ethnographie ancienne de l'Equateur*: "Ciertamente no nos forjamos ilusión sobre la autenticidad absoluta de las tradiciones recogidas por Velasco: creemos que es menester someterlas a una crítica severa y trabajar por comprobarlas; mas, en este asunto (el de los Caras), nos parece difícil admitir que el jesuíta de Quito, cuya buena fe no es dudosa, hubiese inventado desde los elementos materiales, la historia de las inmigraciones caras."

Tampoco le falta imparcialidad a Velasco. "Su imparcialidad, asegura Cevallos en la obra ya citada, si no muy ajustada en cuanto al origen, desenvolvimiento y resultados de las guerras civiles suscitadas entre Atahualpa y Huáscar, es por demás clara y patente con respecto a las prendas y reinado de Huaina-Cápac, y al porte, valor, ecuanimidad y altibajos de los conquistadores españoles. El autor, europeo por la raza, y americano por el nacimiento, escribiendo la obra fuera de su patria y lejos así mismo, de la metrópoli, gozó de toda la libertad que era conveniente para no dejarse conmover ni por la desventurada suerte de los colonos, ni arrebatado por las lisonjas y sugestiones de los colonizadores."

El mayor defecto de Velasco es la credulidad, que en la *Historia Natural* lo lleva a admitir cuatro especies de zoofitos, formadas las dos primeras por la metamorfosis "de viviente sensitivo en puro vegetativo; y las otras dos, de vegetativo puro en sensitivo viviente." Doctrina tanto más extraña, cuanto que ella está en oposición con la Filosofía escolástica que debió estudiar Velasco. Por esta credulidad se esfuerza en probar con testimonio de viajeros e historiadores la existencia de las Amazonas. A esta credulidad debemos atribuir igualmente ciertas narraciones tan candorosas, que aunque sustancialmente sean verdaderas y creíbles, no lo son en todos sus detalles.

La Historia de Velasco no carece de orden, mas pudiera éste ser mayor en ciertos puntos. Al hablar, por ejemplo de los hijos de Huainacápac hace la etopeya de Atahualpa, y luego, después de doce páginas, vuelve a completarla, con ocasión de la guerra con su hermano Huáscar. ¿No hubiera sido más claro y natural colocarla íntegra en un solo lugar?

Es también reprehensible la frecuente interrupción del hilo de la narración, para corregir o rectificar hechos referidos por otros escritores. En la mayor parte de los

casos hubiera sido preferible que lo hubiese hecho por vía de notas.

Con justicia impútase a Velasco la difusión en por menores inútiles o en asuntos que tienen poca o ninguna importancia. ¿A qué llenar tantas páginas con las discusiones sobre las Amazonas o los Gigantes?

El estilo es llano y está destituido de todo artificio hasta rayar, algunas veces, en desaliñado. Del lenguaje nada decimos, porque, según expresa confesión del Dr. Agustín Yerovi, editor de la Historia, "se han hecho ciertas variaciones accidentales en el estilo, corrigiendo algunos barbarismos y solecismos, pleonasmos muy repugnantes, etc." Aunque el manuscrito del P. Velasco tuviera todos los defectos que anota el editor, no aprobamos su conducta, siquiera por respeto a la arqueología y la autenticidad.

Como muestra transcribimos un fragmento sobre el clima de Quito—(Véase el Apéndice).

4º.—La *Historia Moderna del Reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reino* es otra obra importantísima que nos ha dejado el P. Velasco y se conserva aún inédita. Comprende tres épocas: "En la primera, que duró 37 años, sólo fueron (los Jesuítas) individuos de la primitiva Provincia del Perú. En la segunda, que duró 81 años, constituyeron Vice-Provincia unida por algún tiempo con la del Perú, y después con la del Nuevo Reino de Granada. En la tercera, que duró 82 años, hasta el Extrañamiento de los Dominios de España, constituyeron provincia absoluta y separada de todas." Estas tres épocas están distribuidas en tres tomos: en el 1º se habla de la primera y segunda épocas; en el 2º de la tercera época; y en 3º del destierro y extinción de la Provincia.

Como lo indica su título, esta historia no sólo relata los hechos de los Jesuítas, sino también los demás del Reino en el orden eclesiástico y político, acacidos en la

época que Velasco llama moderna, a saber desde 1550 para adelante. La razón la apunta el mismo autor en su *Prefación*: "La *Historia Moderna del Reino de Quito* y la de los Jesuítas del mismo Reino, son de tal modo conexas entre sí, que no puede prescindir la una de la otra."

Aunque la parte eclesiástica y política es en muchos puntos una mera copia de la *Historia Moderna del Reino de Quito*, sin embargo, toda la historia toma otro aspecto, por el método rigurosamente cronológico seguido en ella, a excepción del libro 8º en que termina el tomo segundo, donde, por orden geográfico, se presenta un compendio de aquella.

No se ve la necesidad de añadir este libro a la *Crónica*, tanto más, cuanto que el mismo Velasco confiesa en la *Introducción* de él, que por estar poco o nada informado sobre los sucesos posteriores a 1768, rara vez tocará alguno que pase de este año. Sólo la comodidad del lector parece haberle inducido a ello, según se desprende de estas palabras de la citada *Introducción*: "El estado moderno es relativo al antiguo, y es preciso tocar éste, a lo menos en abreviatura, o estando al año en que se habla de él, difusamente, para que pueda verlo el lector."

Descartado de la *Historia Natural* y de la *Historia Antigua*, el campo de la *Crónica* de la Compañía es más reducido, con la ventaja de disponer de mayor número de documentos. Con todo, la circunstancia de haberse hallado su autor lejos del escenario de los acontecimientos y de los archivos de consulta, lo hace incurrir en algunos errores.

La narración es algo desagradable por las continuas interrupciones que se hacen por razón del orden cronológico que sigue el autor, interrupciones que lo obligan a reanudar la narración, repitiendo una misma cosa dos o más veces. Este defecto o dificultad lo previó Velasco, y sin embargo, no quiso evitarlo, porque le pareció

mejor y más claro para el historiador. "El método de escribirla, dice, por el orden cronológico de los años, no hay duda que es fastidioso para los lectores por cortarse a cada paso los asuntos; pero es el más oportuno para quien no pretende el deleitar con lo que escribe, sino sólo perpetuar, con orden y claridad la memoria de los sucesos."

Por esta parte se asemeja Velasco a Tucídides, quien se vuelve monótono en su *Historia del Peloponeso*, a causa de dividirla en estaciones de verano e invierno. No reprobamos en sí mismo el método cronológico de los años: lo juzgamos tan bueno como el geográfico o el sincrónico: mas, parécenos que en la elección de éstos métodos debe tenerse presente la mayor o menor complicación de sus sucesos. Si la *Crónica* de Velasco se hubiera concretado solamente a la Compañía, habría desaparecido en gran parte la monotonía que la afea. De paso advertimos a nuestros lectores, que no es exacto lo que afirma Velasco, a saber que el historiador pueda prescindir de agradar o deleitar al lector, a lo menos secundariamente, con lo que escribe, porque, al fin y al cabo, la historia es una obra literaria, una obra artística de la cual se puede decir con verdad:

*Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci,  
Lectorem delectando, pariterque monendo.*

Las otras cualidades y defectos de la *Crónica* son, en general, los mismos que los de la *Historia del Reino de Quito*. En la *Crónica* no deja de notarse alguna parcialidad, al hablar de los Jesuitas americanos y españoles.

El descuido en la construcción de las cláusulas contribuye a hacer el estilo oscuro y pesado en varios pasajes. El lenguaje es puro, mas no siempre variado y acomodado a la corrección sintáctica.

De la *Introducción* al tomo tercero transcribimos el fragmento siguiente:

Habiendo hablado difusamente en los dos primeros tomos de la *Historia Moderna*, sobre el glorioso origen de la *Provincia de Quito*, se sigue en este último el hablar sobre su lastimoso fin. Mostré en aquellos cómo se formó y cómo se hizo: mostraré en éste cómo se deshizo, y cómo se acabó. Referí en esos aunque en brevisimo compendio, las admirables vidas de los primeros héroes que con tanto trabajo la fundaron, y toqué algunas de innumerables otros que la ilustraron después por largo tiempo. Resta solamente hacer memoria de las prolongadas muertes, más bien que vidas, de los últimos: de aquellos que hallándose en todas las partes de la Provincia, no sólo queridos y venerados, sino aun casi adorados de las gentes, cayeron en un momento [por permisión Divina] desde la más alta cumbre de la estimación, del respeto y del honor, hasta lo más profundo de lo ignominia, del deshonor y de la afrenta. Fábrica a la verdad, la más excelsa y sublime, contra la cual se disparó un rayo que la redujo a cenizas: estatua de oro, la más agigantada y bella que, al golpe de una piedra, arrojada de oculta mano, se deshizo en polvos.

No tuvo la Compañía causa para ser extrañada, ni menos para ser destruída; pues de otra suerte no sería tan glorioso su padecer. Sintió sobre sí de lleno, y cuando menos lo pensaba, toda la indignación del Soberano, lo cual nunca había merecido con acción alguna. Diéronse modo a indisponer su real ánimo los enemigos declarados de ella; y consiguieron con sus siniestros informes y artificios un Decreto, con el cual fue extrañada y expelida de todos sus Dominios.

Antes de referir cómo se ejecutó aquel terrible golpe, se dirá el estado actual en que se hallaba la Provincia, esto es, los sujetos que tenía: la distribución de ellos en los Colegios, Casas y Misiones: sus ocupaciones y oficios: y los ministerios que en cada parte ejercitaban en servicio de ambas Majestades. Seguirá luego la continuada serie de sus trabajos durante la cuarta y última época de la Provincia en su destierro, hasta ser enteramente extinguida.

59—La *Colección de poesías varias hecha por un ocioso en la ciudad de Faenza* es una especie de antología poética, dividida en cinco tomos. El primero "contiene poemas heroicos en octavas y tal cual de arte menor, como consecretario de aquellos"; el segundo y el tercero encierran "poesías diversas en asunto, metro e idioma"; el cuarto, "las poesías relativas a la caída de

los jesuítas"; el quinto, "contiene el Certamen Poético, que puede llamarse Comedia, sobre el Calvario y el Tabor." (1)

Puédese creer que Velasco veló su nombre con el seudónimo de *un ocioso en la ciudad de Faenza*, ya porque escribió la *Colección* en la vida ociosa a que lo redujo la sordera de sus últimos años, ya también porque en dicha *Colección* se hallan ciertas composiciones, que hubiera sido mejor no copiarlas. Sea como quiera, nuestras letras deben mucho a la colección de Velasco, pues sin ella veríamos un gran vacío en nuestra historia literaria del siglo XVIII.

6º—Velasco no se contentó con compilar versos ajenos, sino que los hizo, ya como traductor, ya como poeta original. Tuvo dotes para escribir con lucidez en ciertos géneros, como el satírico, si hubiera dedicado a su cultivo más tiempo y más estudio.

De Velasco puede afirmarse, guardadas las debidas proporciones, lo que se dice de Miguel Antonio Caro, a saber, que es más poeta en las traducciones, que las poesías originales. Con la habilidad de ceñirse a una versión literal, no sólo no hace desmerecer al original, sino que en ocasiones lo mejora, comunicándole más vuelo, energía o gracia. De las doce versiones que hemos leído de Velasco, cuatro son hechas del latín y las restantes del italiano. Todas son de carácter satírico, a excepción de dos himnos sáficos al *Patriarca San José* y a *San Juan Bautista*; de dos décimas *A Cristo Señor*

---

(1) A la muerte del P. Velasco pasaron estos escritos a poder del P. José Dávalos, quien los entregó al Sr. José Modesto Larrea. De éste pasó la Colección a D. Juan Maldonado, cuñado del Sr. Larrea; de Maldonado la obtuvo el Sr. Ramón Miño; del Dr. Miño llegó a D. Juan León Mera. Habiéndola vuelto a reclamar D. Juan Maldonado, la regaló a García Moreno, quien la puso en la Biblioteca Nacional.

*Nuestro en la Cruz*, y de una oda lírica denominada *Canción*. Recorrámoslas todas.

La *Canción* fue escrita en italiano por un joven escolar llamado Bondi, con motivo del destrozo de los colegios de Bolonia de la Compañía. La versión de Velasco se acomoda al original hasta en el número y clase de versos que componen cada estrofa, y sin embargo está hecha con desenfado, entonación lírica y dicción poética. Algunas de sus estrofas son superiores al original. Hay una que otra floja. La oscuridad que en algunos puntos se observa proviene así de la alegoría como de las circunstancias en que fue escrita y que nosotros desconocemos.

León Mera, traspasando los lindes de la traducción y penetrando en el fondo de la composición, reprueba el que se nos presente a Neptuno "triunfante en un carro, como si éstos pudiesen rodar en el mar, imperio de aquel numen." Nosotros creemos que no es digna de reproche semejante imagen, ya que ella es sencillamente una alusión al célebre pasaje de la Eneida, en el cual Virgilio, después de serenada la tempestad que había dispersado las naves de Eneas, nos muestra a Neptuno deslizándose, con las ligeras ruedas de su carro, por la superficie de las ondas:

*Atque rotis summas levibus perlabitur undas.*

Idea que tampoco es exclusiva de Virgilio, pues ya Homero, en el canto XIII de la Ilíada, había dicho del mismo Neptuno, cuando desde el mar se dirigió a las tiendas de los batallones griegos acampados cabe las murallas de Troya:

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCION ECUATORIANA

Tomó el dorado látigo en sus manos,  
Subió al carro, aguijó bellos bridones  
Y veloz deslizóse por las ondas.

Tampoco debe reprobarse el uso de *margin* en el género masculino, yá porque dicho vocablo pertenece al género ambiguo, yá también porque semejante empleo pudiera tomarse como una de tantas licencias poéticas.

En la publicación hecha por Juan León Mera se observan ciertas variaciones en palabras y versos enteros, que alteran el primitivo escrito. Nosotros nos acomodamos en todo al original.—(Véase el Apéndice)

Cuando el P. Cordara, por razón de la extinción de la Compañía, se vió obligado a vestirse de secular, hizo a su antigua y nueva vestidura dos sonetos italianos, los cuales fueron traducidos por nuestro compatriota, con mejor entonación poética y mayor soltura. Con todo, en ciertos versos se emplean perífrasis que oscurecen el sentido del original. Copiamos el primer soneto, aunque manchado por algún ripio y algún verso sin ritmo. La comparación del náufrago es oscura, porque no está completa como en el soneto italiano, en el cual se dice:

Qual chi in torbido mar rotta há la prora.

Vestidura que siempre me serviste  
De gloria y de honor, nunca de peso;  
Que en la amargura del trabajo fuiste  
Consuelo dulce al sólo darte un beso:

Vestidura que, contrapuesta, hiciste  
A la gala mejor, notable exceso;  
Que desde el cielo rayos despediste  
De un esplendor eternamente impreso:

Amada prenda, adiós; que yo lloroso  
En este mundo infel llego a perderte,  
Como el náufrago en mar tempestuoso.

Te dejo, oh Dios! Mas volver a verte  
Espero el día extremo y riguroso,  
Y en mi mayor necesidad tenerte.

Habiéndose encerrado en el castillo de *Santo Angelo* al R. P. Lorenzo Ricci, General de la Compañía de Jesús, salió en Holanda un retrato suyo con un epigrama en latín y en francés, del cual hizo Velasco dos traducciones, la primera en una décima, y la segunda en un soneto. Aquella, aunque libre, se acomoda más a los dísticos latinos en la extensión, si bien se aleja bastante de la concisión y energía del original. La segunda versión es parafrástica, y por ende, revela mejor la facilidad, el buen gusto y la mano experta del traductor. El soneto es superior a muchos de los que se escriben en el día; mas no por esto aprobamos ni el epíteto italiano *fetente*, ni el pleonismo del cuarto verso del primer cuarteto, ni ciertos versos desgarrados y prosaicos que en él se hallan, como acontece con el último, por la concurrencia de diez *ees*:

¿Por qué de Roma en la prisión tirana  
Encarcelado estás, Ricci inocente,  
Habiendo mercedido dignamente  
Múrice tirio y Púrpura romana?

¿Por qué esa detención tan inhumana  
En vil mazmorra, lóbrega y fetende,  
Constando que tu Juez todo es Clemente  
Y que toda tu culpa es ficción vana?

¡Oh juicio de los hombres depravado!  
¡Oh tiempo que en tan breve pervertido  
Con la impiedad te ves así mudado!

Lo que antes fue virtud, puesto en olvido,  
O por culpa, al presente es castigado:  
Que este es del tiempo el premio mercedo.

Aludiendo a la protección que dispensaba a los Jesuitas la Emperatriz de Rusia, hicieron grabar los enemigos de la Compañía una *torre* herida por los rayos del

Vaticado. Con este motivo publicóse un soneto italiano en boca de la Emperatriz, cuya traducción hizo Velasco con gallardía. Con ser traducción literal, muévase en ella el autor con soltura, armonía y frase poética, excepción hecha del primer verso:

¿Quién es el que con vil atrevimiento  
Fingió de la Gran Mole la alta-ruina?  
¿Quién el impio dibujo hizo sangriento?  
¿Será tal vez de la Ciudad Latina?

¡Parto infelice de infeliz talento!  
¡Necio pensar y mal forjada mina!  
De la Fábrica observe el fundamento:  
La Base sola mire: es Catalina.

Sobre esta alzó mi poderosa mano:  
Esta vigor y solidez le abona:  
No tema ya maquinador insano.

En mí fía, oh Gran Mole, y te abandona:  
Impio livor tu ruina espera en vano:  
En tu defensa está nueva Belona.

En dos sentidas décimas hizo Velasco la traducción parafrástica de un dístico latino del P. Sidronio Hoschio, *A Cristo Señor Nuestro en la Cruz*. En la primera se revela el amor a Jesús, en la segunda el amor a María, estrecha y hábilmente unidos. El poeta latino sólo habla de Cristo; mas Velasco, llevado de su amor a María, agregó la segunda, como un complemento natural. Deben perdonarse ciertas durezas y prosaísmos. No nos parece noble y de buen gusto la metáfora de los espejos ustorios:

Si sin llorar, mi Jesús,  
Tus llagas miro, aseguro  
Que es mi corazón más duro  
Que tus clavos y tu cruz.

Con un rayo de tu luz  
Ablándalo tú, Señor,  
De suerte que por tu amor  
Pueda arrojarlo del pecho,  
Todo contrito y deshecho  
En lágrimas de dolor.

Si no quisieres mirarlo  
Por indigno, bastaría  
El que lo hiciese María  
Con su luz, para ablandarlo.  
Esto no pueden dudarlo  
Los más indignos, seguros  
De que sus dos ojos puros  
Son dos ustorios espejos  
Que derriten desde lejos  
Los corazones más duros.

Habiendo el Conde de San Pietri notado que la Emperatriz de Austria, María Teresa, deseaba prestar su protección a la Compañía de Jesús, escribió un soneto en italiano, que el P. Velasco creyó oportuno traducirlo. La traducción es literal y de mediano mérito, principalmente en los cuartetos, si se compara con el original. Faltan al primer cuarteto la energía y aun la claridad del soneto italiano. La expresión irónica italiana, *gran merce*, no nos parece bien interpretada por *gracia felice*.

La traducción glosada del *Aria*, compuesta en italiano por el mismo Velasco, es inferior a ésta en mérito literario. En aquella desaparecen la concisión y la agudeza propias del epigrama. Los versos son recomendables por la facilidad con que fluyen, si bien no faltan algunos prosaicos y poco rítmicos, o manchados con expresiones que su autor hubiera suprimido al destinarlos a la luz pública.

El himno sáfico que la Iglesia canta en la fiesta del Patriarca San José, vertió Velasco al castellano en una especie de sáficos dodecasílabos, fieles al original latino y bastante bien entonados.

De la misma especie que los precedentes son los sáficos en que Velasco tradujo los latinos dedicados a San Juan Bautista. Esta traducción es inferior a la que antecede. Habilidad no común muestra Velasco en estas dos composiciones, haciendo la traducción en el mismo número de estrofas y versos, en que está escrito el original latino.

7º—En las poesías originales, que son diez (seis en castellano y cuatro en italiano), aunque hay rasgos de ingenio y mayor fluidez de verso, no se halla mejor poesía en el fondo. La mayor parte de estas producciones es de carácter satírico. Faltan a la sátira de Velasco el buen gusto y el buen tono, juntamente con la concisión que, unida a la agudeza, dejan honda huella en el lector.

Un rigorista, enemigo de la Compañía, había recopilado en un soneto italiano las principales culpas atribuidas a los Jesuítas: el P. Velasco compuso en respuesta dos sonetos, italianos también, empleando en ellos los mismos consonantes del adversario. Nótanse, desde luego, en los sonetos de Velasco bastante entonación y soltura, y sobre todo ingeniosidad para retorcer las inculpaciones del contrincante.

Con referencia a la persecución de que eran objeto los enemigos de la Compañía, compuso Velasco un *Aria* en italiano. Por la extensión y la forma es un verdadero epigrama sarcástico. Para comprender toda su gracia es preciso tener presentes las circunstancias en que se compuso:

Sul caso d' Ignazio  
Y monachi, i Frati,  
Y Preti e Prelati  
Non ridono piu.  
Comune e lo strazio,  
Son publici i pianti:  
Non ridono i Santi  
Piagendo Gesù.

También en italiano escribió Velasco dos cuartetos en ocasión de devolver al Marqués Alejandro Ghini, su amigo y protector, un tomo del *Filicaja*. Los versos están bien hechos, mas el pensamiento que encierran no pasa de ser una exagerada adulación de Ghini.

Habían creído algunos frailes, adversos a la Compañía, que a ellos no les llegaría la persecución suscitada contra los Jesuítas; mas, no aconteció así, porque en diversos países fueron perseguidos y no pocos de sus conventos suprimidos. Con esta ocasión, un amigo de Velasco pidió a éste que diera la definición de fraile y de jesuíta. Dióla Velasco en un soneto, en el cual hace satírica aplicación al caso presente, del hecho bíblico de Amán y Mardoqueo. Aunque varios versos son prosaicos y flojos, el desempeño general no es malo.

Un rabioso enemigo de la Compañía se había burlado del vano resultado de la embajada que Catalina de Rusia envió a Roma en favor de los Jesuítas. En el mismo tono sarcástico y duro en que se escribió el soneto italiano, contestó Velasco en castellano, con otro soneto sumamente prosaico: lo mejor de él es el segundo terceto que contiene una terrible sátira. Demasiado audaz mostróse Velasco en esta ocasión, pues en el primer verso cometió una grave infracción gramatical, diciendo *andó*, por *anduvo*. Talvez indújole a tomarse esta libertad la forma del soneto italiano, en el cual se dice:

L' impostor Moscovita a Roma *ando*....

La mejor de las castellanas es la dedicada *A la Santísima Virgen, Madre de la Luz*, que recorre todos los títulos referentes a la luz. De escasa inspiración, de tono y de afectos templados, vuélvese oscura en algunos puntos, por la violenta transposición de los vocablos. Merecen también censura los muchos ripios que la afean. Quisiéramos igualmente no ver en ella aquello de *tierno Sol humanado... en tus brazos reclinado; ni, esgrimiendo (¿La Luz?) a brazo fuerte.....* (Véase el Apéndice)

Con motivo de haber vestido de *abate* el P. Velasco, le envió unas décimas burlescas su amigo D. Francisco Javier Lozano. Nuestro paisano dio contestación a éste con otras décimas, también burlescas, tituladas *Respuesta retardada*. En las de Velasco hay más gracia e ingenio que en las de su amigo; pero no debemos aprobar ciertas expresiones que la cultura no permite ni aun en el seno de la amistad. Las alusiones a ciertas circunstancias personales oscurecen el pensamiento en algunos puntos.

El P. Ambrosio Larrea, paisano de Velasco, envió a éste unas décimas, en las que se compadece de la sordera que le había sobrevenido. Velasco le contestó con un romance octosílabo festivo, en el cual asegura que tal desgracia la estima más bien como un beneficio por las ventajas que le reporta.

Con más cortas proporciones hubiera podido evitar el autor lo vulgar y desairado de muchos pensamientos. Si hubiera destinado a la publicidad, creemos que habría suprimido algunas expresiones triviales y groseras.

El P. Ramón Viescas concluye *La Musa Scéptica*, enviada a Velasco, con un soneto festivo, en el que pide hospedaje en el limbo, por faltarle la fe y la esperanza en el resurgimiento de la Compañía. Velasco contéstale en un soneto, que como *viador* o mortal no podía entrar en el limbo.

Si no le falta gracia al pensamiento, la versificación en varios versos es prosaica y sin ritmo. Acaso contri-

buye a ello la manía de querer versificar con los mismos consonantes empleados por Viescas.

Al concluir este breve estudio sobre el P. Velasco, queremos hacer una reflexión. La estatua del Jesuíta P. Marquette corona el Capitolio de Washington, sólo por haber sido el descubridor del Misisipi; ¿el P. Velasco, por sus escritos, no será merecedor, si no de una gloria igual, por lo menos de un monumento en la ciudad que fue su cuna?

**Joaquín Ayllón.**—El P. Joaquín Ayllón tuvo su cuna en Ambato en 1728, y hechos sus estudios en el Seminario de San Luis, entró en la Compañía en 1743. En Quito desempeñó las cátedras de Filosofía y de Teología y falleció en Roma, el 4 de marzo de 1808.

Aun cuando el P. Ayllón haya escrito su Compendio de Arte Poética (*Artis Poeticæ Compendium*) en latín, no debe la historia de la literatura ecuatoriana dejarlo en olvido, ya que él es la única y la más completa obra didáctica de la colonia. Es un compendio que su autor no destinó a la luz pública, pero así y todo, basta para probar que el estudio de la literatura no estaba, al menos en los últimos tiempos de la colonia, tan atrasado, como pretenden algunos historiadores.

Es un compendio, repetimos, pero superior sustancialmente a varias obras que en la actualidad sirven de texto en nuestros colegios. En efecto, rectificadas algunas inexactitud, suprimidos los juegos métricos pueriles de la época, y hechos ciertos lijeros cambios para adaptarlo a las exigencias modernas, la obra del P. Ayllón pudiera continuar sirviendo de texto para la enseñanza de la poética clásica. (1)

---

(1) El Dr. Luis Cordero hizo de esta obra una traducción castellana y la publicó juntamente con el texto latino, en 1894.

**Morán de Butrón.**—El P. Jacinto Basilio Morán de Butrón, que había nacido en Guayaquil en 1669, educóse en Quito en el Colegio Seminario de San Luis. Habiendo ingresado en la Compañía en 1686, fue profesor de Filosofía en la Universidad de S. Gregorio Magno.

Además de tres obras inéditas, escritas en latín sobre *Lógica, Física, y Metafísica*, publicó una *Descripción histórica-geográfica de Guayaquil*, y la *Vida* de la Beata Mariana de Jesús,

Esta última obra es la que le ha dado celebridad al P. Butrón, siquiera por ser el primer biógrafo de la santa joven quiteña. Decimos *si quiera por ser el primer biógrafo*, porque, aunque en la *Vida* haya verdad en los conceptos y soltura en el estilo, la narración carece de concisión histórica y está manchada con el amaneramiento culterano y con el empleo de la mitología pagana.

Ya que tratamos de biógrafos de la Beata Mariana, no es justo que pasemos en silencio aunque carezca del mérito de la originalidad, al Dr. Jijón y León, que compuso con menos extensión que el P. Butrón, aunque también con menos culteranismo, el *Compendio histórico de la prodigiosa vida, virtudes y milagros de la Venerable Sierva de Dios Mariana de Jesús*.

Más apreciable literariamente que las dos anteriores es la *Vida de la Beata Mariana de Jesús*, basada en la de Butrón y escrita por el Canónigo Don Juan del Castillo.

## Siglo XIX

GENERALIDADES.—1º—Las conmociones políticas del primer tercio del siglo fueron poco favorables a la literatura. Paralizados o destruídos los establecimientos de enseñanza, exaltados los ánimos con la guerra y la perspectiva de la independencia, nada serio y digno pudo emprenderse y llevarse a cabo en aquellos tiempos.

2º—Completada la independencia americana, tuvieron que correr todavía no pocos años, a fin de que, rehecha la República de los desastres pasados, abiertos nuevamente los planteles de enseñanza y calmados los espíritus de patriotas y realistas, fueran apareciendo poetas y prosistas notables, que dieron lustre a la patria hasta en el extranjero.

3º—Dos son los hombres a quienes las letras ecuatorianas deben mucho: Rocafuerte y García Moreno. Aquél consagró su atención con preferencia a la instrucción primaria, éste, sin descuidar la primaria, fundó diversos colegios para la secundaria, reorganizó los estudios de la Universidad, enriqueció sus gabinetes, y aun logró realizar la atrevida idea de establecer en la Capital de la República una *Escuela Politécnica*, como no lo habían hecho todavía naciones más adelantadas. Creaciones de García Moreno fueron también el *Colegio de Cadetes*, la *Escuela de Bellas Artes*, el *Conservatorio de Música*, el *Protectorado Católico* y el *Observatorio Astronómico*. De suerte que el Ecuador se colocó entonces por su instrucción pública, entre las primeras naciones americanas.

## § I. VERSO

GENERALIDADES.—1º Nuestra poesía de principios del siglo se parece a un erial, donde apenas se encuentra una que otra flor descolorida y menuda. Patriotas y realistas escribieron, especialmente después de los años nueve y diez, hojas volantes, décimas y ovillejos colmados de indignación y de odio; pero ninguna de todas estas producciones pasa de una medianía, si es que muchas llegan a ella. Como tales deben estimarse las composiciones de los hermanos Larrea y de otros versificadores de la laya, que nombramos sólo para completar esta reseña histórica.

2º—El genio poético empezó a despertar únicamente pasado el período de la independencia. La sociedad *Filantropico-literaria*, formada en 1838 por estudiantes de la Universidad de Quito, vió descollar entre sus miembros a los primeros amigos de las Musas: Rafael Carvajal, García Moreno y Miguel Riofrío. Siguiólos, con más estro, Julio Zaldumbide. Tras de éste aparecieron muchos otros, de mérito muy inferior, que publicaron sus lucubraciones en *La Libertad* y en *La Democracia*, periódicos de la época.

Yá con su ejemplo, yá con su doctrina, o con úno y ótra, contribuyeron al movimiento literario de nuestra República varios extranjeros que visitaron al Ecuador por aquellos tiempos. Figuran entre los primeros el neogranadino Fidel Quijano, de felices disposiciones para el epigrama; el español Miranda, autor de un folleto de versos descoloridos; el guatemalteco José Antonio Irisarri, distinguido literato y polemista; el peruano Francisco Santur Urrutia, miembro de la sociedad *Filantropico-literaria*, y, sin duda, el poeta de más vuelo e inspiración.

Más que los anteriores influyeron en nuestras letras tres jóvenes poetas hijos de Colombia: Belisario Peña,

Benjamín Pereira y Francisco Ortiz Barrera. Educados clásicamente, fue feliz el rumbo que con sus enseñanzas señalaron a la literatura. Dieron principio a su labor abriendo el *Colegio de la Unión*, primero en Loja, y luego en Quito. Objeto suyo preferente fueron también la *Crónica del Colegio de la Unión* y *El Iris*, periódicos literarios que publicaron numerosas composiciones de nuestros poetas.

Por este tiempo apareció la *Lira Ecuatoriana*, colección de poesías nacionales escogidas y ordenadas por el Dr. Vicente Emilio Molestina, y publicada en Guayaquil en 1866. Laudable, ciertamente, fue el propósito del Dr. Molestina, al dar a la estampa una colección de poesías de nuestros mejores vates, como aliciente a la nueva generación que se levantaba en el Ecuador; pero la falta de debida selección hizo que su labor, en vez de beneficiosa, resultara perjudicial para los que, sin discreción, se dieran a leerla e imitarla. Por fortuna, salió entonces a conjurar este daño, un joven ambateño, de notables prendas como poeta y como crítico. Don Juan León Mera con su *Ojeada Histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana* (1), separó la paja del grano, señaló los vicios más visibles y enseñó el buen gusto. No faltó algún poeta de la *Lira*, criticado duramente por Mera, que andando el tiempo mejorara en gusto y corrección.

3º—Sin conexión ninguna con los poetas que le precedieron ni con los que le siguieron, por haber vivido lejos del patrio suelo, pulsó la lira en el primer cuarto de este siglo Pedro Berroeta, S. J. No merece colocarse entre las estrellas de gran magnitud, pero tiene luz suficiente para destacarse entre sus contemporáneos.

---

(1) Publicada en 1867.

4º—En análogas circunstancias encontramos al mejor de nuestros poetas y uno de los mayores de Hispano América, a nuestro insigne Olmedo. Educado en tierra extranjera, se dió a conocer a sus compatriotas casi repentinamente y en vísperas de la autonomía de su patria. Si ningún influjo habían tenido en él los poetas que le precedieron, forzoso es confesar que tampoco lo tuvo Olmedo en los que lo siguieron, no obstante las incomparables prendas poéticas que le adornaban. La causa hemos de buscar en las circunstancias por las cuales atravesaba entonces el Ecuador y en la falta de buenos planteles de enseñanza. El sólido y completo establecimiento de la República y de sus instituciones no podía menos de verificarse lentamente. La historia se ha encargado con los hechos de probar esta observación. A medida que nuestros hombres y nuestras instituciones se han ido alejando de aquella época borrascosa y de transición, hemos visto aparecer mejores y más numerosos poetas, tales como Velasco, León Mera, Llona, Borja, Moreno, Cordero, y otros no menos ilustres que todavía gozan de vida.

5º—Con el establecimiento de la República habían penetrado en el Ecuador las obras de los más afamados poetas románticos del Viejo Mundo: Espronceda y Zorrilla, Byron y Víctor Hugo. Quién más, quién menos, diéronse nuestros poetas de aquellos tiempos a imitar a los europeos; pero como la mayor parte carecía de talento poético y aun de discernimiento, sus obras han quedado justamente en el olvido.

El romanticismo europeo fue bueno e imitable, por cuanto pretendió sustituir el fondo pagano, introducido por el seudo-clasicismo, con el fondo cristiano de los tiempos medios, como más conforme con los sentimientos de la sociedad cristiana. Fue defectuoso e inimitable, por haber llegado al extremo de menospreciar, no sólo el fondo, sino hasta las formas y aun la gramática de las

poesías clásicas. Incurrieron, pues, en una lamentable equivocación los imitadores hispano-americanos, al volver sus ojos, no a los primeros tiempos cristianos, sino a los incásicos, paganos y bárbaros: tiempos opuestos diametralmente a su religión, a su civilización y a sus propios sentimientos. Quien se despoja de sus propios afectos, creencias y costumbres, para revestirse de los ajenos, necesariamente ha de escribir con falsedad o por puro convencionalismo.

Sin embargo, pasado el primer fervor romántico, muchos de nuestros jóvenes volvieron a sus primeros modelos clásicos y se dieron a imitarlos con más estudio y tesón. Quien contribuyó a este cambio favorable fue fray Vicente Solano con sus artículos publicados en *La Escoba*, y más poderosamente, Juan León Mera con la crítica, un tanto rigurosa, que hizo de varios poetas en su *Ojeada Histórico-crítica*.

6º—Al finalizar el siglo dominaba ya en muchas repúblicas americanas la escuela literaria llamada *decadentista*; mas para dicha de nuestra literatura, su aparición en el Ecuador fue tardía, tímida y aun vergonzante. Esto debe atribuirse, no a que dicha escuela fuera desconocida entre nosotros, porque muchas celebradas obras decadentistas corrían por las manos de nuestros jóvenes, sino más bien a la enseñanza clásica dada en nuestras aulas y autorizada por poetas y críticos de nombradía. Al presente, por desgracia, es seguida por la mayor parte de nuestros versificadores, que oculta en sus extravagancias y nebulosidades la vaciedad de sus ideas.

7º—Casi todos los géneros poéticos se han cultivado en el siglo XIX. Ocupa el primer lugar, por su importancia y extensión, el *lírico*. Con bastante éxito se ha escrito en el *satírico*. Lo propio ha acontecido en el *apólogo*. En el *narrativo* hay una sola obra, pero nota-

ble. Se han hecho ensayos no despreciables en el *dramático*, especialmente en Guayaquil y en Quito.

8º—Dos vicios se han señalado como principales de la poesía ecuatoriana y aun de la americana en general: *la falta de originalidad y la falta de igualdad*. El primero atañe al fondo de la obra poética, el segundo a la forma. ¡Cuántas composiciones poéticas, en efecto, no estamos cansados de leer en revistas y diarios, que, si no conociéramos el nombre y la procedencia de sus autores, las tomaríamos por producciones europeas, a pesar de su origen americano! Se comprende fácilmente que esto suceda, si se tiene en cuenta el procedimiento que siguen nuestros noveles poetas en la composición de sus obras. Cogen, al azar, un libro de versos de un poeta español, por ejemplo, francés o inglés, y dánse a leerlo e imitarlo sin discernimiento, tan sin discernimiento, que piensan y hablan como si ellos también fueran hijos de España, Francia o Inglaterra. Sus tendencias son europeas, sus asuntos europeos, el colorido de sus cuadros europeo. Parecen estar persuadidos de que no es posible la verdadera poesía, sino *a la europea*. A ello aludió ya Juan León Mera en *La Musa perdida*:

Mira cómo de ellos no pocos la hartura  
Desdeñan del mundo debido a Colón,  
Y en segados campos espigar les gusta  
Del Tames, del Sena, del Rin y del Po.

El defecto de la *desigualdad* procede indudablemente de la falta de formación sólida en los buenos autores. Por no distinguirse, como es debido, el tono correspondiente a cada uno de los géneros literarios o la valla que separa al *lenguaje de la poesía* del de la prosa, dan, no pocos, en profundas simas, de las cuales no son capaces a salvarlos ni la inspiración ni el genio poético.

**Cántico lúgubre.**—La primera composición poética con que tropezamos en el primer tercio del siglo XIX, es el *Cántico lúgubre*, en que se lamenta el estado de desolación de la ciudad de Quito el día jueves 2 de agosto de 1810, a la una y media de la tarde. En ciento veinticuatro redondillas relata el autor anónimo de esta especie de elegía, los atropellos y asesinatos cometidos por las tropas enviadas de Lima, con el objeto de pacificar la Presidencia de Quito. Como se hubiese encerrado en el cuartel a muchos y nobles patriotas, apreciados del pueblo, éste dió un atrevido asalto a la prisión en que se hallaban, con el fin de libertarlos. En represalia de la fallida intentona, las tropas asesinaron en sus calabozos a los inermes patriotas.

Este luctuoso suceso arrancó al anónimo poeta el *Cántico lúgubre* en que nos ocupamos. Nadie que lo lea dejará de notar en él, juntamente con la exagerada alabanza de los próceres, sencillez de fondo y de forma, sentimiento poco profundo, llaneza y soltura de estilo, prosaísmo, difusión, impropiedad e incorrección. Las interpolaciones de textos de la Escritura y las alusiones a la historia romana prueban que su autor no era del vulgo.

De las 124 cuartetas que abraza el *Canto*, transcribiremos unas pocas.—(Véase el Apéndice)

**Protesta Patriótica.**—Tal es, no el título de la composición que no tiene ninguno, sino el pensamiento desarrollado en siete estrofas líricas, con el objeto de manifestar que la insurrección del año nueve no tuvo por fin la emancipación absoluta de España. No carece de algún numen y entonación poética, y está escrita en endecasílabos no despreciables. No deben pasar inadvertidas la energía y aún la delicadeza de los pensamientos con que terminan algunas estrofas.—(Véase el Apéndice)

Al copista se le escapó el último verso de la penúltima estrofa, y al autor el uso incorrecto y frecuente del pronombre posesivo *nuestro*, dirigiendo la palabra a la segunda persona *singular*. Tampoco podemos aprobar ni el prosaísmo, ni la flojedad, ni la asonancia de varios versos.

**Eco de gratitud.**— Así podíamos llamar la composición poética que dirigió *El pueblo de Quito al ilustre de Caracas*, con motivo de haberse celebrado en esta ciudad solemnísimas exequias en honor de los patricios ecuatorianos sacrificados el Dos de Agosto. La gratitud movió al anónimo autor a escribir esta composición, pero no le prestó inspiración ni le enseñó a construir los sáficos y adónicos que componen sus estrofas.

Pueblo sensible, Caraqueño Pueblo,  
Tú nuestros males lloras compasivo,  
Y tú acompañas nuestro llanto triste  
Desde tu Patria.

Flores derramas, libaciones hechas  
Sobre las tumbas de Quiteños Héroes,  
Y luto visten vírgenes y esposas  
Americanas.

Clima dichoso, tierra peregrina,  
Tú das ejemplo del amor fraterno,  
Y tú derramas en nuestras heridas  
Bálsamo grato.

Quieran los cielos, quieran para siempre  
A las estrellas elevar tu gloria,  
Y que ya libre cante tus victorias  
Eternamente.

Que tus virtudes rompan las cadenas  
Que os puso ingrata la española gente,  
Y que la Patria, Religión, Fernando  
Sólo gobiernen.

El que a los mares límites señala,  
El que a la nada sér le da, si quiere,  
Y cuando quiere todo el Universo  
Vuelve a la nada:

Escuche pío del Quiteño Pueblo  
Votos ardientes de encendidos pechos,  
Que se lo ruegan, sometidos siempre  
A sus decretos.

**Juan Larrea.**— Ningún dato poseemos de la vida de D. Juan Larrea: sólo sabemos que es oriundo de Riobamba.

El carácter de D. Juan es el satírico-burlesco. La primera muestra que encontramos son unas cuartetas, que aunque irregulares e incorrectas, no están destituidas de gracia satírica. Fueron compuestas con motivo de los abusos cometidos en la primera insurrección. Nótese, de un modo particular, el uso incorrecto de los tiempos *ha sido* y *habla sido*, en vez de *es* y *era*.

Ya no quiero insurrección,  
Pues he visto lo que pasa:  
Yo juzgué que era melón  
Lo que ha sido calabaza.

Juzgué que con reflexión  
Amor a la Patria había;  
Mas vi tanta picardía,  
Que no quiero insurrección.

Cada uno para su casa  
Todas las líneas tiraba.  
No me engaño, me engañaba,  
Porque he visto lo que pasa.

De lejos, sin atención,  
Vi la flor, las hojas ví;  
Mas, como no conocí,  
Yo juzgué que era melón.

Me acerqué más, vi la traza  
De la planta, y el calor,  
Probé el fruto, busqué olor,  
Y había sido calabaza.

Del mismo estilo es el epigrama que a continuación copiamos:

El rey de plata había sido,  
La Patria toda de cobre,  
Su gobierno loco y pobre  
Y de ladrones tejido.

De carácter también político y no sin gracia, es la siguiente *Letrilla* que suele atribuírse a D. Juan Larrea.

Que ya Riobamba se ufana  
Por la causa americana,  
Con ardor y frenesí,  
Eso sí;

Pero que el realista eterno  
No se introduce al Gobierno,  
Porque su imperio cesó,  
Eso nó.

Que el jefe piadoso y buenc  
Esté de compasión lleno  
Por el realista de aquí,  
Eso sí;

Pero que el favorecido  
No dé cuenta a su partido  
De todo lo que observó,  
Eso nó.

Que se mude prontamente  
El realista en insurgente,  
Porque le conviene así,  
Eso sí;

Pero que sean verdaderos  
Sus afanosos esmeros,  
Porque de boca juró,  
Eso nó.

Que con tintero y papel  
Entre el realista al cuartel  
A que me alisten a mí,  
Eso sí;

Mas de letra cursada  
No dé otra lista a Calzada  
De todo lo que en él vió,  
Eso nó.

Que de algún *Empecinado*  
Esté el lenguaje mudado,  
Según lo que yo advertí,  
Eso sí;

Mas que en tan breve ocasión  
Se le mude el corazón,  
Tan sólo porque gritó,  
Eso nó.

Al devolver a su amigo D. José Mejía unos versos que éste los había enviado para que los criticara, Larrea escribió en el forro de aquellos una especie de cuarteto satírico, que es como sigue:

Para escuchar tus versos, oh Mejía,  
Los dioses del Olimpo se reunieron,  
Y a la primera estrofa bostezaron,  
Y a la segunda estrofa se durmieron.

En tono más serio compuso las dos décimas que transcribimos. A más de la fluidez, no tienen otro mérito:

De nada sirve el placer,  
De nada vale el servir,  
De nada vale el subir,  
Si ha de ser para caer:

Manténte en mediano ser  
Con constancia y con valor;  
Camina con mucho tiento,  
Que no hay seguro cimiento  
En los palacios de amor.

Ya mi ciega fantasía  
Lisonjaba mi esperanza;  
Con esta vana confianza  
Dichoso me presumía;  
Y cuando ufano creía  
Adquirir la posesión  
Del ajeno corazón,  
Un funesto desengaño  
Me hizo conocer el daño  
De mi loca presunción.

**Benigno Larrea.**—De carácter picaresco y zumbón son las únicas cuartetas que se conservan de D. Benigno Larrea, sobrino de D. Juan. Aunque no laudables por el fondo ni la irregularidad de la forma, se deslizan con facilidad:

Yo soy pescador de amor,  
Tiro mi anzuelo a la mar;  
El peje que cae, cómo,  
Y el que nó, le dejo andar.

Yo no soy conquistador  
De pechos inácesibles,  
Nunca pretendo imposibles,  
Yo soy pescador de amor.

Yo nunca procuro anclar  
La nave de mi deseo,  
Y si al paso un peje veo,  
Tiro mi anzuelo a la mar.

No me ando con pies de plomo  
Si se brinda la ocasión,

Y si no hay contradicción  
El peje que cae, cómo.  
En mí es ajeno el porfiar  
Contra el ajeno querer:  
Cómo al que puedo cojer,  
Y al que no, le deajo andar.

**Lidia de gallos.**—Aunque el asunto sea de escasa importancia, no merece que lo posterguemos, por razón de su gracejo y su rareza, el juguete que, sobre lidia de gallos, escribió uno de los Larreas.—(Véase el Apéndice).

La composición tiene cuatro partes: aceptación del desafío, aceptación del día de la lidia, proclama al *ejército compatriota* y epitafio a los vencidos. El desafío se acepta en las tres primeras décimas, la tercera es la más prosaica. La aceptación del día de la lidia se encierra en tres octavas reales, bastante entonadas, aunque no todas correctas. Con menos prosaísmo y más energía se hace la proclama en las tres décimas que siguen. La última décima, que es la mejor, contiene el epitafio.

Lástima que no se le hubiese ocurrido al poeta completar el juguete, añadiendo la descripción de los combatientes, de la misma lidia y de los efectos de ésta.

**Los dioses tunantes.**—No conocemos al autor de esta composición, pero por las cuartetos que la forman podemos deducir que no fue un principiante, ni mucho menos. En estilo festivo, sabe expresar con soltura, novedad y gracia un pensamiento delicado.—(Véase el Apéndice).

**Lección a los inocentes.**—*Vida del insigne jugador, Pedro Negrete, escrita por él mismo en su última enfermedad, en caracteres tahurmánicos. Traducida en verso castellano por un ecuatoriano guayense.*—Con este título apareció en 1836 el curioso poemita burlesco que presentamos a nuestros lectores y cuyo autor es desconocido. El *ecuatoriano guayense* se sospecha serlo el Dr. José Mascota.

Con la gravedad de una epopeya comienza el autor asentando la *proposición*, en la cual promete escribir su vida sin rodeos. Luego hace la *invocación*, propia de los grandes poemas, a Clío, diosa de la historia. En seguida narra su nacimiento y su educación que se redujo, después de *poca escuela*, a ninguna y a *mucha holganza*. Sus padres no quisieron que aprendiera oficio ninguno, como cosa degradante, pero sí le consintieron que llegase a ser *diestro jugador* de naipes, dados, gallos y billar: él concluyó por hacerse un famoso garitero. En esto le llegó su fin, para el cual se dispuso arrepintiéndose de sus pasados crímenes; y en señal de *compunción* escribió un epitafio que pidió se grabara sobre su tumba. Después del *epitafio* viene la *conclusión*, en la que protesta el poeta no haberle movido en la composición de esta obra otro fin, que el *bien de sus hermanos*.

No es, ciertamente, este poemita comparable, ni mucho menos, con la Gatomaquia de Lope de Vega o la Mosquea de Villaviciosa: le falta invención, carece de unidad de acción, es escaso el interés. Adolece además de obscuridad, por el uso de términos técnicos; la consonancia en algunas octavas es defectuosa. Sin embargo, el desenfado en la ejecución, ciertas sales aunque no abundantes, y la armonía de los versos hacen que no se lo considere como una obra despreciable. Algunas estrofas se hallan descabaladas, sin duda por incuria del copista o del impresor.

Notable es la octava en que compara su fama con el Guayas cuando crece o con el humo que se eleva sobre las altas torres.—(Véase el Apéndice)

**Pedro Berroeta, S. J.**—1º Entre los poetas precursores y aun contemporáneos de Olmedo debemos contar al P. Pedro Berroeta, S. J., nacido el 29 de julio de 1737, en Quito según el P. Sanvicente, en Cuenca según otros autores. De 15 años ingresó en la Compañía de Jesús, y, ordenado de sacerdote, fue deportado a Italia en 1767.

Cuando Carlos IV permitió regresar al suelo español a los Jesuitas, el P. Pedro y su hermano mayor, el P. Agustín, se establecieron en Barcelona, de donde tuvieron que volver a Italia, por contraorden, dada poco después, por el mismo monarca español. Restablecida la Compañía en Nápoles, el P. Berroeta se inscribió en ella en 1805. En Palermo desempeñó el cargo de bibliotecario de la Real Biblioteca, hasta cuando Pío VII restableció la Compañía en todo el mundo y Fernando VII la admitió en España, pues con esta ocasión se trasladó a la madre patria, y se domicilió en el Noviciado de San Luis de Sevilla, donde murió el 11 de julio de 1821. (1)

2º.—El P. Berroeta, aunque compañero de los otros Jesuitas deportados a Italia en el siglo XVIII, fue posterior a todos ellos en la muerte. Esta circunstancia le permitió escribir la mayor parte de sus lucubraciones en el siglo XIX.

En las poesías de Berroeta hay dicción poética aunque no muy escogida, fluidez de verso, pureza y corrección de lenguaje, pero les falta el genio verdaderamente poético y el sentimiento es escaso. Son también recomendables por no hallarse afeadas con las aberraciones del gongorismo y del conceptismo.

3º.—La obra poética del P. Berroeta es abundante y pertenece a los géneros épico, lírico y jocoso-satírico.

Como lo da a entender su mismo título, del género narrativo es el *Resumen Histórico de la Pasión de Cristo Señor Nuestro*, que, escrito en 1810, contiene 1026 octavas reales. Fue compuesto, según afirma su mismo autor, "no para recrear el entendimiento, pues no lo permite ni la poesía tan falta de todo adorno y belleza poé-

---

(1) *El Padre Pedro Berroeta por el Padre L. L. Sanvicente*, S. J.—"Boletín Eclesiástico," año XIII, Núm. 15.

tica, ni el sagrado asunto de que ella trata; sino para refrescar la memoria de un tanto beneficio, encender en la voluntad alguna centella de amor divino y excitar en el corazón algún dolor de haber, con las propias culpas, añadido nuevas penas a su amarguísima pasión." Además, el *Resumen* fue escrito "para la gente vulgar e indocta," como lo dice expresamente Berioeta, y lo vuelve a repetir en la *Advertencia necesaria*:

Te advierto aquí, oh lector, la musa mía  
Que si eres sabio, culto y crudito,  
No leas esta inculta poesía,  
Porque fastidio te dará infinito.  
Sabiendo que mi pluma no podría  
Escribir para tí, sólo la he escrito  
Para quien se contenta y sólo estima  
Que haya en el verso consonancia y rima.

De todo ello se deduce que no hay que pedir al *Resumen* ni la acción única de los grandes poemas, ni la trama que les da interés, ni los episodios que los embellecen. El mismo autor conoció el carácter imperfecto de su obra cuando dijo de ella: "...de los tiempos que tenía libres el menor era el que gastaba en componer las octavas; pues no me empeñaba en hacerlas con los adornos y hermosura que requiere la poesía, lisonjeándome que después de acabada la obra, tendría tiempo de reverla y corregirla... quitando la mucha broza que hay en ella... La lisonja que tuve de que después de acabada la obra, tendría tiempo de componerla, ha salido muy vana; porque observando que la parte poética es muy defectuosa, y que para componerla sería necesario un trastorno casi total de la obra, y un trabajo superior a mis fuerzas y al estado infeliz en que se halla mi debilitada, flaquísima y aturdida cabeza, que ciertamente no podría resistir a tanta fatiga, resolví dar al fuego todos estos papeles; de que siendo sabedor el P. Comisario,

quien antes había tenido la paciencia de leerlos, me ordenó que los conservase.”

El mérito, pues, del *Resumen* no es otro que el métrico y el histórico, úno y ótro notables en su género. Las octavas fluyen sin esfuerzo y se hallan impregnadas de suave y sincero sentimiento. Las notas históricas que lo ilustran son de una erudición nada común. Si el fondo se halla tan lejos de las grandes epopeyas, no así la forma, que tiene su proposición, invocación y narración. Léanse las octavas que encierran las dos primeras partes:

### PROPOSICIÓN

Sumos ultrajes, excesivas penas,  
Indecibles tormentos, gran quebranto,  
Cruz, azotes, espinas y cadenas,  
Aquí de un hombre Dios gimo, no canto.  
A referir todo esto basta apenas  
Un gemido incesante, un largo llanto;  
Que aunque los ojos vierta en tal zozobra,  
Para llorar aun más razón me sobra.

### INVOCACIÓN

Par esprimir, oh Dios, sucesos tales  
Sólo copiosas lágrimas yo imploro,  
No gimo mis desgracias o mis males,  
La acerba muerte de Jesús yo lloro.  
Sean mis ojos fuentes y raudales  
De amargo llanto por el Bien que adoro.  
Que si intento escribir de asunto tanto,  
Las cláusulas las forme sólo el llanto.

4º—Más feliz que en la narrativa, fue Berroeta en la poesía lijera, ingeniosa y satírica, como lo prueban sus numerosas *décimas* y *sonetos*. Escribió la mayoría en edad avanzada y por compromiso, según indica el

título de la colección: "Coplones de viejo o poesías más digeridas, que a diversos asuntos y en diversos tiempos he compuesto, regularmente requerido: siendo la mayor parte de ellos partos de la vejez. Pues de cuantos compuse en la juventud, ya en los certámenes de Navidad, ya en otros asuntos, no me ha quedado papel alguno."

La mayor parte de las décimas o espinelas puede reducirse a dos grupos: a acertijos y a composiciones satírico-burlescas. En unas y en otras hay agudeza de entendimiento, pero en algunas faltan la claridad y la gracia, y se notan el artificio y aun el esfuerzo por llenar los diez versos de la estrofa. La misma *Advertencia* que sirve de introducción o prólogo a la colección nos revela suficientemente, tanto el carácter del autor, como el de las poesías que la siguen:

Las siguientes poesías,  
Parto de mi indocta Palas,  
Por lo mismo que son malas,  
Diciendo están que son mías.  
De tal cual copla podrías  
Dudar si es mía o ajena;  
Pero a mí no me da pena  
Que sea ajena en tu juicio,  
Pues me haces a mí el servicio  
De reputarla por buena.

Los acertijos, como sucede en esta clase de composiciones, no son otra cosa que descripciones, más o menos veladas, de los objetos, fundadas en la naturaleza o el nombre de éstos, en el fin a que se destinan, en los servicios que prestan, etc. Como muestra vaya el enigma del *Reloj*:

Yo no tengo ni un ochavo,  
Pero a todas horas doy;  
Y por más que dando estoy,  
No tengo algún menoscabo.

De músico no me alabo,  
Ni entiendo de sinfonía,  
Pero con tal armonía  
Tengo mis cuerdas templadas,  
Que aunque ellas se están calladas,  
Sueno de noche y de día.

De bueno podemos también calificar el acertijo del  
*Cero*:

Valgo plata, cobre y oro  
Cuando estoy en compañía;  
No hay tienda ni mercadería  
Que en mí no tenga un tesoro.  
Al católico y al moro  
Soy cosa muy apreciada  
Y en sus cuentas muy contada.  
Siempre estoy empapelado,  
Y en suma soy muy buscado  
Aun cuando no valgo nada

Superior a uno y otro acertijo sería el del *Martillo*, si desapareciera la oscuridad de los dos primeros versos. En efecto, se necesita meditar no poco, para dar con que el *mar* del primer verso es sencillamente la primera sílaba de *Martillo*, y el *castillo* del segundo verso, el *yunque* en que cae aquel:

Tengo el principio en el mar  
Y mi fin en un castillo,  
Y aunque soy hartó sencillo  
Sé al más agudo clavar.  
Yo no me puedo jactar  
Ni de ingenio ni agudeza,  
Antes bien con mi rudeza  
Cayendo en mil *yerros* voy;  
Pero no obstante les doy  
A todos en la cabeza.

Mayor espontaneidad y gracia que en los acertijos, muestra Berroeta en las décimas *satírico-burlescas*. Con todo, se observa en algunas cierto empeño en excitar la risa. Tal acontece en algunos pasajes de la composición en que satiriza a los ex-jesuitas calvos, que tuvieron que dejar la peluca al regresar a la orden. Por ser demasiado larga, copiamos sólo la primera décima:

Sopla, oh musa, sin recelo  
Coplas aunque mal peinadas,  
Que las más descabelladas  
Aquí me vicnen a pelo.  
Un superior de gran celo  
Y de una virtud tan rara  
Que aún en pelillos repara,  
Ordena que éstos se quiten;  
Pues las reglas no permiten  
Pelillos que dan en cara,

5º—Con menos soltura y perfección que las décimas compuso Berroeta ochenta y tantos sonetos, satíricos unos, piadosos otros. El mismo soneto presentado por el P. Sanvicente como modelo en el artículo citado más arriba, no se halla libre de defectos. Si no le falta unidad al pensamiento, en su desarrollo hay verbosidad, oscuridad y vaguedad, prosaísmo y débil armonía en los versos. Entre las frases impropias debe relegarse la siguiente: *esgrima el infierno mil enojos*. Tampoco es digna de aprobación aquella inusitada sinéresis, por la cual se dice *oidos*, en vez de *oídos*.

**Don José Joaquín de Olmedo.**—1º En medio de los versificadores prosaicos y ramplones que dominaron en el primer tercio del siglo XIX brilló, eclipsándolos a todos, Don José Joaquín de Olmedo, el primer poeta del Ecuador y uno de los más grandes de América. Nació por marzo de 1780 en Guayaquil, dió principio a los

estudios de humanidades en el colegio de San Fernando de Quito y los concluyó en el de San Carlos de Lima. En esta ciudad recibió la investidura doctoral en Jurisprudencia y enseñó Filosofía y Derecho Romano. Como diputado de Guayaquil concurrió a las Cortes de Cádiz en 1811; el 24 de agosto de 1812 fue elegido Secretario de las Cortes, y el 13 de marzo del año siguiente, miembro de la Diputación Permanente y su Secretario. Disueltas aquellas, permaneció oculto en Madrid hasta fines de 1815, en que se trasladó a la Habana y luego vino a Guayaquil el 28 de noviembre de 1816. El 9 de octubre de 1820 tomó parte en la Junta de Gobierno y desempeñó el cargo de Jefe Político. En noviembre del mismo año fue electo Presidente de dicha Junta, cuya constitución redactó provisionalmente. Incorporado Guayaquil a Colombia, Olmedo pasó al Perú donde asistió al Congreso Constituyente, como diputado de Puno y formó parte de la Comisión que elaboró la primera Constitución peruana. En 1823 le confió el Gobierno Peruano la comisión de recabar de Bolívar que prestara auxilio al Perú. En 1824 regresó a Guayaquil, y al año siguiente el Congreso Peruano le concedió el derecho de ciudadanía peruana. Un mes después partió a Europa como Ministro Plenipotenciario de aquella República. A su regreso, en 1828, se le confió el nombramiento de Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, cargo que no admitió por no separarse de su familia y de su ciudad natal. Dos años más tarde, en 1830, desempeñó por algún tiempo la Prefectura del Guayas y concurrió a la Convención Constituyente de Riobamba, en la cual fue uno de los redactores de la primera Constitución y aun se dice que diseñó el escudo nacional. Se le designó para Vicepresidente del nuevo Estado, pero rehusó el cargo. En 1832 aceptó por segunda vez la Prefectura del Guayas y luego la Plenipotencia en el asunto de la anexión del Cauca al Ecuador. En 1835 fue Presidente de la Convención de Ambato, en 1839 Gobernador del

Guayas, en 1843 Sub-director de estudios en la misma provincia, en 1845 primer miembro del Gobierno provisional, y en 1846 Comisionado para reclamar del Perú los restos del general Lamar. Por último, a causa de un cáncer intestinal que le había atormentado largo tiempo, falleció en Guayaquil en febrero de 1847, recibidos con piedad sincera todos los auxilios de la Religión y asistido por el Ilmo. Sr. Francisco Javier Garaycoa, primer Obispo de Guayaquil. (1)

---

[1] ¡Olmedo murió como fiel cristiano! Olmedo entregó su alma, purificada por la penitencia y santificada por la Hostia sacratísima, a Aquel de quien recibiera tantos tesoros de corazón y de inteligencia, y cuya obra de redención misericordiosa tachaba pocos días antes [en momentos, sin duda, de amargura y de flaqueza de ánimo], de INCOMPLETA E IMPERFECTA. El Dr. D. Francisco J. Garaycoa, condiscípulo y muy amigo del poeta, sacerdote docto y muy virtuoso, a la sazón primer obispo de Guayaquil, y algo más tarde arzobispo de Quito, escribía al Dr. D. José María Laso, con quien tenía estrechas conexiones, la siguiente carta:—"Guayaquil, Marzo 24 de 1847—.....La pérdida de un ilustre ciudadano como el Sr. Olmedo, de un condiscípulo, de un amigo, es pérdida sobremanera sensible. Pero me consuelan las cristianas y religiosas disposiciones con que murió. Aunque la noche en que falleció estuvo lluviosa y yo acatarrado, fui llamado a las diez de ella para administrarle los últimos sacramentos y demás consuelos de la Religión. Recibí aquellos con los sentimientos que yo debía desear, y con expresiones edificantes de un sabio. Después de administrarle, pasé a inspirarle en la acción de gracias estos consuelos religiosos, unidos a los actos de resignación, de gratitud y de amor a Dios; y en los salmos, que nos presentan una materia vasta para tales actos, y que él mismo iniciaba algunas veces, nos ocupamos de un modo provechoso. Por algunos momentos me separé de su lecho, para volver a encomendar su alma: entre tanto, fue rodeado de su numerosa familia y como quien quiere desprenderse de ella para unirse a Dios sólo, pidió que se retrasen y lo dejasen con su ministro. Entregó su espíritu al Criador a las dos de la mañana, con las palabras del salmo *IN TE, DOMINE, SPERAVI*, que concluye: *IN MANUS TUAS DOMINE, COMMENDO SPIRITUM MEUM*; dejando a su familia, a sus parientes y amigos en la consternación y el llanto; y a su condiscípulo en el dolor más intenso, y a su ministro e indigno Director en el mayor consuelo por las envidiables disposiciones de su sensible corazón. He dado a usted este detal, porque me acompañe en mi dolor por tan

2º—Cristiana fue la muerte, como cristiana había sido la educación de Olmedo; pero en el curso de su vida más de una vez flaquearon sus principios religiosos. Lleno de desengaños políticos, imbuído en el enciclopedismo francés y aun tocado de volterianismo, acosado por pertinaz dolencia orgánica y en medio de un hogar desolado, no es extraño que, en el soneto compuesto a la muerte de su hermana haya prorrumpido en un arranque de desesperación, y, pocos días antes de su muerte, escrito a su amigo, D. Andrés Bello, tildando la redención de incompleta e imperfecta.

3º—Suponemos que las ideas filosóficas que Olmedo adquirió en las aulas de San Carlos fueron sanas: sólo la corriente revolucionaria fue la que le arrastró al extremo de glorificar el tiranicidio más crudo, estampando en *El Arbol*:

Cuando al trono de Luis, César subía,  
En medio del tumulto y la alegría  
De un pueblo esclavo. . . . Bruto, ¿dónde estabas?  
No es tarde aún; ven, besaré tu mano  
Bañada con la sangre del tirano.

Quien así engrandece el puñal asesino, no es de maravillar que, formulando doctrina, diga en el *Alfabeto para un niño*:

---

lamentable pérdida, y es muy justo también que participe de mis consuelos. Yo no cesaré de rogar a Dios y de pedir a las almas virtuosas que rueguen por tan ilustre conciudadano. Por el presente correo rotulo a usted cuatro ejemplares de la noticia necrológica que ha presentado el médico de cabecera del finado Omedo, para que usted los distribuya a sus amigos. . . . .

Consérvese usted en salud y gracia, como lo desea su verdadero amigo y afectísimo capellán—† Francisco J., Obispo.

(Ojeada Histórico-crítica.—Segunda edición, pág. 48c—Juan León Mera.)

Tiranía y opresión  
Suenan y expresan lo mismo:  
Para salir de este abismo  
Es honrosa toda acción.

Lo raro es que en la misma composición, enseñando sana doctrina, se expresa así:

Moral, la sana moral  
Consiste en amarse bien,  
En hacer a todos bien  
Y no hacer a nadie mal.

4º—Se le ha tildado a Olmedo de versatilidad en sus opiniones políticas. “Comparable, dice Miguel Antonio Caro, a un árbol que, sin mudar de asiento las raíces, cambia de posición cuando el nuevo cauce y curso vario de algún río trueca y altera las demarcaciones antiguas, Olmedo, apegado siempre al terruño nativo del Guayas fue sucesivamente español-americano, peruano, colombiano, ecuatoriano. Peregrinas metamorfosis!” (1)

Con perdón del eminente crítico y poeta colombiano, a nosotros no nos parecen tan peregrinas, si se observa que estos cambios más fueron objetivos que subjetivos, más obligados que voluntarios. El mismo símil del Sr. Caro milita en nuestro favor: el árbol no cambia propiamente, sino el área que lo rodea. Una vez que su patria no podía vivir en autonomía, no le quedaba a Olmedo otro arbitrio que el de acomodarse a las circunstancias.

Nacido en Guayaquil, tuvo necesariamente que ser *español-americano*, luego *colombiano* (de la Gran Colombia), y finalmente, *ecuatoriano*, nunca *peruano*. Es un error en el que incurren el peruano D. Manuel Nicolás Corpancho y el colombiano D. Miguel Antonio Caro, al

---

(1) Repertorio Colombiano, t. XIV, pág. 141.

afirmar que Guayaquil perteneció al Perú. La capital del Guayas desde su fundación formó parte de la Real Audiencia de Quito. Sólo en lo militar dependió por algún tiempo del Perú.

Tampoco por versatilidad en sus opiniones políticas, fue Olmedo en un principio partidario de Flores y hasta su cantor, y luego su adversario declarado, sino porque en uno y otro caso creyó que así lo exigía el bien de la Patria.

5º—La escuela galo-clásica, introducida en España con la dinastía borbónica, llevó tras sí a muchos poetas, que, por huír de los desvaríos de Góngora, se dieron a imitar ciegamente a los autores franceses, y se convirtieron en versificadores ramplones y pedestres.

Grandes esfuerzos se hicieron en España con el objeto de contrarrestar este pernicioso influjo, mas solamente a fines del siglo XVIII lograron conseguirlo con su ejemplo Jovellanos, Meléndez y Cienfuegos. Meléndez se sobrepuso a todos, y llegó a formar escuela por su amenidad soltura y atildamiento.

Siguiendo las huellas de Meléndez, formóse otra escuela más vigorosa y ardiente, "clásica en las formas, pero animada de un espíritu revolucionario que trasciende a las formas mismas y las innova." Cienfuegos fue el verdadero precursor de la escuela, según Miguel Antonio Caro, y Quintana el que "dió forma determinada y prestigioso esplendor a aquel género de ideas y a aquel nuevo estilo de cantar."

Acerca de la filiación literaria de Olmedo y de su silueta poética, preferimos dar la palabra a críticos extranjeros, tan competentes, como Miguel Antonio Caro, quien, después de haber afirmado que Olmedo pertenece a la escuela clásica *genuinamente española*, prosigue:

"No sólo por la peculiaridad de su gusto, por su castiza y briosa versificación, sino también por las ideas

filosóficas y sentimientos revolucionarios, es evidente que Olmedo procede de la escuela literaria presidida por Quintana.”

Avanzando aún más, afirma Caro que los cantos de Olmedo son el *fruto más sazonado* de la sobredicha escuela: “Pasando (el historiador crítico) rápida muestra a otros poetas menos gloriosos, llegará al fin a Olmedo, para detenerse con delicia en sus cantos, fruto más sazonado, producción de condiciones superiores a cuanto la precedió, donde elementos al principio discordantes, se penetran y asimilan, y ofrecen en forma espontánea y natural no en híbrida y artificial combinación, aquella manera y variedad de poesía, diferente de los géneros que se conocieron y cultivaron en los anteriores tiempos.” (1)

Si Olmedo conviene con Quintana en las ideas filosófico-políticas, en la robustez del verso y en la grandilocuencia de la frase; difiere, sin embargo, del poeta español en el mayor y feliz empleo de dicción pintoresca y virgiliana, en la ausencia de difusión, en el menor grado de énfasis y en el amor a la naturaleza. Cualidad esta última que no sólo hermosea grandemente sus producciones, sino que les comunica un tinte nacional grandísimo. En *La Victoria de Junín*, por ejemplo, ya nos representa a los *Andes* sobre basas de oro, despreciando las tempestades: ya al sol que

En mayor disco menos luz ofrece  
Y veloz tras los Andes se oscurece;

ora, para persuadir la unión de los países americanos, saca una bellísima comparación de la gran cadena de los Andes; ora nos habla del *Cóndor*

El peruviano rey del pueblo acrio,  
A quien ya cede el águila su imperio;

---

(1) Repertorio Colombiano, N° X, pág. 274.

no son otra cosa que la presciencia divina comunicada al hombre. En este sentido dijo muy bien Gallego:

.....el fallo de la muerte  
Ni el valor lo revoca ni el acero.....

Con buen acuerdo se ha introducido en la elegía el alborozado recibimiento de la Princesa en Barcelona, para formar contraste con la muerte de la misma que luego se siguió. Lo que no nos gusta es lo débil de la descripción y el carácter didáctico que hace desmerecer a ciertos pensamientos, por ejemplo:

.....Un pueblo entero  
Libre te ha obedecido;  
*Que quien ama obedece;*  
*Y sólo amor merece*  
*Lo que no puede el oro ni el acero*

Tampoco nos agrada aquello de que el día en que llegó la Princesa, la grande Barcelona

Vió la mar espumosa  
Besar su alta muralla....

¿Acaso no acontece esto todos los días?

En el desarrollo de las partes pudiera notarse alguna monotonía, proveniente del excesivo empleo de apóstrofes. Los pensamientos son nobles en general, pero el estilo no siempre corresponde a ellos, porque varias veces decae, hasta dar en prosaismos, como

Y nadie puede verla sin amarla.

Las asonancias son frecuentes. Reprensible es igualmente el pleonasma:

*Al recio soplo de huracán violento.*

La pintura de los males que afligen a España está hecha con novedad, aunque no todas las imágenes contenidas en ella sean nuevas:

Señor, Señor el pueblo que te adora,  
Bajo el peso oprimido  
De tu cólera santa, gime y llora.  
Ya no hay más resistir: la débil caña  
Que fácil va y se mece,  
Cuando sus alas bate el manso viento;  
Se sacude, se quiebra, desaparece  
Al recio soplo de huracán violento.  
Así tu ira, Señor, bajo las formas  
De asoladora peste y hambre y guerra,  
Se derramó por la infeliz España.  
Y aquella que llenó toda la tierra  
Con hazañas tan dignas de memoria,  
En sus débiles hombros ya ni puede  
Sostener el cadáver de su gloria:  
Y la que un tiempo, Reina se decía  
De uno y otro hemisferio,  
Y vió besar su planta y pedir leyes  
A los pueblos humildes y a los reyes,  
Llora cual una esclava en cautiverio....

Es evidente que la imagen de la *débil caña* de Olmedo, aunque en el fondo no sea nueva, tal como la presenta nuestro poeta, es superior a la de Gallego en su *Dos de Mayo*:

¡Ay! que cual *débil planta*  
Que agosta en su furor hórrido viento,  
De víctimas sin cuento  
Lloró la destrucción Mantua affigida.

Uno de los trozos más iguales y vigorosos es el gemido de América, haciendo eco al lamento de España:

¡Oh! ¡qué imprevisto golpe  
Mi herido corazón de nuevo hieren!....  
Vi el monstruo de la guerra  
Ya en el antiguo mundo no cabiendo,  
Nadar, romper los mares tormentosos;  
Y a su terrible aspecto, a su bramido  
Espavorida retremblar mi tierra;  
Y vi la planta impura  
Del infido Bretón y codicioso,  
En presencia del Cielo,  
Manchar mi casto y religioso suelo:  
Vi mis campos talados:  
Vi profanar mis templos, mis altares:  
Vi mis hijos morir..... ¡hijos amados!  
Por su Patria, su Rey, su Dios armados.  
Cuyas manos valientes  
Sólo al morir soltaron el acero  
Bañado en sangre y gloria; único alivio  
De esta viuda infeliz... ¡Carlos! mis hijos  
Murieron, ¡ay!... no mueran sin venganza;  
Que si vencer los fuertes no pudieron,  
Lidiar al menos y morir supieron.

La nota de esperanza, con que se da término a la elegía, es muy simpática y muy natural para quien ama de veras a su patria,

8º—La composición de *El Arbol*, encontrada casualmente por el Sr. Corpancho en la Biblioteca Nacional de Lima, fue escrita en 1809, después que el astuto Napoleón se hubo apoderado de Fernando VII. Indignado Olmedo de la injuria irrogada a su Madre Patria y de la injusticia con que se destronaba a sus reyes, no quiso ser menos que Quintana y que Gallego, y resolvió componer la silva de *El Arbol*.

Llevado de su amor a la naturaleza, principia Olmedo describiendo morosamente el añoso árbol del desierto.

a cuya sombra gusta ir a meditar: de allí su musa vuela en torno y vuelve enriquecida de grandes pensamientos e imágenes.—Pero no: mejor le hubiera sido no haber presenciado el escándalo que Francia ofrece a las naciones. Atropelladas son las leyes, las virtudes, la misma Religión por su ambicioso jefe que no repara en nada.—Abusando de la buena fe y amistad de España, con ósculo de paz, toma a sus reyes y los encadena—¡Oh musa! tú sola que has visto tempestades, puedes pintar el furor con que toda España se levantó contra el tirano.—Dios santo, no permitas que el varón de sangre tu nación extermine; tú que te llamas Dios de los ejércitos, conforta nuestro brazo y humilla a ese enemigo—Y tú, mi musa, en tanto que el mundo tiembla de furor y espanto, ven a guarecerte, cual tímida paloma, a la sombra del árbol del desierto.

Seis partes pueden considerarse en *El Arbol*: la descripción del árbol del desierto; la tiranía de Napoleón en Francia; la felonía cometida contra España; el levantamiento de las provincias españolas, la deprecación a Dios en favor de España; la conclusión o apóstrofe a la musa. En medio de tantas y tan variadas partes, la unidad del plan es clara y natural, merced a la original idea de representar a la musa cual *fugaz y bella mariposa, blanda paloma, garza atrevida y águila audaz*, que revolando en torno del árbol del desierto, conocen lo que sucede en el mundo:

Aquí mi musa desèa  
Venir a meditar; de aquí mi musa  
Desplegando sus alas vagarosas  
Por el aire sutil tenderá el vuelo.  
Ya cual fugaz y bella mariposa  
Por la selva florida,  
Libre, inquieta, perdida  
Irá en pos de un clavel o de una rosa;  
Ya cual paloma blanda y lastimera  
Irá a Chipre a buscar su compañera;

Ya cual garza atrevida  
Traspassará los mares,  
O cual águila audaz alzará el vuelo  
Hasta el remoto y estrellado cielo.

Este bello pasaje suscita, por la semejanza, el recuerdo de aquel otro magnífico de *La Victoria de Junín*:

¿Quién me dará templar el voraz fuego.....

Es visible la superioridad del segundo sobre el primero. En aquel aparece la musa con la timidez de la juventud y de la falta de experiencia; en éste vaga cual bacante por las plazas, las selvas y los montes y, no contenta con presenciar la batalla,

Se mezcla entre las filas la primera  
De todos los guerreros,  
Y a combatir con ellos se adelanta,  
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Se ve que el amor de la independencia americana, como más íntimo, tuvo mayor virtud que el de la Madre Patria, para hacer vibrar las cuerdas de la lira de Olmedo con mayor ardor e inspiración.

Ni sólo en el plan se parece *El Arbol* al *Canto a Bolívar*, sino también en la conclusión. En *El Arbol* el poeta apostrofa así a su musa:

Y tú, mi musa, en tanto  
Que el mundo tiembla de furor y espanto,  
Y entre los fieros males  
Que preceden, que siguen, que acompañan  
A la venganza, la ambición vacila;  
Tú, mi musa, pacífica y tranquila,  
Cual tímida paloma  
Que se esconde en su nido,

La tempestad huyendo que ya se asoma,  
Vendrás a guarecerte,  
Mientras lo exija mi destino incierto,  
A la sombra del árbol del desierto.

Muy semejante, pero inmensamente superior por la inspiración y el arte, es la apóstrofe a su musa, con que Olmedo concluye el *Canto a Bolívar*:

Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos . . . ?

Si el plan es bueno, su desarrollo no corresponde en todas sus partes a la magnitud del asunto: las pinturas así de los males de Francia como del levantamiento de las provincias españolas, son débiles y la desigualdad de estilo mayor que *En la muerte de Doña María Antonia de Borbón*.

Aunque hay alguna semejanza entre la elegía de Gallejo y *El Árbol* de Olmedo, por razón de la materia, sin embargo, técnicamente son dos obras de distinta índole. La primera es una elegía contraída a lamentar las infamias cometidas en España por las tropas francesas; la segunda, una oda de campo más amplio, en la que se execran los crímenes de Napoleón en Francia y especialmente en España. Preciso es confesar que la composición *Al Dos de Mayo* tiene más energía e igualdad que *El Árbol*; pues, en ésta se hallan no pocos pensamientos débiles, vagos, comunes y prosaicos. Mayor semejanza existe en el tono, en el argumento y hasta en las mismas desigualdades y prosaísmos, entre la oda de Olmedo y la de Quintana dedicada *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*.

Hay indudablemente belleza en la descripción del árbol del desierto:

A la sombra de este árbol venerable,  
Donde se quiebra y calma  
La furia de los vientos formidable,

Y cuya ancianidad inspira a mi alma  
Un respeto sagrado y misterioso,  
Cuyo tronco desnudo y escabroso  
Un buen asiento rústico me ofrece;  
Y que de hojosa majestad cubierto  
Es el único rey de este desierto,  
Que vastísimo en torno me rodea;  
Aquí mi musa desea  
Venir a meditar.....

Sin embargo, podría tildársele de algo oscura y demasiado larga y apacible y más propia para servir de escenario a un idilio, que para exordio de una explosión de indignación, como la silva de *El Arbol*. Más acomodada al asunto es la introducción *Al Dos de Mayo*, aunque por otra parte sea también defectuosa, por ser común, vaga y declamatoria.

Sobre la apóstrofe dirigida a Bruto:

Cuando al trono de Luis, César subía,  
En medio del tumulto y la alegría  
De un pueblo esclavo... Bruto ¿dónde estabas?  
No es tarde aún; ven, besaré tu mano  
Bañada con la sangre del tirano,

téngase presente lo dicho al principio de nuestro estudio sobre Olmedo.

Bella y digna de imitación es la descripción del vagar de la mariposa:

Ya cual fugaz y bella mariposa  
Por la selva florida,  
Libre, inquieta, perdida  
Irás en pos de un clável o de una rosa.

La deprecación dirigida a Dios en favor del pueblo español es de sabor bíblico, y prueba que Olmedo bus-

caba la inspiración en las mismas fuentes que el divino Herrera:

Dios santo y poderoso,  
Brazo, virtud y gloria en la pelea,  
Tú, que tocas el monte y luego humea,  
Tú que miras la tierra y se extremece:  
Toca y mira ese pueblo que en su gloria,  
Sin referirla a tí se ensoberbece.  
Tú, ¡oh Dios! que a los humildes y a los mansos  
La posesión has dado de la tierra,  
¡Ay! no permitas que el varón de sangre  
Tu nación extermine,  
Ni que en la tierra toda desolada,  
Cubierta de cadáveres domine.  
Antes, tú, que quisiste,  
Para santificar la justa guerra,  
El Dios de los Ejércitos llamarte,  
Y en tus pueblos caudillos elegiste,  
Y su defensa y su victoria fuiste,  
Nuestro brazo conforta, y con tu aliento,  
Cual huracán violento,  
Turba las huestes del perjuró bando  
Que, las sagradas leyes quebrantando  
De amor y de amistad y de santa alianza  
A guerra nos provocan y a venganza.

9º—Ocho años después de compuesta la oda de *El Arbol*, escribió Olmedo su canto genetiáco *A un amigo en el nacimiento de su primogénito*. No se han compuesto en América muchos que se le igualen. En él hallan agradable pábulo la inteligencia, la fantasía, el corazón y hasta el oído. Esta silva, a la cual los críticos Amunátegui sólo quieren conceder una *belleza exterior*, es, a juicio de Menéndez y Pelayo, uno de los *cuatro magistrates poemas* de Olmedo, y, según D. Manuel Cañete, *tan*

*inspirada y bien sentida poesia, que compite con las mejores castellanas en nitidez y tersura.*

Prescindiendo de unas poquísimas minucias relativas al ritmo, a la rima y a los epítetos, sólo tomaremos en cuenta el juicio de D. Juan León Mera, quien, siguiendo a los críticos chilenos: Amunátegui, califica de *inadecuado e importuno el filosofar tristemente al pie de la cuna de un niño*. Ciertamente que no anduvo muy acertado en este punto Olmedo; mas, obsérvese que el poeta no se redujo a solos prenuncios tristes, ni la optación de que el recién nacido vuelva a la nada, es absoluta, sino tan sólo en vista de los males presentes y hasta que luzcan mejores días.

El argumento se reduce a lo siguiente: Es bien tan grande la vida, que deudos y amigos *rodcan la cuna del que nace* y hacen mil pronósticos halagüeños—Pero ellos son ilusiones, porque el hombre nace condenado a miseria, de la cual no bastan a librarle ni la fortuna, ni la fama y ni aun la misma virtud y talento en estos malhadados tiempos.—Mejor hubiera sido al niño tornar al seno de la nada, para *no volver a la luz*, sino cuando la patria se ostente venturosa.—¡Ojalá llegue este hermoso día! Entretanto hay que templar el *vuelo de esperanza y alegría*.—Mas, no debe su padre temer, sino antes bien oponerse a la corriente del mal. Risel tiene virtud y genio no sólo para dirigir la índole tierna de su hijo al bien, sino para *purificar en algún modo el aire infecto que doquier respira*.—Dios ha premiado la virtud de la madre, concediéndole después de diez años de deseos, este niño, y proporcionándole al mismo tiempo el placer de tornar a ver a su madre y de volver a su patria.—Gócese la madre con el primer fruto del amor y comparta su gozo con Risel—El niño viva y florezca para honor y consuelo de su familia y de su patria. Siga, al ejemplo de sus padres, la senda de la virtud, y nada tema, porque el hombre de bien vive serenamente preparado para cualquier fortuna.

Entre los trozos más bellos hemos de señalar el símil de la flor, con el que pinta la vanidad de las esperanzas humanas. No menos bello es igualmente el otro símil de la encina, para aconsejar la ecuanimidad en medio de la desgracia.

¡Tanto bien es vivir, que presurosos  
Deudos y amigos plácidos rodean  
La cuna del que nace!  
¡Y en versos numerosos  
Con felices pronósticos recrean  
La ilusión paternal! Uno la frente  
Besa del inocente  
Y en ella lee su próspero destino;  
Otro, ingenio divino,  
Sed de saber y fama  
Y de amor patrio la celeste llama  
Ve en sus ojos arder; y la ternura,  
El candor y piedad otro divisa  
En su graciosa y plácida sonrisa.

¿Pero, será feliz? ¿o serán tantas  
Hermosas esperanzas, ilusiones?  
Ilusiones, Risel. Ese agraciado  
Niño, tu amor y tu embeleso ahora,  
Hombre nace a miseria condenado.  
Vanos títulos son para librarle  
Su fortuna, su nombre.  
Mas ¿qué hablo yo de nombre y de fortuna?  
Si su misma virtud y sus talentos  
Serán en estos malhadados días  
Un crimen sin perdón. . . . La moral pura,  
La simple, la veraz filosofía,  
Y tus leyes seguir, madre Natura,  
Impiedad se dirá: rasgar el velo  
Que la superstición, la hipocresía  
Tienden a la maldad: decir que el Cielo

Límites ciertos al poder prescribe  
Como a la mar; y que la mar insana  
Menos desobediente  
Es al alto decreto omnipotente;  
Impiedad . . . sedición . . . Por toda parte  
La frente erguida el vicio se pasea  
Llevando por divisa «audacia y arte.»  
Tienta, seduce, inflama;  
Ni oro, ni afán perdona;  
Da a la maldad por galardón la fama,  
Se atreve a todo, y triunfa, y se corona.

¡Qué escenas, Dios! ¡qué ejemplos! ¡qué peligro!  
¿Y es tanto bien vivir?—Siquiera el cielo  
A más serenos días retardara,  
¡Oh niño, tu nacer! que ahora sólo  
El indigno espectáculo te espera  
De una patria en mil partes lacerada,  
Sangre filial brotando por doquiera;  
Y crinada de sierpes silvadoras  
La discordia indignada  
Sacudiendo, cual furia horrible y fea,  
Su pestilente y ominosa tea.

¡Oh! ¡si te fuera dado al seno obscuro,  
Pero dulce y seguro,  
De la nada tornar! . . . . y de este hermoso  
Y vivífico sol, alma del mundo,  
No volver a la luz, sino allá cuando  
Ceñida en lauro de victoria ostente  
La dulce patria su radiosa frente,  
Y cuando el astro del saber termine  
Su conocido giro al occidente;  
Y el culto del arado y de las artes,  
Más preciosas que el oro,  
Haga reflorar en lustre eterno,  
Candor, riqueza y nacional decoro:

Y leyes de virtud y amor dictando,  
En lazo federal las gentes todas  
Adune la alma paz, y se amen todas...  
Y ¡oh triunfo! derrocados  
Caigan al hondo abismo  
Error, odio civil y fanatismo.

Traed, cielos, en ala presurosa  
Este de expectación hermoso día.  
Entre tanto, Risel, cauto refrena  
El vuelo de esperanza y alegría.  
¡Oh! cuántas veces una flor graciosa  
Que al primer rayo matinal se abría,  
Y gloria del vergel la proclamaba  
La turba de los hijos de la Aurora,  
Y algún tierno amador la destinaba  
A morir perfumando el casto seno  
De la más bella y más feliz pastora;  
¡Oh! cuántas veces mustia y desmayada  
No llega a ver el sol que de improviso  
La abrasa el hielo, el viento la deshoja,  
O quizá hollada por la planta impura  
De una bestia feroz, ve su hermosura.

Empero tu deber, Risel amado,  
Ya que te ves alzado  
A la sublime dignidad de padre,  
Te manda no temer; antes el fuerte  
Pecho contraponer a la violenta  
Avenida del mal y de la suerte.  
Virtud, ingenio tienes. Sirva todo  
No sólo a dirigir la índole tierna  
De tu hijo al bien, que en desunión eterna  
Está con la ambición y la mentira,  
Sino a purificar en algún modo  
El aire infecto que doquier respira.  
Aprenda de tu ejemplo

Prudencia, no doblez; valor, no audacia;  
Moderación en próspera fortuna,  
Constante dignidad en la desgracia.  
Porque cuando en el monte se embravece  
Hórrida tempestad, el flaco arbusto  
Trabajado del ábrego perece,  
Mas al humilde suelo nunca inclina  
Su excelsa frente la robusta encina;  
Antes allá en las nubes señorea  
Los elementos en su guerra impía  
Y al fulgurante rayo desafia.

Y tú, mi dulce amiga, cuyo hermoso  
Corazón es el ara  
Del amor conyugal y la ternura:  
Que por seguir y consolar tu esposo,  
En tabla mal segura  
Osaste hollar con varonil denuedo  
Mares por sus naufragios tan famosas,  
Y cortes más que mares procelosas;  
Tú que aun en medio del dolor serena,  
Viste abrirse a tus pies la tumba oscura,  
Ni asomada a su abismo te espantaste;  
Y ansiedad y amargura  
En los pesares sólo,  
Mal merecidos, de Risel mostraste;  
O cuando el tierno pecho te asaltaba  
Dulce memoria de tu patria ausente:  
¡Oh! entonces no sabías  
Que al volver a tu patria y tus amigos  
En premio el Cielo a tu virtud guardaba  
Lo que negó a diez años de deseos,  
Y que madre a tu madre abrazarías.

Gózate para siempre, amiga mía;  
Huyó la nube en tempestad preñada,  
Y te amanece bonancible día.

Gózate, tierna amiga, para siempre:  
Este, éste de la patria el caro suelo,  
Estos tus lares son. ¿Por qué suspiras?  
No es ya mentido sueño lo que miras.....  
Esa que tierna abrazas es tu madre,  
Tú, más feliz que yo tu madre abrazas...  
Mientras yo, ¡desdichado!  
Sólo en la tumba abrazaré la mía.

Tú, sé feliz, y goza ya, segura  
De sobresalto fiero,  
Inefable delicia en el cariño  
De este precioso niño,  
Primera prenda de tu amor primero.

Paréceme mirarte embebecida  
En sus ingenuas y festivas gracias;  
Y, cuando más absorta, de improviso  
Una lágrima ardiente  
De tus ojos brotar...el inocente  
Cual si entendiera lo que entonces piensas,  
Las manecitas cariñosas tiende,  
Abre en sonrisas la encarnada boca  
Y el dulce beso maternal provoca.  
Bésale, veces mil; y esta dulzura  
Divide con Risel. Sabia natura  
No te formó al nacer amable, hermosa,  
Sino para ser madre y ser esposa.  
Y tú, querido infante, que ignorando  
Cuál sea tu destino, en la dorada  
Blanda cuna te meces,  
Y agraciado sonrías,  
O ledo te adormecés:  
Ya que mirar la luz te ha dado el cielo,  
Vive, florece; y tus amigos vean  
Que en honor y consuelo  
De tu familia y de tu patria creces.

Sigue como tus padres alentado  
De la virtud la senda,  
Y nada temas; que en cualquier estado  
Vive el hombre de bien serenamente  
A una y otra fortuna preparado.  
Y libre o en cadena, y aun ya alzada  
Sobre su cuello la funesta espada,  
En noble impavidez ántes la frente  
A la ceñuda adversidad humilla  
Que a un risueño tirano la rodilla.

10.— La más célebre de las poesías de Olmedo y la que al mismo tiempo ha immortalizado al héroe y al cantor, es *La Victoria de Junín, Canto a Bolívar*. “El *Canto*, además de su valor intrínseco y de presentar reunidas en un sólo alarde todas las fuerzas del poeta, participa de la celebridad histórica del grande acontecimiento que conmemora, y vivirá cuanto viva en los fastos de América el nombre de Simón Bolívar, del cual fue la más espléndida corona. Infinitos versos produjo el patriotismo americano de aquella era, pero apenas merecen vivir otros que los de este canto, y son los únicos también que la madre España puede perdonar, porque se escribieron en su tradicional y magnífica lengua poética, aunque no se escribiesen con su espíritu. (1)

Esta doble immortalidad del Libertador y del Cantor la presintió Olmedo, como suelen los poetas, cuando en carta del 31 de enero de 1825, le decía a Bolívar: . . . “si me llega el momento de la inspiración y puedo llenar el magnífico y atrevido plan que he concebido, los dos, los dos hemos de estar juntos en la inmortalidad.” Previó igualmente Olmedo la inmortalidad de su *Canto*, cuando el Inca dirigiéndose a Bolívar le dice:

---

(1) Menéndez y Pelayo: *Antología de Poetas Hispano-Americanos*, pág. CXXX.

Y tu nombre aclamado

.....

Recorrerá la serie de los siglos

En las alas del canto arrebatado....

Y en medio del concento numeroso

La voz del Guayas crece

*Y a las más resonantes enmudece.*

De la misma carta, que acabamos de citar, se deduce que Olmedo comenzó a escribir el Canto cuando tuvo conocimiento de la victoria de Junín (Agosto, 6 de 1824); que hasta el triunfo de Ayacucho (Diciembre, 9 de 1824) había adelantado en él, muy poco; y que esta última victoria le sirvió de ocasión para modificar el plan de la empezada obra y de estímulo para continuar en ella. Sin embargo, el recargo de ocupaciones ajenas a su labor literaria y la misma dificultad de la empresa, llegaron a abatir tanto su ánimo, que pensó en abandonar ésta. En tales circunstancias recibió una carta del Libertador, en la que éste le insinuaba que celebrase los últimos triunfos, sin mentar su nombre. Es indudable que esta insinuación de Bolívar dio a Olmedo nuevos bríos; pues, si el 31 de enero apenas tenía compuestos 50 versos, para el 15 de abril llegaban éstos a 250, y para el 30 del mismo mes, el poeta enviaba al Libertador una copia de todo el *Canto*.

En vida del autor se hicieron cuatro ediciones del *Canto*: la primera en Guayaquil, en 1825; la segunda y tercera en 1826 en Londres y en París, respectivamente (1); y la cuarta en Valparaíso, en 1846. La primera constaba de 824 versos; la segunda y la tercera, por numerosas correcciones, de 909; la cuarta por la supresión de dos versos, de 907. Para apreciar el mejoramiento que sobre la primera obtuvieron la segunda y la tercera con las correcciones, basta comparar aquellos dos

---

(1) Repertorio Colombiano, pág. 458.

trozos que comienzan por los versos. *Tal el joven Aquiles.....Lo grande y peligroso....*(1)

El *plan* abraza siete partes: Introducción, Proposición, Digresión, Narración, Aparición del Inca, Coro de las Vestales y Conclusión o Epílogo.

La Introducción se reduce a un atrevido símil entre el trueno que *al Dios anuncia que en el Cielo impera, y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta la hispana muchedumbre y el canto de victoria que*

Proclaman a Bolívar en la tierra  
Arbitro de la paz y de la guerra.

Proposición.—Después de contraponer, por una hermosa antítesis, las pirámides de Egipto, monumentos menguados de la grandeza de los Faraones, a los Andes monumentos eternos de las glorias de Bolívar, empleando una valiente prosopopeya, pone en boca de éstos la proposición del *Canto*:

Nosotros vimos de Junín el campo:  
Vimos que al desplegarse  
Del Perú y de Colombia las banderas,  
Se turban las legiones altaneras,  
Huye el fiero español despavorido,  
O pide paz rendido.  
Venció Bolívar: el Perú fue libre;  
Y en triunfal pompa libertad sagrada  
En el templo del Sol fue colocada.

Digresión.—Antes de dar principio a la narración de la batalla de Junín y como exordio a ella, hace Olmedo

---

[1] Véase a este propósito el estudio de Enrique Piñeyro y Darry, citado por *La Victoria de Junín*, Edición de estudio, hecha por la Academia Literaria *Dios y Patria* del Colegio de San Felipe de Riobamba, pág. 59.

una digresión, en la que, describiendo su musa y comparándola con la de Píndaro, indica el rumbo que va a seguir en su Canto:

*¿Quién me dará templar el voraz fuego...?*

**Narración.**—Principia la narración presentando a Bolívar al frente de las tropas colombianas y peruanas; inserta la arenga que les dirige; describe la acometida de los batallones; a grandes rasgos traza un cuadro general de la batalla; da algunos detalles acerca de las tropas argentinas y peruanas; y, concluida la victoria, a la entrada de la noche, pinta el regocijo con que el ejército vencedor celebra el triunfo, en torno de una inmensa hoguera: *¿Quién es aquel que el paso lento murve?*

**Aparición del Inca.**—Terminada la narración de la batalla de Junín, preséntanos Olmedo la sombra del Inca Huaina-Cápac, que lamenta los crímenes cometidos por los conquistadores, señala a Bolívar como vengador de ellos, predice la victoria de Ayacucho y la felicidad que con ella vendrá a la Patria y concluye dando consejos políticos al Libertador: *Gloria, mas no reposo: de repente...*

**Cero de las Vestales.**—Las Vestales, que aparecen concluido el razonamiento del Inca, acompañan a éste en su regreso al Empíreo, cantando las alabanzas del Sol, la felicidad de que gozará el Perú con la libertad conquistada y la entrada triunfal de Bolívar en Lima: *Dijo el Inca. Y las bóvedas etéreas.....*

**Conclusión.**—En la conclusión o epílogo, asombrado el poeta de haber cantado asunto tan grandioso, dirige una apóstrofe a su musa, para que no continúe revelando más arcanos celestiales, porque él no pretende ser poeta, sino que se contenta con tañer su conocida flauta, entre los bosquos, rosales y piñales de su nativo río; y termina por afirmar que se tendrá por feliz, si mereciere

Por premio a su osadía,  
Una mirada tierna de las Gracias,

el aprecio y amor de sus hermanos, una sonrisa de la  
Patria,

Y el odio y el furor de los tiranos.

Conocido el plan, procede naturalmente estudiar sus cualidades y defectos. La controversia sustancial entre los críticos más célebres se reduce a conceder o negar al plan la unidad. Unos, como D. Miguel Antonio Caro, D. Manuel Cañete y los hermanos Amunátegui, fijándose con preferencia en el primer título de la composición de Olmedo (*La Victoria de Junín*), niegan a ésta la unidad, o si le conceden es tan sólo  *ficticia, aparente y violenta*. Otros, entre los cuales figuran D. José Joaquín de Mora, D. Andrés Bello, y principalmente D. Marcelino Menéndez Pelayo, afirman que el *Canto* no carece de unidad. Oíganse las palabras de este último: "Si en esto (las narraciones líricas) se mostraba tan fiel a los modelos genuinamente clásicos, tampoco se le puede hacer grave cargo por la supuesta infracción de unidad que en su obra han creído notar muchos críticos. Si tal falta existe, redúcese a la aplicación de un título inexacto: quítese el de *Victoria de Junín* que no abarca ni con mucho todo el tema de la composición; déjese el de *Canto a Bolívar*, y nada habrá que reparar en esto. Porque realmente lo que allí se canta en primer término no es Junín ni Ayacucho ni otra ninguna victoria aislada (aunque una de ellas sea causa ocasional del entusiasmo lírico), sino el conjunto de todas las empresas de Bolívar, su acción suprema en la epopeya americana: por eso el poema termina con su entrada triunfal en Lima, y con el canto de las Vírgenes del Sol que celebran los beneficios

de la paz y auguran todo género de prosperidades a la nueva república.” [1]

No cabe duda que el fin *inmediato y próximo* de Olmedo fue cantar las victorias de Junín y Ayacucho; mas esto no obsta para que se afirme que tuvo por fin *ulterior y mediato* celebrar a Bolívar como a Libertador de América. Si el poeta se hubiera propuesto cantar a Bolívar únicamente como a vencedor de Junín y no como a Libertador de América, ¿con qué derecho, al principio de su Canto, le dió un calificativo tan universal, cual es el de *Arbitro de la paz y de la guerra*?

¿Con qué derecho, repetimos, después de haber trazado un cuadro general de la batalla de Junín, termina diciendo:

Todo anuncia  
Que el momento ha llegado,  
En el gran libro del Destino escrito,  
De la venganza al *pueblo americano*,  
De mengua y de baldón al castellano?

Si en Junín no pretendió celebrar Olmedo la acción suprema de Bolívar en la independencia americana, no se explica cómo al fin de aquella batalla escribió:

*Las varias gentes*  
*Del mundo*, que a despecho de los cielos  
Y del ignoto ponto proceloso,  
Abrió a Colón su audacia o su codicia,  
*Todas ya para siempre recobraron*  
*En Junín libertad, gloria y reposo.*

Y refiriéndose a la Victoria de Ayacucho dice al Libertador en su carta del 6 de enero de 1825: “Este verdaderamente ha sido el día de América, el día de Bolívar.”

---

(1) Menéndez Pelayo: Antología de Poetas Hispano-Americanos, pág. CXXXII.

La misma conclusión puede sacarse también de las palabras que empleó Olmedo en el final de su *Canto*, cuando dijo que en él había cantado la gloria y el destino del *pueblo americano*:

Y me diré feliz si mereciere,  
Al colgar esta lira en que he cantado  
En tono menos dino  
La gloria y el destino  
*Del venturoso pueblo americano*:  
Yo me diré feliz si mereciere  
Por premio a mi osadía,  
Una tierna mirada de las Gracias....

Demostrada la unidad del *Canto*, veamos el medio de que se sirvió Olmedo para unir las dos célebres victorias de Junín y Ayacucho. El lazo lo constituye la *aparición del Inca*. Muchas y graves inculpaciones se han hecho a Olmedo por razón de ella. Los hermanos Amunátegui la califican de *fantasmagoría ridícula*; D. Miguel A. Caro, de *recurso violento*; D. Andrés Bello y D. José Joaquín Mora, de *artificio ingenioso*; y, por último, D. Marcelino Menéndez y Pelayo dice que podía ser un *medio más nuevo e ingenioso*.

Nosotros, siguiendo al gran crítico español, concedemos que no tenga la *maquina* empleada por Olmedo, toda la *novedad e ingeniosidad* del caso; que no sea *oportuna*, por introducirse en asuntos contemporáneos; que cause *extrañeza*, por presentarse la sombra arengando a todo un campamento; que se *prolongue demasiado*, por abrazar casi la mitad del canto; que *carezca de verosimilitud*, por alabar el Inca, siquiera indirectamente, la Religión cristiana que destruyó la suya, y dar preferencia a los descendientes de extranjeros intrusos que aniquilaron el imperio del Sol: pero su desarrollo ofrece tantas bellezas y primores de ejecución, que sobradamente hace contrapeso a sus defectos. Así se explica por qué Bello, al hablar de ella, afirma que "la parte más espléndida y animada de su canto es incontestable-

mente la aparición del Inca." La sustitución que algunos imaginan [la aparición en sueños a Bolívar] no tendría la brillantez de la de Olmedo ni dejaría de ser *común e inoportuna*.

A propósito del desarrollo dice D. Manuel Cañete: "¡Cuántas bellezas y de cuán subidos quilates no atesora la composición de Olmedo! ¿Quién ha logrado remontarse a más altura que él en alas de la inspiración y del arrebató lírico? ¿Quién ha trazado cuadro más vigoroso que los suyos, ni de más grandiosidad, ni en estilo más elegante y acendrado? ¿Dónde hallar riqueza mayor de luces y colores en armonioso concierto? ¿Dónde más jugosa espontaneidad, ni emoción más sincera y persuasiva?"

( Junto a este juicio de un notable crítico español, queremos poner el de D. Andrés Bello, uno de los poetas y filólogos americanos más insignes: "El estilo, dice, es elegante, animado y manifiesta una grande familiaridad con el lenguaje castellano poético. El colorido es tan brillante, como la versificación armoniosa; y reina en toda la obra una variedad que la naturaleza del asunto apenas permitió esperar, alternando con las escenas horribles de la guerra, cuadros risueños y blandos, en que se hace un uso oportunísimo de la localidad y de las tradiciones peruanas.....Entusiasmo sostenido, variedad y hermosura de cuadros, dicción castigada más que ninguna de cuantas poesías americanas conocemos, armonía perpetua, diestras imitaciones en que se descubre una memoria enriquecida con la lectura de los autores latinos y particularmente de Horacio, sentencias esparcidas con economía y dignas de un ciudadano que ha servido con honor a la libertad ántes de cantarla, tales son las dotes que en nuestro concepto elevan el *Canto a Bolívar* al primer lugar entre todas las obras poéticas inspiradas por las glorias del Libertador." )

Después de haber demostrado, de un modo general, la excelencia del desarrollo del plan, permítasenos des-

cender a detalles y señalar los pasajes más notables del Canto.

Una de las *imágenes* más grandiosas y bellas de toda la composición de Olmedo, y tal, que jamás se borra una vez leída, es la que nos representa a los Andes asentados sobre basas de oro y despreciando las tempestades:

Mas los sublimes montes, cuya frente  
A la región etérea se levanta,  
Que ven las tempestades a su planta  
Brillar, rugir, romperse, disiparse;  
Los Andes... las enormes, estupendas  
Moles sentadas sobre basas de oro,  
La tierra con su peso equilibrando,  
Jamás se moverán . . . . .

La *pintura* de la musa *inspirada* de Olmedo no tiene rival, según Miguel A. Caro [1]: "Ostentarse endiosado un vate, es ficción difícil por lo inusitado del caso, y ocasionado a lo ridículo y grotesco" Comparemos, en el arte de vencer esta dificultad curiosa, a Olmedo con sus precursores, y para evitar la nota de parcialidad, citaremos respecto de ellos el dictamen de críticos competentes y calificados.

Principiaremos por el dulcísimo cantor de Batilo. En su oda a Dalmiro exclama:

Mas ¿qué furor sagrado dentro el pecho  
Se entra sin ser sentido  
Y en sobrehumano fuego me ha encendido?  
Ya el orbe entero me parece estrecho,  
Y mi voz más robusta  
Al número del verso no se ajusta.

*Aquí Meléndez finge, y finge mal, y buscando la sublimidad tropieza con la ridiculez.* [Alcalá Galiano]  
Quintana en su oda a la Imprenta:

---

[1] Miguel A. Caro: Repertorio Colombiano, pág. 438.

Libre, sí, libre: oh dulce voz! mi pecho  
Se dilata escuchándote, y palpita,  
Y el numen que me agita  
De tu sagrada inspiración henchido  
A la región olímpica se eleva  
Y en sus alas flamígeras me lleva.  
¿Dónde quedáis, mortales  
Que mi canto escucháis?.....

*Esto es equivocar el vuelo lírico con la hinchazón y la bambolla [Menéndez Pelayo].—En el último rasgo, en que interrogando a los humanos quiere el poeta encarecer más su encumbramiento, descubre que estaba montado en Clavileño.*

Heredia, único poeta americano después de Olmedo, que por aquellos tiempos siguió con gloria las tradiciones de la escuela de Quintana, principia su valiente oda al Niágara con este celebrado arranque:

Templad mi lira, dádmela, que siento  
En mi alma estremecida y agitada  
Arder la inspiración. Oh! cuánto tiempo  
En tinieblas pasó sin que mi frente  
Brillase con su luz!... Niágara undoso,  
Tu sublime terror sólo podría  
Volverme el don divino que ensañada  
Me robó del dolor la mano impía.

Siéntense aquí las vibraciones profundas de la elocuencia del alma. Pero conspiran a dañar el efecto, aquel "templar la lira", operación prosaica y lentísima para el fin con que el poeta pide el instrumento; el "alma estremecida," frase de sensibilidad reflexiva, raciniana, no de arrebató lírico; y el "sublime terror", definición estética que sienta mejor en boca de un profesor de literatura que en la de un espectador conmovido. Oigamos ahora a Olmedo:

¿Quién me dará templar el voraz fuego  
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,

Torpe la mano va sobre la lira  
Dando discorde són. ¿Quién me liberta  
Del dios que me fatiga?  
Siento unas veces la rebelde Musa  
Cual bacante en furor vagar incierta  
Por medio de las plazas bulliciosas,  
O sola por las selvas silenciosas  
O las risueñas playas  
Que manso lame el caudaloso Guayas:  
Otras el' vuelo arrebatado tiende  
Sobre los montes, y de allí descende  
Al campo de Junín; y ardiendo en ira  
Los numerosos escuadrones mira  
Que el odiado pendón de España arbolan,  
Y en cristado morrión y peto armadã,  
Cual amazona fiera  
Se mezcla entre las filas la primera  
De todos los guerreros,  
Y a combatir con ellos se adelantã,  
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tras de esta estancia debemos señalar otra que con justicia llama Menéndez y Pelayo, *asombrosa comparación*:

Tal el joven Aquiles,  
Que en infame disfraz y en ocio blando  
De lánguidos suspiros,  
Los destinos de Grecia dilatando,  
Vive cautivo en la beldad de Sciros:  
Los ojos pace en el vistoso alarde  
De arreos y de galas femeniles  
Que de India y Tiro y Menfis opulenta  
Curiosos mercadantes le encarecen:  
Mas a su vista apenas resplandecen  
Pavés, espada y yelmo, que entre gasas  
El Itacense astuto le presenta;  
Pásmase . . . , se recobra, y con violenta

Mano el templado acero arrebatando,  
Rasga y arroja las indignas tocas,  
Parte, traspasa el mar, y en la troyana  
Arena, muerte, asolación, espanto,  
Difunde por doquier: todo le cede.....  
Aun Héctor retrocede.....  
Y cae al fin; y en derredor tres veces  
Su sangriento cadáver profanado,  
Al veloz carro atado  
Del vencedor inexorable y duro,  
El polvo barre del sagrado muro.

En la estancia que sigue, se *pinta admirablemente*  
el corto crepúsculo de la zona tórrida:

Padre del universo! Sol radioso!  
Dios del Perú! modera omnipotente  
El ardor de tu carro impetuoso,  
Y no escondas tu luz indeficiente....  
Una hora más de luz!... Pero esta hora  
No fue la del Destino. El dios oía  
Los votos de su pueblo, y de su frente  
El cerco de diamantes desceñía.  
En fugaz rayo el horizonte dora;  
En mayor disco menos luz ofrece;  
Y veloz tras los Andes se oscurece.

\* "Con una imagen tan bien escogida como enérgicamente coloreada, en pocos versos, pinta el poeta a maravilla el estrago y confusión de la derrota": [1]

Los caballos  
Que fueron su esperanza en la pelea,  
Heridos, espantados por el campo  
O entre las filas vagan, salpicando  
El suelo en sangre que su crin gotea.

---

[1] Miguel A. Caro: Repertorio Colombiano, pág. 287.

\* Maravilloso es igualmente el modo como se describe la propagación del triunfo de Ayacucho en América:

Y las bullentes linfas de Apurímac,  
Y las fugaces linfas de Ucayale  
Se unen, y unidas llevan presurosas  
En sonante murmullo y alba espuma,  
Con palmas en las manos y coronas,  
Esta nueva feliz al Amazonas;  
Y el espléndido rey al punto ordena  
A sus delfines, ninfas y sirenas,  
Que en clamorosos, plácidos cantares  
Tan gran victoria anuncien a los mares.

Entre las bellas descripciones débese también citar la que se refiere a la estabilidad de los Andes:

Esta unión, este lazo poderoso  
La gran cadena de los Andes sea,  
Que en fortísimo enlace se dilatan  
Del uno al otro mar. Las tempestades  
Del cielo ardiendo en fuego se arrebatan,  
Erupciones volcánicas arrasan  
Campos, pueblos, vastísimas regiones,  
Y amenazan horrendas convulsiones  
El globo destrozando desde el profundo;  
Ellos, empero, firmes y serenos  
Ven el estrago funeral del mundo.

Por último, bellísimo es el himno que entonan las vestales en torno del Inca:

Alma eterna del mundo,  
Dios santo del Perú, padre del Inca,  
En tu giro fecundo  
Gózate sin cesar, luz bienhechora,  
Viendo ya libre el pueblo que te adora.  
La tiniebla de sangre y servidumbre  
Que ofuscaba la lumbre  
De tu radiante faz pura y serena

Se disipó, y en cantos se convierte  
La querrela de muerte  
Y el ruido antiguo de servil cadena.

Aquí la libertad buscó un asilo,  
Amable peregrina;  
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo,  
Y aquí poner la Diosa  
Quiere su templo y ara milagrosa.  
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,  
Se viene a consolar de la ruína  
De los altares que le alzó la Grecia,  
Y en todos sus oráculos proclama  
Que al Madalén y al Rímac bullicioso  
Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

¡Oh Padre, oh claro sol! no desampares  
Este suelo jamás, ni estos altares,  
Tu vivífico ardor todos los seres  
Anima y reproduce: por tí viven,  
Y acción, salud, placer, beldad reciben.  
Tú al labrador despiertas,  
Y a las aves canoras  
En tus primeras horas:  
Y son tuyos sus cantos matinales.  
Por tí siente el guerrero  
En amor patrio enardecida el alma,  
Y al pie de tu ara rinde placentero  
Su laurel y su palma:  
Y tuyos son sus cánticos marciales.

Fecunda ¡oh sol! tu tierra,  
Y los males repara de la guerra.  
Da a nuestros campos frutos abundosos  
Aunque niegues el brillo a los metales:  
Da naves, a los puertos;  
Pueblos a los desiertos;  
A las armas victoria;  
Alas al genio y a las Musas gloria.

Dios del Perú, sostén, salva, conforta  
El brazo que te venga:  
No para nuevas lides sanguinosas,  
Que miran con horror madres y esposas;  
Sino para poner a las olas civiles  
Límites ciertos, y que en paz florezcan  
De la alma paz los dones soberanos:  
Y arredre a sediciosos y tiranos.  
Brilla con nueva luz, rey de los cielos,  
Brilla con nueva luz en aquel día  
Del triunfo que magnífica prepara  
A su libertador la patria mía.  
¡Pompa digna del Inca y del Imperio  
Que hoy de su ruina a nuevo ser revive....

Pasemos ya a los defectos más notables de *La Victoria de Junín*. Fuera de los defectos del plan y de la *maquina*, de que hemos hablado anteriormente, encuéntranse en el *Canto*, una que otra desigualdad, numerosas asonancias, ciertos epítetos comunes y unos pocos versos prosaicos, como éstos:

¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,  
Ferozes, y, por fin, superticiosos!  
.....  
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron  
Los sacramentos santos que trajeron.

Los críticos chilenos D. Miguel Luis y D. Gregorio Víctor Amunátegui pretenden negar la inspiración y la *originalidad* a la Victoria de Junín, apoyados en las frecuentes imitaciones de Virgilio y principalmente de Horacio. "Todo en él [en Olmedo] es pensado, dicen, todas sus producciones llevan el sello de la lima. Olmedo es lo que se llama un poeta verdaderamente clásico, tiene más habilidad que inspiración, más ciencia que pasión. Es gobernado no por el arrebato, sino por el cálculo de los efectos que pueden producir estos proce-

dimientos. . . . Podría decirse que Olmedo ha levantado en el Canto a Junín un monumento a Bolívar con fragmentos de monumentos antiguos y piedras cortadas a imitación de las que se empleaban en las construcciones de Grecia y Roma. Por eso la obra tiene un colorido de otro siglo: en ella sólo los nombres de Bolívar, de Sucre, de Junín y de Ayacucho son modernos. La obra es ciertamente bella, pero tiene el aspecto de haber sido ejecutada en edad más remota, y retocada últimamente a medias para ser consagrada a hechos posteriores a la fecha de su creación.”

La respuesta más cabal y más autorizada que podemos presentar contra estas afirmaciones es la del eminente poeta y crítico colombiano D. Miguel Antonio Caro. “Ciertamente Olmedo es poeta clásico, en todo sentido; jamás imitador. Su poema tiene el sabor de antigüedad que le comunican el castizo lenguaje y la entonación levantada y noble. El dialecto poético, que era en Olmedo casi habitual lenguaje, difiere en mucho del usual y corriente, y lo que es desusado y raro se confunde y equivoca con lo antiguo. En las literaturas de origen latino, hay una poesía culta de aristocráticas tradiciones, y una poesía popular: cada cual tiene su mérito respectivo, y no deben juzgarse por unos mismos principios. Olmedo es de la escuela de Quintana, y esta escuela pertenece a la nobleza de la sangre. En las literaturas romanas no ha habido poema ninguno en el género del Canto a Bolívar, que carezca del todo de aquel venerable aspecto y tácita majestad. Olmedo tuvo en alto grado el *os magna sonaturum* que tan bien sienta en un canto lírico-épico y que no se avendría complebeyo y astroso ropaje.”

“Cuando los citados críticos concedieron a Olmedo ciencia y no pasión, anduvieron—y permítannos aquellos ilustrados escritores que les apliquemos invertida su frase—más apasionados que científicos. Es un error a nuestro juicio, pensar que la originalidad y la imitación

viven reñidas y divorciadas. Cabe cierta originalidad aun en una traducción, cuando el traductor calentando la fantasía al contacto de los pensamientos que traslada, los interpreta con sentimiento y los expresa con novedad. Pues qué, si se trata de un no breve poema, en que las imitaciones, aquí frecuentes, son adornos accesorios!

“Nadie imitó con más originalidad que Olmedo; nadie tuvo mayor originalidad en el estilo, sin vulnerar la propiedad del lenguaje ni emanciparse de las tradiciones de escuela. Y error es, aún más notable, confundir la inspiración con el escribir precipitado e irreflexivo. Rara vez un verdadero poeta fue también improvisador. Por aquella teoría excluiríanse del número de las obras inspiradas [poéticamente hablando] cuantas se escribieron conforme a cierto plan preconcebido o con alguna lógica disposición de partes: los grandes poemas, incluso el de Dante; los dramas del mismo osado Shakespeare. Nada escribió jamás Quintana sin poner primero orden en sus ideas, y esta precaución aconsejaba siempre a los que le consultaban sobre el arte de escribir: ¿y diremos que en sus odas faltó inspiración? Haya sinceridad de sentimiento, animación perpetua, naturalidad bien entendida en el estilo; esto es todo, y no renunciemos al ejercicio de la razón, señora de las demás facultades del alma. Qué otra cosa es el delirio de los poetas intonso? Ni bastan a la inspiración aquellas emociones profundas que, aun conmoviendo las más secretas fibras, quedarían mudas y estériles sin el suave calor que anima al artista en sus desfallecimientos, y le sostiene en el trabajo lento y reflexivo de sus creaciones.”

“No, no es el poema de Olmedo un centón de lugares comunes, un escenario acomodaticio a cualquier función de armas. Hiperbólico a menudo, a ley de poeta lírico; parcial talvez a la amistad, cuando habla de su paisano Lamar y le apropia la mejor parte del lauro de Ayacucho, sigue por lo demás, entre el bello desorden

de la oda y las efusiones del entusiasmo, la verdad de las hechas. . . . .”

“En Olmedo, como en los poetas de su escuela, el lenguaje y aparato simbólicos están tomados de la mitología greco-romana. El peregrino ingenio de Olmedo transforma aquella materia prima, y con vivificante espíritu, mezclándole nuevas imágenes, comunica al conjunto un colorido americano. Hablar, por ejemplo, hoy en día de las ninfas de los ríos, de delfines y tritones, sería recurso gastado y estéril en manos de cualquiera. Válese Olmedo de ese lenguaje para pintar maravillosamente la propagación de la noticia del triunfo en toda la América, en el movimiento de los ríos que afluyendo unos en otros, van acreciendo sus aguas hasta desembocar, caudalosa masa, en el océano”. [1]

Ya que hemos hecho referencia a las *imitaciones* del Canto de Olmedo, debemos observar que, en general, son tan buenas, que superan a sus modelos. Recorramos las principales:

Del *trueno horrendo* con que empieza el *Canto*, dice Miguel Antonio Caro: “Puesta a un lado la ventaja de la prioridad, parécenos más oportuno y feliz el «trueno» con que rompe Olmedo, que el «Coelo tonantem» de Horacio; porque viene más a cuento la tempestad que anuncia al Dios de las alturas, para describir el fragor de una batalla y ponderar el espanto que va delante del triunfador, que no para aplaudir la feliz terminación de una campaña lejana, atribuyendo la gloria a César, y divertirse luego en alabanza de un mártir de la patria.”

Se ha dicho que la descripción del león de España está imitada de la de Martínez de la Rosa en el poema *Zaragoza*; sea de ello lo que fuere, la de Olmedo supera a su modelo, según lo afirma Caro. He aquí la del poeta español:

---

(1) Repertorio Colombiano, N<sup>o</sup> X, pág. 283.

Amenazado, herido  
Ruge con más furor el león hispano,  
La sangrienta guedeja sacudiendo,  
Y al agresor se arroja, y se complace  
La presa entre sus garras dividiendo.

Cotéjese con la de Olmedo:

Ruge atroz, y cobrando  
Más fuerza en su despecho se abalanza  
Abriéndose ancha calle entre las haces  
Por medio el fuego y contrapuestas lanzas;  
Rayos respira, mortandad y estragó,  
Y sin pararse a devorar su presa  
Prosigue en su furor, y en cada huella  
Deja de sangre un hondo lago.

A propósito de la aparición del Inca, sospecha Caro que Olmedo se inspiró en la del Conde de Rebolledo a Palafox, en el poema *Zaragoza* de Martínez de la Rosa, no sólo para crearla, sino también para el modo de introducirla. Sin embargo, confiesa el mismo crítico, que ésta y otras imitaciones están hechas con gracia y en ellas luce su originalidad y la superioridad de su genio, el imitador. Copiamos la de Martínez de la Rosa:

Cuando temblar sintió bajo su planta  
Los profundos cimientos del palacio:  
Tres veces ¡ay! con hórrido estampido  
Ronco trueno sonó, se abrió la tierra,  
Y sobre negra nube se levanta  
La venerable sombra  
De Rebolledo el Grande: en la tinicbla  
Se ve centellear su faz divina. . . . .  
Cércale en torno insignias y trofeos;  
Cúbrelo con su manto la victoria,  
Y en el noble ademán fiero y sombrío  
Ostenta grave su valor y gloria.

En la descripción de Olmedo hay más viveza y claridad:

Cuando improviso veneranda sombra  
En faz serena y ademán augusto  
Entre cándidas nubes se levanta.  
Del hombro izquierdo nebuloso manto  
Pende, y su diestra aéreo cetro rige;  
Su mirar noble, pero no sañudo;  
Y nieblas figuran a su planta  
Penacho, arco, carcax, flecha y escudo;  
Una zona de estrellas  
Glorificaba en derredor su frente  
Y la borla imperial de ella pendiente.

La bellísima alabanza de Sucre:

Alta esperanza de tu insigne patria!  
Como la palma a orillas de un torrente  
Crece tu nombre... Y sola en este día  
Tu gloria sin Bolívar brillaría.  
Tal se ve Héspero arder en su carrera,  
Y del nocturno cielo  
Suyo el imperio sin la luna fuera.

es simplemente una reminiscencia del hemistiquio de Virgilio: *magnae spes altera Romae*, y de la estrofa de Horacio:

Crescit occulto velut arbor aevo  
Fama Marcelli; micat inter omnes  
Julium sidus, velut inter ignes  
Luna minores.

Se ha disputado mucho sobre la clasificación literaria del *Canto a Bolívar*. Unos lo tienen por una composición *nueva* y *exótica* en nuestra literatura, otros por una *oda*, o por un *canto épico*. Para nosotros es sencillamente una *oda pindárica*.

Fácilmente se comprende que lo que distingue entre sí los diversos géneros literarios, no es el argumento, sino el *fin artístico* que en su desarrollo se propone el

autor, juntamente con el *modo* o *forma* de tratarlo. Una misma acción, por ejemplo, la heroica defensa del fuerte de Tarifa, hecha por Guzmán el Bueno, o, entre nosotros, la victoria de Jambelí, puede dar origen a una poesía dramática, épica o lírica, según el propósito del escritor. Si éste pretende hacer resaltar en ella el juego de pasiones, será *dramática*; si el aspecto histórico o narrativo, *épica*; si la impresión que causa en su alma, *lírica*.

No es difícil probar que Olmedo, al escribir la *Victoria de Junín*, se propuso componer una *oda*. Así lo manifiesta en su carta de 19 de abril de 1826, respondiendo al reparo que el Libertador le había hecho a propósito del carácter *rimbombante* de la introducción: "Ya que usted me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quicren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente o para la exposición del argumento de un poema épico. Pero ¿quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un *poeta lírico*?"

Con más claridad se expresa Olmedo en la carta que escribió al Dr. Joaquín Araujo, en 28 de febrero de 1825: "Contemple usted con cuánto embarazo seguiré mi trabajo, persuadido como estoy de que mi *oda* ha de salir muy inferior al objeto y al plan que he concebido."

Dos dificultades ocurren aquí, basadas en el carácter de las odas: la primera es la *extensión inusitada* de *La Victoria de Junín*; la segunda, el *carácter narrativo* de gran parte de ésta.

Aunque al mismo Olmedo le pareció que la *muchedumbre de los versos* era el *defecto principal* de su canto, sin embargo esta mancha no es tal, que llegue a privarle del carácter lírico; que extensas, y talvez más que *La Victoria de Junín*, son algunas de las odas de Píndaro, si se tiene en cuenta la concisión griega, respecto de nuestro idioma.

Tampoco son contrarias a la poesía lírica las narraciones insertadas en el *Canto a Bolívar*. Ejemplos numerosos de su empleo existen en los líricos griegos, romanos y aun castellanos. La razón de ello es muy clara. Las narraciones y descripciones se oponen a al poesía lírica, cuando entran en ésta como fin principal del artista, y no, cuando sólo se emplean como medio o instrumento para realzar la acción o el objeto que ha de despertar los sentimientos del poeta, según lo hizo Olmedo en su obra, y lo vamos a probar en seguida.

Pero, no basta que el autor se proponga componer una obra de tal o cual género literario, es preciso que al escribirla le dé la forma que le corresponde. Constituyen la forma propia de la poesía lírica, la efusión de afectos, los saltos líricos, las digresiones y el bello desorden. Todo esto se halla en el poema de Olmedo.

La *introducción* es una *explosión de entusiasmo* en presencia de *La Victoria de Junín*.—En seguida el poeta da un *salto lírico* a las pirámides de Egipto, las parangona con los Andes y pone en boca de éstos la proposición de su canto.—Por *otro salto* nos lleva a la descripción de su musa, que la compara con la de Píndaro: descripción que es una verdadera *digresión*.

La misma *narración* de la batalla de Junín está empapada en sentimiento y presentada sólo como causa de éste. En efecto, después de haber descrito el poeta el avance de los batallones, exclama:

¡Oh! quién temiera  
Quién, que su ímpetu mismo los perdiera!  
¡Perdarse! no, jamás: que en la pelea  
Los arrastra, anima e importuna  
Dè Bolívar el genio y la fortuna.

En el exordio a la descripción del León de España:

Si el fanatismo con sus furias todas,  
Hijas del negro averno, me inflamara  
Y mi pecho y mi musa enardeciera

En tartáreo furor, del León de España,  
Al ver dudoso el triunfo, me atreviera  
A pintar el rencor y horrible saña.

Ante el valor del argentino Necochea:

Oh capitán valiente,  
Blasón ilustre de tu ilustre patria,  
No morirás: tu nombre eternamente  
En nuestros fastos sonará glorioso,  
Y bellas ninfas de tu Plata undoso  
A tu gloria darán sonoro canto  
Y a tu ingrato destino acerbo llanto.

Descrito el valor de los peruanos:

¿Son esos los garzones delicados  
Entre seda y aromas arrullados?  
¿Los hijos del placer son esos fieros?  
Sí: que los que ántes desatar no osaban  
Los dulces lazos de jazmín y rosa  
Con que amor y placer los enredabán,  
Hoy ya con mano fuerte  
La cadena quebrantan ponderosa  
Que ató sus pies, y vuelan denodados  
A los campos de muerte y gloria cierta,  
Apenas la alta fama los despierta  
De los guerreros que su cara patria  
En tres lustros de sangre libertaron;  
Y apenas el querido  
Nombre de libertad su pecho inflama,  
Y de amor patrio la celeste llama  
Prende en su corazón adormecido.

La misma comparación con Aquiles, que sigue al trozo que acabamos de transcribir y sirve para ilustrarlo, es a pesar de ser una *digresión*, efecto de la honda impresión que ha hecho en el poeta el comportamiento guerrero de los peruanos:

Tal el joven Aquiles  
Que en infame disfraz y en ocio blando  
De lánguidos suspiros,  
Los destinos de Grecia dilatando,  
Vive cautivo en la heldad de Sciros....  
.....  
.....

Al aproximarse la noche que va a interrumpir la batalla, lleno de zozobra exclama, por un salto lírico, el poeta:

¡Padre del universo! ¡Sol radioso!  
¡Dios del Perú! ¡modera omnipotente  
El ardor de tu carro impetuoso,  
Y no escondas tu luz indeficiente....  
Una hora más de luz!.....

Aun la profecía del Inca, que no es muy a propósito para el lirismo, está llena de efusiones líricas.

Cuando Huaina-Cápac recuerda la muerte de su hijo Huáscar, exclama con indignada jactancia:

Y mi Huáscar también... ¡Yo no vivía!  
¡Que de vivir, lo juro, bastaría,  
Sobrara a debelar la hidra española  
Esta mi diestra triunfadora, sola!

Luego el mismo Inca, recordando los males acarreados por los conquistadores, excita a los hispano-americanos a la venganza, y dice:

¡Guerra al usurpador! ¿Qué le debemos?  
¿Luces, costumbres, religión o leyes?....  
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,  
Ferozes, y por fin superticiosos!  
.....  
.....  
.....

El Inca, refiriéndose a la batalla de Junín:

¡Oh campo de Junín! . . . ¡Oh predilecto  
Hijo y Amigo y Vengador del Inca!  
¡Oh pueblos, que formáis un pueblo solo  
Y una familia, y todos sois mis hijos!  
Vivid, triunfad. . . . .

Ante la futura victoria de Ayacucho:

¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!  
¡Campo serás de gloria y de venganza. . . .  
Mas no sin sangre. . . . Yo me estremeciera,  
Si mi sér inmortal no lo impidiera!

Al principiar la descripción de la batalla:

¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!  
Cual aturde y espanta en su estallido  
De hórrida tempestad el postrer trueno,  
Arder en fuego el aire,  
En humo y polvo obscurecerse el cielo,  
Y con la sangre que rebosa el suelo,  
Se verá el Apurímac de repente  
Embrabecer su rápida corriente.

Al fin de la batalla:

Ah: ya diviso míseras reliquias  
Con todos sus caudillos humillados  
Venir pidiendo paz. . . . .

Las bellísimas prosopopeyas con que, concluída la narración de la batalla, se anuncia la victoria a las naciones, y las apóstrofes que dirige el Inca a Sucre, a Bolívar, a la Libertad y a los pueblos americanos, por

medio de *saltos líricos* y figuras patéticas, revelan el carácter lírico de toda esta parte de la composición, no obstante los consejos políticos que por *digresión* da el Inca al Libertador.

Todavía más lírico es el bellissimo *coro* de las Vestales, que repentinamente (*salto lírico*) y sin conexión estrecha con el asunto (*digresión*) nos hace oír el poeta. En el mismo coro, por otro *salto*, se describe la entrada triunfal del Libertador en Lima (*digresión*).

Lírica, y muy lírica es igualmente la conclusión del Canto, a la cual llega Olmedo sin un puente visible (*salto lírico*).

Habiendo probado que *La Victoria de Junín* es una *oda*, sólo nos resta demostrar que es *pinábrica*. No nos contentamos nosotros con llamarla *epinicio* (canto de victoria), *oda marcial* u *oda heroica*, porque tales denominaciones nos parecen demasiado genéricas y vagas para la composición de Olmedo. *La Victoria de Junín* no es una oda cualquiera, sino especialísima y tal, que sólo tiene semejante en las odas del poeta griego Píndaro.

El mismo Olmedo da a entender que en la composición de su canto trató de imitar a Píndaro, cuando en la digresión que precede a la narración de la batalla de Junín, comparando su musa con la de aquel poeta griego, dice:

Siento unas veces la rebelde Musa,  
Cual bacante en furor, vagar incierta  
Por medio de las plazas bulliciosas,  
O sola por las selvas silenciosas,  
O las risueñas playas  
Que manso lame el caudaloso Guayas:  
Otras el vuelo arrebatado tiende  
Sobre los montes, y de allí descende  
Al campo de Junín; y ardiendo en ira  
Los numerosos escuadrones mira  
Que el odiado pendón de España arbolan,  
Y en cristado morrión y peto armada,

Cual amazona fiera,  
Se mezcla entre las filas la primera  
De todos los guerreros,  
Y a combatir con ellos se adelanta,  
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tal en los siglos de virtud y gloria,  
Cuando el guerrero sólo y el poeta  
Eran dignos de honor y de memoria,  
La musa audaz de Píndaro divino,  
Cual intrépido atleta,  
En inmortal porfía  
Al griego estadio concurrir solía.

.....

Lo mismo puede deducirse de la defensa que hace de la introducción de su canto, calificada por Bolívar de *rimbombante*: "El exabrupto de las odas de Píndaro al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de estos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba a Horacio." (1)

Del mismo sentir es Menéndez Pelayo, aunque poniéndole al Canto ciertas restricciones: "en cuanto al vuelo y al tono general de la oda puede calificarse el *Canto a Bolívar* de *pindárico*, en el sentido en que aplicamos esta denominación a las odas de Herrera y de Quintana, para distinguirlas de las horacianas aclimatadas en nuestro parnaso por Luis de León..." (2)

Miguel A. Caro llama expresamente *pindárica* a la poesía de Olmedo: "Salpicada, como hemos visto, de reminiscencias de Horacio, la poesía de Olmedo no es empero horaciana, sino *pindárica*: fervet inmensusque ruit." (3)

(1) Colección de Ballén, pág. 259.

(2) Menéndez y Pelayo: Autología de Poetas Hispano-Americanos, pág. CXVI.

(3) Repertorio Colombiano, N° X, pág. 283.

Puédese demostrar el aserto de ambos célebres críticos, con una prueba que los lógicos llamarían intrínseca, sacada de las cualidades de las odas del gran lírico griego.

Las cualidades que caracterizan a las odas de Píndaro son: la elevación de pensamientos, la grandiosidad de imágenes, la efervescencia continua de afectos, la sinuosidad de vuelo y la magnificencia de estilo. Ya Horacio las había señalado en la primera parte de su oda *A Julio Antonio*, y con no menor acierto el mismo Olmedo en la digresión que precede a la batalla de Junín:

Tal en los siglos de virtud y gloria

.....

Como al demostrar el lirismo de *La Victoria de Junín* hemos citado varios pasajes de ésta, no será menester que los volvamos a repetir a fin de probar el pindarismo del Canto de Olmedo: bastará aludir a ellos de una manera general y vaga.

Nadie que lea atentamente *La Victoria de Junín* dejará de observar, desde los primeros versos, la alteza de las ideas; las grandiosas imágenes que aquí y allí va sembrando el poeta en su camino; el tortuoso rumbo que en éste sigue, desde las alturas donde el *trueno horrendo en fragor revienta*, hasta las floridas márgenes del Guayas: todo ello con tal entusiasmo y tal magnificencia de estilo, que no puede menos de cautivar al lector.—(Véase el Apéndice)

12.—La oda *Al General Flores Vencedor en Miñarica* compite con el *Canto a Bolívar* y aun le supera en perfección artística. Comienza Olmedo con una audaz comparación entre el águila que inexperta y atrevida se

eleva sobre las nubes, pero deslumbrada repentinamente y rendida, cae en medio de su conocida selva, donde queda adormecida; y su musa que osó escalar los cielos, constituyóse en sacerdotisa de los Incas, pronunció oráculos, describió batallas y cantó victorias; mas reconociendo su audacia, se espantó, perdió la inspiración y quedó desfallecida en lento deliquio.—En vano estalla la guerra entre la Gran Colombia y el Perú, en vano la discordia civil enfurece los pechos desde el Cuzco hasta Cartagena, en vano nace, cual nueva Venus, una república (el Ecuador) de las olas civiles, en vano en Londres D. Andrés Bello y D. José J. de Mora, y en Lima D. Felipe Pardo tratan con sus versos de despertar a la Musa de Junín; porque cesó la inspiración y duerme el canto sobre las cuerdas de su lira.—Mas nunca muere el genio: lo siente ya el poeta, y manda a los vientos que anuncien un nuevo canto de victoria.—¿A dónde la juventud corre precipitada y llena de furor, cual civil Parca? Proclama leyes, Patria y libertad, y lo que pretende es oro, sangre y poder. Pone su esperanza en las inexpugnables posiciones de la sierra y en la fragata Colombia de que se ha apoderado; mas, inútilmente, porque sus desafueros y la indignación de los pueblos concitaron al guerrero que, con su genio, valor y audacia había de sujetarlos.—Flores, los pueblos claman, y los montes con sus ecos aterran a la turba pertinaz que, despavorida huye y se desbanda como al oír estallar repentinamente un trueno, el rebaño que juntaban los pastores por temor a la tempestad.—El guerrero desnudando su espada, avanza rodeado de victoriosos capitanes. A sus órdenes todo se apresta para el combate en tierra y en mar.—Mayor afán y obstinación reina en el campo opuesto, a pesar de los portentos con que los aterra el Cielo. Ya están en Miñarica: allá vuela Flores; mas, cuando iba a descargar sobre ellos su espada, advierte que son sus hermanos, y les ofrece la reconciliación, que ellos la rechazan enorgullecidos.—El héroe torna a

hacer relumbrar su espada, y los combatientes se dan a la lucha. De una parte, el número y el ímpetu; de otra, arte, valor y serenidad: doquiera, furor y sangre. Los pendones patrios flotan rotos y ensangrentados; cristados yelmos y miembros palpitantes erizan la campiña. Los troncos humanos se revuelcan, se amenazan, e impotentes de herir, siquiera insultan, mientras les dura la vida. Los amigos, los hermanos se conocen y se abfazan con el abrazo de furente zaña.—Ante cuadro tan espantoso ¿quién me aparta, dice el poeta, de esta escena de horror? Rompe, oh Musa, tu lira y deja en eterna noche sepultada tanta guerra civil.— Como rayo que fulminando serpea entre nubes tormentosas, y luego desaparece, vuelve a brillar, y disipa la tempestad y serena el cielo; la espada de Flores va sin ley cierta entre los espesos escuadrones, brilla. . . . y desaparecen.—“Salud, oh Vencedor”, prosigue Olmedo: “Por tí cesa la guerra y la inspirada Musa despierta dando arrebatado canto. Por tí templas su dolor la Patria; por tí recobran la paz los pueblos con todos los bienes que ella lleva consigo.” —“Rey de los Andes, inclina tu ardua frente, que pasa el Vencedor a nuestras playas, mientras la amistad le entona un himno sacro, la victoria le prepara triunfales pompas en el Guayas y en este canto espléndida corona.”

«Inmortal ha de estimarse esta composición, dice D. Manuel Cañete, mientras no se pierda el conocimiento de la lengua castellana, ni el amor a la belleza poética.» Y Menéndez y Pelayo: «Salvo la inferioridad de la materia, no cede en pompa, boato, sonoridad y nervio al *Canto de Junín*, y en madurez de estilo y buena distribución de partes seguramente le vence.»

Una de las primeras cualidades de toda obra artística, la unidad, está perfectamente guardada en ella, por cuanto la acción es una sola, como uno solo es también el héroe. Esta unidad de acción, desarrollada gradualmente y con variedad de tonos y de movimiento, en me-

edio de un calor indeficiente, sostenido con naturalidad y brío, da a la oda un interés siempre creciente.

El principio de la composición, que es una soberbia imitación del *Qualem ministrum fulminis alitem* de Horacio, demuestra por sí solo el arrebató heroico del poeta y la lira clásica que sostiene en sus manos. De él dice Menéndez y Pelayo: «Imitar de esta manera, con tal amplitud y señorío del pensamiento poético ajeno, equivale ciertamente a crear de nuevo.»

Bellísimo es el símil entre Venus que nace de las olas del mar, y la República Ecuatoriana que surge en medio de las agitaciones políticas, llena de belleza, de juventud y de esperanzas.

No menos digna de mención es aquella otra comparación del repentino trueno que ahuyenta y lanza en hondos precipicios al rebaño que recogían los pastores por amenazas de tempestad, y el eco del nombre de Flores, que, repetido por los montes, aterra y pone en fuga a los enemigos escuadrones.

Inspirada en la descripción que hace Job del caballo de batalla, la de Olmedo es indudablemente una de las mejores que se hayan hecho. «De cuantas felices pinturas de caballo recuerdo, sin excluir la famosa del cordobés Pablo de Céspedes, tan imitada por los que se han propuesto después que él describir aquel fogoso animal, ninguna me causa tanta impresión ni me satisface como ésta de Olmedo. Ella sólo bastaría para dar fe de los puntos que calzaba el vate de Guayaquil como diestro observador de la naturaleza, como maestro en el difícil arte de expresar bien, en lenguaje poético nada ampuloso y afectado, lo que hería su imaginación.»— (D. Manuel Cañete).

El apóstrofe:

Roy de los Andes, la ardua frente inclina,  
Que pasa el Vencedor,

tiénelo algunos por «sublime, digno de los más egregios líricos de todos tiempos» (Cañete); pero, otros lo tachan de desproporcionado a la importancia del héroe. En los momentos de exaltación poética, juzgamos nosotros, que no se ha de buscar la proporción matemática de la idea con su objeto, porque de otro modo sería inadmisibile toda hipérbole.

Para concluir, debemos hablar de los cargos que se han hecho a Olmedo por razón del *tema* y del *héroe*. A propósito de las causas que motivaron la batalla de Miñarica dice nuestro historiador Cevallos: «Tras este cúmulo de causas en que se ve confundido lo mezquino y liviano con lo de peso, lo justo con lo injusto, lo de interés público con lo particular, asomaba el mal deseo de oponerse a los gobernantes, maligna propensión de todos los pueblos contra todos los gobiernos y, de ordinario, por ambición o aspiraciones» Hé aquí porqué Olmedo creyó, con otras muchas personas de distinción, que debía ponerse del lado del Gobierno legítimo, tanto más, cuanto que del sostenimiento de éste parecíale depender la paz y prosperidad públicas. Si más tarde juzgó lo contrario y aun contribuyó a la caída de su celebrado héroe, fue porque las circunstancias habían variado notablemente. No debe, pues, calificarse de *un tributo de adulación* la oda *Al General Flores*, ni creerse que este general, al menos cuando se compuso el canto, fuera «uno de esos caudillos que han sido la vergüenza de la América española», como pretenden los hermanos Amunátegui. Oíase a Menéndez y Pelayo: «Por mi parte, ni puedo creer que fuese un soldado ambicioso y vulgar el que inspiró tal canto y en alas de él pasará a la posteridad aun más que por la memoria de sus hazañas; ni encuentro digno de censura a Olmedo por haberle cantado, aunque después contribuyese a su caída llamándole *ángel exterminador*, y estuviere a pique de sucederle en la presidencia del Ecuador. Para hacer buenos versos.

siempre es ocasión oportuna, y a los poetas hay que pedirles más cuenta de los versos que de los asuntos.»

Sobre este punto conviene también que se tenga presente el autorizado juicio de D. Juan León Mera, contemporáneo del héroe y conocedor nada vulgar de nuestra historia. En carta dirigida a D. Manuel Cañete se expresa así: “Que en el General Flores (venezolano, y no hijo del Ecuador, como lo cree Ud.) la ambición era afecto poderoso, y por esta causa u otras cometió no pocas faltas e incurrió en graves errores políticos, es innegable; mas que fue hombre generoso, de buen talento, de índole excelente y entendido guerrero, no se puede negar sin injusticia. Estas dotes brillaron inmediatamente después de la victoria de Miñarica, y no pocos de sus enemigos las reconocieron, y por ellas vencidos dejaron de serlo. Personas de gran importancia (pues no faltaban en el bando opuesto) abandonaron las filas de la oposición y acudieron a rodear y sostener al mismo a quien antes habían hecho cruda guerra. De aquí provino que cuando diez años después el general Flores cayó del poder, aunque a este hecho contribuyeron hombres de la talla de Olmedo y Rocafuerte, que le habían retirado su amistad, dejó en la República un partido respetable que contaba también con miembros de alta valía.»

En cuanto al tema de la oda de Olmedo, sólo diremos que, si el autor escribió más tarde, en carta al Dr. José Fernández Salvador, “no es bueno cantar las guerras civiles”; no debe entenderse que con esto hubiese reprobado su canto por adulatorio o desproporcionado al héroe que celebra, sino tan sólo porque, como de seguida añade en la misma carta, “el elogio de los vencedores no puede hacerse sin mengua de los vencidos; y vencidos y vencedores, todos son nuestros hermanos. Verdad inconcusa, que ciertamente hace desmerecer un tanto a su espléndida oda.—(Véase el Apéndice.)

13.—La cuarta de las poesías más celebradas de Olmedo es la traducción del *Ensayo sobre el hombre*, poema filosófico compuesto por el poeta inglés Alejandro Pope. (1) Es el *Ensayo* la mejor obra poética de Pope, por la belleza de los pensamientos y la hermosura de las descripciones, a pesar de su doctrina que abre camino a la irreligión, y de su moral que es vaga y falta de sanción eterna. En cuatro epístolas expone Pope la naturaleza del hombre y su relación con el universo, consigo mismo, con la sociedad y con su felicidad futura.

Olmedo tradujo las tres primeras; mas sólo a la primera alcanzó a dar la última mano. No obstante la índole tan diversa del idioma inglés respecto del castellano, la traducción de Olmedo es tan tersa, clara y magistral, que más bien que traducción parece obra original de un avezado poeta. Como es natural, las dos últimas epístolas no ostentan la misma pulcritud y cuidado que la primera; sin embargo, «en todas ellas, afirma Menéndez y Pelayo, hay trozos de la más bella poesía filosófica que puede encontrarse en castellano.»

La versión de la primera epístola se publicó en Lima en 1823, y la de las otras dos en Guayaquil en 1840. La primera va precedida de un *Prólogo* del traductor y

---

(1) Para comprender mejor la importancia de la traducción de Olmedo, creemos que no estará de más dar una ligera idea sobre la labor poética de Pope. La literatura inglesa del siglo XVIII fue, como las demás de entonces, imitadora de la francesa. Por efecto de esta imitación perdió en vigor y espontaneidad lo que ganó en corrección y atildamiento. El poeta que mejor la representa es Alejandro Pope, natural de Londres (1688-1744). Aficionado a la literatura clásica antigua, hizo notables traducciones, como la de la *Ilíada*. Ya a los doce años compuso poesías tan bellas, como la égloga *Al Nacimiento del Salvador*, y el poema descriptivo *La selva de Windsor*. Imitó a Boileau en el *Ensayo sobre la crítica*, especie de arte poética, y el *Robo del rizo*, que es un poema cómico-heroico. Llena de artificio, falta de belleza y verdad y aun nociva a la virtud es la *Epístola de Abelardo a Eloísa*. *La Dunciada o guerra de los tontos*, se reduce a una diatriba virulenta e indecorosa contra los libreros y los críticos de su tiempo.

de un *Sumario* o resumen de los pensamientos principales contenidos en ella. La segunda lleva también al frente un *prólogo* que se atribuye a Olmedo, pero que al publicarse la epístola en «La Balanza», sólo apareció como *nota* de la Redacción. Tanto a la segunda como a la tercera se antepone el correspondiente *Sumario*.— (Véase el Apéndice.)

14.—Con el título de *En la muerte de mi hermana*, compuso Olmedo, en 1842, un soneto que revela la honra y desesperante pena en que lo dejó sumido el fallecimiento de su hermana Magdalena.

El soneto tiene, en verdad, mérito, mas éste no se basa en el fondo, sino más bien en la forma.

El fondo es un conjunto de blasfemias, espontáneas, si se quiere, pero, al fin, blasfemias. La espontaneidad y la profundidad del dolor del poeta servirán, a lo más, para atenuar la culpa de éste, pero no para hacer desaparecer la fealdad moral, que objetivamente encierra el argumento. La rebeldía de Satanás, por más espontánea que se la suponga, nunca puede ser buena ni bella, sino mala y fea moralmente. Si el Lucifer de *El Paraíso Perdido* es bello, no lo es ciertamente, sino con una belleza puramente externa y representativa, con la belleza de un retrato más o menos fiel. La belleza está en el arte miltoniano que lo representa, y no en la rebeldía del ángel protervo. Prescindimos, por supuesto, de la entidad angélica y hablamos sólo de la fealdad moral.

Pero ni aun esta belleza meramente representativa es intachable en el soneto. El pensamiento del primer cuarteto no tiene conexión íntima con el que lo sigue: muy bien pudiera servir de encabezamiento a cualquier otra composición, en la cual se deplorase un dolor profundo. No basta para el soneto la unidad de sentimiento, es necesaria la unidad de pensamiento. Un solo sentimiento puede amontonar ideas muy heterogéneas entre sí, pero tales que sirvan de argumento a una elegía,

por ejemplo, mas no a un soneto. Uno solo es el sentimiento o la causa de sentimiento en el soberbio *Adiós* de Luis Cordero, mas cuántos y cuán diversos pensamientos y cuadros luctuosos encierra. No uno, sino muchos sonetos pudieran sacarse de esta elegía.

No todos los versos están dotados de la armonía que exige el soneto:

¿Y eres tú Dios? A quién podré quejarme....?  
Yo no te la pedí. Qué és por ventura.....?

El último verso:

Dime, ¿faltaba este ángel a tu Cielo?

es bellissimo y lo mejor del soneto por su epigramática expresión, pero no está libre de prosaísmo. Además, carece del mérito de la originalidad. Léase el final de la oda que Víctor Hugo dedica a *La mort de Mlle. de Sombreuil*:

O Dieu! ne reprends pas ccux que ta flamme anime.  
Si la vertu s' en va, que deviendra le crime?  
Oú pourront du méchant se reposer les yeux?  
N' enlève pas au monde un espoir salutaire.  
Laisse des justes sur la terre:  
N' as-tu donc pas, Seigneur, assez d' anges aux cieux?

¿Quién no ve la semejanza, o mejor dicho, la igualdad entre el último verso del soneto de Olmedo y el último de la oda de Víctor Hugo? Olmedo debió de conocer ésta oda del poeta francés; pues cuando aquel partió a Europa de Ministro Plenipotenciario del Perú en 1825, ya Víctor Hugo había publicado la segunda edición de sus *Odas y Baladas* en 1824. En esta segunda edición está incluida la elegía que hemos citado y que fue compuesta en 1823.

15.—La *prosa* de Olmedo es abundante, libre de artificio, generalmente correcta y con frecuencia, poética. Esta última cualidad es en algunos casos tan excesiva, que pudiera calificarse de pedantesca, si no la acompañara la espontaneidad. En los discursos, en las cartas, en los artículos sueltos se revela más la pluma del poeta que la del prosador.

Ninguna obra de consideración ha escrito Olmedo en prosa: todo lo que se conoce se reduce a unos pocos discursos y cartas, a un artículo sobre *La Libertad*, a un conjunto o colección de *Pensamientos*, al prólogo que precede a la traducción de la primera epístola de Pope, al *Reglamento Provisorio de Gobierno*, al *Manifiesto del Gobierno Provisorio del Ecuador*, y, finalmente, a una pequeña obra sobre *Lógica*, escrita para niñas.

Aquí sólo trataremos de lo que tiene más importancia literaria, como son el artículo sobre *La Libertad*, los discursos, las cartas y el *Manifiesto*. Escasa es la literatura que, por su misma índole, nos ofrecen los otros escritos.

16.—El artículo sobre *La Libertad* lo hemos leído en «La Palabra» de Guayaquil, del 11 de octubre de 1890. Escrito probablemente en España, después que Fernando VII disolvió las Cortes de Cádiz y puso en prisión a algunos diputados, encierra ideas que son reflejo de la época y especialmente de las constituyentes de Cádiz. Es un panegírico, en el cual, con las ideas verdaderas de libertad se mezclan varias otras no bien definidas, que pudieran dar pie a siniestras interpretaciones. Por supuesto, que en él no han de faltar, al lado de las alabanzas de la libertad, las consabidas y vagas declamaciones contra el despotismo, la superstición, etc.

Por la forma en que está escrito, más parece una oda que un artículo en prosa. El recargo de epítetos y de figuras literarias da al conjunto el aspecto de un en-

sayo retórico. Además, con cierta monotonía en la construcción de algunas cláusulas, obsérvanse excesiva longitud y pesadez. Copiamos un fragmento:

Salve, oh, salve Libertad, el primer dón de Dios, Hijo del Cielo, Hermana de la verdad, Madre de las grandes virtudes, Amor de las almas generosas, Numen de los talentos, Señora del mundo, Arbitro de la grandeza y del poder de las naciones, salve mil veces; y cual después de tormentosa noche que derramó la desolación por la tierra y cubrió de horrores el abismoso mar, asoma entre vistosos celajes, suaves resplandores, la risueña aurora por las puertas orientales y devuelve su luz al Cielo, su verdura a los montes, sus flores a los campos y su tranquilidad al mar; así tú, oh Libertad, álzate de tu antiguo sepulcro y muestra tu amable y gloriosa faz por entre los escombros y ruinas que hizo en su furor el despotismo, y por entre innumerales víctimas que sacrificó riéndose la superstición.

Sí, ya te diviso, creación celestial; alzá, alzá los versos numerosos, oh poetas, hijos de la Libertad, y entonad el himno solemne de alabanza que resuena desde el soberbio Pirineo hasta la columna de Hércules y cuyos ecos repita el audaz y sublime Chimborazo.

Me engaño, ¿o es el himno de los hijos de la Libertad que dulcemente hiere mis oídos?

¡Cuán hermosa es tu faz, oh Madre bienhechora del linaje humano! Qué majestuosos son tus pasos sobre nuestras montañas. No apartes tus amables ojos de este pueblo de fieles y valientes amadores tuyos; y dirígelos siempre por las sendas que llevan a tu Templo. Nosotros somos los hijos de la Libertad.

17— Tan limitado suele ser el espíritu humano en sus facultades, que de ordinario cuando brilla en un arte o ciencia, no sobresale en las demás. Y aun dentro de una misma, quien posee, por ejemplo, el genio oratorio, carece por lo regular del poético. Cuando el gran Orador Romano tuvo la pretensión de dársele de poeta y componer unos cuantos versos, hízolo tan mal, que fue el escarnio de los romanos.

Olmedo es ciertamente un gran poeta; mas, ¿quién se atreverá a asegurar que también es un gran orador? En los pocos discursos que compuso, por compromiso en

su mayor parte, si hay nobleza de pensamientos, amor del bien común, claridad de expresión, corrección de lenguaje; échanse de menos así la práctica en el uso de ciertos resortes oratorios, como el nervio con que los grandes oradores se atraen al auditorio, ora con el vigor del raciocinio, ora con el movimiento de las pasiones. Olmedo, sin quererlo, muéstrase más poeta que orador en el mismo empleo de alusiones, imágenes y frases poéticas. Al hablar de la devastación causada por el general realista Canterac, dice: «Todas las huellas de sus pasos quedan cubiertas de sangre y de cenizas. . . . Pero, pasada la tempestad presente, aparecerá más hermosa la libertad sentada sobre sus ruinas.» En el mismo discurso, aludiendo a la guerra de Troya, se expresa así: «Rompa V. E. todos los lazos que lo retienen lejos del campo de batalla. Después de la revolución de tantos siglos, parece que los oráculos han vuelto a predecir, que tantos pueblos confederados en una nueva Asia por la venganza común, por ninguna manera podrán vencer sin Aquiles. . . . .»

Cinco discursos hemos podido leer de Olmedo: uno académico sobre los epitalamios y cuatro políticos.

En el *Discurso sobre los epitalamios*, después de un breve exordio de circunstancias, da Olmedo la definición etimológica del epitalamio.—Traza su historia en Grecia, Roma, Francia y España.—Habla del estilo y tono en que se ha de escribir.—Prueba con ejemplos tomados de Salomón y de Catulo que ha de tener sentimiento y naturalidad.—Luego afirma que debe abrazar dos partes, a saber, la alabanza de los esposos y los votos por su felicidad; pruébalo con citas de David, Salomón, Teócrito y Catulo.—Refiriéndose a su *Epitalamio*, dice que él ha encerrado la segunda parte en solo un verso.—No hay reglas fijas sobre el metro: Olmedo ha preferido la silva por parecerle más acomodada a su ideal poético.—Por último, como por vía de resumen, da la definición literaria del epitalamio.—A modo de epílogo, afirma que

así como un amigo le obligó a componer el *Epitalamio*, así también otro amigo le ha hecho escribir este discurso.

Según se ve por este resumen, el *Discurso sobre los epitalamios* es un verdadero discurso académico, o mejor todavía, una disertación sobre el origen, progresos y naturaleza del epitalamio: es un estudio completo que patentiza la versación del autor en la materia, no menos que su buen gusto literario. La aridez del género didáctico ha sabido evitar Olmedo con oportunas citas tomadas de las literaturas hebrea, griega y latina, y con lijeros toques de personalismo que revelan originalidad. Saltan a la vista en el Discurso, el buen orden, la claridad y la concisión, que son dotes del género didáctico.

Olmedo no es de aquellos escritores satánicos que, como Voltaire, se creen superiores a la humanidad; sin embargo, algunos de los oyentes del Discurso no pudieron menos de notar en el exordio ciertas frases vanidosas, poco a propósito para conciliarse la benevolencia. Verdad es que poco han escrito sobre los epitalamios los preceptistas; verdad es también que esto poco que han escrito no pasa de generalidades y vaguedades; verdad es, igualmente, que, como dice Olmedo, "los Genios creadores regularmente se forman reglas al componer, las observan antes de conocerlas" . . . . .; mas no hacía falta que entre estos genios se colocara el mismo Olmedo, diciendo: "Yo he compuesto; después he meditado; y reglas que ignoraba han sido el fruto de mi meditación. Los Genios creadores. . . . ." Semejante declaración debe perdonársele como brote espontáneo de inexperta juventud. A esta misma deben igualmente atribuírse ciertos rasgos de crudición inoportuna. Olmedo cuando compuso su Discurso sólo contaba 22 años y era alumno del Colegio de San Carlos.

Añade también Olmedo, en el mismo exordio, que "para oprobio del Arte, salen reglados de manos de la Naturaleza" (los Genios creadores). Aserto es este que parece poner en pugna a la Naturaleza con el Arte. Este

sólo es enemigo de aquella, cuando es falso, conviene a saber, cuando no se amolda a ella. El arte verdadero no es más que un conjunto de observaciones sacadas del procedimiento de la naturaleza, el cual, en último término, viene a reducirse a la conformidad con las leyes impuestas a aquella por el Supremo Artista.

Los genios creadores, por la excelencia de sus dotes y su temperamento, nacen constituídos en tales condiciones, que sin mayores esfuerzos ni estudios, dan con el procedimiento más conforme con las leyes estéticas que rigen en los diversos seres, y las observan con perfección. En este sentido hay diversidad, no oposición, entre la naturaleza y el arte, entre el dón natural y el conocimiento razonado de lo bello; y si no pueden obtenerse al mismo tiempo úno y ótro, es preferible, a todas luces, el don natural.

Con esto no pretendemos negar la importancia del arte, por lo contrario, creemos con Lacouture en su *Esthétique Fondamentale*, que es útil a todos los artistas. Los mejores, los más maravillosamente dotados, no se encuentran a toda hora en posesión de todos sus medios. El genio de Homero ¿no dormita algunas veces? En las horas de bruma y de duda, los artistas encontrarán un precioso recurso en el conocimiento reflejo de las leyes estéticas; con él suplirán, no la inspiración, pero sí el instinto y el tacto artísticos que habitualmente los dirigen con seguridad hacia lo bello. Añadimos todavía más, siguiendo a Ciceron en su discurso en favor del poeta Arquías: "Cuando a una naturaleza eximia e ilustre se juntan el conocimiento y la práctica del arte, resulta entonces no sé qué de excelente y singular."

\*  
\* \*

El más extenso, regular y elocuente de los discursos de Olmedo, es el que pronunció en las Cortes de Cádiz, el 12 de agosto de 1812, en pro de la abolición de las *mitas*: es un buen discurso político. En él traza un

doloroso cuadro de los males que las *mitas* acarreaban a los indios *mitayos*, y desvanece las razones que se solían dar contra su abolición.

Noble fue el propósito de Olmedo y entusiasta el ataque contra las *mitas*; pero algunas apreciaciones se resienten de parcialidad y apasionamiento. Al hablar, por ejemplo, del origen de las *mitas*, llama *pretexto* a la sana intención que tuvieron los reyes de España al establecer las *encomiendas*, origen de las *mitas*. Los abusos que se siguieron a su establecimiento, no fueron pretendidos por las leyes, sino nacidos en la aviesa voluntad de los encomenderos.

La volteriana alusión a la mal entendida infalibilidad del Papa, es prueba de que Olmedo había adelantado en la lectura de los *filósofos* franceses, precursores de la gran revolución.

Necesitaría explicación la afirmación de que “a nadie se hace un bien contra su voluntad.” Pues verdaderamente bien es el que se hace a un individuo, aunque sea contra su voluntad, si se lo aparta de un inminente peligro, cuando se halla en él por ignorancia, incapacidad u obcecación de la mente.—(Véase el Apéndice)

\*  
\* \*

El *discurso político* que, como comisionado del Congreso constituyente del Perú, dirigió a Bolívar en 1823, tuvo por fin mover al Libertador a pasar a aquella república, para que se pusiera al frente de la campaña contra el general Canterac. Es el más corto de los cuatro discursos políticos. Al leer el discurso lo primero que se ofrece es la brevedad excesiva del exordio, o mejor dicho, la falta de él. El orador en el primer párrafo, no hace más que indicar quién es él diplomáticamente y el *interesado* fin que lo trae. Esto es demasiado violento y poco a propósito para excitar a Bolívar a oír con benevolencia el discurso. Aun en las peticiones caseras vemos todos los días, que el que las hace cuida ántes de

captarse la voluntad de aquel a quien acude. No negamos que en los discursos político-diplomáticos de los embajadores o comisionados, los exordios suelen ser de esta índole; mas ello proviene de que en tales discursos no se tratan asuntos particulares y concretos, sino que son meras presentaciones, que se reducen a ideas vagas e incoloras de mutua estimación y amistad. Olmedo en su discurso trata de hacer tomar a Bolívar una resolución bien definida y grave. Para conseguirlo debió desde el exordio captarse la benevolencia del Libertador más detenidamente.

\*  
\* \*

Con más regularidad, aunque también con mayor sencillez, frialdad y aun timidez, pronunció Olmedo en calidad de Presidente de las Cámaras, el discurso con que se inauguró, en 1835, la Convención de Ambato. En él hizo presentes las esperanzas que en la Asamblea habían fincado los pueblos del Ecuador, la dificultad en satisfacer a éstas y el consiguiente deber de trabajar con intención recta y desinteresada, confiando por lo demás en las bendiciones del Cielo.—En una como segunda parte recuerda las escenas poco dignas que los Congresos han presentado aun en las naciones más cultas, y exhorta a no incurrir en ellas, procediendo con orden, buena fe, tolerancia y mutuo respeto.—De este modo, dice en el epílogo, habrá concordia, verdad y mutua estimación; y de este modo llenaremos nuestra santa misión con dignidad, y satisfaremos a la confianza que el pueblo ha depositado en nosotros.

La circunstancia de haberse reunido la Convención transcurridos apenas cinco meses desde la sangrienta batalla de Miñarica, cuando las pasiones políticas estaban todavía exaltadas, parece que le hizo prever a Olmedo escenas tempestuosas, a pesar de que la inmensa mayoría de los diputados pertenecía a la facción triunfante. En este supuesto, deben tomarse como recurso

oratorio la brevedad y la sencillez adoptadas por Olmedo. Al recordar a la asamblea "la historia de algunos Congresos que aun en naciones tenidas por muy cultas, han ofrecido escenas poco dignas," hubiera sido convenientemente emplear las *precauciones oratorias* para no chocar con el auditorio y conseguir más fácilmente el fin que se proponía el orador. Tal como está hecha la historia de las "escenas poco dignas" era para producir en la Convención un efecto contrario. Los convencionales pudieron haberse dicho a sí mismos: Si aun en las naciones más adelantadas se han visto escenas poco dignas, no será cosa inaudita, si nosotros incurrimos en ellas.

\*  
\* \*

En el discurso que compuso Olmedo para cerrar las sesiones de la Convención de Ambato, recuerda las esperanzas que en la asamblea habían puesto los pueblos, enumera las labores que ésta ha llevado a cabo para satisfacerlas, y concluye exhortando a los congresistas a trabajar como ciudadanos y como legisladores en defender y difundir las nuevas instituciones.

En este discurso, más largo que el que precede, obsérvese a Olmedo menos frío y más satisfecho, como quien ha salido de un mal paso y puede desplegar sus alas más libremente. Léase la segunda cláusula:

Llamada por el voto común a reorganizar el Estado; excitada por el clamor general de los pueblos que demandaban nuevas leyes y *reposeo*; invocada como el Ángel de paz y de concordia en las tempestades civiles que desolaban la patria; la Convención se instaló en medio de aclamaciones y de esperanzas, y si no podemos lisonjearnos de haber satisfecho dignamente los votos públicos, ni de haber hecho una perfecta Constitución, podremos, a lo menos, consolarnos con la íntima persuasión de haber traído a nuestro difícil ministerio, en lugar de genio, amor de patria; en lugar de ilustración, celo; y en lugar de sabiduría, puras intenciones.

La comparación con que se declara la dificultad de dar en aquellas circunstancias una perfecta Constitución es propia y oportuna:

Así al cesar un horrible terremoto es empresa extraña y peligrosa ponerse a edificar, cuando todavía se oyen por la noche ruidos subterráneos y cuando todavía tiembla por intervalos el suelo en que se levanta el edificio.

El argumento con el que Olmedo pretende probar la bondad de las nuevas leyes, sacado del orden y dignidad con que ha procedido la asamblea, hubiera sido mejor colocarlo después de la cláusula en la que resume todo el plan de las labores: "Este es el plan, esta la estructura . . . ." La razón es porque aquella bondad se refiere al conjunto de los trabajos de la Convención.

"Es una lástima, dice D. Pablo Herrera, que este discurso, bueno en lo general, esté afeado con algunos pensamientos falsos, y basta contrarios a los principios de la justicia y la moral. Tales son los siguientes: *Las leyes atemperadas a los vicios constitutivos de la sociedad llegan a ser algunas veces la ciencia de lo justo en la misma injusticia, y una especie de derecho en la violación misma del derecho natural.* Los vicios nunca pueden ser principios constitutivos de la sociedad, ni las leyes deben jamás atemperarse a ellos, sino desarraigarlos como elementos de mal. Si la ley debe ser útil y conveniente, también debe ser honesta. Así decía Platón: "una ley no es buena, sino en tanto que se dirige siempre a los verdaderos bienes y desprecia todo aquello que se aparta de la honestidad y la virtud." Es, además, un absurdo creer que haya una especie de derecho en la violación del derecho natural, esto es, donde no hay sombra de justicia, único fundamento de todo derecho."

"El mismo Olmedo cuando habló sobre las *mitas* en las Cortes de Cádiz, sostuvo doctrinas más racionales: "Aquello que es en sí mismo malo y contra la equidad, dijo, no se convierte, aun por las mejores leyes del mundo, en bueno, justo y equitativo . . . . Para ser abolidas las *mitas* basta que sean injustas, aunque sean ventajosas. Para mí no son sabias las leyes que no llenan el benéfico fin que se proponen." Y cómo creía en Am-

bato este legislador que las leyes injustas llegan a ser a veces, la ciencia de lo justo, y una especie de derecho, la misma violación del derecho natural?" (1)

18.—Olmedo es uno de los pocos escritores que han llegado a alcanzar la *difícil facilidad* del género epistolar, hermanando en sus *cartas*, con la naturalidad, la gracia y la amenidad. De vez en cuando su lenguaje de poeta destierra la sencillez y aun la claridad de expresión, con peligro de volverse artificioso.

De las cartas que conocemos de Olmedo, las más van dirigidas a Bolívar, a Bello y al Dr. Araujo; unas cuantas al General Flores, y alguna al Dr. José Fernández Salvador. Nosotros más que por las personas para quienes están escritas, las distinguiremos por su materia, en cartas *políticas, literarias y familiares*.

En las *cartas políticas* aparece Olmedo sincero y desinteresado patriota, nunca vil adúlador. Aun cuando escribe a Bolívar o al General Flores, constituidos en elevados puestos, no disimula sus ideas por contrarias que sean a dichos personajes. Así, felicitando en 1825 al Libertador por el triunfo de Ayacucho, confiesa llanamente su sorpresa ante la completa victoria, y pasa luego a hacer algunos reparos a su proclama de 25 de diciembre de 1824:

En este momento me dicen que sale un buque para el Perú: y no quiero perder la primera ocasión de felicitar a Ud. por la memorable victoria de Ajax-cuco... Con mi licencia poética transformé así el nombre de Ayacucho, porque suena desagradablemente: y ninguna cosa fea merece la inmortalidad.

Ahora, ahora sí me confieso absolutamente sorprendido: pues aunque jamás desconfié del suceso, era preciso una divina inspiración para preveer un triunfo tan completo y tan pronto. Hasta la sal de la sorpresa ha hecho más grata la victoria.

Este verdaderamente ha sido el día de la América, el día de Bolívar.

---

(1) Pablo Herrera: *Apuntes biográficos de D. José Joaquín de Olmedo*, pág. 47.

He leído con transporte la proclama de usted: es bella, es sublime. Nada deja que desear, nada; sino. . . . sino que algunas palabras no despierten algunos celos en tierra, y. . . . alguna tempestad en el mar. Usted ha perdido todo derecho de increparme por esta licencia, desde que dejó correr impunemente y aun aplaudió mis observaciones sobre su primera proclama desde Pasto. La última desde Lima es uno de los documentos clásicos de nuestra santa insurrección.

Las tres últimas palabras son dignas del mármol y del bronce. —*¡Fí donc!*—ellas son dignas de los corazones.—¡No mandar mas!! Divina expresión: expresión de una alma que ya no puede soportar su propia gloria. Ella me suscita la idea de un hombre que habiendo fijado los ojos desnudos en el sol, los retira, los cierra atormentado de tanta luz.

¿Oyes? ¿oyes?—o yo me engañó.—¿qué estrépito es aquel?—Es el carro de la libertad que se pasca en triunfo desde las majestuosas riberas del Orinoco hasta el último borde del destemplado lago en que sobrenada la isla de Titicaca—dibujando en su carrera los colores *del iris*.

En el último párrafo de esta carta se halla un salto que, por lo violento y propio de la lírica, engendra oscuridad y causa sorpresa en el lector.

Las *cartas literarias* de Olmedo son un reflejo de su educación clásica, de sus aficiones literarias, de sus aptitudes y de su buen gusto.

En la carta que a continuación transcribimos dirigida a su amigo Bello, expresa Olmedo, lleno de candor y bondad, el juicio que había formado de su amigo Fernández Madrid y de sus obras, contándose él mismo, sin razón, entre los poetas de *poco genio*. Aun al ejercer el oficio de Aristarco muestra Olmedo su educación clásica y su alma de poeta. Quien no haya saludado a la literatura griega no entenderá la alusión a los *talones vulnerables*, a Paris y a Aquiles. Poético es el símil que aplica a los versos de Madrid: "Sus versos tienen mérito, pero les falta mucha lima. Corren como las aguas de un canal; no como las de un arroyo susurrando, dando vueltas, durmiéndose, precipitándose y siempre sapicando las flores de la ribera."

París, marzo de 1827.

Mi muy querido amigo:

Con un atraso inexplicable he recibido la de 20 del pasado, y me apresuro a contestarla para neutralizar, si puede ser, el efecto que debe causar el temor de la amenaza del anatema que lancé ayer contra usted.

Hoy he visto a Madrid, y como siempre, hemos hablado de U. Agradece las expresiones de U., y me encarga decirle que hace tiempo que le conoce y aprecia. . . . .etc., etc.

Para dar a U. una idea del carácter de este amigo bastará decir que tiene el candor y la bondad de darme sus versos para que se los corrija, y lo que es más raro, la docilidad de ceder a mis observaciones. Nosotros (aquí entre los dos) los que tenemos poco genio somos muy doctriñeros; y haciendo de maestros (cosa muy fácil) pensamos adquirir una reputación que no podemos sostener con nuestras composiciones.

Las composiciones más perfectas tienen sus talones vulnerables, y toda nuestra manía está en acometerlas por la parte flaca. Y nes va perfectamente, pues U. sabe que, con semejante astucia, aun el afeminado París derrocaba los Aquiles.

Es verdad que un amigo a quien mucho quiero, y a quien U. conoce, me hizo una o dos veces en Londres el mismo cumplimiento. Pero ya me guardaré yo de creerlo por esto tan bueno como Madrid. Este no tiene ninguna sospecha contra él, mientras que el otro picarón, ¿quién sabe si, entregándome sus versos, usaba conmigo un refinamiento de delicadeza [propia suya] como para cicatrizar las llaguítas que *injustamente* supondría abiertas con el cáustico saludable de su crítica en el amor propio del cantor de Junío?

Madrid esta imprimiendo sus poesías [aquí entre nosotros]; lo siento. Sus versos tienen mérito, pero les falta mucha lima. Corren como las aguas de un canal; no como las de un arroyo susurrando, dando vueltas, durmiéndose, precipitándose y siempre salpicando las flores de la ribera. Le daña su extrema facilidad en componer. En una noche, en una sentada, traduce una *Mesentiana* de Lavigne o hace todo entero. . . . .el quinto acto de una tragedia. . . . .

En las *cartas familiares* relucen la bondad de su corazón y la sinceridad de sus afectos. Bastará para muestra, transcribir la pequeña carta que, en vía de despedida para Europa, dirigió al Dr. Joaquín Araujo, el 30 de julio de 1825:

Mi querido amigo:

Este es mi último adiós.—Salgo dentro de cinco días; contemple U. el estado de mi espíritu y de mi corazón. Me encomiendo muy deveras a su memoria y a sus oraciones.

Procuraré llenar el encargo que Ud. me hace de libros. La carta para su sobrino Cárdenas queda aquí en poder del señor Martín de Icaza, para que Ud. disponga de ella, pues Cárdenas ha seguido para Lima, y no me atrevo a remitírsela sin orden de Ud.

No me olvide nunca, y sepa que tiene un tierno amigo en

*Jé. Ju. Olmedo.*

Descaría muy mucho que Ud. de cuando en cuando me escribiese, y que remita sus cartas al mismo Sr. Icaza para que me las dirija. Ud. no puede tener carta mía sino muy tarde; pero nunca olvidaré a U.

El *Manifiesto del Gobierno Provisorio del Ecuador, sobre las causas de la presente transformación*, es el mejor, el más extenso de los escritos en prosa de Olmedo, no menos que el más importante por su valor histórico y político. Expone las causas justificativas de la revolución de 1846 que derrocó a Flores, apoyándolas con la declaratoria de independencia de Estados Unidos y la autoridad de Yattel, Constant y Bello.

Es un resumen de la historia política del Ecuador, desde el establecimiento de la República hasta 1845. En él aparece el General Flores como extranjero ambicioso, astuto, dilapidador y tiránico, que quiere perpetuarse en el mando.

La exposición está bien hilada y es vehemente y patriótica, mas no libre de apasionamiento.

El estilo es claro y conciso; el lenguaje correcto y limpio.

Transcribimos un fragmento del principio:

## A LOS PUEBLOS AMERICANOS

Como las alteraciones de Gobierno traen regularmente consigo tan grandes males y desórdenes, que han hecho odioso y detestable hasta el nombre de revolución, y como todos los que las promueven y sostienen son reputados por ciudadanos inquietos y sediciosos; nos vemos en la necesidad de manifestar a todos los Pueblos Americanos, y a las Naciones con quienes tenemos relaciones políticas, los motivos poderosos que nos han impelido a desconocer la autoridad ilegal que nos regía, y a preparar una regeneración que nos restituya la nacionalidad tan indecorosamente usurpada. No es esta la acción aislada de una provincia; no la opinión secreta de algunos hombres moderados que aman el siempre el orden y la paz, no han podido dejar de rebelarse contra la opresión; no la resolución precipitada de algunos patriotas exaltados e impacientes del yugo; no el clamor de una facción amiga de trastornos; ni la sedición de los malos contra las leyes: no es el voto, es el sentimiento unánime y general de los ecuatorianos de toda clase y condición, que conmueve toda la República; y cuya conmoción no ha sentido, sólo el que le dio el primer impulso, y el que continuamente ha ido acumulando causas sobre causas, hasta hacer inevitable la revolución. Si ésta se apoya en la voluntad general, y si es necesaria, ella debe tener de su parte la razón y la justicia.

Que se inculpe, pues, el único autor que la ha provocado; y que arrastrado ante el tribunal de las naciones, responda de todos los males que han preparado este gran acontecimiento, y de la sangre derramada para sostenerlo. Que no se inculpe a estos pueblos, que no han hecho sino ceder a una necesidad imperiosa. Que no se inculpe a los ciudadanos que ellos han elegido, para dirigir la marcha de este movimiento patriótico, e impedir que degeneren en la convulsión de los tumultos populares.

Las revoluciones no son incidentes casuales e imprevistos: todas tienen sus causas, más o menos remotas. Estas causas crecen en influjo y en fuerza cada día; y cuando llegan, a tocar en cierto extremo, no hay poder humano, a quien sea dado evitar o contener sus efectos. Esta es la situación en que al fin ha venido a encontrarse el pueblo ecuatoriano, después de algunas años de sufrimiento. Pero ya se ha dado la señal: la obra no quedará imperfecta; y si no fuese por el largo y generoso sacrificio que hemos hecho a la paz, nos avergonzaríamos hoy de tener que ceder a la ley de la necesidad, habiendo resistido tanto tiempo a las instigaciones del amor patrio y del honor nacional profundamente vulnerados.....

**Dolores Veintemilla de Galindo.**—1ª Pequeña y modesta ha de parecer necesariamente cualquier poesía que no sea la de un vate de primer orden, cotejada con la del Cantor de Junín. A doña Dolores Veintemilla de Galindo cabe la suerte de ocupar cronológicamente el primer puesto después de Olmedo. Dotada de no vulgar talento y de un corazón en extremo sensible, nació en Quito por 1829. Recibida una educación torcida e incompleta, casó con el doctor Galindo, médico colombiano escéptico, quien con su incredulidad y los libros impíos e indecorosos que puso en las manos de su esposa, contribuyó a desviar más a ésta del camino del bien. Alejada Dolores Veintemilla de Dios, que es el único que llena los corazones, henchida de vanidad muchas veces contrariada, y viendo día a día deshechas por el tiempo sus ilusorias dichas, no es extraño que en un momento de desesperación escribiera en *Anhelo*:

Yo quiero dicha aun cuando sea mentida.

Trasladada a Cuenca, la buena sociedad de esta ciudad la colmó en un principio de exquisitas atenciones; mas, luego que se vió desairada por el carácter altivo y las excentricidades de la poetisa, renunció a su amistad y la dejó casi en el abandono. A este y otros contratiempos, provenientes de su incorrecto comportamiento, agregóse el disgusto con que en Cuenca se recibió la necrología que sobre el fusilamiento del parricida Tiburcio Lucero publicó doña Dolores, necrología en la cual a vuelta de desaprobar la ejecución, hacía gala de no sé qué principios humanitarios y de cierta filosofía panteísta. Por último, contribuyó a derribarla más presto al abismo la noticia que por aquellos días circuló en Cuenca acerca del suicidio de la poetisa chilena Carolina Lizardi, pues Dolores Veintemilla, en su demente vanidad, había llegado a considerar semejante crimen como una acción heroica y gloriosa.

El 23 de mayo de 1857, día de su desgracia, vistióse de gala la nueva Safo, dió un beso a su hijo que dormía y, antes de apurar la mortífera copa, escribió para su madre: "¡Perdón una y mil veces, adorada madre!—No me llore.—Le envió mi retrato ¡bendígalo! La bendición de la madre alcanza hasta la eternidad! Cuide de mi hijo.—Dele un adiós al desgraciado Galindo.....(1) Su Dolores."

Ante tan lamentable suceso, razón tuvo el Dr. Rafael María Arízaga para escribir en sus «Últimos pensamientos de Dolores Veintemilla»:

Huyendo de la fe que el alma exorta  
Del caso adverso en la tremenda duda;  
Perdida la Esperanza, que conforta  
El ánimo que abate aflixión ruda,  
Maldijo de su Dios, en prueba corta,  
Maldijo al hombre, en su dolor sañuda,  
Bebió hiel en la copa de la vida . . . .  
¡Y llora hasta hoy un ángel su caída!

2º—Es innegable que doña Dolores Veintemilla poseyó talento poético, si bien no pudo o no supo cultivarlo como hubiera sido de desear. Indudablemente, con una educación literaria bien dirigida, hubiera escrito más y mejor, sin necesidad de acudir al plagio. La lira de doña Dolores, falta de fe y llena de desengaños, apenas deja oír otra cuerda que la del llanto y desesperación. ¡Cuánta grandeza moral no hubiera adquirido la musa de nuestra poetisa, si ésta con valor cristiano se hubiera sobrepuesto a las tempestades de su corazón! De ella habríamos podido decir aquello, que Juan de Dios Peza escribió de su padre:

---

(1) El doctor Galindo hallábase por aquellos días en Centro América.

Ve del mundo las fieras tempestades,  
De la suerte las horas desgraciadas,  
Pasa, como Cristo el Tiberiades,  
De pie sobre las ondas encrespadas.

3º—Llegan a trece las composiciones que corren con la firma de Dolores Veintemilla. *Quejas*, la mejor de todas, es un brote espontáneo, un desahogo del amor infielmente correspondido.

Naturalísimo, ciertamente, es aquel enérgico principio, *¡Y amarle pude!*, que nos recuerda aquel otro de Fray Luis de León en su bellissimo cuadro de la Ascensión: *¿Y dejas Pastor Santo.....?* Pero esta misma apasionada y natural apóstrofe, que tan bien sienta en el comienzo de la composición, contribuye, no poco, a hacer más sensible la falta de energía graduada hasta aquel atrevido final:

Y si a olvidar no alcanzas al ingrato,  
Te arrancaré del pecho, corazón.

Por otra parte, *Quejas* ántes que del amor de la desgraciada poetisa, exigía una pintura más viva y detenida de las infidelidades que motivaron su composición. Por lo demás, no creemos necesario señalar los pensamientos comunes, los versos prosaicos, los epítetos vulgares y la incorrecta versificación en sus cuatro octavas italianas. Para su cabal conocimiento conveudrá tener presente la advertencia que nos hace Remigio Crespo Toral, al afirmar que ella “no fue enderezada al Dr. Galindo, como falsamente se asegura. Debíó de ser compuesta antes del matrimonio, o pertenecer a la historia íntima de la señora, historia ante la que es nuestra obligación enmudecer:”

¡Y amarle pude!... Al sol de la existencia  
Se abría apenas soñadora el alma.....  
Perdió mi pobre corazón su calma  
Desde el fatal instante en que le hallé.

Sus palabras sonaron en mi oído  
Como música blanda y deliciosa;  
Subió a mi rostro el tinte de la rosa;  
Como la hoja en el árbol vacilé.

Su imagen en el sueño me acosaba  
Siempre halagüeña, siempre enamorada;  
Mil veces sorprendiste, madre amada,  
En mi boca un suspiro abrasador;  
Y era él quien lo arrancaba de mi pecho,  
El, la fascinación de mis sentidos;  
El, ideal de mis sueños más queridos;  
El, mi primero, mi ferviente amor.

Sin él, para mí, el campo placentero  
En vez de flores me obsequiaba abrojos:  
Sin él eran sombríos a mis ojos  
Del sol los rayos en el mes de abril.  
Vivía de su vida apasionada;  
Era el centro de mi alma el amor suyo;  
Era mi aspiración, era mi orgullo.....  
¿Por qué tan presto me olvidara el vil?

No es mío ya su amor, que a otra profiere;  
Sus caricias son frías como el hielo;  
Es mentira su fe, finge desvelo.....  
Mas no me engañará con su ficción.....  
¡Y amarte pude delirante, loca!!!  
¡No! mi altivez no sufre su maltrato;  
Y si a olvidar no alcanzas al ingrato,  
Te arrancaré del pecho, corazón!

La que lleva por título *A mis enemigos* es un grito de dolor, exhalado no por una leona herida que quisiera despedazar entre sus garras a su perseguidor, sino por una tímida paloma que se contenta con lanzar a las auras sus quejidos. Si en ellas no aparecen duras invectivas fue, puede creerse, porque en esos momentos en que es-

cribió todavía pudo sobreponerse el espíritu cristiano a los arrebatos de la pasión. Y precisamente este carácter cristiano y esta queja inofensiva impresionan más y hacen brotar en los lectores un sentimiento más hondo de compasión hacia la malograda poetisa.

Los prosaísmos y ciertas impropiedades y vaguedades revelan una pluma poco ejercitada. No se libran de estos defectos ni aun las mejores estrofas, que son la segunda y tercera:

¿Qué sombra os puede hacer una insensata  
Que arroja de los vientos al confín  
Los lamentos de su alma atribulada  
Y el llanto de sus ojos, ¡ay de mí!

¿Envidiáis, envidiáis que sus aromas  
Les dé a las brisas mansas el jazmín?  
¿Envidiáis que los pájaros entonen  
Sus himnos cuando el sol viene a lucir?

Se ha dicho por alguien que *A mis enemigos* no es obra de Dolores Veintemilla, sino de don Vicente Piedrahita. No nos inclinamos nosotros a creelo así, apoyados principalmente en cierta sobriedad que encontramos en ella, sobriedad desconocida en las poesías de aquel. Sin embargo, "creemos, dice Remigio Crespo Toral, estar en lo cierto al negar que esa poesía sea compuesta por Dolores Veintemilla; y lo creemos fundados en informes contemporáneos muy respetables."

Pudieron haber dado origen a esta composición, tanto el desvío que, a causa de su extravagante comportamiento, experimentó doña Dolores de parte de la sociedad de Cuenca, como ciertas malignas interpretaciones del vulgo, provocadas por "las frecuentes visitas de un galante caballero, que merecía, dentro de los límites del decoro, el favor de parte de su amiga." (1)

---

(1) Remigio Crespo Toral: *Dolores Veintemilla de Galindo*,  
— Revista Literaria, año I, N.º 4.

¿Qué os hice yo, mujer desventurada,  
Que en mi rostro, traidores, escupís  
De la infame calumnia la ponzoña,  
Y así matáis a mi alma juvenil?

¿Qué sombra os puede hacer una insensata  
Que arroja de los vientos al confín  
Los lamentos de su alma atribulada  
Y el llanto de su ojos, ¡ay de mí!

¿Envidiáis, envidiáis que sus aromas  
Les dé a las brisas mansas el jazmín?  
¿Envidiáis que los pájaros entonen  
Sus himnos cuando el sol viene a lucir?

¡No! no os burláis de mí, sino del Cielo....  
Que al hacerme tan triste e infeliz,  
Me dió para endulzar mi desventura  
De ardiente inspiración rayo gentil.

¿Por qué, por qué queréis que yo sofoque  
Lo que en mi pensamiento osa vivir?  
¿Por qué matáis para la dicha mi alma?  
¿Por qué, cobardes, a traición me herís?

No dan respeto la mujer, la esposa,  
La madre amante a vuestra lengua vil.....  
Le marcáis con el sello de la impura.....  
¡Ay! ¡nada, nada respetáis en mí!

Se había dicho que la composición de *La noche y mi dolor*, la había escrito Dolores Veintemilla la misma noche de su desgracia. Nosotros en nuestra primera publicación negamos tal especie, fundados principalmente en el sentimiento templado que en ella domina y no se halla de acuerdo con la ofuscación y el arrebató de quien está en visperas de cometer un suicidio. Este nuestro modo de pensar ha adquirido posteriormente mayor fuerza, después que nuestro distinguido amigo, el Sr. Juan

Abel Echeverría, ha tenido la bondad de indicarnos que la composición de Dolores Veintemilla es un plagio de *La noche y la inspiración* de Zorrilla. En efecto, hállese en aquella no sólo ideas, sino versos enteros trasladados al pie de la letra de la composición del poeta español. En consecuencia, es inútil que nosotros nos pongamos a analizarla.

Sencillísimo y muy común es el pensamiento encerrado en la composición que con el título de *Letrilla*, aunque no con la forma de tal, escribió doña Dolores para una amiga suya. Los descuidos de la expresión desmejoran más el ideal.

En las dos quintillas que abraza la composición dedicada *A un reloj*, encontramos palabras que se admiran de verse juntas, como *funesto bien*. Parece que la autora quiso componer un epigrama, mas dejóla desairada el pensamiento con su vulgaridad y falta de ingeniosidad.

No carece de delicadeza y gracia la octava dirigida *A Carmen, remitiéndole un jazmín del Cabo*.

En la silva del *Sufrimiento* hay algunos bellos pensamientos, como estos:

Pasaste, edad hermosa,  
En que rizó el ambiente  
Las hebras del cabello por mi frente  
Que hoy anubla la pena congojosa. . . .  
.....  
Mi corona nupcial está en corona  
De espinas ya cambiada. . . .  
¡Es tu Dolores ¡ay! tan desdichada!

pero en el conjunto predominan los pensamientos comunes y los versos prosaicos.

*Aspiración* encierra algunas de esas hipérboles y aun locuras que forman las poesías eróticas vulgares, v. gr.:

Si ángel fuera a quien templos y altares  
En mi culto se alzarán talvez,  
Con tormentos cambiara eternos  
Por estar un instante a tus pies.

En medio de ciertas vaguedades en incorrecciones deplora la poetisa en *Desencanto*, que los remordimientos de conciencia combatan de continuo a su voluntad; que la luz del sol se halle enlutada; que a la sonrisa de la inocente paz hayan sucedido el llanto y la ansiedad; que las flores que ornaron su frente hayan desaparecido, llevándose el bien y la dicha; que ella misma ya no sea lo que en su infancia, una flor acariciada por el céfiro, por haberla herido con su injusticia la turba revoltosa, dejándola en la mitad del mundo cual víctima de un profundo dolor.

Dolores Veintemilla reconoce en *Anhelo* que el mundo soñado por ella fue una quimera, y con todo, por no encontrar nada que le devuelva la paz y le llene el alma, duélese de que haya pasado tan pronto ese mundo, y pide y ruega que tornen la ilusión, la esperanza, la amistad, la inspiración. Literariamente considerado, *Anhelo* es un valiente arranque lírico que retrata al vivo a una alma *ahogada en llanto y amargura*, que en su demencia llega a buscar *la dicha aun cuando sea mentida*:

¡Oh! ¿Dónde está esa dicha que soñé  
Allá en los años de mi edad primera?  
¿Dónde ese mundo que en mi mente orné  
De blancas flores? . . . . . todo fue quimera!

Hoy de mí misma nada me ha quedado:  
Pasaron ya mis horas de ventura,  
Y sólo tengo un corazón llagado  
Y un alma ahogada en llanto y amargura.

¿Por qué tan pronto la ilusión pasó?  
¿Por qué en quebranto se trocó mi risa

...ño fugaz se disipó,  
...ve nube al soplo de la brisa?....

...vuelve a mis ojos, óptica ilusión!  
¡Vuelve, esperanza, a amenizar mi vida!  
Vuelve, amistad, sublime inspiración!.....  
¡Yo quiero dicha aun cuando sea mentida!

Ultimamente han llegado a nuestras manos dos composiciones de Dolores Veintemilla, *A mi madre* y *Mis visiones*, publicadas primeramente en "El Filántropo" de Guayaquil en 1822; y más tarde, en 1898, reproducidas en Quito, en *Producciones Literarias de Dolores Veintemilla de Galindo*.

En la primera llora la poetisa la ausencia de su madre, recordando el contento de que disfrutaba a su lado y la desolación que al presente la acompaña. Antes de componer estas cuartetas doña Dolores debió de leer *Las Hojas secas* de Zorrilla; mas no por ello hemos de negar todo mérito a la lucubración de nuestra poetisa. Lo tiene en haber sabido acomodar la inspiración e imitación a sus condiciones personales y a sus circunstancias. Su misma sencillez y llaneza agradan en medio de las irregularidades métricas y de la pobreza de ideas. Los mismos pensamientos que al principio de la poesía se enuncian en forma optativa, nárranse de seguida como hechos de su venturosa juventud. El carácter de desolación sin consuelo posible, con que termina la composición, nos inspira un sentimiento de compasión y nos hace repetir con Balart:

Atribulado espíritu, idespíerta!  
Si a Dios acudes, la esplendente puerta,  
Límite de los ámbitos del cielo,  
Jamás cerrada encontrará tu anhelo:  
¡Abierta está, de par en par abierta!

La puerta del abismo . . . . .  
Esa no la abre Dios: ¡la abres tu mismo!  
¿Ni qué otro abismo que tu mente obscura? . . . . .

*A mi madre* es la mejor de las dos poesías a que acabamos de referirnos. Fue compuesta en 1856.

¡Oh madre! si junto a tí  
Mis tristes horas pasara,  
Si en tu rostro contemplara  
La ternura maternal;  
Si en tu pecho palpitante  
Mi cabeza reclinara,  
Si con mi llanto bañara  
¡Oh madre! tu corazón;  
Si tu mano cariñosa  
Aplicaras un instante  
Sobre mi frente quemante;  
¡Oh, cuánto yo gozaría!  
¡Cuántas veces, madre amada,  
Se mitigan mis tormentos,  
Recordando los momentos  
Que en tu regazo pasé!  
Reclinada en tus rodillas  
Mi cabeza descansaba,  
Y tu mano jugueteaba  
Mis cabellos encrespando.  
Cuándo mis ojos ardientes  
De entusiasmo y de ternura,  
Contemplaban tu figura,  
¡Oh, madre, cuán feliz era!  
Extasiada de contento  
En tus brazos me adormía,  
Y en el sueño, madre mía,  
Eras mi ángel protector.  
El blanco serafín eras  
Que ese sueño vigilaba,



*Tristeza* es una composición, publicada en 1890, por la revista Guayaquileña de *La Palabra*. En las tres octavas reales que forman la poesía, deplora Dolores Veintemilla la tristeza que ha sucedido a su primera ventura.

Cualquiera al leer el título de la composición, se habría imaginado que iba a encontrarse con una lucubración poética, si no igual, por lo menos, algo semejante a *Tristes* de Núñez de Arce. Nada menos. La pobreza de conceptos y de procedimientos es lo primero que se observa en la pieza de nuestra poetisa. Una sola idea encierran las tres octavas, y ésta expresada del mismo modo, a saber, por un contraste entre la alegría pasada y la tristeza presente. Para calificar de buena la poesía, tendríamos que contentarnos con una que otra imagen hermosa y con unos pocos versos rotundos, y prescindir de la vaguedad y oscuridad en los conceptos, de la impropiedad en los términos y de los prosaísmos, como

Yo era en mi infancia alegre y venturosa. . . . .

4º Para completar nuestro estudio sobre Dolores Veintemilla, preciso es que hablemos de tres articulillos en prosa, titulados *Recuerdos*, *Mi fantasía* y *Al Público*.

*Recuerdos* son una página autobiográfica de la juventud de doña Dolores, página que revela con simpática ingenuidad, soltura y corrección, la mimada educación que había recibido en el seno de la familia, hasta *llegar a ser el jefe de la casa*. ¿Qué extraño es, pues, que una voluntad acostumbrada a no ser contrariada en nada, llegado el momento de la oposición y de la prueba, sucumbiese miserablemente?

Por la manera brusca de comenzar y de terminar, *Recuerdos* nos parecen un fragmento u obra de mano inexperta en el manejo de la pluma. No se trasluce el intento que tuvo la escritora al trazar estas líneas.

De forma igual. . . . .entaria, *Mi fantasía*, es una apóstrofe en que la escritora considera a aquella como la dicha mayor de su alma. Con qué dicha tan meneguado se contentaba el corazón de doña Dolores en el caos de su desolación.

¡Ay del que nada cree y en nada espera,  
Y no encuentra una luz que alumbre fuera  
De caos tan oscuro!

Tan grande afición tenía nuestra poetisa a las composiciones de Zorilla, que aun para escribir en prosa buscaba en ellas la inspiración. Léase el *Misterio* de aquel poeta, y se verá que doña Dolores no sólo tomó algunos pensamientos de dicha composición, sino que se acomodó a ésta hasta en la prolongada apóstrofe de que está formada toda ella.

Pequeño también pero más completo en la forma, es el artículo que Dolores Veintemilla escribió con el rubro de *Al Público*, con el objeto de vindicar su honor lacerado en cierto libelo titulado *Zoila*. Son de alabar, además del buen orden y claridad que reinan en esta producción, la moderación y la dignidad con que se responde a las inculpaciones. Nada diremos de las incorrecciones de lenguaje, ni de la pobreza de léxico que se observa en algunos pasajes:

Oh! mientras el Cielo a quien rendida adoro  
Guarda mi frente de mancilla,  
Tranquilo viviré, por más que el lloro  
De la desgracia, bañe mi mejilla.

*Silveria Espinosa*

“Una imperiosa necesidad me hace volver a escribir para el público. Se ha presentado ante él, con el epígrafe de *Zoila*, un libelo, en el que su autor cubierto con la impunidad que ofrece el disfraz, calumnia la reputación de la mujer escritora de una *necrología*. Yo, la

escritora de ese papel, como mujer no he podido ver sin afectarme profundamente, ni pasar en silencio el que tan sólo por satisfacer odios gratuitos, se ataque en público el sentimiento más caro de mi corazón: mi honor.

Cuando la calumnia, hidra espantosa, clava sus dientes envenenados en el crédito de una mujer virtuosa, sensible y digna, a ésta sólo le quedan tres medios de salvación— su conciencia tranquila, —la conciencia íntima de sus detractores y el sentido común de las personas sensatas.—Su conciencia tranquila para remitir a tamaña injuria sin que se destruya su vida o se desorganice su cerebro: la conciencia íntima de sus detractores para que sientan toda la indignidad de atacar cobardemente la reputación de una mujer, y el sentido común de las personas sensatas, para que vean de cuál lado está la ignominia, si en la publicación de una hoja inofensiva, o en esas producciones escritas con hiel sin rastro siquiera de mérito literario, contra una persona que cree que no ha causado mal alguno a los habitantes de este lugar.

Apelo, pues, a esos medios de justificación: pido a mi calumniador y a los que con él piensan, que sin valerse del anónimo ni de ningún otro medio semejante, se presenten ante el público, y entonces mirándonos de frente ante él, me citen un sólo hecho por el que se me pueda echar a la cara la mancha indeleble y asquerosa de la degradación: pido al sentido común de las personas sensatas que, considerando la honradez de los primeros años de mi vida, mi educación, mis costumbres, el trabajo constante en que vivo, mi posición social, mi fortuna, y en fin, el conjunto de bienes que constituyen mi bienestar, pregunten a su razón si es aceptable la idea de que yo haya descendido, ni descienda hasta el fango inmundo en que quieren sumergirme mis enemigos: y no dudo que mi justificación ante ellos será hecha. Mas, quiero preguntar a todos y a cada uno de los individuos de mi país, donde he pasado mi juventud, a los

de Guayaquil, donde he vivido cinco años, a los de este lugar donde resido ha tres años; si hay alguno entre ellos que tenga el derecho de decirme en mi cara: *soy yo quien te he humillado: tus difamadores no mienten.*

Hé aquí lo que puede hacer una mujer calumniada, cuando como yo tiene el derecho de levantar su frente pura, ante todos los hombres sin temor de que haya úno que tenga la facultad de hacerla doblar ruborizada;—hé aquí lo que hago en cumplimiento del deber que tengo, como mujer de honor, de justificarme ante la sociedad digna, cuyo juicio y opinión tan sólo temo y respeto. Así, pues, si en adelante se vuelve a atacarme bajo la capa del anónimo y permanezco en silencio, espero no se crea que callo porque acepto mi infamación, sino que, despreciando la calumnia de uno o unos desconocidos, me contento con entregarlos a sus remordimientos, maldición eterna, verdadero castigo de los criminales." X

**Gabriel García Moreno.**—1º Gabriel García Moreno no sólo vive en la historia del Ecuador como el más ilustre de sus estadistas, sino también como cultivador no vulgar de la literatura. Nació en Guayaquil el 24 de diciembre de 1821, de padre español y madre guayaquileña. Parientes suyos fueron el Excelentísimo Cardenal Arzobispo de Toledo, Don José Ignacio Moreno, y el Arcediano de Lima, Don Ignacio Moreno.

En Quito concluyó los estudios de latinidad comenzados en Guayaquil y además cursó filosofía y jurisprudencia. En las dos ocasiones que estuvo en Europa se consagró al aprendizaje de las ciencias naturales como la química y las matemáticas.

Fue Alcalde Municipal de Quito, Rector de la Universidad Central, Senador de la República, Director de la guerra y Jefe Supremo en campaña, en 1859 y 1860; Comandante en Jefe del Ejército en 1865; Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el Gobier-

no de Chile en 1866; Jefe Civil y Militar de Imbabura en 1868; Ministro de Hacienda en 1869. Además la Sociedad Geológica de Francia lo admitió como miembro en su seno, y Pfo IX le honró con el nombramiento de Caballero de la Orden Piaana.

Cuando estudiaba Jurisprudencia formó parte de la sociedad *Filantropico-Literaria*, y desde entonces comenzó a figurar en el campo de la política. Desempeñó la Presidencia de la República, primero en 1861, y luego en 1869. Había sido reelecto Presidente en 1875, cuando sus enemigos lo asesinaron el 6 de agosto del mismo año.

2<sup>o</sup>—“No son para estos brevísimos apuntes los numerosos hechos y las mil peripecias de la agitada y fecunda vida de García; basta decir que organizó la Hacienda nacional dándole bases fijas e introduciendo en ella la honradez y la economía; disciplinó y moralizó el ejército; trajo a reforma radical y fecunda al clero secular y regular; fomentó decididamente la instrucción pública; protegió con no menos empeño las ciencias y las artes, y emprendió multitud de obras materiales de utilidad común, de las cuales unas logró terminar y otras quedaron a su muerte comenzadas o mediadas.”

“García Moreno tuvo inteligencia gigante, vastísima instrucción, honradez inmaculada, carácter inquebrantable y una actividad extraordinaria.” (1)

“Pudo por flaqueza humana cometer errores; pudo pecar de terco e inflexible; quizá en alguna ocasión solamente puso a pique de ruina en Colombia los mismos intereses que tan heroicamente defendía en el Ecuador; quizá no realizó en todo y por todo el ideal del gobernante cristiano, pero se aproximó a él más que otro ninguno de nuestros tiempos; y la grandeza de su adminis-

---

(1) Juan León Mera: Antología de Poetas Ecuatorianos. p. 364.

fración, la entereza de su carácter y la gloria de su muerte, hacen de él uno de los más nobles tipos de dignidad humana que en el presente siglo pueden glorificar a nuestra raza. La república que produjo a tal hombre puede ser pobre, obscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia.” (1)

3º No obstante las aptitudes, nada vulgares que García Moreno tuvo para la poesía, no cultivó ésta por vocación, sino sólo como medio para dar salida a los sentimientos de su alma. Sin embargo, lucen en sus producciones tres dotes de las más apreciadas en literatura, cuales son, la sinceridad, la originalidad, y el tinte nacional. Faltarán a algunas de estas piezas ciertos atildamientos de arte, mas la claridad de ideas y la sinceridad de sentimientos se sobreponen a todo.

De las quince composiciones que conocemos, cinco quedaron inéditas y fueron más tarde publicadas por sus amigos. “Tienen estas piezas los descuidos inherentes a todo lo que se escribe para no ser impreso; pero en ellos, como en sus escritos en prosa, quedó un gran reflejo de la grande alma de su autor, que hubiera podido ser eminente en el arte de la palabra, si no hubiera preferido el arte soberano de la vida y de la acción.” (2)

La mayor parte de las poesías originales pertenece al género satírico, para el cual muestra García Moreno cualidades releyantes. Con ingeniosidad y gracia está escrita la composición de *El Abogado Pirata, trova de la canción de Espronceda titulada El Pirata*. Tampoco carece de gracia el *Soneto Burlesco*, que imita al de Lope de Vega, «Un soneto me manda hacer Violante» . . . . El *Epigrama a Aurelia* es corto y picante. Satírico-bur-

---

(1) Menéndez y Pelayo: Autología de Poetas Hispano-Americanos, tomo III, pág. CXLVIII.

(2) Menéndez y Pelayo: Autología de Poetas Hispano-Americanos.

fescos y sangrientos son los dos (*Soneto* y *Soneto Bilingüe*) con que García Moreno respondió a las diatribas de Juan Montalvo. La *Sátira* es una terrible invectiva contra varios *diputados* de la Convención de Cuenca que *compraron empleos con su propia deshonra*. El tono general es elevado, pero de vez en cuando se abate y aun desciende al personalismo. No sin incurrir en prosaismos, el *Romance Satírico* ataca con facilidad y mordacidad a los patrioteros que apoyaron a Roca con el designio de conseguir empleos y se vieron burlados en sus esperanzas. Con mejor dicción poética, la fábula de *El perro y los ratones* echa en cara su cobardía a los fanfarrones que en tiempo de paz se gloriaban de haber contribuído a la caída del General Flores.

La mejor de las satíricas es la epístola *A Fabio*, por el fin moral que persigue, la sinceridad y bizarría con que ataca al vicio, la dignidad del tono, la facilidad y armonía del metro. Como en 1853 se hubiese publicado una desgraciada elegía satírica contra el General Urbina, y sus amigos la atribuyesen a García Moreno, compuso éste la epístola *A Fabio* y la envió directamente a aquel, "para que sus célebres apologistas no volvieran a equivocarse."

El argumento de la epístola no es más que la glosa de los versos de Moratín, puestos por encabezamiento:

Yo vi del polvo levantarse audaces,  
A dominar y perecer, tiranos;  
Atropellarse efímeras las leyes  
Y llamarse virtudes los delitos.

Fabio, si quieres preservar tu juventud de los vicios que reinan en la sociedad, huye de aquí, donde el crimen triunfa y domina, invocando al pueblo a quien abate. ¡Oh vergüenza! y entre tanto, está oculta la probidad, perseguida por su inocencia.—No hay que esperar que mejorará la situación con la paciencia. No guía a la

fortuna la áspera senda del honor. Quien sube a las alturas de los Andes, llega a la región de las tempestades, pero quien prefiere bajar a los ardientes valles, halla flores y frutos: así acontece al hombre que, avanzando a la fragosa altura de la virtud, camina a la desgracia mientras el delincuente goza en el feraz campo de la ignominia el premio de la iniquidad.--Mira en torno de tí, y aprende cauto: si aspiras a la opulencia, miente, calumnia, oprime, roba en nombre de la patria y de la libertad, y la bajeza, la adulación, el disimulo, la alevosía y el sórdido interés por ley, te elevarán presto al poder.--Observa cómo el cínico Espino aplaude al que triunfa y escarnece al que cae, y aun pide su muerte, y sin embargo pasa la vida tranquilo de revuelta en revuelta, como corre insalubre fuente en el declivio del Sangay, entre ceniza y desgarradas peñas. Impelidos por el soplo de la infamia, se alzaron del polvo Corredor y Viperino y tantos otros que deben sus galones a los tumultos, no a los combates; y Turpio Vilio que sienta plaza en todos los partidos.— En esta tierra no sirven para nada las virtudes sociales ni políticas. La ingratitud la envidia, y muchas veces el puñal, son el premio que el Ecuador da a la virtud.-- Antes que te oprima la desgracia, escoge, Fabio, entre ser malvado o infeliz, no hay medio; mas, no: desprecia impávido el mundo e inclina la cerviz a la cuchilla y no a la afrenta; y aunque la tormenta brame y retumbe el trueno, sosténte firme: que al cadalso podrán arrastrarte, mas no envilecerte.— Yo conozco la suerte que me aguarda, mas apuraré sin abatirme el cáliz del dolor. Plomo alevoso romperá mi corazón, pero descansaré feliz en el sepulcro, con tal de que mi Patria respire libre de opresión.

Huye lejos de aquí, virtuoso Fabio,  
Huye, si quieres preservar del vicio  
Tu juventud florida, que los años  
Presto te robarán. Mira doquiera  
Cómo levanta la manchada frente,

Llena de oprobio y de arrogancia, el crimen;  
 Cómo se arrastra la ambición astuta  
 En fango inmundo, y de repente sube  
 Cual fétido vapor que infesta el cielo.  
 Allí se esconde prostituta infame  
 Bajo adornos marciales, y su mano  
 Tímida empuña el relunbrante acero,  
 Jamás enrojecido en las batallas.  
 Impresos lleva en su amarillo rostro  
 Los asquerosos surcos, las señales  
 Que en lecho torpe atesoró. Ninguno  
 De cuantos vicios inventara el hombre  
 En largos siglos de maldad, ignora;  
 Traición, perjurio, latrocinio, estafa,  
 Libertinaje impúdico, furios  
 De bárbara opresión ... su vida impura.  
 Encerrada en artículos se encuentra  
 En el severo código que inspira  
 Saludable terror a los perversos.  
 ¡Y éste de corrupción conjunto horrible,  
 Monstruo que hasta el patíbulo infamara,  
 Éste triunfa, domina, tiraniza,  
 Y respira tranquilo! Al pueblo imbécil  
 Con fementido labio, artero invoca,  
 Y le ultraja feroz, ¡y el pueblo sufre,  
 Llora abatido y resignado calla!  
 ¡Oh vergüenza! oh baldón! Proscrita en tanto  
 La probidad se oculta, perseguida  
 Por el delito atroz de su inocencia,  
 Sin cesar acosada, expuesta siempre  
 En inseguro asilo a la perfidia  
 Del delator vendido que la acecha.  
 Así tu Patria está. No tardes, huye.  
 ¿Qué esperas? ¿quieres de tu vida infausta  
 La suerte mejorar con tu paciencia?  
 Te engañas, infeliz. A la fortuna  
 La áspera senda del dolor no guía.

Quien a las altas cumbres la audaz planta  
Mueve y subir procura, no consigue  
Sino elevarse a la región del rayo;  
Mas si los Andes deja, prefiriendo  
Valles ardientes de fecundo suelo,  
Se ofrecen luego a su encantada vista  
Flores y frutos en frondosas selvas:  
Así el hombre que intrépido se avanza  
De la virtud a la fragosa altura,  
Camina a la desgracia, mientras goza,  
En el campo feraz de la ignominia,  
De iniquidad el premio, el delincuente,  
Mira en torno de tí y aprende cauto,  
Si a la opulencia aspiras, el secreto  
Que conduce al poder. Miente, calumnia,  
Oprime, roba, profanando siempre  
De patria y libertad el nombre vano:  
Bajeza indigna, adulación traidora,  
Previsor disimulo, alevosía  
Y sórdido interés por ley suprema,  
Presto te elevarán; y tu infortunio  
Sombrá será como el terror de un sueño.  
¿No ves a Espino el cínico, que entona  
El hosanna triunfal para el que vence,  
Y cuando pasa al Gólgota, le insulta,  
Gritos lanzando de exterminio y muerte?  
Pues serena su vida se desliza  
De revuelta en revuelta, como corre,  
Del rugiente Sangay en el declivio,  
Entre ceniza y desgarradas peñas,  
Infecta fuente de insalubres aguas.  
Y Corredor, y Veperino, y tantos  
Cobardes y rebeldes, que a tumultos  
Y no a combates sus galones deben;  
Y el renegado y falso Turpio y Vilio,  
Que en todos los partidos sienta plaza  
Y de todos, vendiéndose, deserta;

Del polvo se encumbraron, impelidos  
Al raudó soplo de immortal infamia.  
En esta tierra maldecida, en esta  
Negra mansión de la perfidia, ¿sirven  
Para algo la lealtad, la valentía,  
La constante honradez, los nobles hechos  
Del que a la gloria inmola su existencia?  
De vil ingratitud la hiel amarga,  
De la envidia el veneno y muchas veces  
Fatídico puñal. . . . . tal es el premio  
Que el Ecuador a la virtud presenta.  
Malvado o infeliz: no hay medio, escoge,  
Decide pronto, y antes que te oprima  
Como dogal de muerte la desgracia. . . . .  
Mas no: desprecia impávido, animoso,  
Los cálculos del miedo: a la cuchilla  
Inclina la cerviz y no a la afrenta:  
Y aunque furiosa la borrasca brame,  
Y ronco el trueno sobre tí retumbe,  
Inmóvil, firme tente, que al cadalso  
Arrastrarte podrán, no envilecerte.  
Conozco, sí, mi porvenir, y cuántas  
Duras espinas herirán mi frente;  
Y el cáliz del dolor, hasta agotarle,  
Al labio llevaré sin abatirme.  
Plomo alevoso romperá, silbando,  
Mi corazón talvez; mas si mi Patria  
Respira libre de opresión, entonces  
Descansaré feliz en el sepulcro.

Nótense la sencillez del plan, juntamente con la propiedad y la novedad de las comparaciones tomadas de los Andes y de la fuente del Sanguay, no menos que el tinte nacional que con ellas se comunica a la epístola. En medio de tan bellas cualidades, nada significan uno que otro verso prosaico y alguna palabra menos poética que encontramos en esta pieza.

Pulsó también García Moreno la cuerda elegíaca, mas sin abandonar en ella el terreno político y el anhelo de la prosperidad patria. La composición dedicada *A la memoria de Rocafuerte* paga tributo al romanticismo de la época, y, quitada la redundancia de la primera estrofa y de alguna otra más, no carece de entonación lírica, sobriedad y sentimiento. No señalamos ciertas incorrecciones e impropiedades, porque cualquiera las puede ver.

Pálida, triste, en lágrimas bañada  
Y herido el pecho de profunda pena,  
Hermosa virgen, de amargura llena,  
A solitaria tumba se acercó;  
Y al recorrer con lánguida mirada  
El yerto polvo que el sepulcro encierra,  
En llanto amargo humedeció la tierra  
Y en lastimeras quejas prorrumpió:

“Ya no late tu pecho esforzado;  
Ya en el cielo tu espíritu se esconde;  
Ya no se abren los labios de donde  
Corrió puro, sonoro raudal!

Y yo mísera y sola me encuentro,  
Y de viles traidores cercada,  
Ofendida, llorosa, ultrajada,  
Perseguida del genio del mal!.....

Cuando airada la suerte enemiga  
Me colmó de infortunio y horrores,  
Tú templaste mis crucles dolores,  
Tú enjugaste mi llanto infeliz.

¡Y hoy no tengo quien lllore conmigo,  
Quien escuche mi triste lamento,  
Quien imite tu noble ardimiento,  
Quien herede virtudes de tí!

Anidaba mi pecho esperanzas  
Que ya en alas del viento volaron,

Y dolientes recuerdos dejaron  
Que no pueden los siglos borrar:  
¡Ay! recuerdos que son para el alma  
Penetrantes y duras espinas,  
Que arraigadas en medio de ruinas  
Nadie puede después arrancar.

Dulce sueño de paz y ventura,  
Encantada ilusión que he perdido,  
Todo yace en la tumba caído;  
Sólo vive mi acerbo dolor.

¡Ya no late tu pecho esforzado;  
Ya en el cielo tu espíritu se esconde:  
Ya tu acento a mi voz no responde;  
Y el destino me inspira terror!...”

Dijo, y llorando, tristes siempre vivas  
Regó sobre la tumba solitaria;  
Y con ferviente, fúnebre plegaria,  
La piedad del Altísimo imploró.

Cruzó luego las auras fugitivas  
Súbito lampo y relunbrante trueno;  
Y ayes lanzando del herido seno  
La dolorida virgen se ocultó.

En la pálida frente se veía  
El caro nombre de la Patria impreso,  
De la Patria rendida al duro peso  
De creciente, implacable adversidad:  
¡Infeliz! que luchando en la agonía  
Y entregada a las garras de la muerte,  
Ve espirar al virtuoso Rocafuerte,  
Y alzar al crimen el traidor puñal!... .

*A la Patria* es un soneto que encierra el patriótico anhelo de preferir la muerte antes que ver a la Patria presa de la *ambición proterva*. El fondo contiene un solo pensamiento, mas el desarrollo de éste carece de

ese graduado interés que debe verse satisfecho solamente en el segundo terceto, y mejor en el último verso. La disposición de los consonantes en los cuartetos es incorrecta. El segundo terceto es prosaico y flojo.

Gallarda es la traducción de las *Dos estrofas de Lamartine*. El asunto, aunque conforme con las circunstancias que rodeaban a García Moreno en el destierro de Paita, es fragmentario, como que se reduce a los pocos versos que el poeta conservaba en la memoria de *Le Descespoir* del vate francés.

La traducción de los tres salmos penitenciales, 6, 31 y 37, fue hecha para uso privado de la familia. En los tres se observa cierta unción que revela la sinceridad de sentimiento en el traductor. En la versión del primero, flaquea algún tanto la dicción poética; la del segundo no es tan literal, pero es más suelta; la del tercero es la más perfecta, sin dejar de ser literal: no sólo no tiene nada que envidiar a la de González Carvajal, sino que la supera en concisión y vigor y aun en acomodarse más al original. He aquí los dos primeros versículos latinos:

*Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripas me.*

*Quoniam sagittae tuae infixae sunt mihi: et confirmasti super me manum tuam.*

Léase la traducción de Carvajal:

No me arguyas, Señor, tan enojado,  
No con iras corrijas  
Y furor implacable mi pecado.  
Enclavadas y fijas  
Tus saetas el pecho dolorido  
Con rigor inhumano  
Penetran, y me siento ya rendido  
Del peso de tu mano.

Señor, en tu furor no me reprendas,  
Ni en el día de tu ira me corrijas:  
Hiriéndome con flechas vengadoras,  
La mano me abrumó de tu justicia.  
La paz huyó de mi culpable pecho;  
Nada hay sano en mi carne corrompida;  
Porque mis culpas sobre mí crecieron  
Y cual horrible carga me oprimían.  
Mi insensatez envenenó mis faltas,  
Corrompiendo del alma las heridas;  
De dolor encorvado, la tristeza  
Como mi sombra junto a mí camina.  
Fuego voraz en mis entrañas arde;  
Nada hay sano en mi carne corrompida;  
Y afligido en extremo y humillado,  
Rugió mi corazón cuando gemía.  
Patentes para tí son mis deseos;  
A tí llega el clamor de mi desdicha;  
Y me ves débil, contristada mi alma,  
Y aun la luz de mis ojos extinguida.  
A los deudos y amigos que yo amaba  
Contra mí los unió negra perfidia;  
Los que conmigo estaban se alejaron;  
Los que me odian esfuérganse en mi ruina,  
De calumnias armados, meditando  
Traidoras asechanzas noche y día.  
Y yo, cual mudo, sin abrir los labios,  
Y como sordo sin oír seguía;  
Y silencio guardaba, semejante  
Al hombre que no escucha ni replica.  
Mas tú, Señor, acogerás mi ruego,  
Porque en Tí puse la esperanza mía,  
Y te pedí no triunfen los que audaces  
Son contra mí cuando mis pies vacilan;  
Porque ves mi dolor en mi semblante  
Y estoy pronto a sufrir si me castigas.  
Mi iniquidad publicaré llorando

Y en ella pensaré mientras yo exista.  
Viven mis enemigos; poderosa  
De los que me odian es la raza inicua;  
Los que males por bien ingratos pagan,  
Porque tu ley amé, mi honor mancillan.  
No me abandones, no, Señor de mi alma;  
No te apartes de mí, Dios de mi vida:  
Acude en mi socorro, que en Tí sólo,  
Dios y Señor, mi corazón confía.

4º. Todos los escritos en prosa de García Moreno, que han sido, juntamente con sus poesías, publicados en dos tomos por la *Sociedad de la Juventud Católica de Quito*, se reducen a la *Defensa de los Jesuitas*, a diversas publicaciones periódicas y polémicas, estudios científicos, necrologías, proclamas, discursos parlamentarios, notas oficiales y mensajes presidenciales.

La *Defensa de los Jesuitas* (1) es la obra de más aliento. Comienza por una especie de prólogo (*Al lector*), en el cual expone el motivo de su publicación, la calidad del adversario y los puntos principales de la

---

(1) Los Jesuitas, expulsados de Nueva Granada por el general Hilarión López, fueron hospitalariamente acogidos en el Ecuador. Esta benévola acogida desagradó al autócrata sectario, y comisionó a su Cónsul General en Quito, Don José María Vergara Tenorio, para que consiguiera del Jefe Supremo Noboa, la expatriación de aquellos del territorio ecuatoriano. No contento López de las gestiones de Vergara, sustituyó a éste con Jacobo Sánchez, dándole el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario; y aun llegó más tarde a solicitar del Congreso Granadino el permiso de hacer la guerra al Ecuador por este motivo. Por aquellos días se reimprimió en Quito, en favor de los Jesuitas, un artículo del publicista argentino, D. Félix Frías, titulado: "Los Rojos de la América del Sud". Sánchez lo atacó en su folleto: "Los Rojos de la América del Sud y el Señor Frías en París." Este folleto es el que García Moreno refutó en su "Defensa de los Jesuitas", con tal éxito, que obligó a su autor a retirarse de Quito. El sucesor de Sánchez, el Dr. Manuel Ancíbar, obtuvo de Urbina y de la Asamblea Constitucional, todo lo que deseaba el Gobierno granadino.

controversia. El cuerpo de la *Defensa* abraza tres puntos, que son los atacados por los enemigos de la Compañía, repetidos por el impugnador Sánchez y mil veces refutados por los amigos de los Jesuítas, a saber: el *Instituto*, la *Doctrina* y la *Vida de los Jesuítas*. Sigue la *Conclusión*, que recopila las principales pruebas presentadas, rechaza el pretendido derecho del Gobierno de Nueva Granada para exigir del Ecuador la expulsión de los Jesuítas, y, por fin, hace observar al clero sudamericano, que la persecución contra los Jesuítas, no sólo se dirige contra ellos, sino "contra el sacerdocio y la creencia católica."

García Moreno aparece desde luego en la *Defensa* como un escritor sinceramente católico y erudito. Escrita para ilustrar al pueblo, cumple con este fin con claridad, inflexible lógica y brevedad. No le faltan rasgos elocuentes, ni frases felices y agudas. El lenguaje es correcto, el estilo suelto y, con frecuencia elegante. Sin embargo, debemos advertir en obsequio de la verdad, que la condescendencia, si se quiere, debilidad de Clemente XIV en la supresión de la Compañía, no merece el durísimo calificativo que le da García Moreno, llamándola *transacción simoníaca*. Insertamos un pasaje tomado del párrafo intitulado *La Educación*:

"En ninguna forma de gobierno es tan importante la instrucción como en la democrática; porque si el pueblo es corrompido, su soberanía es la omnipotencia del mal; y si es ignorante, su libertad es una quimera peligrosa, es la libertad de un ciego que camina a la ventura al borde de un abismo. Por esto, como republicano por convencimiento y demócrata de corazón, he deseado vivamente que la luz de la civilización cristiana difundida sus rayos en nuestro horizonte tenebroso; y me creía feliz el día en que los Jesuítas respiraron el aire de mi Patria, persuadido con razón de que contribuirían eficazmente a destruir la ignorancia en que nos dejó el régimen colonial y la corrupción que nos han legado cuarenta

años de guerra y anarquía. Si alguna vez hay entre nosotros un gobierno que sepa dar impulso a nuestra imperfecta y decadente instrucción pública, y la extiende por todas los ámbitos del Estado, al alcance del pobre y del desvalido; un gobierno que, respetando la Religión y la humanidad, no permita que la oprimida y numerosa raza indígena siga, como hasta aquí, reducida a la clase de envilecidos *parias*, sin más derechos políticos que el privilegio exclusivo del tributo y los honores de animales de carga; un gobierno que se proponga cerrar la era de los trastornos, de las dictaduras y de las proscripciones, y hacer que el país prospere a la sombra de una paz dichosa; un gobierno, en fin, que se avergüence de que el nombre ecuatoriano sea la bala de la América y el desprecio de la Europa; dirá a la Compañía de Jesús: *Id y enseñad*, despertad al pueblo del letargo del embrutecimiento; abrid los ojos de este soberano dormido para que no se deje arrebatar el cetro; difundid el saber y la piedad, desde las playas del Pacífico a las orillas del Amazonas; llamad al seno de la fe y de la vida social las tribus salvajes que pueblan nuestras selvas orientales; y preparad en las generaciones nacientes la futura felicidad de este país despreciado. Entonces, sí, por el influjo civilizador del Cristianismo, las discordias civiles desaparecerían, o a lo menos perderían el carácter de encono y furor con que hoy se ostentan; el pueblo tendría voluntad y fuerza; terminara la soberanía del sable; y el árbol de la libertad no fuera un árbol de bayonetas.”

“En vano nos dirá el detractor de los Jesuítas “que en la juventud que educan *infiltran ese modo de ser pasivo que no conviene a los hijos de una nación republicana*. Esta jerigonza, que no es «activa ni pasiva», está desmentida por la experiencia: religiosos de la Compañía son los que educan casi toda la juventud católica y parte de la protestante en Suiza y en los Estados Unidos; y de sus colegios salen republicanos sinceros, ciudadanos que no tienen opiniones de *cálculo*, ni patriotismo *vendible*.”

No se crea que los Jesuítas dirigen a los jóvenes, destinados a la vida del siglo, con la misma regla a que se sujetan los novicios, destinados a la vida del claustro: para éstos son las Constituciones y los votos monásticos de que antes se ha tratado: y para aquellos tienen un código especial, llamado *Ratio Studiorum*, admirado por su sabiduría, aun por los mayores enemigos de la Orden. Los Jesuítas no forman *teólogos* para la diplomacia, ni *dipломáticos* para la teología: apropian la instrucción de cada uno al género de ocupación a que ha de consagrarse; y con este atinado método han criado, en todos tiempos y para todas las profesiones, hombres eminentes, como Richelieu y Turgot, Bossuet y Flechier, Fenclón y Fleury, Galileo y Descartes, el Tasso y Corneille, Moliére y Kemple, Buffon y Cavanillas, y algunos millares de personajes célebres. La educación que dan los Jesuítas ha merecido la aprobación y elogios de escritores a quienes nadie podrá llamar *niños ridículos*: muchos pudiera citar; pero por abreviar me limitaré a los siguientes. El canciller Bacon, a pesar de ser protestante, escribió estas líneas en su tratado *De Augmentis Scientiarum*: «No puedo ver la aplicación y talento de estos maestros (los Jesuítas), sin recordar lo que dijo Agesilao a Farnabazo: *Siendo lo que sois, ¿por qué no sois de los nuestros?* . . . . .» Por lo que mira a la enseñanza, basta una palabra: «consulta las escuelas de los Jesuítas, pues no se encuentra nada mejor que ellas.» Y en los *Anales de la Filosofía* dice: «Una sociedad nueva ha reformado las escuelas: ¿por qué semejantes hombres no son de todas las naciones?» El famoso astrónomo Lalande juzgaba así del mérito de la Compañía: «La especie humana ha perdido para siempre esta preciosa y admirable reunión de veinte mil personas, ocupadas sin descanso ni interés en la instrucción, la predicación, las misiones, las reconciliaciones, los socorros a los moribundos, es decir en los oficios más gratos y útiles a la humanidad.» Y el inmortal autor del *Genio del Cristianismo*

*mismo* reconoce que “la Europa sabia tuvo una pérdida irreparable en los Jesuítas, no habiendo vuelto a levantarse la educación desde que ellos cayeron”.....

5º---De la misma índole que la *Defensa* son *Los Animales Rojos* y los dos folletos de *La Verdad a mis calumniadores*. *Los Animales Rojos* son un breve artículo satírico-burlesco, con el que García Moreno aplastó al Ministro granadino Sánchez, después que éste se puso a buen cobro, abrumado del desprestigio que le había acarreado la *Defensa de los Jesuítas*.

El Ministro de Urbina, Marcos Espinel, en la memoria presentada al Congreso de 1853 había acusado de enemigo acérrimo del Gobierno a García Moreno, y éste contestó a la acusación, en su primer folleto de *La Verdad a mis calumniadores*, con lógica tan contundente, ingenio, franqueza rayana en dureza y vehemencia de estilo, que la defensa fue un verdadero ataque. Espinel pretendió replicar a García Moreno con el libelo titulado *Gabriel García Moreno o la verdad contra sus calumniadores*, mas tuvo que enmudecer con la aparición del segundo folleto, de *La Verdad a mis calumniadores*, más violento y duro que el primero.

6º--Las *proclamas* son como lo exige su naturaleza, cortas, vivas, concisas y salpicadas de pensamientos y frases propias para enardecer los ánimos de los soldados. Copiamos la que ha merecido ser colocada en una de las antologías más autorizadas de España, y es, indudablemente, la mejor: *Proclama al Ejército Nacional*: (1)

---

(1) Para poder apreciar el valor literario de esta proclama, recuérdense las circunstancias en que fue compuesta. Habíase el General Franco proclamado Jefe Supremo en Guayaquil, y para sostenerse en el usurpado puesto, ajustó con el Presidente peruano

¡Soldados! Grandes han sido hasta hoy vuestros sacrificios, pero grande también ha sido vuestra gloria. Cuando por un doble crimen se vendió el honor y el suelo de la Patria, y se lanzaron contra nosotros las huestes que debían habernos ayudado a defenderlos, carecíamos de tropas regulares, de armas y recursos suficientes; y parecía temeridad insensata el aceptar el combate sin los necesarios elementos de resistencia. Pero, pusimos nuestra esperanza en la protección del Cielo; y fuertes, invencibles con su auxilio, asegurasteis la libertad de las provincias interiores, marchando siempre victoriosos.

¡Soldados! La dificultad de continuar las operaciones en terrenos que la mala estación hacía impracticables, la necesidad de reforzar vuestras filas, y el deseo sobre todo de buscar en negociaciones decorosas el término de una lucha sangrienta, obligaron al Supremo Gobierno Provisional a daros un reposo momentáneo. En vano entonces se hicieron nobles esfuerzos para devolver la paz a la República, conservándole su honor y sus fronteras; en vano el destierro voluntario de los que ejercemos el poder se propuso como medio para echar por tierra el inicio y vergonzoso tratado de 25 de enero; inútil fue todo. La obcecación de nuestros enemigos atribuyó a debilidad los ofrecimientos del patriotismo; llegó su osadía al extremo de exigir que reconociéramos como cobardes la validez de ese pacto nulo, colocándonos en la alternativa de la afrenta o la guerra.

¡Soldados! Miró la indignación pintada en vuestro semblante; ya empuñáis vuestras armas vencedoras; y el grito de guerra que lanzáis enardecidos, se extiende como el ruido del trueno desde los valles del Chimborazo hasta las márgenes del Guayas. ¡Guerra, pues, a los traidores y bandidos; guerra a los bárbaros opresores de las desgraciadas provincias litorales; guerra, guerra sin tregua a los enemigos de la Patria!

¡Compañeros de armas! El éxito de la campaña no puede ser dudoso. Defendéis la más pura, la más santa de las causas, la causa de la independencia nacional, la causa de la libertad del pueblo, la causa de la civilización y de la justicia: habéis triplicado vuestro número, tenéis a vuestro frente un General escl-

---

Castilla un infame tratado, por el cual se cedía al Perú parte de nuestro territorio nacional. Justamente indignado el Gobierno Provisional de Quito, compuesto de los señores Gabriel García Moreno, Pacífico Chiriboga y Jerónimo Carrión, procuró, por medio de negociaciones decorosas, disuadir a Franco de su antipatriótico propósito; mas, viendo que todo era inútil, resolvió llevar el negocio por las armas, como en efecto se lo llevó con la batalla de *El Salado*, el 24 de setiembre de 1860.

recido y a jefes y oficiales inteligentes y valerosos, y contáis como ántes con la visible protección de la Providencia. No importa que nuestros enemigos se cansen evocando los recuerdos de pasadas discordias y nos dirijan el torpe lenguaje de los dictorios y la calumnia. Dejad a los cobardes que busquen en los insultos el consuelo de sus derrotas; y preparaos para nuevos combates y para nuevos triunfos.

¡Soldados! Os mando que marchéis a la victoria.

7º.—En los *discursos parlamentarios* de García Moreno resaltan la rectitud de miras, la firmeza de raciocinio, la rapidez y profundidad de percepción y la vehemencia de estilo. De la sesión del 27 de octubre de 1858, en la que se trató de las facultades extraordinarias del Poder Ejecutivo, tomamos el fragmento que sigue:

Señores:

Circunstancias tan graves y decisivas se presentan a veces en la vida de las naciones, que el guardar silencio entonces es un indicio de traición o un acto de insigne cobardía. No callaré, pues, ahora que el Ecuador se ve amenazado de grandes y terribles calamidades, ahora que la República se encuentra realmente en peligro.

No hablo, Señores, del peligro quimérico en nombre del cual se ha sorprendido indignamente nuestra confianza, para hacer del Congreso un escarnio, y del pueblo una víctima. Poco ha se nos dijo en este recinto que la independencia nacional se hallaba amenazada por las asechanzas de unos conspiradores y la agresión de un Gobierno extranjero; y las Cámaras Legislativas no vacilaron un instante en armar el brazo del Poder con cuantas facultades se juzgaron necesarias para rechazar la injusta invasión, y detener el puñal parricida.

Pero hé aquí que, andando el tiempo, se ha descubierto con asombro, que el peligro no ha existido ni en la mente de los que para engañarnos se atrevieron a invocarlo. Nos decían que se tramaba una conspiración; pues bien, hombres que han castigado severamente con calabozos y el destierro las más ligeras sospechas de conspiración, sin otro dato a veces que las calumnias forjadas por ellos mismos, no han tomado en la actualidad medida alguna contra los pretendidos fautores de esas pretendidas tramas; y lejos de entregarlos en las manos severas de la justicia, los han dejado salir libremente del país o permanecer coteramente tranquilos. Nos ponderaban lo inevitable de la

invasión peruana, y nadie en la Capital ignora que acaba de licenciarse uno de los cuerpos de la guardia nacional, traído de la provincia de Imbabura, y se anuncia el desarme de otro de los acantonados en esta plaza. ¿Necesitamos acaso de más pruebas para conocer que el Gobierno no ha creído, que el Gobierno no cree en la posibilidad del peligro que corrimos? Las noticias últimamente recibidas del Perú confirman, por otra parte, que no hay motivo alguno para temer a una guerra funesta entre dos pueblos hermanos y por tantas causas amigos. En vano se repetirá, para alucinarnos, que a la frontera del Sur se han acercado 800 hombres para cubrirla: esa ha sido una medida de prudente cautela, exigida por los mismos aprestos bélicos de este país; y más que ridículo sería el dar por prueba de la invasión temida, un acto de simple precaución sugerido indirectamente por la conducta misma de nuestro propio Gobierno.

Repito, pues, que no hablo de semejante sombra de peligro, sino del grave e inminente que puede correr la existencia política de ésta y de las demás repúblicas hispano-americanas, situadas en las riberas del Pacífico. Voy a explicarme. Para repeler la fabulosa agresión, se concedieron al Poder Ejecutivo amplias y tremendas facultades, entre las que se encuentra la de negociar un empréstito de tres millones, hipotecando bienes nacionales. Pues bien, aunque no hay temores de guerra, aunque se arranca por la violencia la propiedad de los ciudadanos para equipar y sostener un ejército innecesario, se negocia actualmente aquel empréstito con los Estados Unidos, dándose por hipoteca el Archipiélago de Galápagos. Las consecuencias de tal empeño son claras e inevitables: un país pobre por su atraso, débil por su población, exhausto por tantos años de revueltas y desgobierno, no podrá jamás pagar el enorme capital y los crecidos intereses del empréstito; y de grado o por fuerza, tendrá que ceder la propiedad de las islas hipotecadas y talvez alguna porción del territorio continental. Y entouces, establecido en esas islas el nido del Aguila anglo-americana, emblema de la rapacidad y la fuerza, ¿qué sería de la independencia del Ecuador y de las demás repúblicas vecinas?

Sí, señores: el tráfico del territorio nacional para adquirir una ingente suma, destinada a enriquecer a los autores de tan inicuo plan, hé aquí la verdadera conspiración que se prepara en el interior, hé aquí la guerra extranjera que amenaza nuestra nacionalidad, hé aquí la clave que descifra todos los enigmas y aclara todos los misterios de la conducta del Gobierno. La codicia de un hombre que jamás ha retrocedido ante ningún crimen, ha concebido el proyecto de enriquecerse por medio de la más negra de las traiciones. Pero, para traficar con nuestro territorio, se requería autorización suficiente; para obtenerla era

preciso un pretexto plausible, bien fácil de inventar a ese mismo hombre avezado a la impostura; y para formalizar el contrato iniciado actualmente en Guayaquil, se necesitaba trasladar allá al Poder Ejecutivo, para suscribirlo en secreto y sin que nadie pudiese comprenderlo. Por esto se ha hablado de una guerra que no se ha de hacer; por esto se han obtenido autorizaciones que no se debieron pedir; por esto se han ejercido y se siguen ejerciendo facultades que, según el art. 74 de la Constitución, no se pueden conservar; por esto el ciego empeño, el misterioso afán por trasladar la Capital a Guayaquil, punto no mencionado en la autorización concedida; por esto, en fin, la violencia difunde la miseria y la alarma por todos los ángulos de la República.

¿Y podríamos ser expectadores indolentes de los males que afligen actualmente al país, y de los mayores que se le preparan para el porvenir? Para evitarlos, nos basta cumplir con el deber de declarar que el Poder Ejecutivo no está investido de las facultades que en un momento de error se le dieron; y con este objeto he redactado el siguiente proyecto, que tengo el honor de someter a la ilustre deliberación del Senado.....

8º.— Con sencillez y brevedad, nacidas de la verdad, los *mensajes* presentan a García Moreno como a un magistrado sinceramente católico y poseído de un amor práctico y desinteresado de la Patria. Séanos lícito copiar aquí el *Mensaje al Congreso Constitucional de 1873*, que lo encontramos publicado en *Modelos de Literatura Castellana*.—(Véase el Apéndice.)

9º.— Aficionado como era García Moreno a las *ciencias naturales*, hizo tres ascensiones al Pichincha: dos en compañía del ingeniero francés Sebastián Wisse, y otra por su cuenta en 1857. La relación de la primera exploración, verificada en 1844, es completamente desconocida. La de la segunda que se cree ser de García Moreno, se publicó en «El Ecuatoriano» de 1845. Los estudios de los productos volcánicos y de los vegetales del cráter del Pichincha, hechos por García Moreno en su tercera expedición, los consignó en una carta dirigida a D. Guillermo Jameson, profesor de la Universidad

de Quito y Cónsul de S. M. Británica, carta que dicho caballero la hizo publicar en inglés en la revista de Edimburgo, titulada *Philosophical Journal*.

Nada podemos, pues, decir con seguridad acerca del mérito literario de estas relaciones, ya porque la una no consta ser de García Moreno, ya porque la otra no se encuentra en castellano.

A propósito de la expedición de García Moreno y Wisse al Sangay, en 1849, sólo se conserva una carta familiar dirigida al señor Roberto de Ascásubi; la cual trasladamos aquí, por la ingenuidad y la llaneza con que está escrita. Con mucha precipitación debió de escribirla García Moreno, cuando en ella dejó pasar varias incorrecciones:

.....  
"Le hablaré ahora de mi expedición al Sangay. Había pensado escribir una relación sucinta de este viaje; pero las noticias de Guayaquil me tienen con la bilis elevada al cubo, y en otra ocasión más adecuada la escribiré, limitándome por ahora a lo siguiente. El viernes pasado 21 fuimos a Ichubamba, hacienda situada a nueve leguas (45 Km.) de distancia; el 22 llegamos al Hato de la misma hacienda, situado cinco leguas (25 Km.) más adelante; el 23 estuvimos temprano en el *Pongo* que se halla a cuatro leguas (20 Km.) más arriba, y dejamos allá los caballos y el señor Roval (1) que no se resolvió a caminar a pie. El mismo día 23 principiamos a bajar la cordillera con mucha dificultad, y después de cuatro horas de camino a pie, hicimos alto en una quebrada sin nombre, donde pasamos la noche.

"El 24 caminamos todo el día; y cerca de las cinco de la tarde estuvimos junto al río que corre a las faldas del volcan. Hasta esta hora habíamos tenido hoviznas casi continuas, y la niebla nos había impedido la vista

---

[1] Este individuo, que se intitulaba, sin serlo, Conde de Roval, era un aventurero alemán, que viajaba entonces por América.

del Sangay; pero desde entonces nos hizo buen tiempo, y descubrimos el volcán a dos leguas (10 Km.) de nosotros en toda su terrible majestad. A cada momento se levantaba una columna de humo más o menos negro, y pocos segundos después se oía la detonación que acompañaba siempre las erupciones. Hicimos construir una choza con la puerta al frente del Sangay, para poderlo observar durante la noche; y estábamos en un sitio desconocido para el guía y mucho más avanzado que el punto donde llegó el capitán Shower. En la noche del 24 gozamos del magnífico espectáculo del volcán en erupción: fueron éstas tan repetidas que, durante una hora en que fuí apuntando los minutos y segundos de cada una de ellas, al paso que el señor Wisse observaba el reloj, llegaron al número casi increíble de 240, es decir cuatro erupciones por minuto. Casi siempre la erupción se presentaba como el cuadro del infierno en la cúspide del volcán: desprendíanse del centro de las llamas, muchas piedras encendidas que se levantaban a grande altura, y en seguida caían rodando en los lados del monte hasta perderse en la obscuridad. En la erupción más fuerte que vimos en aquella noche memorable, el cerro quedó cubierto hasta la mitad de piedras encendidas y el bramido fue espantoso.

“El 25, a las seis de la mañana, nos pusimos en camino, llevando provisiones para aquel día; y después de pasar quebradas y *cuchillas* a cual peores, nos encontramos al pie del cerro negro y funesto que deseábamos ver, y oímos por primera vez el ruido que hacían al rodar las piedras lanzadas por él. El señor Wisse, con un sólo indio que se atrevió a acompañarnos, se quedó al pie para examinar los productos volcánicos y dirigirse hacia una capa de piedras blanquizas que estaban cercanas a la base del cerro. Yo principié la subida con el criado del señor Wisse, pues su amo estaba muy cansado, y llegué como a la mitad de la altura, hasta el punto donde manaba un poco de agua negruzca y terro-

a, que desaparecía luego entre la arena y ceniza que únicamente cubren el Sangay. La vida vegetal y la vida animal no existen en el Sangay, ni en las *cuchillas* desnudas que llegan a su pie. No pude continuar la subida, porque nos quedaban pocas horas de día para volver a la choza, y porque a mayor altura habría sido mayor el peligro de ser alcanzados por las piedras de las erupciones. Tomé varios pedazos de escorias, observé una maza de cenizas, pómez y escorias, que había orrido como torrentes en varias partes del volcán; y después de reunirme con el señor Wisse nos encaminamos a la choza, a donde llegamos a las siete de la noche, es decir, después de trece horas de caminar sin descanso.

“El 26 salimos temprano en dirección al *Pongo*, en que dejamos los caballos; y por haber acertado con un camino menos difícil, alcanzamos a llegar al punto expresado a las cuatro y media de la tarde. El señor Roval no estaba allí: había regresado el 24 por la mañana, contento con haber visto de seis leguas (30 Km.) de distancia algunas erupciones.” A las nueve de la noche del 26 llegamos al Hato; el 27 dormimos en Ichubamba, y el 28 temprano vinimos a descansar en esta ciudad (Riobamba).

“El señor Wisse completará esta relación demasiado corta, y le enseñará las muestras que lleva de los productos volcánicos. Las que yo tengo, las llevo conmigo, por si acaso pueda continuar mi viaje a Europa”.....

Merece también que hagamos aquí mención del «Oficio que al H. Sr. Ministro de lo Interior» dirigió García Moreno desde Caranqui, como Jefe Civil y Militar de Imbabura, no sólo por la verdad, concisión y sencillez, de que está revestido, sino también por la coria científica que formula acerca de la catástrofe de 1868, teoría que parece confirmada por los terremotos

acaecidos sucesivamente, en el término de cuatro días, en Chile, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia.

“Al H. Sr. Ministro de lo Interior:

“Ayer por la mañana regresé de mi excursión de los pueblos de la izquierda del Ambi. Ruinas y muerte, trastornos terribles del suelo, luto y miserias, hé aquí lo que se ve en Urcuquí, Tumbabiro y Salinas. Sólo Cahuasquí ha sufrido poco, siendo de notarse que se halla situado en las alturas frías y más cerca del Cotacachi que los pueblos referidos. Les distribuí los auxilios que había llevado para los infelices, ordené se tomase ganado para alimentar a los enfermos y desvalidos, apresuré la conducción de la madera para formar un puente de tijera sobre el Ambi: y les ofrecí enviarles médicos, medicamentos y ropa, como lo verifiqué luego que volví a esta parroquia. La incomunicación en que han permanecido por la destrucción del puente del Cabuyal, causada por una espantosa avenida de aguas y cieno que ha dejado en las colinas cercanas señales evidentes de haberse elevado quince metros al menos sobre el nivel normal del Ambi, ha prolongado los sufrimientos de esos pueblos, privados aun de agua para beber, la cual tienen que buscar en las quebradas profundas de Piguinchuela y Chuspí-huaico.

“Creo llegado el caso de rectificar la multitud de inexactitudes y falsedades que han circulado en Quito sobre la causa del espantoso terremoto de 16 de Agosto, el cual fue precedido por el del 15 a las tres de la tarde, que en Quito fue sentido débilmente, y arrasó las parroquias del Angel y la Concepción de Cuajara. Al Cotacachi se ha atribuído generalmente y sin razón alguna esta convulsión de la naturaleza por los que, confundiendo los terremotos con las erupciones, se imaginan que aquéllos son siempre resultados de éstas. Para apoyar ese falso concepto, se dijo que en Piñán, en la falda occidental de aquel nevado, el estrago había sido

tremendo, que el pueblo de Intag no existía, que en las dehesas de Ocampo se había abierto un nuevo cráter que seguía arrojando gases y aun materias líquidas bituminosas; que el lago de Cuicocha había sumergido las dos enormes rocas que tiene en su centro, etc. Y sin embargo, señor Ministro, todo aquello es enteramente falso. Al contrario, Intag, Piñán, y toda la falda occidental del Cotacachi, aunque han sentido el funesto sacudimiento, nada han sufrido, y aun las arruinadas poblaciones, sitas en la falda oriental, han sufrido relativamente menos que Otavalo y Hatuntaqui; pues algunos edificios ruinosos han quedado en pie en las primeras, al paso que en las dos últimas nada, absolutamente nada ha quedado sobre sus cimientos, y las calles han desaparecido totalmente bajo los escombros. Cierto es que ha habido derrumbos horribles, montes que el terremoto ha dividido y que han descendido sobre los valles en torrentes formidables de tierra, arena, piedras, agua y cieno; pero esta ruina de las montañas y colinas, efecto y no causa del movimiento, no sólo se ve en las deleznablez colinas de arena y ceniza que forman la loma de Cotacachi, sino en todas las que limitan el profundo valle del Chota y se extienden hasta el Angel y Mira.

“Lo que hay de evidente es que el movimiento ha causado mayores estragos en la parte central del delicioso valle de Otavalo y de Ibarra, que su dirección es de Norte a Sur, desde el Guátara en la Nueva Granada hasta Quito, y que la conmoción ha sido violentísima en la cordillera occidental y mucho menos fuerte en la oriental.

“Si me fuera permitido aventurar mi opinión sobre la verdadera causa de la catástrofe que ha destruido esta populosa y adelantada provincia de Imbabura, dejando de 15 a 20 mil cadáveres insepultos, y sumiendo en la miseria a más de 50 mil que sobreviven, yo diría que la conmoción fue producida por una inmensa ola de gases comprimidos, que en las regiones internas del globo es-

tallaron y sé abrieron paso por las hendiduras y cavernas subterráneas de los Andes, sembrando de ruinas y cadáveres la línea que ha recorrido; y que es muy probable que esta enorme conmoción, acaso la mayor de que hay noticia en los tiempos históricos, se haya extendido desde el Sur de Chile hasta las costas occidentales de la América del Norte, asolando comarcas enteras.

“Aunque se han salvado las más de las salinas en la parroquia de este nombre, pero como la elaboración principia apenas a restablecerse, ruego al Supremo Gobierno se digne remitir una suficiente provisión de sal, así como de ropa blanca y de abrigo para esta provincia reducida a la mendicidad.” . . .

10.—Cuatro fueron las publicaciones *periódicas* de García Moreno: *El Zurriago*, *El Vengador*, *La Nación*, y *El Diablo*.

Con la caída de Flores, a la cual había contribuído García Moreno, creyó éste que comenzaría la regeneración de la República, y que con este objeto la Convención de Cuenca elevaría a la Presidencia a uno de los dos personajes que él juzgaba ser los más dignos, Rocafuerte y Olmedo. Viendo fallidas sus esperanzas con la elección de Roca, atribuyó ésta a la *venta de la mayoría* de la Convención, y la atacó en *El Zurriago*, sin consideraciones de ninguna clase. Sólo cinco números salieron del periodiquillo, a pesar de su popularidad.

Tratar de impedir las públicas “acciones inicuas que se multiplican cada día, por falta de conveniente censura” como pretendió hacerlo *El Zurriago*, no es reprochable; mas, en el modo de ejecutarlo pudo haber, y hubo realmente exceso, ya empleando el dicitario en medio de justas recriminaciones, ya propasándose a hacer infundadas sospechas respecto de la complicidad de la mayoría de la Convención de Cuenca, llevado del ardor juvenil y de la exaltación patriótica. El mismo

redactor de *El Zurriago* reconoció más tarde la inculpabilidad de varios diputados, confiándoles diversos cargos en su gobierno; acción que prueba la rectitud de sus miras. El lenguaje es generalmente correcto, y el estilo cortado y cáustico.

Expresión más vigorosa de patriotisimo puede decirse que es *El Vengador*, periódico publicado por García Moreno, con el objeto de impedir la invasión que el General Flores preparaba contra el Ecuador, apoyada por Doña María Cristina de Borbón. Aunque García Moreno había atacado a Roca en *El Zurriago*, púsose ahora de su lado, porque creyó que así lo exigía el verdadero amor de la Patria. Sin embargo, no lo hizo incondicionalmente, sino que aprobó lo bueno, reprobó lo incorrecto y aconsejó lo más conveniente. Como puede fácilmente suponerse, el ataque de «*El Vengador*» fue más violento y personal que lo había sido el de *El Zurriago*. La publicación duró tanto como el peligro de invasión.

*El Vengador* es superior a *El Zurriago* no sólo por la extensión, que abraza 13 números, sino también por la importancia del asunto y el valor literario de la obra, pues en ella hay mayor vigor y elocuencia, más rotundidad en los períodos y mayor riqueza de lenguaje. Léase un fragmento del artículo, «Medios de defensa»:

“Felizmente no pertenecemos al número de aquellos perezosos de espíritu y de corazón que se contentan con poner sus esperanzas arriba, sin tomarse la molestia de trabajar en realizarlas. Consígase en hora buena la protección del cielo para asegurar el buen éxito de cualquiera empresa; pero empléense, al mismo tiempo, los medios que conduzcan al fin propuesto, porque Dios no hace milagros en favor de la ociosidad indolente. Conforme a esta doctrina, que siempre nos ha servido de regla, vamos a indicar lo que debe hacerse y no se ha hecho todavía, y a censurar lo que se está haciendo, cuando convinjera más omitirlo.

"*Unión.*— Por demás sería demostrar que una nación dividida en facciones pierde la fuerza y energía necesarias para conservarse independiente y libre: y que, tarde o temprano, cae en poder de un conquistador afortunado o de un atrevido ambicioso. Un pueblo sin unión es un cuerpo compuesto de miembros separados, que no puede caminar sin disolverse; un montón de movediza arena, que se desbarata con el leve impulso de la mano de un niño; un grupo de nubes, que desaparece en el menor choque de vientos contrarios. La unión hace de algunos individuos una familia; de varias familias un pueblo; y de muchos pueblos una nación, fuerte por no estar dividida, poderosa por ser fuerte, y valiente por ser poderosa. Prívesele de este principio de acción y de vida, y se convertirá al instante en un agregado confuso de egoístas enemigos, en una inútil serie de unidades aisladas y sin la homogeneidad suficiente para formar un todo. Y bien, ¿qué pasos se han dado para reconciliar a los partidos enemistados por motivos de poca importancia? . . . . Nos dirán que el interés común hará reunir las diversas parcialidades bajo una misma bandera; y no dudamos que así suceda cuando sea el peligro inminente. Mas ahora que lo vemos alejado, ahora que no oímos crujir la nave en los ocultos escollos, no tendremos unión, si los que están a la cabeza del Gobierno no sacrifican los primeros sus resentimientos en el altar de la concordia. Sin unión no hay patria, ni unión sin fraternidad, ni fraternidad sin indulgencia. Si la invasión nos encuentra unidos, opondremos a los invasores un muro de bronce, contra el que se estrellarán en vano los esfuerzos de los traidores; y, al contrario, si nos halla desunidos, correremos riesgo de sufrir una derrota vergonzosa, que nos volvería a las odiadas cadenas. Claro es que hablamos de la necesidad imperiosa de que olviden sus disensiones los ecuatorianos dignos de este nombre, excluyendo por consiguiente a los pérfidos florecanos, quienes por utilidad y rencor, apoyarán con to-

das sus fuerzas al jefe de su partido. Los primeros tienen por numen la Patria, por dogma la Libertad y por regla los derechos del hombre: los últimos, aunque pocos, forman un bando irreconciliable que a Flores reconoce por Dios, al vil interés por guía, y por ley la satisfacción de hábitos viciosos. Aquéllos son la esperanza del Ecuador y el sostén de su independencia; y éstos, los reptiles ponzoñosos que se deslizan en silencio para introducir a traición el veneno. Imposible es que los *genzaros* abracen de buena fe nuestra causa, la causa nacional; y muy caro pagaremos la imprudencia o más bien la tontería de darles mando en el ejército, como tenemos entendido: si esto llegara a verificarse, sería mejor llamar a Flores, recibirle en triunfo y entregarle el cetro” . . . . .

Como a fines de 1847, en que dejó de publicarse *El Vengador*, empezase el partido de Flores a dar muestras de vida, García Moreno le salió al frente con el periodiquillo travieso y burlesco, titulado *El Diablo*.

Aunque *El Diablo* pasó del número octavo, sólo uno que otro fragmento hemos podido nosotros leer de este periódico. Véase la contestación que daba a los que deseaban saber quién era el tal Diablo:

“No soy empleado ni pretendiente de empleo, porque entonces sería un pobre Diablo . . . . no ministerial, porque no soy vendible. . . . Amigo leal de este pueblo infeliz que no encuentra más defensor que el Diablo, vengo a disipar las nubes de polvo que levantan sus enemigos para encubrir la llegada de los bandidos que Flores capitanea.”

A propósito de la amnistía dada por el Congreso, se expresa de la manera siguiente:

“Si allá en el Cielo poblado de espíritus retrógrados hubiese por dicha genios de progreso que pidiesen a Dios un decreto de amnistía a favor de los ángeles rebeldes; o si, hubiese cómo soplar a algún habitante celeste la

arenga con que el Presidente del Senado disculpó a unos desgraciados que se extraviaron en su opinión más que Luzbel y sus parciales; tiempo ha que el infierno estaría desierto, y endemoniado el cielo, como lo estaría el Ecuador, hasta la consumación de los siglos." (1)

Indignado García Moreno de la ambiciosa injusticia con que Urbina derrocó primeramente al legítimo Vicepresidente, D. Manuel de Ascásubi, y luego al Presidente, D. Diego Noboa, sin contar la bárbara expulsión de los Jesuítas, escribió contra aquel general la epístola *A Fabio* y no mucho después el periódico de *La Nación*.

Apenas dos números de ésta pudieron ver la luz pública, pues el tirano condenó a destierro a su redactor; pero en ellos, se pinta suficientemente la lamentable situación de la República y se apuntan las ideas principales de un gobierno justiciero y progresista. No obstante la verdad de las acusaciones contra el Gobierno, parecen el lenguaje demasiado agresivo.

II.— Sólo tres *necrologías* compuso García Moreno: la de la señora doña Dolores Salinas de Gutiérrez, hija del patricio Salinas, inmolado el 2 de agosto de 1810; la de don José J. Olmedo, y la del señor don Agustín Yerovi. Libres todas ellas de pedantesca erudición y de ampuloso lenguaje, deploran la muerte del difunto y enumeran sus virtudes, con brevedad, sinceridad de sentimiento y naturalidad de expresión. Como más grata a nuestros lectores transcribimos la escrita «En la muerte del Sr. Dr. D. José Joaquín Olmedo:»

---

(1) *Compendio de la Historia del Periodismo en el Ecuador* por Juan B. Ceriola Pbro. pág. 48.

Patria! numen feliz! nombre divino:  
Ídolo puro de las almas nobles!  
Objeto dulce de su tierno anhelo!  
Ya enmudeció tu cisne peregrino....  
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,  
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?

*Gertrudis Gómez de Avellaneda.*

“Dominados y sobrecogidos por la impresión dolorosa que nos ha causado el fallecimiento imprevisto del sublime Cantor de Junín y Ayacucho, difícilmente podemos expresar una parte siquiera de las tristes ideas, de los presentimientos funestos que vagan ahora en nuestra alma entristecida. En la margen del Guayas caudaloso, vemos una lira de oro despedazada sobre una tumba; . . . en la república toda, el desaliento sombrío que infunde una desgracia pública; . . . y en nuestro corazón oprime el pesar, marchita, muerta una esperanza, una esperanza, la única tal vez en que a creer nos atrevíamos!

“¡Cuántas consideraciones aflictivas vienen a regrabar en este instante el dolor que entorpece la mano y detiene y paraliza el pensamiento! ¡La Patria! . . . El Sr. Olmedo la había hermosado con laureles poéticos e inmortales, enriquecido con producciones llenas de inspiración y de armonías, y dirigido dos veces en la sangrienta lucha contra los tiranos que la envilecían. La Libertad, numen divino que animó siempre el genio del Sr. Olmedo, le debió ferviente culto y grandes sacrificios: amante sincero y desinteresado de la Patria y de la Libertad que adoraba, se encargó con valor de su defensa y triunfó de sus bárbaros enemigos. La América española tuvo en él un sabio con que se honraba, un poeta que eternizó los triunfos que la dieron independencia y vida, un poeta que ni tuvo rivales, ni ha dejado sucesor.

“¡Y en qué circunstancias ha derribado la mano de la muerte esta columna de la Patria! Cuando un traidor se esfuerza en traer del otro lado de los mares, desola-

ción, servidumbre y exterminio: cuando amigos infieles y enemigos ocultos meditan ¡qué horror! un sacrílego parricidio; cuando se afila en las aras de la Libertad el puñal alevoso para inmolarla al primer anuncio de la calma; en este tiempo de peligros y zozobras le ha llegado al Sr. Olmedo el momento supremo. ¡Desgraciada República que pierde a los que podían salvarle del naufragio, mientras viven tranquilos los que intentan estreñarla contra los escollos.”

12.—Entre las *actas oficiales*, la más importante y célebre por su resonancia política, es la que García Moreno dirigió al Rey Víctor Manuel, contra la inicua ocupación de los Estados Pontificios, nota que proporcionó un lenitivo no pequeño al atribulado corazón de Pío IX, fue recibida con aplausos por todo el orbe católico y con sarcástica rabia por los enemigos del papado. (1)

---

(1) Léase lo que a este propósito escribió Onclaire al dedicar a García Moreno el tomo cuarto de su obra titulada: *De la Revolution et de la Restauration des principes sociaux a l'époque actuelle*: “Excelencia: Me habéis autorizado para estampar vuestro ilustre nombre al frente de este volumen: no podía él aparecer bajo un patronato más noblemente cristiado. Sólo Vos, jefe electivo de un pueblo católico, habéis comprendido, entre todos los poderes establecidos, lo que este alto cargo y este grande honor exigían de Vos. Habéis puesto por base de vuestra autoridad el Reinado de Jesucristo, socialmente representado por el Reinado de su Vicario en la tierra, sin preocuparos ni de las combinaciones tenebrosas de la diplomacia, ni de las habilidades vulgares de aquello que se llama prudencia, la sagacidad gubernativa. Vos, Excelencia, os habéis dicho con los Libros Santos: *no hay sabiduría ni prudencia contra Dios*, y desde las extremidades del Océano habéis hecho oír al mundo asombrado, una protesta firme, valerosa, leal, católica contra la usurpación cometida en Roma, por un gobierno que ha renegado de Dios y de su Cristo, para consumir las obras de Satanás. La Europa cristiana, qué digo yo la Europa, el mundo cristiano todo, ha saludado en Vos al defensor de Pío IX, del derecho, de la justicia, del orden social, y ha aplaudido vuestro reclamo y ha ratificado vuestro parecer, que será el del porvenir. “Aquellos, dice el Pro-

Inútil es decir que en esta nota, redactada personalmente por García Moreno, brillan la misma independencia y energía de carácter y el mismo inquebrantable amor de la justicia que distinguieron a su autor, como individuo y como magistrado:

Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador.—Quito, a 18 de enero de 1871.

El infrascrito Ministro de Relaciones Exteriores de la República del Ecuador, tiene la honra de dirigirse a S. E. el Señor Ministro de Relaciones Exteriores de S. M. el Rey Víctor Manuel, a consecuencia de los inesperados y dolorosos acontecimientos verificados desde el 20 de setiembre del año precedente en la capital del Orbe católico.

Atacada la existencia del Catolicismo en el Representante de la unidad católica, en la persona sagrada de su Augusto Jefe, a quien se le ha privado de su dominio temporal, única y necesaria garantía de libertad e independencia en el ejercicio de su

feta real, ponen su confianza en sus carros y en sus caballos, mas nosotros la ponemos en el nombre de nuestro Dios." Gracias, Excelencia, gracias en nombre del pueblo de Jesucristo, gracias en nombre de Pío IX, gracias en nombre de la Iglesia, gracias en nombre de Dios! La historia os colocará al lado del grande y del santo Pontífice Pío IX, uno de los más gloriosos que han ocupado el imperecedero trono del Vaticano. Las voces que nos llegan desde las comarcas regidas por vuestra elevada y firme inteligencia, os presentan gobernando cristianamente a un pueblo cristiano. La libertad cristiana, la única verdadera y la única fecunda en obras santas y durables, ha sido enérgicamente protegida y defendida por Vos, contra todo ataque a la prosperidad material que se desarrolla bajo vuestra poderosa mano, le habéis dado por base la ley moral, la ley cristiana, que es la única que puede impedir que degeneren en molice, envileciendo los espíritus. Habéis elevado la instrucción a una gran altura, mas cuidando que la verdad fuera su raíz, pues la mentira es la muerte de las inteligencias. De esta suerte, en las tierras ecuatoriales *no se conoce ni la lepra del pauperismo, ni el socialismo, ni el comunismo, ni la internacional, ni los cánceres y amenazas salidas del seno de nuestra civilización que no es cristiana.* Habéis desconfiado de ellos, y os habéis dicho con razón, *que es feliz el pueblo cuyo señor es su Dios.* De esta manera vuestro poder, cuyo origen humano se halla en el seno del pueblo que gobernáis, tiene sus áncoras en el Cielo. Vos sois, Excelencia, no ya en el nombre sino en la realidad, el lugarteniente de Dios.....

misión divina, es innegable que todo católico, y con mayor razón todo Gobierno que rige a una porción considerable de católicos, tiene no sólo el derecho sino el deber de protestar contra aquel odioso y sacrílego atentado; y, sin embargo, el gobierno del infrascrito aguardó en vano que se hiciera oír la protesta autorizada de los Estados poderosos de Europa contra la injusta y violenta ocupación de Roma, o que S. M. el Rey Víctor Manuel rindiendo espontáneo homenaje a la justicia y al sagrado carácter del inermé y anciano Pontífice, retrocediera en el camino de la usurpación y devolviera a la Santa Sede el territorio que acababa de arrebatarle.

Pero, no habiéndose oído hasta hoy la voz de ninguna de las Potencias del Antiguo Continente, y siguiendo oprimida Roma por las tropas de S. M. el Rey Víctor Manuel, el Gobierno del Ecuador, a pesar de su debilidad y de la distancia a que se halla colocado, cumple con el deber de protestar, como protesta, ante Dios y ante el Mundo, en nombre de la justicia ultrajada y sobre todo en nombre del católico pueblo ecuatoriano, contra la inicua invasión de Roma; contra la falta de libertad a que está reducido el Venerable y Soberano Pontífice, no obstante las promesas insidiosas, tantas veces repetidas como violadas, y las irrisorias garantías de una independendencia imposible con que se pretende encubrir la ignominia de la sujeción; y, en fin, contra todas las consecuencias que hayan emanado o en lo sucesivo emanaren de aquel indigno abuso de la fuerza, en perjuicio de Su Santidad y de la Iglesia Católica.

Al firmar esta protesta por orden expresa del Excelentísimo Presidente de esta República, el infrascrito hace votos al Cielo a fin de que S. M. el Rey Víctor Manuel repare noblemente el efecto deplorable de una ceguedad pasajera, antes que el trono de sus ilustres antepasados sea talvez reducido a cenizas por el fuego vengador de revoluciones sangrientas.....

13.—No son muchas las *cartas* que se han publicado de García Moreno. Aparte de la que hemos copiado más arriba, acerca de la exploración al Sangay, dos consideramos dignas de especial memoria: la una dirigida al General Flores, y la otra al profesor de botánica en la Escuela Politécnica, R. P. Luis Sodiro, S. J.: en la primera brilla su hábil política, en la segunda su filial devoción a la Virgen Santísima.

La reconciliación de García Moreno con Flores en 1860, ha sido calificada por algunos de inconsecuencia

política; mas, nosotros no vemos en ella un defecto, sino antes bien una acción laudable y verdaderamente patriótica. "Por patriotismo fue García Moreno enemigo de Flores, y por patriotismo dejó de serlo." Flores en 1860 desistió de sus pretensiones antipatrióticas y aun dió pruebas no pequeñas de ello, y García Moreno reconcilióse con él y lo llamó en su ayuda, no por miras personales, sino por el bien y salvación de la Patria. Nótese sin embargo, la franqueza y dignidad con que esto lo ejecuta, y al mismo tiempo la confianza que deposita en su antiguo enemigo político:

Muy Señor mío:

Tengo la honra de dirigirle a U. mi primera carta, felicitándole por haber merecido, con su noble y reciente conducta en el Perú, el odio y la persecución de los enemigos de nuestra desgraciada Patria. He sido para U. adversario político con la franqueza del honor y con la tenacidad de una convicción sincera; pero desde el momento en que U. se ha presentado decidido a ayudarnos en la gloriosa lucha que sostenemos por la independencia e integridad de esta República, le he considerado como a un amigo y he deseado llegara el día de manifestarlo: por patriotismo fui enemigo de U., y por patriotismo he dejado de serlo.

Lo que ha sucedido en mí con relación a U., es natural suceda a todo hombre sensato del Ecuador. Haber perdido aun el hogar de su asilo y aun la pensión con que vivía su familia de U., es una prueba magnífica de que U. ha querido sacrificarlo todo por reconciliarse con su patria adoptiva, ayudándonos a salvarla. Las puertas del Ecuador no podían seguir cerradas para U., como no lo estará jamás para los que no sean los enemigos de esta República. Tiene, pues, U. expedito el camino, una vez que su patriotismo ha allanado las dificultades que antes subsistían.

Al país y a todos nos interesa asegurar el éxito feliz de la campaña, y no dudo que los consejos de U. valdrán mucho para conseguirlo. Para que U. forme una idea completa del estado en que nos hallamos, el amigo que le entregue esta carta, le dará razón de cuanto tenemos y de cuanto nos falta. En vista de esto y sabiendo la clase de auxilios que nos ha conseguido, formaré el concepto cabal de lo que podemos hacer. Me inclino a creer que lo más importante es contar con uno o dos buques que obren sobre Guayaquil al tiempo que me halle en aquella provincia con el ejército; y lo más urgente es conseguir armas y recursos

pecuniarios. Nadie mejor que U. puede proporcionarnos estos indispensables elementos; y si nada ha podido traernos, sería más conveniente trabajase en procurárnoslos donde quiera que sea, para lo cual le remito autorización suficiente en el adjunto pliego. Sin embargo, U. resolverá lo que le parezca mejor, olvidándose únicamente de la Nueva Granada, cuyo Gobierno se ha negado a auxiliarnos, valiéndose de indignos sofismas.

Deseo se encuentre U. bueno y acepte la amistad que cordialmente le ofrece su atento y s. s.

G. García Moreno.

El célebre botánico jesuita, P. Luis Sodiro, descubrió en una de sus exploraciones científicas una bellísima flor azul, del género *tacsonia*, y creyó que la persona más digna, a quien pudiera dedicarla, era García Moreno, como Presidente de la República y decidido protector de las ciencias; y así le escribió una carta, pidiéndole permiso para distinguirla con su nombre. El Presidente contestó reconociéndose indigno de tal honor, y, revelando al mismo tiempo su filial devoción a María Santísima, prefirió que la flor fuera dedicada a la Inmaculada Concepción, como en efecto se hizo, llamándola *tacsonia Mariæ*.

Mi muy Reverendo Padre:

Le agradezco en extremo el deseo que tiene V. P. de hacer pasar a la posteridad mi insignificante nombre; pero yo prefiero, por innumerables razones que V. P. conoce mejor que yo, que la linda planta descubierta por V. P. lleve el nombre de la criatura más pura y hermosa, el de nuestra madre la Purísima Virgen María. Le ruego, pues, que el día de mañana, fiesta de su Concepción Inmaculada, le ponga a esa planta encantadora, el nombre de *Tacsonia Mariæ*. ¿No me hará U. este favor? Seguro de conseguirlo, le devuelvo el dibujo para que se digne variarle el nombre, borrando el mío.

Su afmo. amigo y S. S.

G. García Moreno.

Batán, diciembre 7 de 1874.

**Vicente Piedrahita.**—1º Don Vicente Piedrahita, que nació en Guayaquil en 1834, hizo sus estudios de Derecho en Quito, enseñó en esta ciudad francés e inglés, y en Guayaquil, latín, castellano, matemáticas y física. Colaboró en varios periódicos; viajó por Europa y Asia, y gobernó la provincia del Guayas. Representó al Ecuador como Encargado de Negocios en Chile y dos veces como Ministro Plenipotenciario en el Perú. Tomó parte en el Congreso Americano de Lima, y estando retirado a la vida privada, fue asesinado en su hacienda de La Palestina, en 1878.

2º— La valía política y diplomática de Piedrahita ha reflejado en sus lucubraciones poéticas, dando a éstas el valor que no tienen, pero obligándonos a tratar de ellas por ser obras de tal personaje.

Además de la poesía lírico-descriptiva dedicada *Al Guayas* que conceptuamos una de las más desgraciadas, hemos leído seis eróticas, dos elegíacas y una religiosa.

En las eróticas hay ciertamente pasión y aun espontaneidad, pero no sabe el poeta, en medio de su facilidad, concentrarla en ideas e imágenes tales, que con su novedad, viveza y sobriedad la comunique a sus lectores. A la persona a quien va dirigida, la composición la compara con todo, la sobrepone a todo, siquiera sea lo más sublime y santo, y sólo deja la pluma cuando ya no tiene más con qué cotejarla. Semejante procedimiento no es el de un artista. “Los buenos escritores, como acertadamente advierte Juan León Mera, prosistas o poetas, toman un objeto, lo examinan, y encontrando el lado bueno, el más perfecto o el que más conviene para causar en el ánimo del lector la impresión que desean, le presentan con naturalidad, sencillez y claridad”. . . . Ya antes lo había dicho Horacio:

*Hoc amet, hoc spernat promissi carminis auctor*

Ni esto es todo. Piedrahíta repite y amplifica los conceptos con tanta superfluidad de frases, con tanto recargo de epítetos, con tanta vaguedad e impropiedad de voces; que la composición resulta demasiado cansada y monótona. Sólo de vez en cuando interrumpe esta monotonía alguna idea o imagen bella, a la manera de esas florecillas diminutas que al azar crecen en los arenales.

Las elegías participan de las mismas cualidades y defectos, con la diferencia de que en ellas hay menos sentimiento y más prosaísmo y vulgaridad. Sin embargo, en la consagrada *A la memoria del Señor Agustín Roca*, encontramos un rasgo que ya sale de lo vulgar y que lo transcribimos, sin recomendar, eso sí, sus defectos de expresión. En él afirma que la vida del difunto pasó

Como arroyo apacible que desliza  
Sus aguas sonoras  
Por un árido valle y fecundiza  
Las tierras ajenas,  
Esmaltando de flores su camino;  
En sus márgenes crecen  
Los corpulentos árboles frondosos  
Que a su grato recinto,  
Sombra, fresca, amenidad ofrecen:  
En sus hojosas cimas tembladoras  
Entonan blando trino  
Las avecillas plácidas canoras;  
Y habiendo feliz dado  
En su apacible curso fecundante  
Al céfiro murmullos armoniosos,  
Fertilidad al suelo,  
Fruto a las plantas y al ambiente aromas,  
A las aves un lecho perfumado,  
Notas de amor y adoración al cielo;  
Termina su carrera bonancible,  
Y entrega sin estrépito, serenas

Al mar de do salieron  
Sus aguas, matizadas con las flores  
Que en su frente vertieron  
Las márgenes amenas:  
Así pasó por este de dolores  
Y dudas valle umbrío,  
Las más secas y estériles arenas,  
En las ardientes playas de la vida,  
De sus nobles virtudes  
Fecundizando el abundante río,  
.....

La *Oración (En el día de mi nataticio)* es una oración verdaderamente tibia que, si tiene verdad en los conceptos, carece de inspiración y novedad. Laudable es, por otra parte, que en ella hayan disminuído, en general, la verbosidad, la difusión, la vaguedad y la impropiedad de vocablos: es, relativamente, la más correcta de las composiciones de Piedrahita.

En este día con la aurora al mundo  
Me mandaste, Señor:  
Yo te bendigo, Espíritu fecundo,  
Supremo Creador.

Dichoso o infeliz, Luz de la vida,  
Mi voz te cantará;  
Regocijada el alma o abatida  
Siempre te ensalzará.

En el dolor que ilustra y santifica,  
Bendigo tu bondad,  
En la fe, que enaltece y vivifica,  
Y en la augusta verdad.

Bendito Tú, que el llanto has bendecido  
Y la tribulación;  
Tú, que muestras el cielo prometido  
Al pobre en su aflicción;

Tú, que inspiras al flaco fortaleza,  
Al soberbio humildad,  
Al avaro desprecio a la riqueza,  
Al impío piedad;

Tú, que hiciste atractiva la inocencia,  
Celestial el candor,  
Inflexible y severa la conciencia,  
El deber bienhechor;

Que enseñas a morir por la justicia  
Y la eterna verdad,  
Y al mundo dictas en tu ley propicia,  
Sublime caridad.

Bendito Tú, que has dado al sentimiento  
Inefable fruición,  
Al noble y elevado pensamiento  
Fuego e inspiración;

A los puros y ardientes corazones  
Alteza y beatitud;  
Al alma, de tu Ser revelaciones,  
Y gloria a la virtud.

Se dice que en prosa escribió unos «Estudios relativos al estado social y político del Ecuador y a los medios de mejorarlo». No hemos podido leer esta obra, como tampoco las cartas que sobre la Tierra Santa escribió a su hermana.

**Rafael Carvajal.**—1º Miembro también, como García Moreno, de la sociedad *Filantropico-Literaria* fue el Dr. D. Rafael Carvajal, oriundo de una pequeña población de la provincia de Imbabura. Hechos los estudios de humanidades y filosofía en el Colegio Seminario de San Luis, pasó a la Universidad, donde, condecorado con el grado de doctor en Jurisprudencia, obtuvo por oposición las cátedras de ciencia administrativa, legislación y eco-

nomía. Por dos veces fue Ministro de Estado, luego Vicepresidente y finalmente Ministro de la Corte Suprema. Había nacido en 1819. Desterrado por Veintemilla, murió en Lima en 1878.

2º— Doce composiciones poéticas hemos leído de Carvajal: seis publicadas en la *Lira Ecuatoriana*, la *Nueva Lira*, la *Antología Ecuatoriana de Poetas* y el *Parnaso Ecuatoriano*; y otras seis, inéditas aún, que reposan en nuestras manos, merced a la galantería de nuestro bondadoso amigo el Sr. Juan Abel Echeverría. (1)

No se hicieron para Carvajal las composiciones de alto vuelo ni de hondo sentimiento: debe contentarse con *El filguerillo* de Delia y con *La Musa Mensajera* y retozona. En el género serio y elevado, Carvajal es monótono, frío, prosaico y difuso; mas luego que pasa al ligero, sea anacreóntico o satírico, su pluma parece otra: corre sin grandes tropiezos y con menos prosaísmos e incorrecciones. Su imaginación no es brillante, pero tiene viveza suficiente para representar cuadros sencillos y bien detallados.

Si los versos de Carvajal son generalmente armoniosos y están bien contruídos, aféanlos, sin embargo, no pocas impropiedades, incorrecciones y prosaísmos.

*El filguerillo* es una hermosa prosopografía que, en lo natural y vivo de la pintura, no tiene que envidiar a *El murciélago alenoso* de Fray Diego González. Con un poco más de sentimiento y quitado algún verso desaplicable u oscuro y alguna palabra impropia, tampoco desdeciría de la delicada anacreóntica que Villegas dedica *A un pajarillo*:

---

(1) Nuestro distinguido amigo, con estas poesías ha puesto a nuestra disposición, otras muchas inéditas de varios poetas ecuatorianos.

¿No ves, hermosa Delia,  
Cuál suele el jilguerillo,  
Allá en su jaula preso,  
Yacer entristecido?

Acongojado, inmóvil,  
Mantiénese en su sitio,  
Las plumas erizadas,  
El cuello recogido;

Cerrando a cada instante  
Los párpados rendidos,  
Señal de que en el sueño  
Hallar pretende alivio.

Empero, si te asomas,  
Al verte el pobrecillo,  
Sus cuitas olvidando,  
Alegre da mil brincos;

Y ostenta de sus alas  
El pintoresco brillo,  
Batiéndolas, y luego  
Prorrumpe en dulces trinos:

Se acerca al enrejado,  
Ya no como cautivo,  
Sino como ántes libre  
Vagaba por los trillos;

Y allí con sus gorjeos  
Sonoros y festivos  
Te muestra jugueteando  
Que vive complacido.

Acaso tú, al mirarle,  
Con eco enternecido  
Le dices: "Te comprendo,  
Mi pobre jilguerillo:

—No insistas en vano,  
Pepillo, no puedes,  
Le dije: tu empresa  
Más fuerzas requiere.  
Ni brincos, ni ensayos,  
Ni afanes te pueden  
Sacar de este apuro,  
Por más que te esfuerces.

—Y tú que hacer versos  
Magníficos quieres,  
¿No ves encumbrado  
Para tí el juguete?  
Díjome; y responde  
Mi censor, si puede;  
Que a mí bien callado  
Me dejó mi Pepe.

*El sueño de un proscrito* es un sueño político y romántico, largo y a veces nebuloso, en el que tras visiones extrañas e imágenes de mal gusto, abundan los prosaísmos, incorrecciones e impropiedades. Hay trozos enteros, que, más que poesía, deberían llamarse proclama política. Vaya una muestra.

Hijos del Ecuador, vergüenza horrible  
Me causa el recordar que aquí he nacido,  
Y al aspecto del pueblo oscurecido  
Es mil veces mi tumba preferible;  
¡Y vosotros dormís . . . ! ¡Ah! yo he venido  
A turbar vuestro sueño incomprensible:  
¡Despertad! ¡levantad! que el patriotismo  
La senda siempre abrió del heroísmo.

Vosotros que dijisteis los primeros  
Libres queremos ser e independientes,  
Y luchando cual cumple a los valientes,  
Del déspota rompisteis los aceros:  
Vosotros que abatisteis impacientes  
La cerviz de orgullosos extranjeros,  
¿Vuestro nombre veréis envilecido  
Y de la Patria el porvenir perdido?

¡Oh vergüenza! ¡oh baldón! antes la suerte  
Para siempre os sepulte en lo profundo;  
Antes atronador y foribundo  
El rayo abrasador os dé la muerte;

Y ántes desaparezca de este mundo  
De patria hasta el recuerdo, si no advierte  
Ese noble deber del ciudadano  
Contra el solio máldito de un tirano.

Por todos conceptos, lo menos malo de toda la composición es la primera de las cuatro partes en que está dividida.

En el soneto (no tiene la forma de tal) que dedica *A una poetisa*, excitándola a cantar, no encontramos ese pensamiento único y gradualmente desarrollado, en el cual debe brillar la ingeniosidad, la delicadeza o la ternura; ni esa escogida dicción poética, ni esa esmerada versificación que constituyen las dotes y al mismo tiempo las trabas de esta clase de composiciones.

Menos incorrecto en cuanto a la forma es el soneto que, con el título de *Una esperanza*, escribió para su esposa. El pensamiento capital es ciertamente delicado pero como no es el único, pierde su gracia. El pensamiento contenido en el segundo terceto, no solamente rompe la unidad de la composición, sino que hace resaltar la incompleta aplicación al poeta, del símil descrito anteriormente.

Mayor unidad de pensamiento hay en *Impresiones a la vista del mar*. Sin embargo, no puede decirse que sea nuevo el pensamiento ni que está desarrollado con gracia e interés.

**Miguel Riofrío.**—1.º—Entre los primeros cultivadores de la poesía que siguieron a Olmedo se cuenta el Dr. Miguel Riofrío, natural de Loja. Nació en 1822, hizo sus primeros estudios en su ciudad natal y los de Jurisprudencia en Quito. Fue Regente del Colegio de San Fernando, Secretario de la Legación Ecuatoriana en Bogotá, y en seguida Encargado de Negocios. Como diputado de la provincia de Loja, concurrió a dos Congresos.

Fue para la juventud estudiosa de aquellos tiempos un Mecenaz. Desde muy temprano se dedicó al periodismo que le acarreó un destierro de catorce años. Su muerte aconteció en 1880, cuando desempeñaba la Plenipotencia del Ecuador en el Perú.

2º—Riofrío pudo haber llegado a ser un decente habitador del Parnaso ecuatoriano, si hubiera tenido sólidos fundamentos de humanidades y cultivado el talento natural con la lectura reposada de buenos autores y el ejercicio concienzudo de imitación y composición.

En las composiciones de Riofrío predominan la vaguedad y la impropiedad de conceptos con un tinte de tristeza proveniente talvez de la moda romántica, talvez también de sus decepciones políticas.

En sus primeras poesías, que son las cinco que encontramos en la *Lira Ecuatoriana*, a saber, *La partida*, *Al Telembí*, *Al vienteccillo de la sierra*, *Su imagen* y *Al río Piura*, hay ingenuidad y facilidad, con ciertos pensamientos poéticos; pero ninguna de ellas merece el calificativo de buena, porque todas se hallan plagadas de expresiones impropias y prosaicas y de ideas vagas y oscuras que sólo se agrupan en fuerza del consonante.

En la *Nueva Lira Ecuatoriana*, el *Parnaso Ecuatoriano* y la *Antología Ecuatoriana* encontramos seis composiciones más (*Josefina*, *A mi esposa*, *A orillas del Telembí*, *Mi asilo*, *A una joven española* y *Nina*), en las cuales, si hay mejor orden y talvez menos incorrecciones, es con menoscabo del sentimiento y de la inspiración.

Existen, además, dos poesías inéditas de Riofrío: la *Aceptación* y *A Isabel*. No perderemos el tiempo hablando de la primera: basta saber que, en forma métrica es un discurso histórico-político, prosaico y de mal gusto.

Con menos prosaísmo, pero con aire nebuloso y seudofilosófico, expresiones vagas e impropias, trata Riofrío

de celebrar, en la segunda, el onomástico de Isabel, procurando consolarla en la adversidad. No se hallarán más de dos o tres pensamientos poéticos en toda la composición.

3º—El mayor esfuerzo poético de Riofrío se cifra en *Nina, leyenda quichua*. El shiri Chaloya, que era menospreciado en la corte de Atahualpa por su rectitud y amor a la justicia, había resuelto dedicarse a la contemplación de lo invisible y orar en la cumbre de los montes, como el Pichincha.—El día en que Rumiñahui incendió a Quito, Nina, hija de Chaloya, subió en busca de su padre juntamente con otros muchos indios quiteños que maldecían al tirano y la conquista.—Chaloya hizoles a los concurrentes un razonamiento, en el que, salvando la responsabilidad de Rumiñahui, dijo que la patria gemía cautiva por las culpas de sus hijos, y que éstos serían tratados como bestias de carga por los conquistadores, pero que el sol no perdonaría las crueldades ni las alevosías: él castiga con la servidumbre a nuestra patria, mas deja a la raza intrusa castigarse a sí misma.—Concluído el razonamiento, el concurso se dispersó por el oriente, mas Chaloya con Nina buscaron un asilo en las faldas occidentales del Pichincha.—Atahualpa había pretendido que Nina fuera vestal en el templo del Sol, pero la niña lo rehusó, afirmando que lo adoraba libremente en la campiña.—La misma tarde del incendio, de Quito oyó Rumiñahui que Nina se gloriaba de haberse librado de su tiranía, e inmediatamente mandó que trescientos soldados trajeran presos a Chaloya y a su hija.—Al día siguiente por la mañana regresaron los trescientos comisionados con la noticia de que sólo habían encontrado las huellas del padre y de la hija hasta terminar en dos fuentes termales.—A pesar de que por el sur avanzaba ya Benalcázar aliado con Duchicela y de que en el norte se había rebelado Otavalo, no quiso Rumiñahui rendirse a los conquistadores, y así tomó la resolución de partir

hacia el oriente, donde, entre un espantoso trueno, quedó convertido en el negrusco picacho o monte que lleva su nombre.

En una leyenda romántica, como pretende ser Nina, bien hubiera podido su autor trazar cuadros más vivos y emocionantes, pues el argumento se prestaba para ello; pero sucede que casi toda la composición se reduce a una narración fría, pesada, de escaso interés y desprovista de colorido.

Para quien sepa lo que es el Pichincha, debe parecer increíble el que Chaloya subiera a orar en su cima nevada, cual diestro alpinista, o mejor dicho andinista. Y lo más raro del caso es, que al mismo sitio subieron, sin mayores dificultades, Nina y los otros indios quiteños que la seguían.

Tampoco podemos persuadirnos de que sea cosa tan hacedera eso de recorrer 300 hombres, sin antorchas, en una noche (no se sabe si de luna) las amplísimas y abruptas faldas del Pichincha, para estar de regreso todos juntos, en las primeras horas de la mañana.

Las maravillosas transformaciones de Rumiñahui en un monte, y de Chaloya y Nina en sendas fuentes termales, orígenes de los riachuelos de la misma denominación; nada de particular ofrecerían en la mitología greco-romana o en el oscuro tiempo de las hadas y vestiglos, mas no en nuestros días, en que la civilización cristiana ha destruído toda esa tramoya forjada por poetas y farsantes.

Todo lo que se finge por deleite poético debe ser verosímil, ni se ha de pretender que se dé crédito a toda invención indiscreta. Ya lo enseñó Horacio:

*Ficta voluptatis causa sint proxima veris;  
Ne quodcumque volet, poscat sibi fabula credi.*

Además, aunque la acción de la leyenda, como verificada en nuestro suelo sea nacional y merezca por esta parte nuestra alabanza; sin embargo, su desarrollo lleva

necesariamente a un poeta cristiano y de raza europea, al convencionalismo que supone la interpretación de ideas y sentimientos extraños y aun opuestos a los suyos.

Cristiana y demasiado sutil para un quichua es aquella máxima de Chaloya, con la que desea disculpar a Rumiñahui del incendio y de la matanza:

Llora, dice, el llanto es justo,  
Pues la patria está en cenizas:  
*Mas, no maldigas a nadie:  
Sólo la culpa es maldita.*

Encontramos contradicción en afirmar, por una parte que Chaloya carecía de penas, y, por otra, que oraba de cima en cima, para mitigar sus congojas:

Alejado de los grandes,  
Sin odio, *pena* ni envidia,  
.....  
Para mitigar sus *congojas*  
Oraba de cima en cima....

No vemos el enlace lógico en las ideas que encierran las palabras puestas en boca de Nina, al hablar de su madre:

Ella era esposa, era madre,  
Y así era la virtud misma....

Tampoco dejaremos pasar inadvertido el uso incorrecto del gerundio *besando*:

Bajaron, *besando* el suelo,  
Como postrer despedida.....

Para corregirlo, bastaría convertirlo en participio pasivo, y decir: *besado el suelo*.

No obstante estos defectos, el prosaísmo y obscuridad de algunos versos y la impropiedad de algún adjetivo, como *ágil* aplicado a *vista*, Nina es la mejor de las composiciones de Riofrío.—(Véase el Apéndice).



# APENDICE

## PIEZAS Y FRAGMENTOS ESCOGIDOS

---

### SIGLO XVII

---

#### Sor Gertrudis de S. Ildefonso

A propósito de su vocación religiosa leemos en su vida:

(Pág. 35)

El ejercicio de alguna virtud era mi desvelo, por hallarme falta de todas y en particular de la caridad que deseaba radicarla en mi corazón; pues me conocía muy atrasada en ella. Y a las que veía en estos ejercicios, me acercaba a oírlas hablar del modo cómo se habían de habar en la oración y mortificación de las pasiones. Procuré en estos nueve meses hacer lo que estas santas hacían; y, aunque yo, como seglar, no tenía experiencia de eso, no dejé de reconocer que por esto el demonio me perseguía con tentaciones de no poder llevar adelante lo áspero de la regla, la desnudez y pobreza del hábito, el retiro de los míos y, sobre todo, el haber dejado sola a

mi madre. Con estas y otras cosas procuré entibiarme en mi vocación de ser religiosa; y viendo que yo no le resistía a estas primeras baterías, juzgando no ser yo a propósito para tan santo instituto, fueron mayores los aprietos en que me ponía. Aquí conocí dos movimientos o inclinaciones: uno a quedarme, otro a irme y asistir a mi madre. ¡Oh batalla cruel en que mi espíritu se hallaba, sin poder tomar consejo de nadie, por no ser tenida por ingrata a los favores que había recibido de esas señoras!

En fin, me resolví a irme, y así la dije a mi hermana San Ignacio: "Tú serás monja, que yo no soy para ello; yo te acudiré de mi casa, y así, quédate con Dios, que yo trato de volver a ella y asistir a mi madre." Supieron las religiosas el caso y mi resolución; dieron cuenta al Señor Obispo Don Alonso de la Peña y Montenegro, el cual vino al convento, examinó mi primera vocación y deseo de ser monja; y juzgando su Ilustrísima sería al presente el amor materno que me tiraba, para consolarme, dio licencia para que tomara el hábito con sólo el dote de mil pesos. Cortaron los hábitos y yo sin atender a eso, me despedí y me fuí a mi casa. Mas, ¡oh juicios incomprensibles de Dios! Donde juzgué hallar gusto, hallé todos los tormentos juntos: castigo, no hay que dudar, que Dios piadosamente me envió, para que abriera los ojos y viera la diferencia que había de la casa de Dios a la del mundo. Entonces me pareció éste un infierno en que se me representaban todos los riesgos en que me vi. Entonces conocí cómo la carne, el demonio y el mundo se alegraron de haberme sacado del retiro.

Viéndome lo más accongojada, dieron en festejarme con visitas y paseos, para que olvidara el cariño que había cobrado a la religión; y con este fin se frecuentaban mucho los regalos y banquetes que me hacían las señoras conocidas, obligándome con esto a la corresponden-

cia. Mas todo me parecía tan mal, que no arrastraba cosa alguna mi afecto; todo me amargaba, todo era para mí desabrido, sin poder hallar gusto en cosa de las que me brindaban; de tal suerte que cobré ojeriza a todo. Y ahora conozco que el Señor me puso acíbar en el pecho del mundo, para repudiar sus cosas. En tanto grado las repudí, que, para mi consuelo, habían de traerme el agua del convento.

Con este conocimiento estuve algunos meses, y tratando este punto con personas temerosas de Dios, resolvieron que debía volver al convento y al llamamiento de Dios. Resolvíme con brevedad a ello, y como estaban ya cortados los hábitos y dispuestas las cosas, poco se dilató la función, que, con gusto de las religiosas y con mucha solemnidad, se hizo. Tomé el hábito el año de 1678, a 2 de Febrero, día de la Candelaria.

---

## SIGLO XVIII

---

Ramón Viescas, S. J.

Sueño sobre el sepulcro de Dante

(Pág. 48)

Una vez que, cansado  
Con vanas esperanzas el deseo,  
Entregué mi cuidado  
Y toda el alma en brazos de Morfeo,  
Que al punto suspendidos  
Dejó con dulce halago mis sentidos;  
  
Libre la fantasía  
Del ruido y esplendor con que enajena  
Las potencias el día,  
A volar comenzó por la serena  
Region de noche umbrosa,  
Mientras el alma en dulce paz reposa;  
  
Y soñé que me hallaba  
En los campos Elíseos, que su cielo  
Nuevo sol alumbraba,  
Y verdor nuevo matizaba el suelo;  
Al ver sus horizontes  
Dudaba si eran soles o eran montes:  
  
Céfiro lisonjero  
Vapor me parecía de las flores;  
Cada flor un lucero;  
Y anunciaba de tiernos ruiseñores  
La sonora armonía  
Perenne aurora de un constante día.

Entre tanto vario objeto  
De asombro y de placer, como triunfante,  
En ese albergue quieto  
Me pareció mirar la alma de Dante:  
De aquel Dante divino  
Que al Parnaso italiano abrió camino.

Vila allí rodeada  
De otras sombras ilustres, que festivas  
Por la región alada  
La celebraban con alegres vivas,  
Dejando con su acento  
Absorta mi alma y armonioso el viento.

El asunto glorioso  
Que pude concebir confusamente,  
Fue el sepulcro suntuoso  
Alzado a sus cenizas nuevamente;  
Y que cantaba infiero  
Unas veces Virgilio, otras Homero.

Y cuando ansiosamente  
Aplicaba a sus voces el oído,  
Miro que derrepente  
De un estro superior Dante embestido  
Alza la voz, y en tanto  
Dejan los otros su empezado canto:

“Oh tú, sublime genio,  
(Pareció que empezaba de este modo)  
Oh tú, sublime genio,  
Gloria de Mantua y aun del mundo todo,  
En cuya diestra mano  
Puso el bien de la Emilia el Vaticano;

Oh tú, que entre las gentes  
Que baña el Tajo y que fecunda el Reno,  
Dejaste relucientes  
Huellas de tus virtudes; que en el seno

De extranjeras regiones  
Perpetuas mereciste aclamaciones;  
Tú que, segundo Augusto,  
Al sabio animas, la virtud fomentas,  
Y el presente buen gusto  
Apoyas, ennobleces y lo aumentas,  
Siendo las nobles partes  
De tu atención virtudes, ciencias y artes.

A tí, gran mantuano,  
(Ya que fue de la edad voraz trofeo  
Aquel de Polentano)  
Debo el suntuoso y nuevo mausoleo,  
Donde el arte y belleza  
Sólo vencidos son de tu largueza.

En la obra que erigiste  
Del polvo del olvido me sacaste;  
Alma a mi fama diste,  
Y el sepultado honor resucitaste,  
Volviendo a la memoria  
De los siglos mi antigua, ilústre gloria,

En mármol duradero  
Por tí reposan mis cenizas yertas,  
Donde ve el pasajero  
Imagen viva de memorias muertas,  
Y en aplaudir combate  
Al artífice, al héroe, al mecenate.

Y tú, madre fecunda  
De grandes héroes, inmortal Ravena,  
Que fuiste mi segunda  
Patria, y alivio de mi antigua pena,  
Bendice aquella mano  
Que restablece tu esplendor anciano.

Y para un argumento  
De eterna gratitud, en letras de oro,  
Se añade al monumento,

A eternizar su fama y tu decoro  
Por toda edad restante,  
*Reina Valenti donde yace Dante."*

Dijo, y entre el estruendo  
De fantásticos vivas, lentamente  
Se fue desvaneciendo  
El pesado vapor que dulcemente  
En éxtasis tenía  
El corazón, el alma y fantasía.

¡Oh nunca despertado  
De tan alegre y dulce sueño hubiera!  
Mas al fin he probado,  
Lleno de una delicia pasajera,  
Que es eco fiel el sueño  
De cuanto vigilante piensa el dueño.

### Canción en la muerte del P. Ricci

(Pág. 56)

Esto es hecho: te mueres,  
¡Oh! grande Ricci! La infeliz carrera  
De tus amargos días, ya severa  
Corta la Parca; pero nunca esperes  
Que a tan fatal momento  
Suceda mi lamento;  
Porque aunque ya extinguida  
Entre mortajas y entre el polvo yerto  
Del sepulcro tu vida esclarecida  
Yace, no lloro; pues que bien advierto  
No debe ser llorada  
Una muerte de tantos envidiada.  
Entre los escuadrones  
Que el nombre de Jesús ennoblecía  
Tú militaste un día,  
Uno de sus mejores campeones:

Fuiste el padre común, el jefe fuiste  
De su escogida tribu: tú seguiste  
Bajo el rojo estandarte  
Sus huellas, sus virtudes;  
Y por eso también fuiste a la parte  
En sus vicisitudes,  
En los trabajos de su adversa suerte,  
Ultrajes y calumnias, llanto y muerte.  
Su apóstol tú viviste,  
Y tú mueres su mártir: ¡oh qué dicha!  
Tal suerte de acabar nunca es desdicha,  
Que es muy dulce morir como moriste.  
Lleno de envidia miro  
En tu último suspiro  
El bello fruto de las aflicciones  
De esta vida mortal: el más brillante  
Blasón de tus blasones,  
Acabas por su gloria; mas triunfante  
Hará tu muerte, eterna tu victoria,  
Y tus penas preciosa tu memoria.  
Vuela, grande alma, vuela,  
Vuela confiada a aquel paterno seno,  
A ese Dios de equidad que siempre lleno  
De piedades consuela  
Al siervo fiel que ha sido  
Del mundo y de los hombres perseguido,  
A aquel Dios cuya gran munificencia  
Sabe recompensar inmensamente  
La apacible inocencia:  
De aquel que, en el premiar omnipotente,  
Coloca más allá del firmamento  
Junto a su eterno trono al sufrimiento.  
De tu ilustre corona  
Miro el fulgor: ¡oh cuántos te han labrado  
Los trabajos, gran Ricci, que has pasado,  
Resplandores de gloria a tu persona!  
Y esos hijos queridos

Que un tiempo divididos  
De tu seno, lloraron en el suelo  
El común exterminio, ya este día,  
Unidos otra vez allá en el cielo,  
Con su amoroso padre en armonía  
En la divina esencia  
El trato gozarán de su paciencia.  
Mas ¡ay! que todavía  
En este valle de miseria y llanto  
Queda debajo del oprobio ¡oh cuánto  
Pueblo de hijos sin paz, consuelo y guía  
De todo bien privados,  
Dispersos, desterrados,  
En tierra extraña, en peregrino traje;  
Un tiempo honor del mundo y al presente  
Víctimas de la envidia y del ultraje;  
Expuestos al torrente  
De los trabajos en que sumergida  
Siempre tu alma se vió, se vió tu vida.  
Desde lo alto del cielo  
No olvides estos hijos, padre amado,  
Que al fin fueron porción de tu cuidado  
Y grey encomendada a tu desvelo;  
Y al Redentor divino  
El infeliz destino  
De estos humildes hijos representa:  
Haz fé de sus combates y sudores:  
Que observaron sus leyes: que su afrenta  
Sufren, como sufrieron sus mayores;  
Y que pacientes cojen en sus penas  
Las palmas de la cruz a manos llenas.  
Por más que su memoria  
La calumnia voraz tiznar intente,  
Entre cadenas, como delincuente,  
Muere el gran Ricci con inmensa gloria.  
Así morir debía  
El jefe ilustre de esa Compañía,

En un siglo perverso  
Que oprime la virtud, que exalta el vicio.  
Del que imita a Jesús nunca es diverso  
El término; pues dá, siempre propicio,  
Una muerte triunfante  
Al que fué de su cruz participante.

## LIRAS

(Pág. 57)

Nació la Compañía  
(Así con voz divina el Vaticano)  
Cuando más la herejía  
Rayos flechaba con soberbia mano,  
A defender constante  
Con su escuadrón la Iglesia militante.

Hoy con nueva osadía  
Volvió el infierno todo a amenazarla:  
Muera la Compañía,  
Si acaso es este el medio de salvarla:  
Quien la salvó naciendo  
Tenga también el mismo honor muriendo.

Mas ¿será por ventura  
Ella el nuevo Jonás que deje en calma  
La tempestad que aún dura?  
¡Ah! que es dudosa aquesta heroica palma;  
Y con un riesgo cierto  
No es prudencia comprar un bien incierto.

Rómpase al fin el velo  
Donde se esconde una pasión ardiente  
Con semblante de hielo;  
Y entonces se verá más claramente  
Que la intentada ruina  
Será el primer efecto de la mina.

Acaso una hidra fiera  
Se verá (puede ser) infaustamente  
Desplegar su bandera,  
Con denuedo infernal y erguida frente,  
Hecha fatal alianza  
Con la envidia, interés y cruel venganza.

Y como ha esperado  
Oportuna ocasión para su intento,  
Cuando la haya logrado  
Querrá turbar con venenoso aliento  
Desde el profundo abismo  
El imperio y la Iglesia a un tiempo mismo.

Desatinada empresa,  
Delirio, bien lo sé; pues asegura  
La divina promesa  
Intacta de la Esposa la hermosa,  
Y a pesar del infierno  
Siempre firme su sér, su honor eterno.

Por más que proceloso  
El mar en cada espuma un riesgo ostente,  
El bajel victorioso  
De Pedro surgirá seguramente,  
Deshecha en un momento,  
Como leve vapor, su furia al viento.

Será así; mas en tanto,  
¿Quién podrá de la Iglesia enternecida  
Enjugarle su llanto,  
Al ver casi a la nada reducida,  
Llena de ayes prolijos,  
Escuadra ilustre de valientes hijos?

Y a todos conjurados  
A herir en el sagrado de su seno,  
A esos hijos amados,

Dejando en duda si el mortal veneno  
A ellos solos comprenda,  
O a la Madre común también se extienda?

Aunque en bosquejo rudo,  
De ella formar una cabal idea  
Sólo Rebeca pudo,  
Cuando en su vientre fraternal pelea  
De su fruto gemelo  
Dobló su pena y aumentó su anhelo.

Mas esta madre amante  
No muestra en medio de un ultraje acerbo,  
Airado su semblante,  
Antes más blando en el dolor, la observo  
Herir con dulces quejas  
De sus protervos hijos las orejas.

“Amados hijos, dice,  
Si acaso alguna luz os ha dejado  
Este siglo infelice,  
Abrid las ojos: ved aquel nublado  
Cuyo fulgor fingido  
Es vapor del abismo desprendido.

Dad lugar al reflejo  
De la verdad que enturbia un ciego encanto:  
Mudad vuestro consejo,  
Que ya me sobra pena y falta llanto;  
O a lo menos ¿decirme  
No sabréis el motivo para herirme?

Si al veros engañados  
Seguir senda fatal del descarrío,  
Llena de mil cuidados,  
Alcé la voz, fue más que amor el mío:  
Pues callarse no pudo,  
Que aunque es ciego el amor, nunca fue mudo.

Gritos fueron de amante  
Que al ver junto al peligro vuestro sueño,  
Oş dijo palpitante:  
Mirad, hijos, mirad ese despeño.  
Si os fue esta voz molesta,  
Decidme, por piedad, ¿qué culpa es esta?

Si mostré resistencia  
Por no condescender con vuestro arrojo,  
Que con suma violencia  
Víctima quiso hacer de injusto enojo  
La pobre Compañía,  
No lo extrañéis, que al fin es hija mía.

Hija, cuyo guerrero  
Espíritu divino fue mi escudo  
Desde su albor primero;  
Pues al ver contra mí dragón sañudo,  
Se opuso frente a frente  
Por defender mi honor ardentemente.

Hija, que siempre ha sido  
Madre de tantos héroes cuya gloria  
Inmortal al olvido  
Aun a la ciega envidia fue notoria;  
Y a quienes tantos loores  
El mundo tributó, cuanto hoy dolores.

Ilustres campeones  
Que extendieron mi imperio siempre fuertes  
Por inmensas regiones,  
A costa de trabajos y de muertes:  
Alejandros segundos,  
Pera cuyo valor faltaban mundos.

Hija, al fin, que enemiga  
Del ocio, siempre trabajó constante,  
Sin perdonar fatiga;  
Y con amor filial e interesante

Se afanaba de modo  
Que todo lo abrazaba y lo hizo todo.

El jardín que el Divino  
Agricultor ha puesto a mi cuidado,  
Del ángulo vecino  
Al más remoto tiene mejorado;  
Y con fatiga ¡oh cuanta!  
Allí ingiere, aquí poda y allá planta.

Con laboriosa mano  
Cultiva cuanto encuentra, infatigable,  
Del roble más anciano  
Hasta el chopo más vil y despreciable,  
Debiendo a su cultura  
Este inmenso vergel grande hermosura.

Y donde más se esmera  
Es en las tiernas plantas que produce  
Fecunda la ribera:  
En ellas tanto su labor reduce  
Que descuellan gigantes  
A ser de mis eferas los Atlantes.

Esta, pues, hija mía  
Que tales brillos de hermosura esparce,  
Que en prendas de hidalguía  
Apenas hay quien pueda compararse,  
¡Ay! cuáles y tiranos  
Tratamientos sufrió de sus hermanos!

Como los envidiosos  
Hermanos de José vosotros fuisteis,  
Hijos, los que furiosos  
A esta hija amada tanto mal hicisteis:  
Vuestra envidia se excita  
Al ver su vestidura palomita.

Si os da lugar el humo  
Con que vuestro rencor os ha ofuscado,

Mirad que es dolor sumo  
Su rostro contemplar desfigurado:  
Si poco antes fue bella,  
Observadla muy bien, no es más aquella.

Se eclipsó su hermosura,  
Despareció su honor, su lustre y gloria,  
Grabando su amargura  
Eterno desengaño en su memoria;  
Y en mi brillante esfera  
Ya no parece más lo que antes era.

Si fue el objeto hermoso  
De la envidia fatal la Compañía,  
Ya es hoy un lastimoso  
Despojo de la injusta tiranía;  
De muchos ultrajada,  
Casi sin vida, pobre y desterrada.

Templad, hijos tiranos,  
Vuestro rigor. ¡Ay! basta tanto ultraje,  
Que al fin sois sus hermanos;  
Y puede suceder que así baraje  
Los males la fortuna,  
Que de tanta miseria os toque alguna.

Y al fin, rendida os ruego  
Que a tanto llanto derramado ceda  
De vuestra furia el fuego,  
Y a tal estrago la piedad suceda;  
Pues se ha avanzado a tanto,  
Que ya sobra el dolor y falta el llanto.

**José Orozco, S. J.**

**La Conquista de Menorca**

*Canto Cuarto*

LA TOMA DE SAN FELIPE

(Pág. 69)

El general Murray sobrecogido  
Y atónito de caso tan extraño,  
De su propia experiencia aun prevenido,  
Pudo de un sueño imaginarlo engaño:  
¿Quién jamás comprender habrá podido  
Que al golpe, dijo, precediese el daño?  
Mas ¿quién dudarlo puede, si al momento  
Del combatir previno el vencimiento?

Viendo en la amarga circunstancia dura  
Que del tiempo la angustia no permite  
Los prodigios obrar de su cordura  
Y coraje, que igual a ella compite,  
En parte a reparar la desventura  
Su marcial vigilancia nada omite,  
Para ponerse en estado de defensa  
Y tal vez de vengarse de la ofensa.

La sorpresa otro arbitrio no le ofrece  
Que las fuerzas unir en lo seguro  
De los fuertes, que más los engrandece  
Inexpugnable de su brazo el muro.  
Como el sol que al nublado se obscurece  
Y no deja de ser brillante y puro,  
Así el britano jefe supo invicto  
Mantenerse glorioso en su conflicto.

Con presuroso arrebatado aliento  
Entrar de San Felipe al fuerte emprende,  
Y su forzoso y grande atrevimiento  
Ni a la distancia ni al peligro atiende;  
Así emulando lo veloz del viento,  
Con su vuelo parece que le ofende,  
Que relámpago fue su ligereza  
En ocupar la insigné fortaleza.

Allí muestra constante cuanto importa  
Escoltado el valor de marcial ciencia:  
Ejemplar vivo de uno y otro, exorta  
A la más obstinada resistencia;  
Guerreros más de cuatro mil conforta  
El ánimo que infunde su presencia,  
Pues donde él mismo a la defensa se halla  
De bronce o de diamante es la muralla.

¿Sabéis, dijo, cuál es el enemigo  
Que nos ocupa la isla, cuál su fama?  
El orbe absorto y ocular testigo,  
Maravillas sus hechos los aclama;  
Valerosos britanos, ésto os digo  
Por encendederos en aquella llama  
Con que ardiendo lució vuestro coraje,  
Sin rendirse jamás en homenaje.

A trance extremo, extremo también sea  
Nuestro esfuerzo, nos valga o nó fortuna,  
Y aunque présaga anuncie suerte rea  
El no dejarnos esperanza alguna.  
Salvo el honor, ¿qué importa que yo vea  
Abrirse las murallas una a una,  
Si el Héroe que invencible nos oprime  
Del desdoro con gloria nos exime?

Dijo; y con ceño ardiente alzar previno  
Un formidable tren a la defensa  
Magnífico Murray, tanto que vino

A hacer alardé de su fuerza inmensa;  
Y aunque en su Numen tutelar divino  
Poder no hallaba a vindicar su ofensa,  
Como de la isla sacerdote sumo,  
Hizo a Belona sacrificio de humo.

Al terminar su religioso culto  
El español al Dios de las batallas,  
Hallóse revestido por resultado  
De nuevo ardor e impenetrables mallas;  
Arrebatado luego del oculto  
Impetu a desolar va las murallas  
De San Felipe, a que en el cerco estrecho  
Gima oprimido su último despecho.

Cerca de un siglo que la gran Bretaña  
Este de armas emporio mantenía,  
Sin más derecho que una suerte extraña,  
Que vivamente el español sentía;  
Sobre tantos esmeros con que España  
Prodigio a ser de ingenio lo erigía  
Compiendo el britano a sus primores.  
Quiso ostentar los suyos superiores.

De armas plaza famosa la decora  
Su natural y firme consistencia,  
Que mucho más el arte la mejora  
Con militar magnífica opulencia;  
Como en su centro la firmeza mora,  
Como en su solio está la resistencia:  
Armense todos, se arma aún el profundo,  
Segunda Gibraltar la admira el mundo.

Sus torres y sus fuertes encumbrados,  
Su doble muro, escándalo del arte,  
Minas y fosos a Plutón pegados,  
Ser regia ostenta del sangriento Marte,  
Donde apurada industria en intrincados  
Laberintos de bronce se comparte

A rebatir insultador exceso  
Que en su estrago total halla el regreso.

De San Felipe pues la fortaleza,  
Antigua emulación de las naciones  
El confín donde apenas de proeza  
Portentosa llegaron las acciones,  
Al arduo empeño, a la imposible empresa,  
Insita de la España a los campeones  
Que arrebatados de una noble saña,  
A una alta gloria aspiran con su hazaña.

La peligrosa apenas imitable  
Empresa al heroísmo reservada  
De rendir una plaza inexpugnable,  
Censura en vano lengua envenenada:  
¿Qué le impide al valor lo insuperable?  
¿Tal vez no conseguir? Mas esto es nada  
Para quien colocó su propia gloria  
En emprenderlo, más que en la victoria.

Una victoria muchas veces pende  
De un repentino halago de fortuna,  
Cuya necia política suspende  
Y frustra los progresos importuna:  
El mérito de acasos no depende,  
Sí de los hechos: aun desde la cuna  
Hércules mereció con propia mano  
El aplauso debido a un veterano.

Llama temeridad, necia osadía,  
Quien este asedio a comprender no llega,  
Y a vista de la luz del medio día,  
Densa tiniebla su pasión le ciega:  
Contra la heroicidad y valentía  
Tanta dificultad muy mal alega,  
Pues esta misma muestra cuánto puede  
El que ni al imposible mayor cede.

El africano monstruo coronado,  
Terror del bosque, gravemente herido,  
Sacude la melena ensangrentado  
Y a combatir de nuevo prevenido:  
Bien que no espere en tan fatal estado  
El vencer, casi ya desfallecido,  
Su valor más le ufana en la proeza  
De su gloriosa pertinaz fiereza.

León más generoso es el hispano,  
Terror universal de las naciones:  
Mal la calumnia condenó de insano  
Su noble empeño de arduas pretensiones;  
Poderoso esta vez, robusto y sano,  
Bien las puede esperar de sus acciones;  
La envidia selle ya su negro labio,  
Que el veneno tiznó para el agravio.

El numeroso campo a quien ordena  
Ardor heroico, mas ardor modesto,  
Redobla vigilante la faena  
De inmenso afán y riesgo manifiesto;  
El grande espacio con sus ansias llena  
Del arduo triunfo; pues que espera presto  
Mirar al golpe de una excelsa mano  
Postrado en tierra el imposible ufano.

Si con sólo mirarlo aterra tanto  
De rocas el erguido promontorio,  
Artificial horror donde el espanto  
Levantar supo su mayor emporio;  
Al asediante no, que sin quebranto  
De su valor, se arroja al más notorio  
Peligro del cañón, expuesto al pecho  
Más que al fuego voraz, a su despecho.

Bien es que la razón con freno de oro  
Contener sepa este furor que acusa  
Del más enorme trágico desdoro,

Del cual necia esperanza no le escusa;  
Su obrar por eso, para más decoro,  
De arte eminente las industrias usa,  
Para que resplandezca en la victoria  
De ciencia y de valor igual la gloria.

Por más que la ingeniosa vigilancia  
En tantos Argos dividida hiciese  
Al hispano forzosa la distancia,  
A que más impaciente en ella ardiese  
Se le acercó, ¡prodigio de constancia!  
Circe estupendo, a que el britano viese  
Por encanto erigiendo baterías,  
Del gran fuerte ocupar las cercanías.

La poderosa Circe, a lo que pienso,  
Fue del invicto Duque la presencia,  
Pues de ella admiro, en éxtasis suspenso,  
De portentoso acierto la influencia;  
La maravilla de un afán inmenso  
Que erigir sólo pudo su asistencia,  
Se dice encanto, porque allá se avanza  
A donde apenas fuerza humana alcanza.

La obra de los reparos y trinchera,  
Perfeccionada sobre peña viva,  
Del asombro excediendo la alta esfera,  
Mostró hasta donde un gran ingenio arriba;  
Llegar a más no pudo aquella fiera  
Mole, donde apurada la excesiva  
Industria, daba con afán plausible,  
La norma de vencer un imposible.

Máquina erguida con flegrea planta  
De marcial aparato revestida,  
Descomunal terror se alza y levanta  
A abortar exterminios prevenida;  
El coraje enemigo se ve en tanta  
Consternación y pena desmedida,

Que palpando ruinas, encarece  
Que más su asombro que su riesgo crece.

Dirigióse la empresa portentosa  
Con tal valor, actividad y ciencia,  
Que a despecho de fuerza prodigiosa  
Imposible hizo ver la resistencia;  
Valeroso Murray, disculpa hermosa  
Os ofrece la fuerte competencia:  
No ya vulgar valor, ni vulgar arte,  
Invencible os oprime el nuevo Marte.

Su coraje por eso no desiste:  
Pues de prodigios émulo glorioso,  
De mayor fortaleza se reviste  
A competir con Marte generoso:  
Con nuevo ardor en abatir insiste  
Del hispano el progreso ventajoso,  
Que rápido avanzándose al gran fuerte  
Se aceleraba a decidir su suerte.

De un riesgo casi extremo el incentivo  
Aviva más de un ánimo valiente  
El fuego, que apurado y más activo  
Sólo la dilación teme impaciente:  
Así el furor britano ardió más vivo  
Cuando miró su riesgo ya inminente;  
Que en su mayor conflicto parecía  
Que de triunfante insultador hacía.

Tal se mostró de intrépida su saña,  
Que presumió salir de lo seguro  
Del reparo, juzgando a tanta hazaña  
Que de su pecho le bastaba el muro:  
Por la siniestra al campo por extraña  
Furia acomete, bajo el manto obscuro  
De la noche, y ve claro ser su proeza  
Necia temeridad y loca empresa.

De aquella parte el venturoso Caro,  
Al comando feliz del gran Cifuentes,  
Tan veloz oponer supo el reparo,  
Que burló los arrojados insolentes;  
Precipitada fuga fue el amparo  
Que libró a los británicos combatientes  
Del brazo triunfador, que en sus amagos  
Anticipaba al golpe mil estragos.

Corta hazaña juzgando el Héroe hispano  
El rechazar a su enemigo fiero,  
Lo persiguió en su fuga, mas en vano,  
Porque le hizo el temor más que ligero:  
Así salvarse pudo de la mano  
Alzada ya, con que furor guerrero  
Lo forzaba al extremo de la suerte  
Con el impulso de una horrenda muerte.

Entre tanto en los fuertes más activo  
El desempeño militar ardía,  
Cuyo furor constante y excesivo  
No ya valor, despecho parecía;  
Contener presumiendo el ardor vivo  
Del campo, que perenne fuego hacía,  
Hizo también al suyo que incesante  
Emulase las iras del Tonante.

De fuego, estruendo y humo al gran insulto  
Con vaivenes y sombras el terreno  
Los estragos sintió, cual si en oculto  
Se hallara de Plutón lóbrego seno,  
A Aqueronte a rendir llegó el insulto,  
Porque teniendo el lago Estigio lleno,  
Tantos reclutas le mandó la Parca,  
Que apenas pudo transferir su barca.

El residuo, del arte defendido,  
Que todavía el ofender pretende,  
Aun de cóncavas rocas protegido,

Del hispano furor mal se defiende:  
El vivísimo fuego dirigido  
A sus lóbregos senos lo sorprende,  
Y al despecho de angustia repetida,  
Se ve forzado a sepultarse en vida.

Como cuando preñez de oculta mina  
Aborta de su seno embrión tremendo,  
Haciendo que se sienta la ruína  
Anticipada al estallido horrendo;  
Así esta vez el campo que se obstina  
Contra la plaza, a su fragor y estruendo  
Anticipó el estrago, y furibundo  
Desquiciar de sus ejes quiso al mundo.

Con diestra dirección contra la plaza  
Esfuerzo irresistible se replica,  
Que de lástimas puebla cuanto arrasa,  
Y de horror una escena reedifica;  
Hierro exterminador, fuego que abrasa  
Y parca que mil vidas sacrifica,  
Hacen ya que en su trágico quebranto  
Exceda el daño al desmedido espanto.

A los fuertes de bronce mal seguros  
Tanto avanzarse ven el ardor fiero,  
Que abriéndose en mil bocas ya los muros  
Lamentan el estrago lastimero;  
Bien que resistan aun, peñascos duros,  
Fuerza es ceder al sin igual esmero  
De más que humana, superior violencia,  
Que hace inútil ya toda resistencia.

Por suspender estragos, a un humano  
Pacto de rendimiento la bandera  
Blanca calmó la furia del hispano,  
Que pasó a compasiva de severa,  
Fuertes y plaza le rindió el britano,

La guarnición quedando prisionera:  
Valor cedió al valor: eterno asombre  
Del vencedor y del vencido el nombre!

Duque excelso, inmortal será la gloria.  
De vuestro invicto brazo poderoso,  
Y a la futura edad vuestra victoria  
Será con pasmo ejemplo luminoso;  
En la imitación no, sí en la memoria  
Vivirá siempre un hecho tan glorioso,  
Que al gritarlo la Fama sin segundo,  
Hallará corta la extensión del mundo.

A Madrid tornad ya, que ansiosa espera  
Dar a vuestra modestia mil sonrojos  
Con sus vivas; tornad, que desespera  
Por calmar la impaciencia de sus ojos:  
Bien sabe que vencisteis, mas quisiera  
Miraros arrastrando los despojos  
Por los arcos, que augustos y triunfales,  
Celebran vuestros hechos inmortales.

Después de tantos siglos, aun caliente  
De Ilión abrasado la ceniza,  
Es del argivo nombre un elocuente  
Mudo orador que más lo preconiza:  
De Ilión más invencible la cadente  
Mole, con sus estragos se eterniza  
El vuestro, que alzar supo en un momento  
Sobre ruina su eterno monumento.

El digno desempeño sois de Marte,  
Prisioneros ilustres escuadrones:  
Gloria es vuestra rendir el estandarte,  
Espadas y británicos blasones.  
Vuestra fama inmortal en cualquier parte  
Será siempre inferior a las acciones;  
Vuestro valor, en fin, cual lo presumo,  
Mayor no puede ser porque fue sumo.

A vosotros, felices acreedores  
Del paterno esplendor que a sus prolijos  
Hechos queriendo ser competidores,  
Mostrasteis ser del Duque dignos hijos;  
A rendiros no alcanzo yo mejores  
Plácemes de triunfales regocijos,  
Que con decir: subid a donde alcanza  
Del Padre excelso la alta semejanza.

En vosotros y el Padre, triplicado  
Portentoso fenómeno se admira,  
Que de su propio pasmo enajenado,  
No llega a comprenderlo quien lo mira;  
El más raro esplendor multiplicado  
En vosotros a ser prodigio aspira,  
Pues no es, no, de un parelio de arboles,  
Si del bello conjunto de tres soles.

Musa, no más, que obscurecer no quiero  
Sublimes glorias con mi plectro rudo,  
Que, Faetón nuevo, otro solar sendero  
A girar aspiró, pero no pudo:  
Por temerario, en triste y lastimero  
Desdoro de sí mismo, quede mudo,  
Y de su estrago y confusión la Musa,  
En el más claro sol halle la excusa.

## Ambrosio Larrea

Endechas

(Pág. 71)

Bella filosofía,  
Razón iluminada,  
Ciencias las más sublimes,  
¿Dónde está vuestra luz? ¡Está eclipsada!  
Gracias, Parnaso, Apolo,  
Musas desconsoladas,  
Las aguas de Aganipe  
¿Dónde están? qué se han hecho? ¡Están heladas  
América, delicia  
De las más nobles almas,  
Tu defensor invicto,  
Dime ¿por qué no alienta, por que calla?  
¿Qué es lo que se ha hecho, dime,  
La mente soberana,  
En cuyo elogio siempre  
Quedará corta aún la eterna fama?  
¡Ay! que el silencio sólo  
Y la sañuda Parca  
Oigo que me responden:  
Aquí yace Javier, aquí descansa!  
Murió; pero su nombre,  
Cual luz de la mañana  
A cada instante crece  
Y a pesar de las sombras se propaga.  
¡Qué es lo que miro, cielos!  
Urna, cenizas, llamas;  
Minerva que depone  
Los laureles al pie de la gran ara.  
Livio que atento mira  
La historia reformada,

Y Plinio que lloroso  
Hacia la tumba negro manto arrastra.  
Ven, América triste,  
Y abriendo la urna helada  
Mezclen con sus cenizas  
Ardiente llanto tus dolientes ansias.  
Y mire el peregrino  
Esta inscripción grabada  
En el funesto mármol  
Por mano del amor y de las gracias:  
"Clavijero aquí yace:  
Su nombre sólo basta  
Para hacer su memoria  
Eterna en los anales de la fama.  
Yace; mas mira atento  
Que triunfa aún de la parca,  
Pues con sus obras tiene  
A la rabiosa envidia encadenada.  
Y el siglo de las luces  
Ya pierde la esperanza  
De conservar tal nombre,  
Viendo apagado el sol que le alumbraba.

A Nuestra Señora de la Luz

(Pág. 75)

|                      |                      |
|----------------------|----------------------|
| Canto il piú fulgido | Che Luce insolita,   |
| Divino Lume:         | Che gran fulgore!    |
| Voi assistetemi      | Che volto amabile!   |
| Superno Nume:        | Oh! che beltá,       |
| Si' che s' illumini  | Che maestá!          |
| D' un raggio ardente | Il crin biondissimo, |
| Questa mia mente.    | Aria serena          |
| Oh Dio, che sentomi  | Fronte piú candida   |
| Rapire 'l cuore!     | Che luna piena:      |

Guordo soavissimo  
Ch' il cuor ferisce  
E a se rapisce.

Ora noscondansi  
Gli astri Lucenti,  
Che piú non sembranmi  
Qual pria splendenti  
Che' in quei bellissimi  
Occhi il fulgore  
É superiore.

Alba purissima  
Del sol foriera,  
Deh, trattenetela  
Nella carriera:  
L' impareggiabile  
Chiarore ammiri,  
Poi si ritiri!

Ma no, sospendasi,  
E attentamente  
Ved' il castissimo  
Labro ridente:  
Poi vegan placide,  
E vergognose  
Le fresche rose.

Quivi depongano  
Fragranza, ardore,  
Ed il purpureo  
Grato colore:  
Ma Musa, arrestati,  
Che la pittura  
E' indegna, oscura

Se ti é possibile,  
Prendi il pennello  
D' Apelle o Zeuside,  
Poi pingi quello

Che di piú splendido  
V' ha nelle belle  
Raggianti stelle.

Dipingi timido  
La bianca vesta,  
Confuso, estatico,  
Deh, non t' arresta:  
Pingi il ceruleo  
Augusto ammanto,  
Se pur puoí tanto.

Potrai dipingere  
Il bel turchino?....  
Tia che lo temperi  
Ad ombreggiare  
Color si fino?  
Com' é possibile,  
Se grazia tanta  
Sol luce ammanta?

Corperto vedesi  
Il Mongibelo  
Del suo bianchissimo  
Neviso velo:  
Ma se lo illumina  
Raggio solare  
Ch' il puo affrontare?

Fugge prontissimo  
L' occhio al mirare;  
Che le pupille  
Non puo fissare:  
Eppur caligine  
É questo monte  
Col suo Fetonte.

Col candidissimo  
Paragonato  
Manto magnífico

Ch' io hó adombrato:  
Ma perché intrepido  
Descrivo veste  
Tutta celeste?

Ah se descrivere  
Tanta bellezza  
Non m' é possibile  
Senz' arditezza,  
Quel drago orribile  
Potessi almeno  
Mostrare appieno

Lo spaventevole  
Che sotto il piede  
Drago tartareo  
Calcar si vede:  
Il finto Cerbero  
Io ben comprendo  
Non é sí orrendo.

Serpe ch' avvolgasi,  
E in cento giri  
La sua lunghissima  
Coda s' aggiri;  
No; comparabile  
Non é con questo  
Mostro funesto.

Il suo oscurissimo  
Atro colore,  
Oh quanto infondecì  
Tartareo orrore!  
Irate vibrano  
Le sue pupille  
Saette mille.

Quella terribile  
Bocca respira

Foco densissimo,  
Che ovunque spira,  
Eil fa' difondere  
Per l' aria impura  
Che tutto oscura.

Il piú mortifero  
Manda dal seno  
Inesplicabile  
Fiero veleno:  
Fiato pestifero  
Che sparso appena  
Tutto avvelena.

Oh quant' all' anime:  
Arrecca male  
Sol col spargere  
Velen fatale:  
Ma la Gran Vergine,  
Colla sua Luce  
Fugga quel truce.

Sotto l' angelico  
E bianco piede  
Tremante, attonito  
Ora si vede,  
E poi da nobile  
Genio celeste  
Troncar la testa.

Levargli l' anima  
E assieme col cuore  
Alla gran Vergine  
Madre d' amore,  
Offiur Liettissimo  
Quel sacro dono  
Al pie del trono.

Deh, consolatevi,  
Oh peccatori,  
Il pianto tergasì,  
Non piú timori:  
E con fiducia  
Guardate quella  
Raggiante Stella.

Madre amantissima  
Di Luce immensa,  
Che pronta dissipa  
La nebbia densa:  
Che quello Spirito  
Dal sen profondo  
Sparge sul Mondo.

Quel chiaro Figlio  
*Madre di Luce,*  
Sino il piú perfido  
Uom riconduce  
A salutifera  
Sicura via,  
Oh Gran Maria!

Oh Madre amabile,  
Che io accecato,  
Solo le tenebre  
Abbia cercato?  
Non piú: la fulgida  
Luce, o Signora,  
Si cerchi ognora!

## Rafael García Goyena

La araña y la oruga

(Pág. 83)

Bajo un vaso cristalino  
Suelo encerrar las orugas,  
Para saber cuándo y cómo  
En mariposas se mudan.

Este insecto, por instinto,  
Para la muerte acostumbra  
Disponerse en un retiro,  
Lejos del comercio y bulla.

En abstinencia perpetua,  
Y con vigilancia suma,  
Sus postrimeros instantes  
Toda su atención ocupan.

De cierto humor glutinoso  
Que de sus entrañas purga,  
Con delgados hilos teje  
Las fatales ligaduras.

Contra lo terso del vaso  
Repetidas hebras cruza,  
Y sobre ellas sus cenizas  
Y las esperanzas funda.

Allí con impulso propio  
La antigua piel se desnuda,  
Y bajo el nombre de ninfa  
Una bolsa lo sepulta.

Pasados algunos días,  
En que el calor la fecunda,  
Ya mariposa brillante  
Sale volando de la urna.

Observando este portento  
Una vez, como otras muchas,  
Vi en un pequeño resquicio,  
Que estaba una araña oculta.

Entre el vaso y la pared  
Extendió su tela, astuta,  
Con cuyo doloso arbitrio  
Su efímera vida busca.

Atisbando cautelosa  
A un gusano en su clausura,  
Entre dientes murmuraba,  
Haciéndole mofa y burla:

“Qué raro tema, decía,  
A este bicho preocupa!  
No come, bebe ni duerme,  
Pensando sólo en la tumba.

¡Pobre diablo! con qué empeño,  
Con qué calor, y qué furia  
Ha tomado por oficio  
Labrarse la sepultura!

Las entrañas se devana,  
Y para morir madruga;  
De las delicias se priva,  
Y hasta el pellejo renuncia.

Yo también me desentraño;  
Pero por la causa justa

De procurarme la vida  
Y placeres que la endulzan.

Al sólo nombre de muerte  
El cuerpo se me espeluzna:  
Su más remoto peligro  
Me hace guardar esta gruta.”

Oyólo todo el gusano,  
Y con su voz moribunda  
Le dijo: “Los dos tenemos  
Razón en nuestra conducta:

Tú, que otra vida no esperas  
Mas que la presente, gusta  
De tus placeres, y teme  
Que la muerte los destruya;

Yo voy alegre al sepulcro  
Y aun lo prevengo de industria,  
Porque la muerte es el medio  
De mejorar mi fortuna.

Ahora soy gusano humilde  
Que me arrastro con angustia,  
Y mañana ave del cielo,  
Volaré por las alturas.

*Lo mismo decir pudiera  
Un fraile de la Cartuja,  
Contestándole a Voltaire  
Los sarcasmos y las zumbas.*

*Siglo que ilustrado llaman  
Las arañas de que abundas,  
Aprovecha las lecciones  
Con que un gusano te alumbra.*

## Los perros

( Págs 83 )

No debe dudar ninguno  
De mis cándidos lectores,  
Que en la casa de un magnate  
Haya perros a montones.

Un valiente alano siempre  
A la cadena se pone,  
Y en ciertas horas se suelta  
Para que la casa ronde.

Un podenco muy ligero  
Que con viyo olfato corre  
Tras la liebre, cuando el amo  
Sale a cazar en el bosque.

Un lanudo perro de aguas  
Que con los muchachos dócil,  
Si le tiran la pelota  
El la persigue y recoge.

Hasta la niña de casa  
Tienc su querido gozque,  
Que en sus faldas acaricia  
Con envidia de algún joven.

Después de la cena juntos  
Bajo la mesa una noche,  
Entre el podenco y el alano  
Pasaron estas razones.

“Si todos nacemes perros,  
Aunque con distintos nombres,  
¿Por qué han de ser desiguales  
Los destinos que nos toquen?

A nosotros las fatigas  
Y trabajos corresponden;  
Y otros logran el regalo

Y estimación de los hombres.

No señor, en las fortunas  
Turnemos todos conformes,  
Aunque al lanudo y gozquejo  
El partido no acomode.”

Discutida la materia,  
Resolvieron los perrote  
Con espíritu insurgente  
Remediar aquel desorden.

Hé aquí que el perro de faldas  
Amanece puesto al poste  
De la puerta, y aunque ladre,  
Miedo ni respeto impone.

Del tanque quiso el podenco  
Sacar la pelota: undióse,  
Y al cabo salió sin ella,  
Tragando agua a borbotones.

Cuando el cazador azuza  
Al perro lanudo, torpe  
A la seña, ladra y brinca,  
Y los conejos se esconden.  
Y el alano corpulento,  
Viendo la ocasión de molde,  
Sobre la niña en la cama  
Con ligero salto echóse.

Ella grita temerosa,  
Ocurre gente, y en donde  
Buscaba tiernos cariños,  
Halla desprecios y golpes.

Instruido del desengaño,  
Su cadena reconoce,  
Y cada cual de los otros  
Se reduce al antiguo orden.

*Nunca podrán ser iguales  
Las humanas condiciones,  
Mientras deban ser distintos  
Los talentos y las dotes.*

## Los animales nocturnos

(Pág. 85)

Para evitar delitos  
Muy propios de las fieras  
Que en las noches oscuras  
Ocultan las tinieblas,  
Júpiter soberano  
Próvidamente ordena,  
Que con una luz ande  
Toda nocturna bestia.  
Alegres obedecen  
Por propia conveniencia  
El gusanillo humilde,  
La inocente lucerna,  
El cocuyo benigno  
Con quien los niños juegan;  
Y desde prima noche  
Encienden sus linternas.  
Pero al sabio mandato  
Ni se dan ni se prestan  
El mortífero buho,  
Nuncio de malas nuevas,  
El murciélago infame  
Que asusta a Mirta bella,

La lechuza que al templo  
Ni sus luces respeta.  
La mariposa simple  
Iba dando mil vueltas  
De unas luces en otras,  
Cual suele en la candela,  
Y alegre las decía:  
“Ahora, sí, compañeras,  
Que podemos seguras  
Salir por donde quiera”  
Cuando improvisamente  
Deslumbrada se estrella  
Contra un fiero musgaño,  
Que se la traga entera.  
Viéndolo estaba todo,  
Desde una boca-teja,  
La golondrina, y dijo:  
“Por boba yo saliera.”  
Los inocentes cumplen  
La *ilustre* providencia,  
Y a oscuras como siempre  
Los malvados se quedan.

## Poeta Anónimo

### A las Siete Palabras del Redentor en la Cruz (Pág. 86)

#### INTRODUCCION

Venid, venid pecadores,  
A observar con atención  
Cómo ponen vuestras culpas  
En la Cruz al Hombre-Dios.  
Ya está levantado en alto  
Moribundo el Redentor:  
A acompañarle, mortales,  
Puesto que la causa sois.  
Poco le resta de vida  
Y apenas tres horas son,  
Pero tres horas de penas  
Que hacen siglos de dolor.

Venid a llorar las culpas,  
Venid a pedir perdón,  
Venid a heredar la vida,  
Venid, que espira el Amor.  
¡Ay, mi Jesús moribundo!  
Mi padre, mi Rey, mi Dios!  
Pues vengo a veros morir,  
Muramos juntos, Señor!

#### 1ª PALABRA

Perdonadles, Padre Eterno,  
Jesús, dice, en alta voz:  
Perdonadles, que la culpa  
Su ignorancia la causó.

Perdonadles porque ignoran  
De este delito lo atroz,  
Ni lo que pesa la muerte  
De quien es hombre y es Dios.

Perdonadles, Padre mío,  
Que el perdón lo pido yo,  
Que a fin de borrar sus culpas,  
Mi sangre y mi vida doy.

¡Oh suma bondad! oh cuánto  
Te agradezco este favor:  
Que siendo yo tan ingrato,  
Pidás para mí el perdón!  
¿Cómo a vista de este ejemplo,  
Juzgará la obstinación

Que hay razón para sus odios,  
Motivos para el rencor?

#### 2ª PALABRA

Al ver pensando a Jesús,  
Lo blasfema el mal ladrón,  
Aumentando con su culpa  
Las penas del Salvador.

El buen ladrón le reprende,  
Y le dice al mal ladrón:  
Jesús padece inocente,  
Mas justamente los dos.

Y luego vuelto a Jesús,  
Mi Rey, le dice, mi Dios,  
Cuando a tu reino llegares,  
De mí te acuerda, Señor.

Al Paraíso conmigo,  
El Salvador respondió,  
Hoy vendrás y pasarás  
De la cruz al galardón.

¡Oh quién tuviera la suerte  
De este feliz pecador!  
¡Oh quién supiera pedirte  
Misericordia, Señor!

#### 3ª PALABRA

Cerca de la Cruz estaba,  
Traspasada de dolor,  
Su dulce Madre, en quien puso  
Jesús sus ojos, y habló:

Míralo a Juan, que él es tu hijo,  
Y aunque él es hombre y yo Dios,  
Pero él es hombre, y yo apenas  
Gusano y oprobio soy.

Ve juntamente a los hombres,  
Que por hijos te los doy;  
Que, pues nacen de mis penas,  
Serán hijos de tu amor.

Mi Madre te doy por madre,  
Le dijo a Juan el Señor:  
¡Feliz quien por madre tiene  
A la que es Madre de Dios!

¡Cuánto, mi Jesús, te debo  
Por tan suma dignación!  
Oh María! ¿cómo tu hijo  
Podré ser, siendo quien soy?

4ª PALABRA

La cuarta palabra fue  
Que hablando Jesús con Dios,  
De haberlo desamparado  
Mansamente se quejó.  
Dios mío, Dios mío, dijo,  
Esforzando así la voz:  
¿Por qué me has desamparado  
En mi conflicto mayor?  
Mi Madre la dí a los hombres  
Por madre; y del Padre estoy  
Dejado, en sólo los brazos  
De la angustia y del dolor.  
Siendo, mi Jesús, la causa  
De tanta desolación,  
Mis culpas, acompañarte  
Quiero yo con mi dolor.  
Mis lágrimas y suspiros  
Serán fieles a tu amor,  
Sin que se aparte un momento  
De tu Cruz mi corazón.

5ª PALABRA

Cristianos, desde la Cruz,  
Exhausto ya el Redentor  
Os dice que tiene sed,  
Con el semblante y la voz.  
Decid si hay en vuestros pechos  
A tal dolor compasión,  
O si darán vuestros ojos  
Agua que temple su ardor.  
Sed tiene de vuestro llanto,  
Y aun más sed de vuestro amor,  
Por no poder beber más  
De lo que hasta aquí bebió.  
Cielos! Quién vio tal asombro?  
Hombres, quién tal pasmo vio?  
La misma fuente pide agua,  
Y le da hiel la traición.  
Sus labios endulzar puede  
La amargura del dolor,  
Si deshecho en tierno llanto  
Le ofrecéis el corazón.

6ª PALABRA

Amorosamente tierno,  
Nos dice que consumó  
Cristo la obra que contiene  
Toda nuestra redención.  
Llegad, llegad, redimidos,  
Que sólo por vuestro amor,  
Dulcísimo Cisne eutona  
Al morir esta canción.  
Haga una vez compañía  
Vuestra rebelde atención;  
Y sea una vez el llanto  
Consonancia de esta voz.  
He acabado ya, nos dice,  
Con cuanto pudo mi amor  
Hacer por librar al hombre  
De su eterna perdición.  
Si un Dios-Hombre acaba la obra  
Que al hombre justificó,  
Acabe el hombre al pecado,  
Por amor de un Hombre-Dios.

7ª PALABRA

Padre en tus manos entrego  
Mi espíritu, dijo en voz  
Ya moribundo Jesús,  
Y diciéndolo, espiró.  
Tembló la tierra, y el cielo  
Todo enlutado quedó,  
Pues desfalleció, a la muerte  
Del Sol de Justicia, el sol.  
¡Ay, mi Jesús! sólo encuentra  
Sombras la imaginación:  
Mas ¿dónde podía hallar luz,  
Si ya la Luz se extinguió?  
Sienta, sicuta lo insensible,  
Vista lutos, que es razón;  
Ya que hoy la razón ingrata  
De insensible se vistió.  
Hombres alevos, volved  
Los ojos de la atención,  
Y ved vuestra ceguedad  
A las luces de ese horror.  
Conoced ya que las culpas  
Dan la muerte al Hombre-Dios,  
Y clamadle arrepentidos:  
Misericordia, Señor!

## Poeta Anónimo

A una dama de travieso genio

(Pág. 86)

Lisi, ¿qué he de hacer?  
Suspirar, por no reventar;  
Pues has dado en que tu desdén  
Sin razón me ha de matar.

Pero yo me quiero tanto  
Que, aunque me quieras ahorcar,  
Me río, me alegro, me voy a pasear,  
Almuerzo, meriendo, y no cómo mal;  
Y así, niña, tratarás,  
Ese modo descortés, de enmendar.

Trato de querer  
Con toda mi comodidad;  
Y si así te parece bien,  
Proseguiremos en paz.  
Y con tu buena licencia,  
Si no lo llevas a mal,  
No quiero, no gusto que me hagas penar,  
No sufro, no paso tu temeridad;  
Y así, niña, tratarás  
Ese modo descortés, de enmendar.

Esto se ha de hacer  
Poco menos, o poco más;  
Pues ceñirme a tu parecer,  
Fuera grande necesidad.  
Hagamos, pues, un concierto,  
De que has de disimular,

Si vengo, si voy, si me quedo allá,  
Si busco, si encuentro con otra que tal;  
Y así, niña, tratarás,  
Ese modo descortés, de enmendar.

Advierte también,  
Si el amor nos ha de durar,  
Que los celos es menester  
Los enviemos a pasear.

Porque es cosa muy penosa  
Continuamente escuchar:  
¡Ay quita! ¡ay vete! ¡ay, llégate allá!  
Por ésto, por lo ótro, y otras cosas más;  
Y así, niña, tratarás,  
Ese modo descortés, de enmendar.

Añado también  
Que de mí no has de ver jamás,  
Aunque estés para perecer,  
Si me pides medio real.

Porque aquesto de pedir  
Se roza con estofar;  
Y es droga, y es maula querer estrechar  
A un hombre, que gana no tiene de dar;  
Y así, niña, tratarás,  
Ese modo descortés, de enmendar.

Tampoco he de ver  
Mercachifle a tu casa entrar,  
Ni al que dice que el alquiler  
Del cuarto viene a cobrar.

Porque semejante gente  
Me suele causar un mal,  
Que sudo, trasudo y no acierto a hablar,  
Apenas, y a pausas, puedo respirar;  
Y así, niña, tratarás,  
Ese modo descortés, de enmendar.

Nunca el interés  
Nuestro amor ha de perturbar;  
Y así yo no te pediré,  
Ni tampoco pedirás.

Pues es muy grande trabajo  
Mostrar su necesidad;  
Y es mengua, y vileza, oír tartamudear  
Con ahora, con luego, no tengo que dar;  
Y así, niña, tratarás,  
Ese modo descortés, de enmendar.

Yo te pagaré  
Esa buena conformidad  
Con tal modo de proceder,  
Que no haya más que desear.  
Pues, aunque el mundo se caiga,  
Jamás te he de preguntar  
Quién entra, quién sale, quién contigo está,  
Si comes, si vistes, ni quién te lo dá;  
Y así, niña, tratarás,  
Ese modo descortés, de enmendar.

---

## Santa Cruz y Espejo

### Fragmento de un Discurso

(Pág. 99)

Al hablar de un establecimiento que tanto dignifica a la razón, no será mi lánguida voz la que se oiga. Será aquella majestuosa, la vuestra digo, articulada con los acentos de la humanidad. Si es así, señores, permitid que hoy hable yo: que sin manifestar mi nombre, coloque el vuestro en los fastos de la gloria quitense, y le consagre a la inmortalidad; que sea yo el órgano por donde fluyan al común de nuestros patricios, las noticias preciosas de su próxima felicidad. Sí, señores, este mismo permiso hará ver todo lo que el resto del mundo no se atreve todavía a creer de vosotros; esto es, que haya sublimidad en vuestros genios, nobleza en vuestros talentos, sentimiento en vuestro corazón y heroicidad en vuestros hechos. Pero la paciencia con que toleráis que un hijo de Quito, destituida de los hechizos de la elocuencia, tome osado la palabra, y quiera ser el intérprete de vuestros designios, acabará no sólo de persuadir, sino de afrentar a aquellas almas limitadas que nos daban en parte la indolencia, y nos adscribían por carácter la barbarie.

Vais, señores, a formar desde luego una sociedad literaria y económica. Vais a reunir en un solo punto, las luces y los talentos. Vais a contribuir al bien de la patria con los socorros del espíritu y del corazón; en una palabra, vais a sacrificar a la grandeza del Estado, al servicio del Rey, y a la utilidad pública y vuestra, aquella facultad con que, en todos sentidos, os enriqueció la Providencia. Vuestra sociedad admite varios objetos: quiero decir, señores, que vosotros por diversos caminos sois capaces de llenar aquellas funciones a que os inclinare el gusto, u os arrastrare el talento. Las ciencias y las artes, la agricultura y el comercio, la economía y la política, no han de estar lejos de la esfera de vuestros conocimientos; al contrario, cada una, dirélo así, de estas

provincias, ha de ser la que sirva de materia a vuestras indagaciones, y cada una de ellas exige su mejor constitución del esmero con que os apliquéis a su prosperidad y aumento. El genio quiteño lo abraza todo, todo lo penetra, a todo alcanza. ¿Véis, señores, aquellos infelices artesanos, que agobiados con el peso de su miseria se congregan las tardes en las cuatro esquinas a vender los efectos de su industria y su labor? Pues allí el pintor y el farolero, el herrero y el sombrerero, el franjero y el escultor, el latonero y el zapatero, el omniscio y el universal artista presentan a vuestros ojos preciosidades, que la frecuencia de verlas, nos induce a la injusticia de no admirarlas. Familiarizados con la hermosura y delicadeza de sus artefactos, no nos dignamos siquiera a prestar un tibio elogio a la energía de sus manos, al numen de invención que preside en sus espíritus, a la abundancia de genio que enciende y anima su fantasía. Todos y cada uno de ellos, sin lápiz, sin buril, sin compás, en una palabra sin sus respectivos instrumentos, iguala sin saberlo, y a veces aventaja al europeo industrial de Roma, Milán, Bruselas, Dublín, Amsterdam, Venecia, París y Londres. Lejos del aparato, en su línea magnífica, de un taller bien equipado, de una oficina bien provista, de un obrador ostentoso, que mantiene el flamenco, el francés y el italiano; el quiteño, en el ángulo estrecho y casi negado a la luz, de una mala tienda, perfecciona sus obras en el silencio; y como el formarlas ha costado poco a la valentía de su imaginación y a la docilidad y destreza de sus manos, no hace vanidad de haberlas hecho, concibiendo alguna de producirse con ingenio y con el influjo de las musas: a cuya cuenta, vosotros, señores, les oís el dicho agudo, la palabra picante, el apodo irónico, la sentencia grave, el adagio festivo, todas las bellezas en fin de un hermoso y fecundo espíritu. Este, este es el quiteño nacido en la oscuridad, educado en la desdicha y destinado a vivir de su trabajo. ¿Qué será el quiteño de nacimiento, de comodidad, de educación, de costumbres y de letras?.....

## Juan de Velasco

Fragmento de la Historia del Reino de Quito

(Pág. 110)

### DEL CLIMA

Esta diversa configuración de terreno, unida a la sorprendente altura de los montes, situados bajo la tórrida zona, hace que resulte un propio y característico clima. El ardor insufrible de los solares rayos bajo la línea, se temple por una parte con las perpetuas nieves, y hielos de los montes: por otra, las elevadas cordilleras son el punto de la contradicción de los vientos de levante y poniente, norte y sur, donde el perpetuo choque de los calientes y fríos, húmedos y secos, hace resultar una temperie media en que no predomina ningún exceso. Para hacer el debido concepto de este clima se han de suponer varios principios ciertos e indubitables, provenientes de los vientos, de los rayos solares, de la situación y de la material estructura, que son las causas físicas, de los particulares efectos de aquel clima. 1º En ninguna parte de todo el Reino es sensible la mínima diferencia, de los cuatro tiempos del año como en Europa. Se distinguen allá solos dos que son Verano e Invierno. Se llama *invierno* cuando llueve, sin que se sienta frío, y se llama *verano* cuando no llueve, sin que se sienta calor, pues úno y otro es siempre de igual temperamento.

2º El verano e invierno así entendido, ni es igual en la duración, ni es en el mismo tiempo, en todas las provincias. En unas llueve más que en otras y en otras prevalece la sequedad; en tal cual parte llueve poquísimos o casi nada en todo el año; y en tal cual, jamás cae una sola gota, como sucede en el distrito de Cañar de la provincia de Cuenca. En algunas provincias situadas

fuera de la cordillera, llueve la mayor parte del año; y cuando en unas es verano, es el invierno en otras. 3º Las nevadas son solamente en solas las alturas de cordilleras y montes, sin que jamás bajen a los llanos, y sin que haya ejemplo alguno de haber nevado en los poblados y terrenos que comunmente se habitan. 4º El choque de los vientos generales sobre las cordilleras, causa de horribles tempestades, hace que resulten los particulares vientos, que se llaman provinciales, los cuales contraen calidades, según variamente se dirigen por las aberturas de las montañas. 5º El temperamento de clima que resulta de dichas causas no se percibe, igualmente en todas las provincias, ni tal vez dentro de una misma. Las partes más altas, y por eso menos detenidas, participan mas del frío, de la sequedad y de la pureza del aire, como son las provincias de Pasto, Pastos, Chimbo y Riobamba. Las que son poco más bajas y defendidas, gozan de un perpetuo equilibrio, sin que jamás se sienta frío, ni calor, como son las provincias de Latacunga, Quito y Ambato. Las que son algo más bajas, como Ibarra, Alausí y Cuenca, pican ya de muy poco de calor. Otras se acercan al calor, como Popayán y Loja, donde comienza a ser sensible. Otras finalmente mucho más bajas, como son las situadas fuera de las cordilleras, son de temperamento caliente y por lo común húmedo y menos sano. 6º Ni el mayor calor de las provincias bajas, ni el mayor frío de las altas, llega jamás al grado de frío y calor que se experimenta en Europa, en el invierno y estío. 7º El país que una vez es frío, es en todo el año igualmente frío, y el que es caliente una vez, es siempre caliente, sin más diferencia que el poco más o menos accidental y de poca duración.

De estos diversos principios o causas físicas, dimana también otra diversidad de efectos y consecuencias. 1º Que el clima de Quito tan celebrado y ponderado de los escritores, de benigno y dulce, se debe entender solamente de una pequeña parte del Reino; pues

hablando generalmente, debe decirse más bien, que es un clima muy vario o por mejor decir, un agregado de todos los diversos climas. 2<sup>a</sup> Que este clima así entendido, aunque diverso, es generalmente sano y favorable, a excepción de tal cual parte de las mas bajas. 3<sup>a</sup> Que por necesaria consecuencia, son así mismo diferentes los productos naturales en casi todas sus provincias, en minerales, vegetales y animeles. Una pequeña parte de estas tres clases puede llamarse común a todo el Reino, siendo todo lo demás propio y particular de cada una de las provincias. Aun los mismos frutos, que son como generales a varias partes, son de diversa calidad en cada una. Por ejemplo la *chirimoya*, una de las mejores frutas americanas, en Quito es pequeña, llena de pepitas y mal sazónada; (1) en Ibarra y Cuenca, es algo mejor; y en Popayán y Loja es muy grande, perfecta y exquisita. Lo mismo sucede con el *plátano*, con la *piña* y con otras varias frutas; y lo mismo también con algunas aves y cuadrúpedos, que en unas partes prueban bien, en otras mal, y en otras medianamente. El *Corregidor*, que es el mejor pájaro entre los cantores de la provincia de Loja, muere cuando lo sacan a Quito, y lo mismo hace el *Chichico* uno de los más preciosos cuadrúpedos de Macas.

Esto que sucede con los animales y frutos propios de América, sucede con más razón con los frutos y animales transferidos de Europa, verificándose a la letra el proloquio de *non omnis fert omnia tellus*. Los frutos europeos de todo el año, como son las especies de *limones* y *naranjas*, prueban generalmente tan bien, que en las partes templadas y calientes se vuelven vicio, y se ven bosques de muchas leguas. Los que requieren los 4 tiempos, prueban también en las más de las provincias pero con notables diferencias. Por ejemplo las *peras*, sólo se sazonan perfectamente en algunos sitios de las provincias de Ambato y Riobamba; las especies de *du-*

---

(1) Menos en Conrogal.

*raznos y ciruelas*, como también las *manzanas*, perfectamente en muchas partes. Las *uvas* en las provincias de Ibarra y Cuenca son excelentes. Los *melones y sandías*, de ningún modo se dan en las partes frías, o medio templadas; en las cercanías de Quito y de Ibarra, son pequeñas como en Italia; mas en la provincia de Guayaquil y en otras calientes y húmedas, son superiores en calidad, y mucho mayores que todas las que se ven en Europa. Esto mismo sucede con las naranjas dulces de *Portugal*, que en algunas partes de las provincias de Ibarra y Riobamba, son de calidad más exquisita, delicada y fragante que todas las europeas. Esta misma regla siguen los animales. Los toros y los caballos, son en el centro del Reino medianos y peludos por lo común; en los Pastos son mayores y más fuertes, aunque no muy bien hechos: en Popayán y Loja, son mayores y de mejor calidad: en Cuenca poco o nada inferiores a los de Europa: y en Guayaquil no ceden los caballos a las mejores crías de Chile en América, ni a las de Andalucía en España.

### CANCION

(Pág. 116)

Me estimulas en vano,  
Gozzi, a buscar en dólífico instrumento  
El dulce aonio acento:  
De la lira discorde,  
Bajo la inepta mano,  
No dan las duras cuerdas voz acorde.  
¡Culpa del hado! Al dar vuelo atrevido  
El estro se desmaya envilecido.  
¡Ah! que festiva y quieta  
Gusta Febo la mente del poeta,  
Y apoyar no se atreve en los deslices  
De Astrea sus cuidados infelices.

Brama con furia abierta  
La borrasca que tiene sumergido  
El leño ya vencido;  
Al cual con gran coraje  
Fié, con vela incierta  
En el mar de esta vida mi viaje.  
Tranquila la onda hallábase, y sin velo  
Serenos reía el cielo;  
Bien es que despreciada  
De lejos nubecilla levantada  
Nuncio fatal se ostenta,  
Mas sin indicios de mayor tormenta.

Pero la adversa suerte  
Tanto después al mar la rabia aumenta,  
Que la nave, aunque fuerte,  
Se halla ya sin aliento.  
Ve que enlutado el aire anuncia muerte,  
Oye mugir el mar, silbar el viento:  
Toda se alza de modo  
La onda enemiga, que lo vence todo.  
El margen retirado  
Está, y con el cuidado  
Pálidos los pilotos, aturdidos  
Del largo batallar se hallan rendidos.

Su dolor más profundo  
Es que aquel dios del mar, Neptuno mismo,  
Le abra al leño el abismo:  
Hijo del más vil barro  
Que desde el cieno inmundo  
Sale a triunfar sobre el ajeno carro.  
¡Perece, oh Nave! (grita) y con todo arte  
La ofende en cada parte  
Sacudiendo el tridente,  
Vil en su mano, y piedad no siente;  
Y al leño maltratado  
Bárbaro lo destroza por un lado.

Entre tanto la ociosa  
Flota de barcas, (en que tú alistado,  
Con chusma vil mezclado,  
Ejercitaste el remo)  
Serenó el polo goza,  
Plácido el mar, (¡oh vituperio extremo!)  
Y robando riberas cual corsario,  
Enriquece su erario;  
Y cerca de la vega  
A descansar navega;  
Y por su empresa en tanto  
Gozando está de la sirena el canto.

¿Esta paga debía  
Esperar, Numen cruel, de tu avaricia?  
¿Qué es de la fe y justicia?  
Bajo de tu bandera  
La amplia nave corría  
Del mar hesperio a la oriental ribera:  
Ella te engrandeció: tus mares varios  
Purgó de ímpios corsarios:  
Con la sangre vertida  
De sus hijos vió el agua enrojecida;  
Y ella por defenderte  
No omitió empresa ni temió la muerte.

¿De tu reino sonrojo,  
Vivirá en calma la villana flota,  
Mientras dispersa y rota,  
De su tesoro grave,  
Del sacro, injusto enojo  
Víctima acabará la augusta Nave?  
¿Y Júpiter aun calla? ¿No en ardores  
Te abrasa vengadores?  
¡Ah! mientras hablo, amigo,  
Tifón brama enemigo,  
Y al aire con lamento  
Mis versos y mi voz se lleva el viento.

Canción, que de repente  
Fuiste entre el agua y tempestad nacida,  
Huye ligeramente,  
Y escondiendo tu faz desconocida  
A Glaucos y Tritones,  
Haz que mientras yo llego a salvamento,  
No se sientan mi grito y mi lamento.

A Nuestra Señora de la Luz

(Fág. 122)

Permite, Madre piadosa  
Que a tu luz me arroje bella,  
Y sin apartarme de ella  
Muera ardiendo mariposa.  
En tu luz mi alma reposa  
Como en su centro, de suerte  
Que con las ansias de verte  
Siento gusto en el dolor,  
Refrigerio en el ardor,  
Dulce delicia en la muerte.

Tú eres estrella del mar  
Que muestra a los navegantes  
Con caracteres brillantes  
Los rumbos del navegar.  
Yo que temo naufragar  
En el siempre turbulento  
Mar del mundo, quiero atento,  
Desde el palo de la Cruz  
Observar siempre tu luz,  
Sin perderla ni un momento.

Es tu esplendor luminoso  
De Estrella de la mañana,  
Que anuncia con luz temprana  
Próximo el día dichoso.  
Haz, pues, que al verla medroso  
El lobo que en noche oscura  
Rodear y asediar procura  
Con infernal rabia a mi alma,  
La deje tranquila en calma,  
Huyendo de tu luz pura.

Tú eres la cándida Aurora  
Que con purpúreo arrebol  
Nos trajo al divino Sol  
Que al mundo ilumina y dora.  
Haz por eso, gran Señora,  
Que el tierno Sol humanado,  
En tus brazos reclinado,  
Dentro de mi alma amanezca,  
A que de ella desaparezca  
Toda sombra de pecado.

Eres tú la bella Luna,  
Sin mancha, pura y hermosa,  
Cuya luz la tierra goza  
Con influencia oportuna.  
Lograr de esa gran fortuna  
Por tu medio solicita  
Mi corazón, por ser tierra  
Estéril que sólo encierra  
Abrojos, como maldita.

Señal, cual sol, escogida,  
Tu belleza resplandece,  
Pues como en el cielo aparece  
Del Sol divino vestida.  
Corona te hacen lucida  
Doce estrellas, y peana

De tus pies la luna ufana:  
Así cuanta luz blasona  
Hallarse en tí, te pregona  
Madre de Luz soberana.

Luz de luces misteriosa,  
De la luz del Verbo Madre,  
Hija de la luz del Padre,  
De la luz de luz esposa.  
Tú, como Madre piadosa,  
A mi alma tu luz convierte;  
Y esgrimiendo a brazo fuerte  
Contra el dragón infernal,  
Líbrala de todo mal  
En la vida y en la muerte.



## SIGLO XIX

---

Poeta Anónimo

(Pág. 131)

Canto lúgubre

*Recordare, Domine, quid acciderit nobis: intueri et respice opprobrium nostrum—Thren. Jerem. cap. 5 v. 1.*

Acuérdate tú, Señor,  
Del oprobio sucedido:  
Atiende nuestro gemido,  
Y vuélvenos tu favor.

*Adduxit enim super illos gentem de longinquo, gentem improbam . . . Bar. cap. 4. v. 5. 15 et 16.*

¡Ay dolor! suerte fatal!  
Para esos asesinatos,  
De nuestros dos Virreinos  
Se trajo a esta capital,

A los hombres dsalmados,  
Gente inicua y criminosa,  
Impía y facinerosa,  
En delitos consumados:

De las cárceles extraídos,  
Condenados ya a suplicios,  
Los trajeron por sus vicios  
Delincuentes foragidos.

Estos que sin religión  
No respetan al anciano,

Al sacerdote, al cristiano,  
Virtud ni moderación;

Fueron buenos instrumentos  
Para el robo y la matanza,  
Para la ira y la vengahza,  
Para el horror y tormentos:

Siendo no menos perdidos  
Sus ladrones oficiales,  
Que causaron nuestros males,  
Dignos Jefes de bandidos.

.....

*Jacuerunt in terra foris puer et senex.....*Thren. Jerem, c. 2. v. 21.

Niños jóvenes, ancianos  
Son pasados a degüello,  
Y también sagrado cuello  
Cortan las feroces manos.

Los cadáveres sangrientos  
A fuerza de los balazos  
Y de los bayonetazos  
Caen por los pavimentos.

Algunos ya mal heridos  
Salen por los corredores,  
Los cogen los matadores  
Y acaban con sus sentidos.

Corren de sangre torrentes,  
Ríos, lagos, charcos, mares,  
Y todo lo que repares  
Anegado en estas fuentes.

¡Ah, Señor! qué escena es ésta!  
Qué tragedia lamentable!

Ruiz Castilla, abominable,  
¿Y qué otra cosa te resta?

¿Este fue tu juramento,  
Y tu palabra de honor?  
Relámete, vil traidor,  
De sangre tigre sediento.....

Bajan luego a la ciudad,  
Matan indistintamente  
A toda clase de gente,  
Cebados en su crueldad.

Sacan todos los cañones,  
Paran horcas y aménazan,  
Todos huyen, y no pasan,  
Ni asoman a los balcones.

.....

*Deducant oculi nostri lacrymas....* Jerem. c. 9. v. 18, 21

Mis párpados y mis ojos  
Se deshacen en torrentes,  
Viendo a tantos inocentes  
Ser de la parca despojos.

Lágrimas de sangre son  
¡Ay, mi Dios! las que yo vierto  
Sobre cada cuerpo muerto,  
Que me parte el corazón.

Entran al presidio urbano  
Más crueles, más insolentes,  
Y a unos pobres inocentes  
Matan con bárbara mano.

Eran cinco que quedaron,  
Por no romper la prisión,  
Y por esta noble acción  
Del furor no se escaparon.

¿Y quién fue el sañudo autor  
De tan tristes sacrificios?  
El que a muchos beneficios  
De la Patria era deudor.?

*Dies ille vertatur in tenebras...* Job. cap. 3, v. 4.

¡Oh día dos abominable!  
Aparta de mi memoria;  
Guarda toda tu victoria  
Para Lima detestable.

Lleva tu cuadro horroroso  
A esa tierra del averno:  
Porque son del mismo infierno  
Los autores del destrozo.

Déjame que lllore solo  
Por las plazas y las calles,  
Por los montes y los valles,  
Desde el uno al otro Polo.

.....



## Poeta Anónimo

### Protesta Patriótica

(Pág. 131 )

¡Oh Dios, que eres inmenso, justo y santo!  
Tú sólo ves el interior del hombre:  
Tú sabes que tu culto sacrosanto  
Y el honor y la gloria de tu nombre  
Encendieron la llama  
Que hoy crimen se proclama;  
Porque juzgando en riesgo vuestra casa,  
Por defenderla nuestro honor se abrasa.

Diga el impío, diga lo que quiera,  
Haga irrisión de aqueste pensamiento.  
Tu sólo ¡oh Dios! tu luz es verdadera,  
Penetra el corazón y entendimiento.  
Si a tus ojos fue sano,  
¿Qué importa el juicio humano?  
Si tu causa fue justa, santa y buena,  
La muerte es triunfo que de gloria llena.

Tú, Fernando, monarca desgraciado,  
Víctima del impío Bonaparte,  
Mira el pueblo que llaman conquistado,  
Porque creyó su obligación amarte.  
Nos llaman criminales;  
Pero siempre leales  
Acompañamos vuestras aflicciones,  
Tus vasallos cargados de prisiones.

Defenderte, Señor, esta tu tierra  
De injusto usurpador, intruso dueño,  
Declararle mortal y fiera guerra  
A tu enemigo y nuestro, fue el empeño.  
Mas ¡ay! qué diferencia

En esta Presidencia!  
Sentimiento tan noble y exquisito  
En España es virtud, crimen en Quito.

¡Oh Madre Patria! España desdichada  
Al veros en dolores tan prolijos,  
Fugitiva talvez, desamparada,  
Un asilo os preparan vuestros hijos.  
Mas ¿quién creyera ¡oh Cielo!  
Que tan noble desvelo  
Por crimen se repute, por delito  
Socorrer a la madre en tal conflicto?

¿La Nación ha ordenado ya otra cosa?  
¿Manda otra ley, gobierna otro derecho?  
Pues qué culpa tan negra y criminosa  
Se inquiera y se imputa a nuestro pecho?  
No lo encuentro, confieso:  
Porque, ¿es culpa un exceso  
De lealtad, de amor, y de un fino celo?

.....

Almas injustas, almas execrables,  
Decid pue aquestos son pretextos vanos.  
Yo apelo a los juicios insondables  
De este Dios que penetra los arcanos.  
Dejemos la sentencia  
A su infinita ciencia.  
¡Que al inocente salve la justicia,  
Y que al malvado oprima su malicia!

## Poeta Anónimo

Lidia de gallos

(Pág. 137)

Chambeños, nación guerrera  
Y aficionada a los gallos,  
No he de rendir mis caballos,  
Sino a vencer tu gallera.  
Gallos irán de primera,  
Que han de saber confundir  
Con su valor, y rendir  
Pollos, gallos, gallinetas,  
A punta de bayonetas,  
Pues son diestros en herir.

A carcajadas me río  
Viendo ya mi vencimiento,  
Y así daré cumplimiento  
A tan feroz desafío.  
Chambeños, del pecho mío  
Con tanta resolución,  
Yo pongo la condición  
Que después de esos alardes  
No se retiren cobardes  
Con gallos y munición.

Reverendísimo Padre,  
Si me aguarda en su gallera,  
Que le cuadre o no le cuadre,  
Su Reyerencia es compadre  
De muchos gallos ahijados;  
Para éstos irán armados  
Unos que tengo previstos,  
Guapos, peritos y listos  
Y veteranos soldados.

Orgullosa Nación, temida gente,  
La respuesta ha llegado en muchos días,  
Os faltaría el numen suficiente  
Para estampar tan bravas fullerías.  
Mi ejército os promete nuevamente  
Derrotar las valientes compañías,  
Que con bélico estruendo se proponen,  
Sin saber que a la muerte se disponen.

Ya mis lucidas huestes, que marchando  
Han de ir muy ajenas de temor,  
Tendrán el gran placer de ver temblando  
Vuestra gente en el campo del honor.

El dinero aprestad para contando  
Dárnoslo, y aunque os cueste gran dolor;  
Que éstos serán despojos de la fiesta,  
Sin que una pluma quede ni una cresta.

No faltaré a campaña en aquel día  
Que mostrar quiere Chambo sus valores,  
Y no difiera más la cobardía  
Mis triunfos y mis glorias y mis loores;  
Y aunque en el puente me esperéis querría  
Con timbales, trompetas y tambores:  
Con todo ese marcial ruidoso alarde  
Derrotaré esos gallos por la tarde.

#### PROCLAMA

Ejército compatriota,  
Está fuerte el desafío.  
No tembléis como con frío  
De miedo de la derrota:  
Rodando hecho pelota  
Ha de quedar cada gallo.  
Desde ahora les echo el fallo,  
Pues sólo son valentones:  
C... ..en los calzones  
Parece que ya los hallo.

Ejército riobambeño,  
La acción se dará el domingo,  
Y con su gallo *biringo*  
Nos saldrá cada chambeño.  
Renuévase vuestro empeño  
Para dar con ellos fin.  
La fama con su clarín  
Exaltando vuestra gloria,  
Ha de dejar la memoria  
Como la de San Quintín.  
Inclitísimos soldados,  
Todo Chambo nos invita  
Con sus gallos con pepita  
Y poco disciplinados.  
No hay que estar acobardados  
En tan singular acción:  
Vuestra constante afición  
Os debe mucho animar,  
Pues que vamos a ganar  
Plata, fama y opinión.

EPITAFIO QUE SE HA DE PONER A LOS VENCIDOS.

Aquí yacen los despojos  
De los gallos enemigos;  
De su destrozo testigos  
Fueron del Cielo los ojos.  
Pena, despecho y enojos  
Dejaron a los chambeños.  
Vanos fueron sus empeños  
En la pelea reñida:  
Ellos perdieron la vida,  
Y sus pesetas sus dueños.

## Poeta Anónimo

### Los dioses tunantes

(Pág. 137)

Gracias al cielo que vivo  
En este tiempo cristiano,  
Y no en el tiempo pagano  
De tanto dios abusivo.

Las gentílicas deidades  
A la tierra se venían,  
Y a los humanos hacían  
Cuatrocientas mil maldades.

Aquel Júpiter Tonante,  
De dioses y de hombres rey,  
Fue sin honor y sin ley  
Un grandísimo tunante.

Otro que tal era Apolo,  
Y Neptuno y todos ellos,  
De los pies a los cabellos  
Sacos de vicios y dolo.

Si ese mal tiempo volviera  
Con sus númenes tunantes,  
¿Qué fuera de los amantes?  
¿De los maridos qué fuera?

Tú eres muy bella, Benigna,  
Y con claridad hablando,  
Yo viviría temblando  
De alguna jugada indigna.

Grande sería mi aprieto  
Si en brazos de un dios te viese;  
Yo no sé, no sé que hiciese  
De tí y de aquel sujeto.

En mi despecho y locura  
No sé si te perdonara,  
Y si a salvarte bastara  
Mi indescriptible ternura.

Y a tu seductor avieso,  
A pesar de ser deidad,  
Por castigar su maldad  
Le torcería el pescuezo.

Pero, son temores vanos,  
Hijos de mi amor y celos:  
Gracias, Benigna, a los Cielos.  
Que ya no hay dioses paganos.

## Poeta Anónimo

### Lección a los inocentes

(Pág. 138)

Hoy que la muerte se prepara fiera  
A lanzar contra mí su horrible gancho  
Y que no hay remisión con la tijera  
De Atropos cruel que corta lo más ancho:  
Y porque muerto vo, podrá cualquiera  
Decir mentiras mil, y creerlo Sancho,  
Mi vida escribir quiero sin rodeo,  
Para no verme hundido en el Leteo.

¡Oh Clío! ven, inspírame indulgente,  
Y me verás trepar al Helicon;  
Me verás zambullir en la corriente  
Del Permeso, y hacerle la balona  
Al alado Pegaso, de ojo ardiente,  
Sobre el cual correré de zona en zona;  
Ven, Clío, inspira sobre mí un bostezo,  
Que ya la historia de mi vida empiezo.

Nací causando graves sinsabores  
A mi madre, cual todos han nacido;  
Mas a pesar de riesgos y dolores  
Vió en sus brazos, por fin su hijo querido,  
Como muchos de ahora, o bien de antaño,  
Que al sexo encantador sirven de daño.

Mi genitor, no obstante, respetaba  
De natura el poder y sus deberes;  
Mil caricias me hacía, si lloraba,  
Y más, si me faltaban menesteres;  
El infeliz así me demostraba  
Su amor; porque no fue de aquellos seres  
Que olvidan codiciosos y malvados  
Los deberes más justos y sagrados.

Pedro mi nombre fue, de Negrete hijo.  
Mi madre se llamó... mas no es del caso;  
Lo que quiero es contar de un modo fijo  
Mis años que ya tocan en su ocaso:  
En mi historia no quiero ser prolijo,  
Como lo fue en los incas Garcilaso;  
Y sólo, por si importa a esta materia,  
Diré que mi prosapia es de la Iberia.

Americano y Español, mi crianza  
Fue cual suelen tenerla muchos niños:  
Poca escuela; mas siempre mucha holganza,  
Mucho consentimiento y mil cariños.  
Oficio ni aun por pienso, ni aun por chanza,  
Que esa es cosa de negros, no de armiños;  
Y sólo me dejaron que llegase  
De diestro jugador a la alta clase.

Así en la treinta y una y mediator,  
Como en el revésino y la malilla,  
En el briscán, el monte y truquiflor,  
Y en el solo también, y la ropilla  
Llegó mi habilidad a tal primor,  
Que a todos los dejaba ya en mantilla,  
Logrando conservar de esta manera  
Mi bolsillo, mi crédito y mollera.

No obstante, con temor me entretenía,  
Porque siendo mi edad aun inexperta,  
Miré que mi sudor desaparecía  
Volándose la carta de la puerta,  
Y aun cuando ya doctor me suponía  
Y estaba en cada lance muy alerta,  
Sujetos vi de tal inteligencia,  
Que eran del Gran Briján la quinta esencia.

La aurora me encontraba y la mañana  
Con el dado de cabra atravesado,  
Alto, bajo y demás, que es cosa llana  
Por no salir del suelo trasquilado:

Siempre andaba buscando el pelo o lana  
De algún borrego tímido o confiado;  
Y unos naipes al caso hacían mi corte,  
De pega, de floreo y resorte.

Yo no dudé pregonen mis rivales,  
Que del vientre salí jugando dados,  
Que fueron de barajas mis pañales,  
Y que me hicieron gran tatur los hados:  
Mas protesto que mienten esos tales,  
Que hay albures muy más aventajados,  
De quienes si la fama resonara  
El Ecuador absorto se quedara.

Cierto es que un mal cristiano, y fue quiteño,  
Jugando una ocasión a la primera,  
Y oyéndome nombrar, con necio empeño,  
Que me *amarcara* todo me dijera.  
¿Usted, señor Negrete? amado dueño:  
¡Lleve no más! Pero esto vi que era,  
Por plantarme el grandísimo bellaco,  
Discípulo, a mi ver, del mismo Caco,

Sabiduría, valor, alma y conciencia  
Me infundieron tahures veteranos;  
Mi juvenil edad logró experiencia,  
Con sus discursos y consejos sanos.  
"Hijo mío (me decían) la gran ciencia  
Para el juego consiste en diestras manos,  
Y en no olvidar que va limpio a su casa  
Quien la legalidad y honor abraza."

Para llegar a ser talvez perfecto  
Sabios maestros me dieron materiales;  
Y con sus instrucciones, en efecto,  
Hice pruebas de manos especiales;  
Tal en la treinta y una es el secreto  
De recortar los naipes bien iguales,  
Dejando un poco largos o con realce  
Los cuatro ases, y hallarlos en el alce.

En marcar las barajas con limpieza,  
Por encima cabezas y costados;  
En amarrar albures con destreza  
Y jugar a la vez con cuatro dados;  
En subir y bajar con lijereza  
Alguna carta en casos apurados;  
Y en fabricar los dados de manera  
Que hasta los supe hacer de salvadera.

Vine a ser un asombro y maravilla,  
De modo que en los naipes el primero  
Era yo, con la espada y la malilla;  
Y en las manos tau diestro maronero  
Que brillaba mi ciencia, como brilla  
El fuego en la oficina de un fondero;  
Y si esta semejanza aun es mediana,  
Brillaba como lumbre meridiana.

Mi cábala primera se cifraba  
En no hacer una pérdida crecida;  
De este modo por cierto me evitaba  
La ruina y el tormento de mi vida;  
Si me decía la suerte bien, ganaba;  
Si no, me levantaba en la partida;  
Y de aquí es que jamás me vi arruinado:  
Jugué, gasté, y nunca he petardeado.

Con los naipes jugando de concierto  
Contra inocentes me encontré una mina:  
Muchos siguieron este norte cierto  
Que con mi ejemplo fue feliz rutina:  
Yo sólo al fin noté mi desacierto,  
Y en conciencia abjuré de tal doctrina,  
De darle de ganar a otro fullero  
Y haber de restituír yo por entero.

Fuí víctima una vez en la gallera  
Ignorando la intriga de los güiros;  
Pero me aproveché de tal manera

Y me enrolé también con los vampiros  
Que en el curso de esta ínclita carrera  
Los gallos blancos transformaba en giros;  
Y logré con mi ciencia peregrina  
Que a un gallo inglés matase una gallina.

En el billar llegué a ser eminente  
No obstante que fingía no dar bola;  
Siempre buscando un bobo o inocente  
Para poder hacerle la mamola;  
Perdía, si lo juzgaba conveniente;  
Si no: mi contendor quedaba cola;  
Pedía tantos, pudiendo dar partido:  
Que así despluma a un tonto, un advertido.

Al empleo feliz de garitero  
Me inspiraron ancianos de buen juicio,  
Amantes de su prole y su dinero,  
Y jóvenes contraidos al oficio:  
Entraba en mi mandracho, el caballero  
Y el plebeyo también; y a este ejercicio  
Iban frailes, letrados y estudiantes,  
Militares y muchos comerciantes.

Al principio se tuvo por desdoro  
Que fuese garitero un hombre honrado;  
Empero el interés de plata y oro,  
Decente hizo mi empleo y codiciado.  
A muchos ya de envidia daba lloro  
De ver que me comía tal bocado  
Y hacían por birlarme el beneficio  
Que antes se reputaba ladroncio.

Mas a pesar de todos mis rivales  
Y a pesar de la ley y sus agentes,  
Jamás se profanaron los umbrales  
De mi academia: pues mis concurrentes  
Llevaban además de los metales  
Valientes pechos y serenas frentes;

Con cuyo apoyo, y con mi genio duro  
Mi dominio por fin se hizo seguro.

Tal como cuando crece y se pasea,  
Inunda y fertiliza nuestras playas,  
Corre precipitado y espumea  
En marzo el caudaloso, ameno Guayas:  
Como el humo que erguido señorea  
Sobre las altas torres y murallas;  
Y en fin, como el orgullo y la lisonja  
Que hace crecer a algunos más que esponja.

Así creció mi nombre hasta la luna  
Con una estimación bien merecida:  
Porque no consentí destreza alguna  
A los sacres que honraban mi partida;  
Mas al droguero y de intención patuna  
Ni asiento se le daba ni acogida;  
Y en conclusión, porque en mis altos cargos  
Un Radamanto vine a ser, y un Argos.

Consolidada mi garitomacia  
Bajo de mi poder, que hice absoluto,  
Como los que dominan en el Asia,  
Impuse a mis vasallos el tributo:  
El pronto pagador tenía mi gracia,  
Mas el que no, marchábase de luto;  
Era un río en mi casa el numerario,  
Mas afluente, talvez, que en el Erario.

Ordené y conseguí que en mis umbrales  
A Pluto y la Fortuna se ofreciera  
Joyas y ropas, gustos y pesares,  
La vida y el honor, si conviniera.  
Unos llevaban sus dioses lares,  
Ya que en sus casas nada más hubiera,

Llegando a señalarse su fe ardiente  
Con una hecatonfomia diariamente.

Para dar atractivo a mi recinto  
En la entrada se veía la abundancia,  
Mas en el centro había un laberinto  
Formado de la pérdida y ganancia.  
El negro engaño, unido por instinto  
Con el temor, allí tenían su estancia,  
Do habitaba igualmente la codicia  
Con la envidia ferina y la malicia.

Así cuando dejaban mis umbrales  
Los más habían perdido la cabeza,  
Como también su crédito y metales;  
Y los acompañaba la pobreza  
Y desesperación con otros males.  
Otros había que con gran tristeza,  
Salían furibundos renegando  
El garito, y al dueño al diablo dando

Mas no por ésto se acertó mi hacienda,  
Pues todo el que ha gozado del envite,  
Si una vez gana, ya no tiene enmienda;  
Si pierde, corre en busca del desquite:  
Y si hoy por mis espensas tan sin rienda  
Estoy, que ya no tengo ni un confite,  
En mejorando juro por mi gorra  
No volverá mi bolsa a dar en borra.

Y aunque un tal Mendiburo en días aciagos,  
Como a mi profesión tales reveses  
Que ya de exterminarla habían amagos,  
Yo logré de la ley triunfar a veces;  
Porque el oro, la plata y los halagos  
Ablandan sin remedio duros jueces:

Y con ellos logré siempre el prodigio  
De conservar mi empleo y mi prestigio.

Así se me han huído setenta años  
Al océano del tiempo más profundo,  
Envueltos en astucias y en engaños,  
Nacidos de mi genio tan fecundo;  
Aunque si yo viviera otros setenta,  
De ellos diera talvez la misma cuenta.

Esta es sin vanidad la abreviatura  
De un proceder juicioso y muy honrado.  
Sobre el sexto es verdad que mi soltura  
A la del gran Sultán ha aventajado:  
El matrimonio vi como una locura;  
Pero al fin, fuí devoto declarado  
De ánimas, procesiones y novenas,  
Y así estoy libre de infernales penas.

Mas, si mi devoción no es suficiente,  
Confesaré también arrepentido,  
Que injusto y más que bárbaro indolente,  
La pública moral he destruído.  
Con el funesto juego, es evidente,  
Lo pernicioso que a mi patria he sido;  
Pues quien al juego sigue o se encamina  
La sociedad degrada y extermina.

Y es patente verdad y muy sabida,  
Que si se destruyeran los garitos,  
La indigencia no fuera tan crecida  
Y se ahorraran pesares infinitos;  
Pero apenas me marche a la otra vida  
Habrá más gariteros que mosquitos,  
Que serán Arpías crueles, Tintoreras,  
Tigres, Hidras, Tarascas verdaderas.

Como experimentado navegante  
Que he visto la tormenta peligrosa  
Que cerca al jugador a cada instante:  
Que ve que la fortuna es caprichosa,  
Que el juego es una guerra devorante  
Que hasta la sangre y la amistad destroza:  
Quisiera mis consejos y experiencia  
Manifestar en bien de la inocencia:

Mas ya el profundo y rígido Galeno,  
Con tanto recetar claro me indica  
Que no podré llegar a verme bueno,  
Aunque me trague entera una botica:  
Esta idea no me tiene muy sereno,  
Peor cuando la conciencia algo me pica:  
Y si otro en mi lugar tomara el sayo,  
Jamás le cobraría albur y gallo.

Y pues abierta veo la sepultura  
Y un espectro que me hace allí del ojo;  
Que anda festivo y oficioso el Cura,  
(Señas de que mi vida vale un piojo)  
Confieso que soy nada, soy basura,  
Y así del cielo a la piedad me acojo,  
Y mando que en señal de compunción  
En mi tumba se grave esta inscripción.

#### EPITAFIO

Aquí yace un doméstico animal  
Que vivió de la sangre de otros mil;  
Su engañadora condición fue tal,  
Tan mágico su genio y tan sutil,  
Que sus leyes sostuvo sin igual  
Licurgo de la fértil Guayaquil,  
Lamia feroz con visos de hermosura.

Que siempre logró hacer presa segura,  
Del juego es de quien hablo y del Coimero;  
Guárdate de tus garras pasajero.

CONCLUSIÓN

Pobre librito mío,  
Que vais a dar a manos  
De ricos y de pobres,  
De necios y de sabios,  
De tahures discretos,  
Y de otros temerarios  
Que querrán muchas veces  
Talvez despedazaros:  
Si alguno injustamente  
Se muestra disgustado  
Porque me acerco al Píndo  
Con mal seguro paso;  
O porque he descubierto  
Del juego los arcanos;  
Decidle que no precio  
De poeta ni aun mediano;  
Que en general escribo;  
Que a ninguno señalo,  
Ni temo la censura,  
Ni pretendo el aplauso:  
Y sólo ataco al vicio  
En bien de mis hermanos.

**Pedro Berroeta, S. J.**

(Pág. 138)

Tirado el pliego en que se habla del P. Berroeta, ó a nuestras manos una copia de todas sus obras. En is hemos encontrados una que otra composición que debe permanecer en olvido.

Si no perfecto, creemos que es uno de los mejores asunto serio, el soneto hecho en *Élogio de un pajaribuen cantor*:

Oh pajarillo que con alas bellas  
De rama en rama vas revoloteando,  
Y que tan dulcemente vas cantando,  
Que de mis penas borras aun las huellas:  
Para que contra mí no vuelvan ellas  
Ni contra quien tu canto esté escuchando,  
No ceses de cantar; canta hasta cuando  
Caer vieres del cielo las estrellas.

Canta, pues, pajarillo, sin recelo  
Que de un halcón las garras y asechanzas  
A hacer presa de tí vengan de vuelo:

Tus gorjeos, tus quiebros, tus mudanzas  
Matarán su hambre, estorbarán su anhelo  
Y sólo anhelarán tus alabanzas.

Aunque con varios defectos de forma, merece que iscribamos aquí el siguiente soneto satírico dirigido *Ricardo Montero que tuvo gran aplauso por un soneto compuso, cuyos conceptos eran de Gerardo Lobo*:

Cuando al florido Pindo haces jornada  
Con tu rozno, tu mulo o tu Pegaso,  
Poco importa, oh Ricardo, que en Parnaso  
Esté cara la alfalfa y la cebada.

Allá tú encontrarás buena posada,  
Si a las musas leyeres un pedazo  
De aquel tu hermoso, hurtado sonetazo,  
Por el cual fue tu musa tan loada.

Usando del más fino disimulo,  
El mismo Apolo (haciéndose del bobo)  
Procurará ocultar astuto y chulo  
El que a Gerardo has hecho injusto robo:  
Den (dirá) de comer al pobre mulo  
Que ha venido a estas cumbres hecho un lobo.

6<sup>o</sup>—Entre las pocas composiciones líricas de considerable extensión y tono elevado que escribió Berroeta, citaremos *Liras* y *Lamento*.

Las *Liras*, que son 72, se hicieron “en ocasión de cumplir su primer año de nacimiento los dos gemelos infantes de España.” Es una poesía completamente mitológica, a la manera de la que Fernando de Herrera dedicó *A Don Juan de Austria*. Si hay cierta ingeniosidad para disponer la fábula mitológica en orden al tema propuesto, faltan la entonación lírica, la igualdad y la dicción poética de la de Herrera, y abundan las alabanzas exageradas, conceptuosas y gongorinas, en medio de la frialdad y el tono narrativo que dominan en toda la composición.

Más sentimiento, igualdad, entonación lírica y aun lenguaje poético y armonía de verso, hay en *Lamento* y *llantos de la difunta República Cisalpina, hija de Francia*. La pintura de la Joven Cisalpina nos recuerda la de España, hecha por Gallego en su *Dos de Mayo*. Indudablemente Berroeta conoció esta composición del poeta español, pues fue publicada en 1808. La prosopografía de nuestro vate se resiente de excesiva difusión y de mal gusto. Mal escogido y pueril nos parece aquel detalle:

.....frecuentemente  
Los dedos se mordía ansiosamente.

Así y todo, *Lamento* puede considerarse como la mejor de las composiciones líricas. Prescindimos, por supuesto, de alguno que otro verso prosaico o falto de ritmo:

Era noche sombría,  
Cuando rendido al lecho me ten  
El sueño enajenado  
De mí mismo. Mas aunque sepultado  
En letargo apacible el pensamiento,  
Creí escuchar un mujeril lamento.  
Los ojos al instante  
Abro atónito: y miro que delante  
Se me pone la Joven Cisalpina,  
Hija que fue de Francia amante y fina,  
Anegada en su llanto,  
Roto el vestido y destrozado el manto,  
Con rostro macilento,  
Que de su pecho el bárbaro tormento  
Daba bien a entender: frecuentemente  
Los dedos se mordía ansiosamente.  
En su frente grabada  
Leí el de *Libertad* nombre malvado;  
Erizado el cabello,  
Descompuesto y sin orden por el cuello  
Y los hombros corría.  
Todo el cuerpo tenía  
Estrechamente atado  
Con pesadas cadenas; maltratado  
Y llagado de suerte,  
Que era un retrato vivo de la muerte.  
Finalmente, llenando  
El aire de suspiros y llorando  
Afligida, exclamaba:  
Ay infeliz de mí! Cuando esperaba  
Mil palmas y laureles,  
Mis amigos, infieles  
A sus promesas, me han abandonado....  
Traidora Francia! Así me has engañado?  
Ni te bastó engañarme,  
Oprimirme también, precipitarme  
Has querido de modo

Que, por tí todo haciendo, pierdo todo.  
Por tí mi fe sagrada  
Menosprecié con impiedad malvada:  
Por tí (qué infame intento!)  
Con sacrílego, vil atrevimiento,  
No perdoné al Tesoro  
Más Sagrado, robando plata y oro  
Al Santuario: Tu ejemplo  
Siguiendo, al santo Templo,  
Al Sacerdocio Santo  
Atropellé insolente, oh cuánto, oh cuánto!  
De tu doctrina instruída  
(Cuánto mejor dijera pervertida)  
Virtud juzgué (qué juicio!)  
Los estragos y ruinas y aun el vicio:  
Y hambrienta de maldades  
Despojé casas, pueblos y ciudades.  
En tu escuela viciosa,  
Francia vil, aprendí a buscar ansiosa  
Desahogo a mis pasiones.  
De tantas sinrazones  
Y delitos, ay Dios!, ahora ya siento  
En mi conciencia cruel remordimiento.  
Ya pido arrepentida  
Perdón de tantos hierros.... Mas mi vida  
No puede prolongarse:  
No hay remedio: Ay de mí, debe acabarse.  
De la Austria valerosa  
Soy presa: de la espada victoriosa  
La víctima seré desventurada.  
Dijo así; y con horrendo  
Alarido, cual furia, sacudiendo  
Las cadenas; su pálido semblante  
Cambiando en fuego: en aquel mismo instante  
Voló rápidamente  
Al reino del Cocito. Justamente  
Por eternas edades

Castigo allí tendrán sus impiedades.  
Ahora sí, Italia mía,  
Puedes llamarte libre; este es el día  
En que, rotos tus lazos,  
Francisco te reciba entre sus brazos.  
Exclama, pues, cómo exclamar es justo,  
¡Viva Francisco Emperador Augusto!

7º—Cultivó también Berroeta la fábula en dos piezas originales tituladas, *De la vulpeja y del espino, Del labrador y Júpiter*. Prescindiendo de algunos pro-saísmos, la segunda merece que la copieemos aquí por la moraleja y la buena ejecución general:

Un labrador, hombre sencillo y bueno,  
Con Júpiter convino a cultivarle  
De una gran heredad todo el terreno;  
Mas con el pacto, que debiese darle  
Las estaciones sólo a su recuesta,  
Según como él hubiese de insinuarle.  
Oyendo el Dios Tonante tal propuesta,  
Para darle al villano un desengaño,  
Estar a lo que él pedía le protesta.  
Se acordó entre los dos el pacto extraño,  
Y a petición del rústico en el cielo  
Júpiter gobernó todo aquel año.  
Las influencias las enviaba al suelo  
Sólo según el rústico pedía,  
O el viento, o la agua, o el calor, o el hielo.  
Al fin del año el labrador gemía,  
Nada teniendo de que hacer cosecha,  
Y Júpiter del daño se reía.  
Estando al labrador la burla ya hecha,  
Júpitar le aparece y le asegura  
Que sería la pérdida rehecha.

“Mas, advierte (le dice) tu locura:  
Pues que me has hecho gobernar el año,  
Sólo para tu daño y desventura.

Para que puedas resarcir el daño,  
Ara, siembra y cultiva tú a tu modo,  
Que en influir no te será uraño.

Déjame obrar a mí, que lo sé todo,  
Y puedo darte una cosecha buena,  
Aunque siembres o plantes en el lodo.

No pidas la estación siempre serena,  
Recibe alegre aquella que yo quiera,  
Que es benéfico el cielo aun cuando truena.

Yo reglaré los tiempos de manera  
Que todo tiempo te será propicio,  
Estío, Otoño, Invierno y Primavera.”

Al rústico este aviso le dió juicio,  
Y, sin que ya él se atreva a pedir nada,  
Del ciclo obtuvo todo beneficio.

El hizo una cosecha redoblada  
De mies en toda especie, en toda clase,  
No sólo en trigo, arroz, mijo y cebada.

Tanto que fue preciso que faltase  
Sitio en que reponer tanta uva y grano,  
Que bodegas y trojes arrendase.

Desde esta vez nunca pidió el villano  
De estaciones el giro a su talento,  
Con cualquiera estación estaba ufano,  
Recibiendo aun la adversa muy contento.

Así en Dios tú también debes fiarte,  
No pidiendo con súplica importuna,  
Lo que puede quizá más bien dañarte,  
Trastornando tu dicha y tu fortuna.  
Si estás indiferente El sabrá darte  
Según la cosa a tí fuere oportuna:  
Deja de tí el cuidado al Rey del cielo,  
Y vive alegre o al calor, o al hielo.

8º—Como fruto de su permanencia en Italia, compuso algunas poesías en italiano. La oda dedicada a *Sant' Ignazio* es la más extensa y la mejor, por la entonación y el movimiento de afectos. En ella recorre los hechos principales de la vida del santo, como su conversión, su penitencia asombrosa en la cueva de Manresa, sus éxtasis, las apariciones de la Virgen Santísima para inspirarle la composición del maravilloso libro de *Los Ejercicios espirituales*, la fundación de la Compañía, su celo apostólico y su triunfo sobre Satanás.

La construcción tanto de los versos sáficos, como de los adónicos, es defectuosa en muchas estrofas. De aquí la dureza y la falta de ritmo.

9º—También ejercitó la pluma en traducir del latín y del italiano, con notable perfección. Son dos las mejores versiones hechas del latín, una profana y otra religiosa.

La profana y clásica del *Beatus ille* de Horacio, llama Berroeta *paráfrasis*, aunque en rigor no pasa de ser una traducción algo más libre que la de Don Javier Burgos, y menos que la de Fr. Luis de León. Hecha en la difícil estrofa de los tercetos clásicos, si no es tan castigada como la de León, no carece de mérito suficiente para colocarse, no obstante alguna que otra desigualdad y prosaísmo, entre las buenas versiones de la oda del poeta venusino.

Con todo, hay un pasaje, cuyo sentido ha cambiado Berroeta, poniendo en boca de la esposa del labrador, aquello que dice el usurero Alfió, según se deduce de los últimos versos de la oda:

Haec ut loquutus fenerator Alfius,  
Jam, jam futurus rusticus,  
Omnem relegit idibus pecuniam;  
Quaerit Calendis ponere.

El pasaje a que nos referimos es el siguiente:

Vino dulce de un año no cumplido  
Del barril saca, y sin gastar dinero  
La comida apareja al buen marido,  
*Diciendo esto añadido: más no quiero....*

Para que nuestros lectores puedan formarse cabal idea de la traducción de nuestro compatriota, vamos a transcribir, después del texto latino, la primera estrofa de las tres traducciones:

**Texto de Horacio:**

Beatus ille, qui procul negotiis,  
Ut prisca gens mortalium,  
Paterna rura bobus exercet suis,  
Solutus omni fenore.

**Fr. Luis de León:**

Dichoso el que de pleitos alejado,  
Cual los del tiempo antiguo,  
Labra sus heredades, olvidado  
Al logrero enemigo.

**Berroeta:**

Dichoso aquel que, ajeno de cuidados  
Como la antigua gente, con sus bueyes  
Se cultiva los campos heredados.

**Javier Burgos:**

Feliz, quien de negocios alejado,  
Cual en la edad de los hombres primitiva,  
Con sus bueyes cultiva,  
De usura libre, el suelo que ha heredado.

Tras de este ligero parangón, copicmos íntegra la *Paráfrasis de la oda 2ª de Horacio:*

Dichoso aquel que ajeno de cuidados  
Como la antigua gente, con sus bueyes  
Se cultiva los campos heredados.

Observador celoso de las leyes,  
Libre de toda deuda, usura o treta,  
Aun más tranquilo vive que los reyes.

Ni del soldado la marcial trompeta,  
Ni el mar airado turban su reposo,  
Ni de la suerte algún revés lo inquieta.

De litigios y pleitos temeroso,  
Tribunales y plazas abomina,  
La casa huye del rico y poderoso.

A caseros afanes se confina:  
De la vid los sarmientos más crecidos  
Al maridaje de álamos destina;

O endereza los vástagos torcidos,  
Otros los poda, y en su vez los frutos  
Ingiere más felices y escogidos.

O de sus cabras y cornudos brutos  
Hecho atalaya, tiene el ojo alerta  
Que a ellos no lleguen, no, lobos astutos.

De panales y miel la dulce oferta,  
Que las abejas le hacen industriosas,  
Recoge, y guarda en olla bien cubierta.

Trasquila las ovejas achacosas  
Y cuando alza el Otoño su cabeza  
De frutos coronada en vez de rosas:

Oh qué gusto al mirar tanta riqueza!  
Qué placer al probar tanta dulzura  
Del ingerto pero con destreza!

De los racimos de uva ya madura  
Que a la púrpura emula en su colores,  
Priapo, para tí coger procura;

Y en buena cantidad y los mejores  
A tí, oh Tutor de selvas y sembrados,  
Regala el labrador de mil amores!

Echa después sus miembros fatigados  
Bajo la sombra de una antigua encina,  
O entre la tenaz grama recostados.

Su agua en tanto descarga la colina  
Y las aves pipiando en la floresta  
Se acogen a la rama más vecina.

Ni el murmullo de fuentes le molesta,  
Que a sus ojos más bien concilia y llama  
El dulcísimo sueño de una siesta.

Mas cuando invierno entre mil truenos brama  
Y cubre con sus nieves monte y llano,  
Blanqueando cada risco y cada rama;

Con copia de lebreles gira ufano,  
Persiguiendo al jabalí furioso  
Que al fin víctima cae de su mano.

De las redes el dolo artificioso  
Arma contra las aves, y al instante  
Cae primero el tordo por goloso.

Grulla venida de país distante  
Y la libre fugaz dan en el lazo,  
Que son del cazador premio elegante.

De estos placeres en el dulce plazo,  
Quién del amor no olvidará los males  
Que dan al corazón tanto embarazo?

Bien que, honesta consorte a los umbrales  
De la casa, por sí bien regulada,  
Lo recibe de amor con mil señales,

(Como hacer suele sabina honrada  
O la consorte del Pullés ligero,  
De los solares rayos quemada);

Al cansado marido con esmero  
Le enciende en el hogar la seca leña  
Que a calentarlo, pone en el brasero.

Encerrando después su grey pequeña  
En el redil de zarzas bien tejido  
Sus alegres ovejas las ordeña.

Vino dulce de un año no cumplido  
Del barril saca y sin gastar dinero  
La comida apareja al buen marido,  
Diciendo esto añadido: más no quiero,  
Ni los ostrones de Lucrino lago,  
Ni el rombo, ni los escaros prefiero,  
Si acaso alguno, echado del estrago  
Que inquieto le amenaza el mar de Oriente  
Viniese a nuestro mar, prófugo o vago.

No entrarán en mi vientre fácilmente  
La ave africana o francolín adriano,  
Pues no gusto comer tan lautamente.

La aceituna cogida por mi mano,  
El lapazo y las malvas lubricantes  
A mí me gustan más y tienen sano.

Son para mí manjares elegantes  
O el cabrito quitado al voraz diente  
De los lobos que huyendo iban distantes;

O la inmolada (víctima paciente)  
Al dios de los confines y linderos,  
La corderilla mansa e inocente.

Entre estos sabrosísimos pucheros,  
Qué gusto es ver venir ya bien pastados  
Hacia la propia casa los corderos!

Mirar los mansos bueyes que cansados  
De la labor, la reja ya volteada  
Traen sobre sus cuellos trabajados!

Y de la rica casa en la morada  
Ver de sirvientes un enjambre vario  
Gozando en el hogar su llamarada!

Todo esto nos dijo Alfio el usurario  
Que, a hacerse labrador casi resuelto,  
Volvió a seguir su método ordinario.

A su banco se sienta desenvuelto  
Y de todos pagado ser procura;  
Pero el dinero por los idos vuelto  
Por las calendas pone a nueva usura.

Más correcta e igual que la anterior, puede calificarse de buena la traducción del *Stabat Mater Dolorosa*, hecha por Berroeta. No es ya paráfrasis, sino traducción literal que se acomoda al original latino en la estrofa y aun toma de él alguna palabra no admitida en castellano, como *compaciente*. Uno de los méritos principales de la versión de Berroeta consiste en haber acertado a conservar la unción y la tristeza religiosa que perfuman toda la composición latina.

La gran Madre al pie gemía  
De la Cruz, de donde pendía  
Moribundo el Redentor.

A cuya ánima doliente,  
Contristada y compaciente  
Cruel espada atravesó.

Oh con qué hórrida fiebreza  
Fue asaltada de tristeza  
La Madre del Criador!

Se afligía y suspiraba  
Y temblando contemplaba  
Entre penas a Jesús.

Cuál hombre hay que no gimiese,  
Si a la triste Madre viese  
En suplicio tan atroz?

Quién aquel que no llorase,  
Si al Hijo y Madre mirase  
Mutuamente suspirar?

Pot las culpas de las gentes,  
Entre azotes inclementes  
Vió a Jesús desmayar.

Vió, por fin, a su Hijo amado  
Moribundo, abandonado,  
Cuando en la Cruz expiró.

Ea, fuente del amor,  
Haz que sienta tu dolor,  
Haz que lllore yo también.

Haz, Virgen, que un volcán hecho,  
En su amor arda mi pecho,  
Para poderle agradecer.

Esta gracia, oh Madre, me hagas,  
Que del Salvador las llagas  
Fijes en mi corazón.

Del Hijo que se ha dignado  
Ser por mí herido y llagado  
Dame parte en el dolor.

Haz que contigo yo llore,  
Que a Jesús ame y adore,  
Mientras que viviere yo.

Al pie del rudo madero,  
Contigo, oh Madre, yo quiero  
Siempre llorar por Jesús.

De Vírgenes Reina pía,  
Haz que te haga compañía  
En tu llanto y tu dolor.

Haz que de Cristo en mi idea  
Esculpida siempre sea  
La acerba muerte y pasión.

Haz que viva yo clavado  
En su Cruz, y embriagado  
Viva de ella por su amor.

De amor divino encendido,  
Por tí, oh Virgen, defendido  
Sea en el juicio final.

De Jesús la cruz y muerte  
Me tengan constante y fuerte  
En su gracia y en su amor.

Cuando el cuerpo haya expirado,  
Haz que a mi alma sea dado  
El reposo celestial.—Amén.

10.-- Traductor del italiano, más hábil y gallardo que del latín, mostróse Berroeta en varias composiciones. Hablaremos de dos de ellas, que nos parecen las mejores, y son dos fábulas del poeta italiano J. G. Rossi.

No hemos podido ver el original; pero, por la soltura con que nuestro poeta maneja el verso y la dicción poética, nos inclinamos a creer que aquel no ha desmejorado en su pluma.

*De la verdad* es el título de la fábula traducida en silva suelta y gallarda. Para su mayor perfección métrica hubiéramos deseado que no se prodigasen tanto, como se prodigan, los versos pareados, con menoscabo de la variedad. En medio de la cuidadosa versificación se le pasaron al autor algunos versos prosaicos:

Decíase cada uno interiormente.....

Yo a Júpiter le quedo agradecido .....

Tampoco hemos de aprobar el sentido latino dado a la palabra *asida* (sentada), tomada del verbo *assideo*, sentarse; ni la perífrasis con que se designa el rayo: *hilado fuego*.

Cuando entre dioses a fijar su asiento  
Pasó la diosa Astrea al firmamento,  
También subió con ella  
La odiada de los hombres verdad bella.  
Entonces en el mundo disoluto,  
La mentira y engaños  
Su imperio establecieron absoluto:  
Mas fueron tantos y tan graves daños  
Los que de tal imperio se siguieron,  
Que al fin se resolvieron  
Los míseros mortales,  
A rogar a los dioses inmortales,  
Con víctimas e inciensos que ofrecieron,  
Para que apiadados de sus males,  
Pusiesen fin a la sangrienta guerra  
Que movía en la tierra

La ausencia dolorosa  
De la Verdad hermosa,  
A cuyo dulce, soberano imperio  
Este bajo hemisferio  
(Si la diosa venía)  
Otra vez sujetarse prometía.  
Oyó el Numen el ruego,  
Y arrojando una nube hilado fuego,  
Se oyó de horrendo trueno el estallido,  
Y de voz rimbombante un gran sonido,  
Que promete y predice  
Que a la tierra infelice,  
Pasado el tercer día,  
De los cielos la diosa bajaría.  
Tripudiando de júbilo las gentes  
Al armonioso son de estos acentos,  
Horas les parecían los momentos,  
Porque ya ver querían impacientes  
El término cumplido  
De aquel dichoso día prometido.  
Al fin llegó su aurora,  
Y desde aquella hora  
Todos estaban hacia el cielo atentos,  
Esperando la diosa por momentos;  
Y cuando asida sobre nube hermosa  
Lentamente bajar vieron la diosa,  
Trayendo en su semblante  
Tejido velo de la luz radiante:  
Un susurro infinito  
De placer y alegría  
Se formó luego en todo aquel distrito;  
Y en himnos de dulcísima armonía  
Desataron sus voces los mortales,  
Con vítores y vivas inmortales.  
La Verdad entre tanto  
Se acercó a la tierra;  
Pero aquel dulce, placentero canto  
Que resonó en el valle y en la sierra,

Se acalló poco a poco de tal modo,  
Que se puso en silencio el mundo todo.  
Decíase cada úno interiormente.....  
Bella es, cierto la diosa,  
Pero tiene en su faz no sé qué cosa  
De severo y pungente;  
Yo a Júpiter le quedo agradecido,  
Que ella al mundo otra vez haya venido;  
Mas, que conmigo habite? no lo quiero,  
Un mejor hospedero  
Hallará fácilmente  
Entre sincera y más sencilla gente.  
Con el mismo discurso hacia otra parte,  
De ella cada úno parte,  
Sin que entre tanta turba hubiese alguno  
Que el albergue oportuno  
Ofreciese a la diosa,  
Cuando sus pies sobre la tierra posa.

Si al hombre la verdad sólo le agrada  
Por sus hermosos lejos,  
Mas darle en sí morada  
Y escuchar sus consejos,  
Difícilmente quiere  
Porque lo punza y hiere;  
Canción mía sincera,  
Temo que no hallarás quien leerle quiera.

De asunto más pintoresco e idílico es la fábula *Del jilguero y el ciprés*. En ella la silva, que en la anterior se presentó revestida con manto de largos pliegues, se acorta y alijera, acomodándose al argumento con natural flexibilidad y buen gusto. En esta fábula adviértese alguna mayor variedad en la combinación rítmica. Señalaremos entre los versos prosaicos:

Que seré agradecido a tus mercedes.....  
Sin decirle siquiera: adiós, amigo.....

Conviene también hacer observar que, por haber pleonasmos, está demás uno de los versos siguientes:

Hacia el ciprés se *avanza*,  
Y *vuela allá* ligero.....

Un jilguerillo que nacido había  
Cuando el león bramaba en el estío,  
Al ver venir la nieve, el hielo y frío  
Del cano invierno, que temblar lo hacía,  
Su muerte inevitable la creía.  
En el campo espacioso  
Ya no hay árbol frondoso  
Que lo repare de estación tan fría:  
Ya el jilguerillo medio muerto estaba,  
Y su muerte a momentos la esperaba.  
Cuando sus ojos desmayados gira  
Y a gran distancia mira,  
Entre áridas retamas,  
Un ciprés alto, cuyas verdes ramas,  
En su opaca espesura,  
Le ofrecían guarida bien segura:  
Reviviendo el jilguerillo  
Con tan dulce esperanza,  
Hacia el ciprés se avanza,  
Y vuela allá ligero:  
Con el más dulce estilo  
Pide al ciprés le dé seguro asilo.  
Este, movido de su dulce canto,  
Lo acoge y lo fomenta  
Dentro su verde manto,  
Donde temer no puede más tormenta.  
Cuando copos de nieve el cierzo hilaba,  
Cuando soplabá Bóreas inhumano,  
El pajarillo estaba  
Del ciprés en el seno, alegre, ufano.  
Por mostrar su contento,

Decía en dulce acento:  
Oh cuánto debo a tí, bienhechor mío,  
Que benéfico y pío,  
Con tan buena acogida  
Me has salvado la vida!  
Yo te prometo y juro  
Que seré agradecido a tus mercedes;  
Ya en adelante puedes  
De mi fe y amistad estar seguro,  
Pues en mi pecho abrigo  
El más sincero amor para contigo.  
Calmaron los rigores  
De la estación severa,  
Y coronada de vistosas flores  
Risueña al fin llegó la primavera.  
El jilguerillo que en tanto  
Oía los sñaves  
Gorgeos de otras aves  
Y el lisonjero canto:  
Que veía frondosos  
Los árboles hermosos,  
Y al placer entregadas  
Las aves a bandadas,  
Ya refrenar no pudo  
El estímulo agudo,  
Y volando ligero  
El ingrato jilguero  
Del ciprés bienhechor dejó el abrigo,  
Sin decirle siquiera: adiós amigo.  
Alcanzó en breve vuelo  
A las aves parteras,  
Lascivas compañeras  
De su lascivo anhelo.  
En amores se pierde  
Sobre el pino coposo,  
Sobre el laurel frondoso,  
Sin que ya del ciprés jamás se acuerde.

De aquel pecho apocado  
Presto pasó en olvido  
El favor recibido  
Y el peligro pasado.  
La promesa jurada  
De un amor el más puro  
Y de amistad sincera,  
Juramento sólo era  
De una mente doblada,  
De un corazón perjuro.  
Aunque cercano gira  
Y aunque vuela contigo,  
Al bienhechor antiguo  
Ni siquiera lo mira.  
Mas, oh cuán inconstantes  
Son los felices días!  
Siempre las alegrías  
Duran por sólo instantes.  
El otoño y estío,  
La bella primavera  
Pasaron de carrera,  
Y volvió el crudo frío.  
Con aquilón al lado,  
De los más altos montes,  
Todo cano y nevado,  
A nuestros horizontes  
Bajó el invierno crudo,  
Dejando sus rigores  
Todo el campo desnudo  
De hojas, hierbas y flores.  
La avecilla atrevida,  
Acosada del frío,  
Tuvo otra vez el brío  
De pedir al ciprés nueva guarida.  
Mas el necio jilguero  
No halló esta vez benigno al hospedero:  
Que antes ardiendo en iras,

Le respondió indignado:  
Cómo tú, ingrato, aspiras  
A hallar en mí el abrigo,  
Después que me has dejado,  
A ley de mal amigo?  
Mientras feliz fue tu hado,  
Me dejaste en olvido,  
Y hoy sólo a mí has venido  
Por verte desgraciado.  
Parte de mí, oh ingrato,  
Con tu muerte a pagar tu infame trato.

Que condenes yo temo,  
Al pájaro de ingrato,  
No siendo tú más grato  
Al Bienhechor Supremo.  
Teme, pues, oh hombrecillo,  
De la sentencia dada al pajarillo!  
Aquesta fabulilla  
Cuéntale al hombre ingrato, oh avecilla.



## José Joaquín de Olmedo

### LA VICTORIA DE JUNÍN

#### *Canto a Bolívar*

(Pág. 198)

El trueno horrendo que en fragor revienta  
Y sordo retumbando se dilata  
Por la inflamada esfera,  
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta  
La hispana muchedumbre  
Que más feroz que nunca amenazaba  
A sangre y fuego eterna servidumbre:  
Y el canto de victoria  
Que en ecos mil discurre ensordeciendo  
El hondo valle y enriscada cumbre,  
Proclaman a Bolívar en la tierra  
Arbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo  
El arte humano osado lavantaba  
Para hablar a los siglos y naciones;  
Templos, do esclavas manos  
Deificaban en pompa a los tiranos,  
Ludibrio son del tiempo, que con su ala  
Débil las toca, y las derriba al suelo,  
Después que en fácil juego el fugaz viento  
Borró sus mentirosas inscripciones;  
Y bajo los escombros confundido  
Entre la sombra del eterno olvido,  
¡Oh de ambición y de miseria ejemplo!  
El sacerdote yace, el Dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente  
A la región etérea se levanta,  
Que ven las tempestades a su planta  
Brillar, rugir, romperse, disiparse;  
Los Andes... las enormes, estupendas  
Moles sentadas sobre bases de oro,  
La tierra con su peso equilibrando,  
Jamás se moverán. Ellos burlando  
De ajena envidia y del protervo tiempo  
La furia y el poder, serán eternos  
De Libertad y de Victoria heraldos,  
Que con eco profundo  
A la postrera edad dirán del mundo:  
"Nosotros vimos de Junín el campo:  
Vimos que al desplegarse  
Del Perú y de Colombia las banderas  
Se turban las legiones altaneras,  
Huye el fiero español despaavorido,  
O pide paz rendido.  
Vencio Bolívar: el Perú fue libre;  
Y en triunfal pompa Libertad sagrada  
En el templo del Sol fue colocada."

¿Quién me dará templar el voraz fuego  
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,  
Torpe la mano va sobre la lira  
Dando disorde són. ¿Quién me liberta  
Del Dios que me fatiga?.....  
Siento unas veces la rebelde Musa,  
Cual bacante en furor, vagar incierta  
Por medio de las plazas bulliciosas,  
O sola por las selvas silenciosas,  
O las risueñas playas  
Que manso lame el caudaloso. Guayas:  
Otras el vuelo arrebatada tiende  
Sobre los montes, y de allí descende  
Al campo de Junín: y ardiendo en ira,  
Los numerosos escuadrones mira

Que el odiado pendón de España arbolan:  
Y en cristado morrión y peto armada,  
Cual amazona fiera,  
Se mezcla entre las filas la primera  
De todos los guerreros,  
Y a combatir con ellos se adelanta,  
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

¶ Tal en los siglos de virtud y gloria,  
Cuando el guerrero sólo y el poeta  
Eran dignos de honor y de memoria,  
La musa audaz de Píndaro divino,  
Cual intrépido atleta,  
En inmortal porfía  
Al griego estadio concurrir solía.  
Y en estro hirviendo y en amor de fama  
Y del metro y del número impaciente,  
Pulsa su lira de oro sonora,  
Y alto asiento concede entre los dioses  
Al que fuera en la lid más valeroso,  
O al más afortunado;  
Pero luego envidiosa  
De la inmortalidad que les ha dado,  
Ciega se lanza al circo polvoroso,  
Las alas rapidísimas agita,  
Y al carro vencedor se precipita;  
Y desatando armónicos raudales,  
Pide, disputa, gana,  
O arrebatata la palma a sus rivales.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve  
Sobre el collado que a Junín domina?  
¿Que el campo desde allí mide, y el sitio  
Del combatir y del vencer desina?  
¿Que la hueste contraria observa, cuenta,  
Y en su mente la rompe y desordena,  
Y a los más bravos a morir condena,  
Cual águila caudal que se complace

Del alto cielo en divisar su presa  
Que entre el rebaño mal segura paze?  
¿Quién el que ya descende  
Pronto y apercebido a la pelea?  
Preñada en tempestades le rodea  
Nube tremenda: el brillo de su espada,  
Es el vivo reflejo de la gloria:  
Su voz un trueno, su mirada un rayo.  
¿Quién aquel, que al trabarse la batalla  
Ufano como Nuncio de victoria,  
Un corcel impetuoso fatigando,  
Discurre sin cesar por toda parte...?  
¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: "Peruanos,  
Mirad allí los duros opresores  
De vuestra patria. Bravos Colombianos,  
En cien crudas batallas vencedores,  
Mirad allí los enemigos fieros  
Que buscando venís desde Orinoco:  
Suya es la fuerza, y el valor es vuestro;  
Vuestra será la gloria;  
Pues lidiar con valor y por la patria  
Es el mejor presagio de victoria.  
Acometed: que siempre  
De quien se atreve más el triunfo ha sido:  
Quien no espera vencer, ya está vencido."

Dice: y al punto cual fugaces carros,  
Que dada la señal, parten, y en densos  
De arena y polvo torbellinos ruedan;  
Arden los ejes; se estremece el suelo;  
Estrépito confuso asorda el cielo;  
Y en medio del afán cada cual teme  
Que los demás adelantarse puedan:  
Así los ordenados escuadrones  
Que del iris reflejan los colores  
O la imagen del Sol en sus pendones,

Se avanzan a la lid. ¡Oh! ¡quién temiera,  
Quién, que su ímpetu mismo los perdiera!

¡Perderse! nó, jamás; que en la pelea  
Los arrastra y anima e importuna  
De Bolívar el genio y la fortuna.  
Llama improviso al bravo Necochea;  
Y mostrándole el campo,  
Partir, acometer, vencer le manda.  
Y el guerrero esforzado,  
Otra vez vencedor, y otra cantado,  
Dentro en el corazón por Patria jura  
Cumplir la orden fatal; y a la victoria  
O a noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo  
Del atambor en uno y otro bando;  
Y el són de las trompetas clamoroso  
Y el relinchar del alazán fogoso,  
Que erguida la cerviz y el ojo ardiendo,  
En bélico furor salta impaciente  
Donde más se encruellece la pelea;  
Y el silbo de las balas que rasgando  
El aire, llevan por doquier la muerte;  
Y el choque asaz horrendo  
De selvas densas de ferradas picas;  
Y el brillo y estridor de los aceros  
Que al sol reflectan sanguinosos visos;  
Y espadas, lanzas, miembros esparcidos  
O en torrentes de sangre arrebatados;  
Y el violento tropel de los guerreros  
Que más feroces mientras más heridos,  
Dando y volviendo el golpe redoblado,  
Mueren, mas no se rinden. . . . Todo anuncia  
Que el momento ha llegado,  
En el gran libro del Destino escrito,  
De la venganza al Pueblo Americano,  
De mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,  
Hijas del negro averno, me inflamara,  
Y mi pecho y mi musa enardeciera  
En tartáreo furor, del León de España,  
Al ver dudoso el triunfo, me atreviera  
A pintar el rencor y horrible saña.  
Ruge atroz, y cobrando  
Más fuerza en su despecho, se abalanza,  
Abriéndose ancha calle entre las haces.  
Por medio el fuego y contrapuestas lanzas.  
Rayos respira, mortandad y estrago,  
Y sin pararse a devorar la presa,  
Prosigue en su furor, y en cada huella  
Deja de negra sangre un hondo lago.

En tanto el Argentino valeroso  
Recuerda que vencer se le ha mandado;  
Y no ya cual caudillo, cual soldado  
Los formidables ímpetus contiene  
Y uno en contra de ciento se sostiene:  
Como tigre furiosa  
De rabiosos mastines acosada,  
Que guardan el redil, mata, destroza,  
Ahuyenta sus contrarios, y aunque herida,  
Sale con la victoria y con la vida.  
¡Oh, capitán valiente,  
Blasón ilustre de tu ilustre patria,  
No morirás! tu nombre eternamente  
En nuestros fastos sonará glorioso,  
Y bellas ninfas de tu Plata undoso  
A tu gloria darán sonoro canto  
Y a tu ingrato destino acerbo llanto.

Ya el intrépido Miller aparece  
Y el desigual combate restablece.  
Bajo su mando ufana  
Marchar se ve la juventud peruana,  
Ardiente, firme, a perecer resuelta,

Si acaso el hado infiel vencer le niega,  
En el árduo conflicto opone ciega  
A los adversos dardos firmes pechos,  
Y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son esos los garzones delicados  
Entre seda y aromas arrullados?  
¿Los hijos del placer son esos fieros?  
Sí: los que antes desatar no osaban  
Los dulces lazos de jazmín y rosa  
Con que amor y placer los enredaban,  
Hoy ya con mano fuerte  
La cadena quebrantan ponderosa  
Que ató sus pies, y vuelan denodados  
A los campos de muerte y gloria cierta,  
Apenas la alta fama los despierta  
De los guerreros que su cara Patria  
En tres lustros de sangre libertaron;  
Y apenas el querido  
Nombre de libertad su pecho inflama,  
Y de amor patrio la celeste llama  
Prende en su corazón adormecido.

Tal el joven Aquiles  
Que en infame disfraz y en ocio blando  
De lánguidos suspiros,  
Los destinos de Grecia dilatando,  
Vive cautivo en la beldad de Sciros;  
Los ojos pace en el vistoso alarde  
De arreos y de galas femeniles  
Que de India y Tiro y Menfis opulenta  
Curiosos mercaderes le encarecen;  
Mas a su vista apenas resplandecen  
Pavés, espada y yelmo, que entre gasas  
El Itacense astuto le presenta:  
Pásmase . . . . se recobra, y con violenta  
Mano el templado acero arrebatando  
Rasga y arroja las indignas tocas,

Parte, traspasa el mar y en la troyana  
Arena, muerte, asolación, espanto  
Difunde por doquier: todo lo cede .....  
Aun Héctor retrocede.....  
Y cae al fin; y en derredor tres veces  
Su sangriento cadáver profanado.  
Al veloz carro atado  
Del vencedor inexorable y duro,  
El polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía  
Del nombre y las hazañas portentosas  
De tantos capitanes que este día  
La palma del valor se disputaron,  
Digna de todos.....Carbajal....y Silva....  
Y Suárez ... y otros mil....Mas de improviso  
La espada de Bolívar aparece,  
Y a todos los guerreros,  
Como el Sol a los astros, obscurece.

Yo acaso más osado le cantara,  
Si la meconia Musa me prestara  
La resonante trompa que otro tiempo  
Cantaba al crudo Marte entre los Traces,  
Bien animando las terribles haces,  
Bien los fieros caballós, que la lumbre  
De la égida de Palas espantaba.

Tal el héroe brillaba  
Por las primeras filas discurriendo.  
Se oye su voz, su acero resplandece  
Do más la pugna y el peligro crece;  
Nada le puede resistir.....Y es fama,  
¡Oh portento inaudito!  
Que el bello nombre de Colombia escrito  
Sobre su frente, en torno despedía  
Rayos de luz tan viva y refulgente,  
Que deslumbrado el español desmaya,

Tiembla, pierde la voz, el movimiento:  
Sólo para la fuga tiene aliento.

Así, cuando en la noche algún matvado  
Va a descargar el brazo levantado,  
Si de improviso lanza un rayo el cielo,  
Se pasma, y el puñal trémulo suelta:  
Yelo mortal a su furor sucede;  
Tiembla, y horrorizado retrocede.  
Ya no hay más combatir. El enemigo  
El campo todo y la victoria cede.  
Huye cual ciervo herido; y a donde huye  
Allí encuentra la muerte. Los caballos  
Que fueron su esperanza en la pelea,  
Heridos, espantados, por el campo  
O entre las filas vagan, salpicando  
El suelo en sangre que su crin gotea;  
Derriban al jinete, lo atropellan,  
Y las catervas van despavoridas,  
O unas con otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto:  
Y al impulso del aire, que vibrando  
Sube en clamores y alaridos lleno,  
Tremen las cumbres que respeta el trueno,  
Y discurriendo el vencedor en tanto  
Por cimas de cadáveres y heridos,  
Postra al que huye, perdona a los rendidos.

Padre del universo, Sol radioso,  
Dios del Perú, modera omnipotente  
El ardor de tu carro impetuoso,  
Y no escondas tu luz indeficiente. . . . .  
Un hora más de luz. . . . . Pero esta hora  
No fue la del Destino. El Dios oía  
El voto de su pueblo; y de la frente  
El cerco de diamantes desceñía.  
En fugaz rayo el horizonte dora:

En mayor disco menos luz ofrece,  
Y veloz tras los Andes se obscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche:  
Y las reliquias del perdido bando,  
Con sus tristes y atónitos caudillos,  
Corren sin saber dónde espavoridos,  
Y de su sombra misma se estremecen;  
Y al fin en las tinieblas ocultando  
Su afrenta y su pavor, desaparecen.

¡Victoria por la Patria! oh Dios! ¡Victoria!  
Triunfo a Colombia y a Bolívar gloria.

Ya el ronco parche y el clarín sonoro  
No a presagiar batalla y muerte suena,  
Ni a enfurecer las almas: mas se estrena  
En alentar el bullicioso coro  
De vivas y patrióticas canciones.  
Arden cien pinos: y a su luz las sombras  
Huyeron, cual poco antes desbandadas  
Huyeron de la Espada de Colombia  
Las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbre,  
El nombre de Bolívar repitiendo  
Y las hazañas de tan claro día,  
Los jefes y la alegre muchedumbre  
Consumen en acordes libaciones  
De Baco y Ceres los celestes dones.

“Victoria, paz, clamaban,  
Paz para siempre. Furia de la guerra,  
Húndete al hondo averno derrocada;  
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.  
Paz para siempre. La sanguínea espada,  
O cubierta de orín ignominioso,  
O en el útil arado transformada  
Nuevas leyes dará. Las varias gentes

Del mundo, que a despecho de los cielos  
Y del ignoto ponto proceloso,  
Abrió a Colón su audacia o su codicia,  
Todas ya para siempre recobraron  
En Junín libertad, gloria y reposo.”

*Gloria, mas no reposo*, de repente  
Clamó una voz de lo alto de los cielos;  
Y a los ecos, los ecos por tres veces  
*Gloria, mas no reposo*, respondieron.  
El suelo tiembla; y cual fulgentes faros  
De los Andes las cúspides ardieron.  
Y de la noche el pavoroso manto  
Se transparenta, y rásgase, y el éter  
Allá lejos purísimo aparece,  
Y en rósea luz bañado resplandece.

Cuando improviso, veneranda sombra  
En faz serena y ademán augusto  
Entre cándidas nubes se levanta.  
Del hombro izquierdo nebuloso manto  
Pende, y su diestra aéreo cetro rige:  
Su mirar noble pero no sañudo;  
Y nieblas figuraban a su planta  
Penacho, arco, carcax, flechas y escudo.  
Una zona de estrellas  
Glorificaba en derredor su frente  
Y la borla imperial de ella pendiente.

Miró a Junín, y plácida sonrisa  
Vagó sobre su faz. “Hijos, decía,  
Generación del Sol afortunada,  
Que con placer yo puedo llamar mía;  
Yo soy Iluaina-Cápac: soy el postrero  
Del vástago sagrado:  
Dichoso rey, mas padre desgraciado.  
De esta mansión de paz y luz he visto  
Correr las tres centurias  
De maldición, de sangre y servidumbre.

“No hay punto en estos valles y estos cerros  
Que no mande tristísimas memorias.  
Torrentes mil de sangre se cruzaron  
Aquí y allí: las tribus numerosas  
Al ruido del cañón se disiparon;  
Y los restos mortales de mi gente  
Aun a las mismas rocas fecundaron.  
Más hallá un hijo espira entre los hierros  
De su sagrada majestad indinos.....  
Un insolente y vil aventurero  
Y un iracundo sacerdote fueron  
De un poderoso rey los asesinos.....  
¡Tántos horrores y maldades tántas  
Por el oro que hollaban nuestras plantas!

“Y mi Huáscar también. ¡Yo no viví!  
Que de vivir, lo juro, bastaría,  
Sobrara a debelar la hidra española  
Esta mi diestra triunfadora, sola!  
Y nuestro suelo, que ama sobre todos  
El Sol mi padre, en el estrago fiero  
No fue, ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero:  
Que mis caros hermanos  
El gran Guatimozín y Motezuma  
Connigo el caso acerbo lamentaron,  
De su nefaria muerte y cautiverio,  
Y la devastación del gran imperio,  
En riqueza y poder igual al mío.....  
Hoy con noble desdén ambos recuerdan  
El ultraje inaudito, y entre fiestas  
Alevosas el dardo prevenido,  
Y el lecho en vivas ascuas encendido.

“Guerra al usurpador—¿Qué le debemos?  
¿Luces, costumbres, religión o leyes....?  
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,  
Feroces, y por fin supersticiosos!  
¿Qué religión? ¿La de Jesús?.... ¡Blasfemos!

Sangre, plomo veloz, cadenas fueron  
Los sacramentos santos que trajeron.  
¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa  
De amor y de consuelo para el hombre!  
¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!  
¿Y qué lazos de amor? . . . . . Por los oficios  
De la hospitalidad más generosa  
Hierros nos dan: por gratitud, suplicios.  
Todos, sí, todos: ménos uno sólo,  
El mártir del amor americano,  
De paz, de caridad apóstol santo,  
Divino Casas, de otra patria digno.  
Nos amó hasta morir.— Por tanto ahora  
En el empíreo entre los Incas mora.

“En tanto la hora inevitable vino  
Que con diamante señaló el destino,  
A la venganza y gloria de mi pueblo.  
Y se alza el vengador.— Desde otros mares  
Como sonante tempestad se acerca:  
Y fulminó. Y del Inca en la Peana,  
Que el tiempo y un poder furial profana,  
Cual de un Dios irritado en los altares  
Las víctimas cayeron a millares.  
¡Oh campos de Junín! . . . . . ¡Oh predilecto  
Hijo y Amigo y Vengador del Inca!  
¡Oh Pueblos que formáis un pueblo sólo  
Y una familia, y todos sois mis hijos!  
Vivid, triunfad . . . . .”

El Inca esclarecido  
Iba a seguir: mas de repente queda  
En éxtasis profundo embebecido:  
Atónito en el cielo  
Ambos ojos inmóviles ponía,  
Y en la improvisa inspiración absorto  
La sombra de una estatua parecía.

Cobró la voz al fin. "Pueblos, decía,  
La página fatal ante mis ojos  
Desenvolvió el Destino, salpicada  
Toda en purpúrea sangre, mas en torno  
También en bello resplandor bañada.  
Jefe de mi nación, nobles guerreros,  
Oíd cuanto mi oráculo os previene,  
Y requerid los ínclitos aceros,  
Y en vez de cantos nueva alarma suene:  
Que en otros campos de inmortal memoria  
La Patria os pide, y el Destino os manda.  
Otro afán, nueva lid, mayor victoria."

Las legiones atónitas oían:  
Mas luego que se anuncia otro combate,  
Se alzan, arman, y al orden de batalla  
Ufanas y prestísimas corrieran;  
Y ya de acometer la voz esperan.  
Reina el silencio. Mas de su alta nube  
El Inca exclama: "De ese ardor es digna  
La ardua lid que os espera;  
Ardua, terrible, pero al fin postrera.  
Ese adalid vencido  
Vuela en su fuga a mi sagrada Cuzco;  
Y en su furia insensata  
Gentes, armas, tesoros arrebató,  
Y a nuevo azar entrega su fortuna.  
Venganza, indignación, furor le inflaman,  
Y allá en su pecho hierven como fuegos  
Que de un volcán en las entrañas braman.

"Marcha: y el mismo campo donde ciegos  
En sangrienta porfía  
Los primeros tiranos disputaron  
Cuál de ellos solo dominar debía,  
Pues el poder y el oro dividido  
Templar su ardiente fiebre no podía:  
En ese campo que a discordia ajena

Debió su infausto nombre, y la cadena  
Que después arrastró todo el imperio;  
Allí, no sin misterio,  
Venganza y gloria nos darán los Cielos.  
¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!  
Campo serás de gloria y de venganza.....  
Mas no sin sangre... ¡Yo me estremeciera,  
Si mi sér inmortal no lo impidiera!

“Allí Bolívar, en su heroica mente  
Mayores pensamientos revolviendo,  
El nuevo triunfo trazará, y haciendo,  
De su genio y poder un nuevo ensayo,  
Al joven Sucre prestará su rayo.  
Al joven animoso,  
A quien del Ecuador montes y ríos  
Dos veces aclamaron victorioso.  
Ya se verá en la frente del guerrero  
Toda el alma del Héroe reflejada,  
Que él le quiso infundir de una mirada.

“Como torrentes desde la alta cumbre  
Al valle en mil raudales despeñados,  
Vendrán los hijos de la infanda Iberia,  
Soberbios en su fiera muchedumbre,  
Cuando a su encuentro volará impaciente  
Tu juventud, Colombia belicosa,  
Y la tuya ¡oh Perú! de fama ansiosa,  
Y el caudillo impertérrito a su frente.

“Atroz, horrendo choque, de azar lleno!  
Cual aturde y espanta en su estallido  
De hórrida tempestad el postrer trueno,  
Arder en fuego el aire,  
En humo y polvo obscurecerse el cielo,  
Y con la sangre que rebosa el suelo  
Se verá el Apurímac de repente  
Embravecer su rápida corriente.

“Mientras por sierras y hondos precipicios  
A la hueste enemiga  
El impaciente Córdova fatiga:  
Córdova, a quien inflama  
Fuego de edad, y amor de Patria y fama;  
Córdova en cuyas sienes con bello arte  
Crecen y se entrelazan  
Tu mirto, Venus, tus laureles, Marte.  
Con su Miller los Húsares recuerdan  
El nombre de Junín: Vargas su nombre.  
Y vencedor el suyo con su Lara  
En cien hazañas cada cual más clara.

“Allá por otra parte,  
Sereno, pero siempre infatigable,  
Terrible cual su nombre, batallando  
Se presenta La Mar, y se apresura  
La tarda rota del protervo bando.  
Era su antiguo voto, por la Patria  
Combatir y morir. Dios complacido  
Combatir y vencer le ha concedido.  
Mártir del pundonor, he aquí tu día:  
Ya la calumnia impía  
Bajo tu pie bramando confundida,  
Te sonríe la Patria agradecida;  
Y tu nombre glorioso,  
Al armónico canto que resuena  
En las floridas márgenes del Guayas.  
Que por oír la su corriente enfrena,  
Se mezclará; y el pecho de tu amigo  
Tus hazañas cantando y tu ventura,  
Palpitará de gozo y de ternura.

“Lo grande y peligroso  
Yela al cobarde, irrita al animoso.  
¡Qué intrepidez! qué súbito coraje  
El brazo agita y en el pecho prende  
Del que su patria y libertad defiende!

El menor resistir es nuevo ultraje.  
El ginete impetuoso,  
El fulmíneo arcabuz de sí arrojando,  
Lánzase a tierra con el hierro en mano,  
Pues le parece en trance tan dudoso  
Lento el caballo, perezoso el plomo.  
Crece el ardor.— Ya cede en toda parte  
El número al valor, la fuerza al arte.  
Y el Ibero arrogante en las memorias  
De sus pasadas glorias,  
Firme, feroz resiste: y ya en idea  
Bajo triunfales arcos, que alzar debe  
La sojuzgada Lima, se pasea.  
Mas su afán, su ilusión, sus artes . . . . nada  
Ni la resuelta y numerosa tropa  
Le sirve. . . . Cede al ímpetu tremendo;  
Y el arma de Bailén rindió, cayendo  
El vencedor del vencedor de Europa.  
Perdió el valor, mas no las iras pierde,  
Y en furibunda rabia el polvo muerde.  
Alza el párpado grave, y sanguinosos  
Ruedan sus ojos y sus dientes crugen:  
Mira la luz: se indigna de mirarla:  
Acusa, insulta al cielo: y de sus labios  
Cárdenos, espumosos,  
Votos y negra sangre y hiel brotando,  
En vano, un vengador, muere invocando.

‘¡Ah! ya diviso miseras reliquias  
Con todos sus caudillos humillados  
Venir, pidiendo paz; y generoso  
En nombre de Bolívar y la Patria  
No se la niega el Vencedor glorioso,  
Y su triunfo sangriento,  
Con el ramo feliz de paz corona:  
Que si patria y honor le arman la mano,  
Arde en venganza el pecho americano,  
Y cuando vence, todo lo perdona.

“Las voces y el clamor de los que vencen.  
Y de Quinó las ásperas montañas,  
Y los cóncavos senos de la tierra,  
Y los ecos sin fin de la ardua sierra,  
Todo repite sin cesar: ¡Victoria!

“Y las bullentes linfas de Apurímac  
A las fugaces linfas de Ucayale  
Se unen, y unidas llevan presurosas  
En sonante murmullo y alba espuma,  
Con palmas en las manos y coronas  
Esta nueva feliz al Amazonas.  
Y el espléndido rey al punto ordena  
A sus delfines, ninfas y sirenas  
Que en clamorosos, plácidos cantares  
Tan gran victoria anuncien a los mares.

“¡Salud, oh vencedor! ¡Oh Sucre! ¡vence,  
Y de nuevo laurel orla tu frente,  
Alta esperanza de tu insigne Patria!  
Como la palma al margen de un torrente  
Crece tu nombre . . . . Y sola, en este día  
Tu gloria, sin Bolívar, brillaría.  
Tal se ve Héspero arder en su carrera;  
Y del nocturno cielo  
Suyo el imperio sin la Luna fuera.

“Por las manos de Sucre la Victoria  
Ciñe a Bolívar lauro inmarcesible.  
¡Oh Triunfador! la palma de Ayacucho,  
Fatiga eterna al bronce de la Fama,  
Segunda vez Libertador te aclama.

“Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza  
La nueva edad al Inca prometida  
De libertad, de paz y de grandeza.  
Rompiste la cadena aborrecida;  
La rebelde cerviz hispana hollaste;  
Grande gloria alcanzaste;

Pero mayor te espera, si a mi Pueblo  
Así cual a la guerra lo conformas,  
Y a conquistar su libertad le empeñas,  
La rara y ardua ciencia  
De merecer la paz y vivir libre  
Con voz y ejemplo y con poder le enseñas.

“Yo con riendas de seda regí el pueblo,  
Y cual Padre le amé; mas no quisiera  
Que el cetro de los Incas renaciera:  
Que ya se vio algún Inca, que teniendo  
El terrible poder todo en su mano,  
Comenzó padre, y acabó tirano.  
Yo fui conquistador, ya me avergüenzo  
Del glorioso y sangriento ministerio:  
Pues un conquistador, el más humano,  
Formar, mas no regir debe un imperio.

“Por no trillada senda, de la gloria  
Al templo vuelas, ínclito Bolívar.  
Que ese poder tremendo que te fía  
De los Padres el íntegro senado,  
Si otro tiempo perder a Roma pudo,  
En tu potente mano  
Es a la Libertad del Pueblo escudo.

“¡Oh Libertad! el Héroe que podía  
Ser el brazo de Marte sanguinario,  
Ese es tu sacerdote más coloso,  
Y el primero que toma el incensario,  
Y a tus aras se inclina silencioso.  
¡Oh Libertad! si al pueblo americano  
La solemne misión ha dado el Cielo  
De domeñar el monstruo de la guerra,  
Y dilatar tu imperio soberano  
Por las regiones todas de la tierra,  
Y por las ondas todas de los mares,  
No temas, con este Héroe, que algún día

Eclipse el ciego error tus resplandores,  
Superstición profane tus altares,  
Ni que insulte tu ley la tiranía:  
Ya tu imperio y tu culto son eternos.  
Y cual restauras en su antigua gloria  
Del santo y poderoso  
Pacha-Cámac el templo portentoso;  
Tiempo vandrás, mi oráculo no miente,  
En que darás a pueblos destronados  
Su majestad ingénita y su solio,  
Animarás las ruinas de Cartago,  
Relevarás en Grecia el Areopago,  
Y en la humillada Roma, el Capitolio.

“Tuya será, Bolívar, esa gloria,  
Tuya romper el yugo de los reyes,  
Y a su despecho entronizar las leyes;  
Y la discordia en áspides crinada,  
Por tu brazo en cien nudos aherrojada,  
Ante los Haces santos confundidas  
Harás temblar las armas parricidas.

“Ya las hondas entrañas de la tierra  
En larga vena ofrece el tesoro  
Que en ellas guarda el Sol; y nuestros montes  
Los valles regarán con lava de oro.  
Y el Pueblo primogénito dichoso  
De Libertad, que sobre todos tanto  
Por su poder y gloria se enaltece,  
Como entre sus estrellas  
La estrella de Virginia resplandece,  
Nos da el ósculo santo  
De amistad fraternal. Y las naciones  
Del reinoto hemisferio celebrado,  
Al contemplar el vuelo arrebatado  
De nuestras Musas y Artes,  
Como iguales amigos nos saludan,

Con el tridente abriendo la carrera  
La Reina de los mares la primera.

“Será perpetua, oh Pueblos, esta gloria,  
Y vuestra libertad incontrastable  
Contra el poder y liga detestable  
De todos los tiranos conjurados,  
Si en lazo federal de polo a polo  
En la guerra y la paz vivís unidos.  
Vuestra fuerza es la unión. Unión, oh pueblos.  
Para ser libres y jamás vencidos.  
Esta unión, este lazo poderoso  
La gran cadena de los Andes sea,  
Que en fortísimo enlace se dilatan  
Del uno al otro mar. Las tempestades  
Del cielo ardiendo en fuego se arrebatan;  
Erupciones volcánicas arrasan  
Campos, pueblos, vastísimas regiones,  
Y amenazan horrendas convulsiones  
El globo destrozando desde el profundo:  
Ellos, empero, firmes y serenos  
Ven el estrago funeral del mundo.

“Esta es, Bolívar, aun mayor hazaña  
Que destrozando el férreo cetro a España,  
Y es digna de tí sólo. En tanto triunfa . . . . .  
Ya se alzan los magníficos trofeos,  
Y tu nombre aclamado  
Por las vecinas y remotas gentes  
En lenguas, voces, metros diferentes,  
Recorrerá la serie de los siglos  
En las alas del canto arrebatado . . . . .  
Y en medio del concanto numeroso  
La voz del Guayas crece  
Y a las más resonantes enmudece.  
Tú la salud y honor de nuestro pueblo  
Serás viviendo, y ángel poderoso  
Que lo proteja cuando

Tarde al empíreo el vuelo arrebatases,  
Y entre los claros Incas  
A la diestra de Manco te sentases.

“Así place al Destino. ¡Oh! Ved al Cóndor  
Al peruviano rey del pueblo aerio,  
A quien ya cede el águila el imperio,  
Vedle cual desplegando en nuevas galas  
Las espléndidas alas,  
Sublime a la región del Sol se eleva  
Y el alto augurio que os revelo, aprueba.

“Marchad, marchad, guerreros,  
Y apresurad el día de la gloria:  
Que en la fragosa margen de Apurímac  
Con palmas os espera la Victoria.”  
Dijo el Inca, y las bóvedas etéreas  
De par en par se abrieron,  
En viva luz y resplandor brillaron  
Y en celestiales cantos resonaron.—

Era el coro de cándidas Vestales,  
Las vírgenes del Sol, que rodeando  
Al Inca como a sumo Sacerdote,  
En gozo santo y ecos virginales  
En torno van cantando  
Del Sol las alabanzas inmortales:

“Alma eterna del mundo,  
Dios santo del Perú, Padre del Inca,  
En tu giro fecundo  
Gózate sin cesar, luz bienhechora,  
Viendo ya libre el pueblo que te adora.

“La tiniebla de sangre y servidumbre  
Que ofuscaba la lumbre  
De tu radiante faz, pura y serena,  
Se disipó, y en cantos se convierte  
La querella de muerte  
Y el ruido antiguo de servil cadena.

“Aquí la Libertad buscó un asilo,  
Amable peregrina,  
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo;  
Y aquí poner la Diosa  
Quiere su templo y ara milagrosa;  
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,  
Se viene a consolar de la ruina  
De los altares que le alzó la Grecia,  
Y en todos sus oráculos proclama  
Que al Madalén y al Rímac bullicioso  
Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

“¡Oh Padre, oh claro Sol! no desampares  
Este suelo jamás, ni estos altares.  
Tu vivífico ardor todos los seres  
Anima y reproduce: por tí viven  
Y acción, salud, placer, beldad reciben;  
Tú al labrador despiertas,  
Y a las aves canoras  
En tus primeras horas,  
Y son tuyos sus cantos matinales;  
Por tí siente el guerrero  
En amor patrio enardecida el alma,  
Y al pie de tu ara rinde placentero  
Su laurel y su palma;  
Y tuyos son su cánticos marciales.  
Fecunda ¡oh Sol! tu tierra,  
Y los males repara de la guerra.

“Da a nuestros campos frutos abundosos,  
Aunque niegues el brillo a los metales;  
Da naves a los puertos,  
Pueblos a los desiertos,  
A las armas victoria,  
Alas al genio y a las Musas gloria.

“Dios del Perú, sostén, salva, conforta  
El brazo que te venga:

No para nuevas lides sanguinosas,  
Que miran con horror madres y esposas,  
Sino para poner a olas civiles  
Límites ciertos, y que en paz florezcan  
De la alma Paz los dones soberanos,  
Y arredre a sediciosos y a tiranos.

“Brilla con nueva luz rey de los cielos,  
Brilla con nueva luz en aquel día  
Del triunfo que magnífica prepara  
A su Libertador la Patria mía.  
¡Pompa digna del Inca y del imperio  
Que hoy de su ruina a nuevo sér revível!

“Abre tus puertas, opulenta Lima,  
Abate tus murallas y recibe  
Al noble triunfador que rodeado  
De pueblos numerosos, y aclamado  
Angel de la esperanza  
Y Genio de la paz y de la gloria,  
En inefable majestad se avanza.

“Las Musas y las Artes revolando  
En torno van del carro esplendoroso;  
Y los pendones patrios vencedores  
Al aire vago ondean, ostentando  
Del Sol la imagen, de Iris los colores.  
Y en ágil planta y en gentiles formas  
Dando al viento el cabello desparcido,  
De flores matizado,  
Cual las Horas del Sol raudas y bellas,  
Saltan en derredor lindas doncellas  
En giro no estudiado,  
Las glorias de su patria  
En sus patrios cantares celebrando:  
Y en sus pulidas manos levantando  
Albos y tersos como el seno de ellas,

Cien primorosos vasos de alabastro  
Que espiran fragantísimos aromas;  
Y de su centro se derrama y sube  
Por los cerúleos ámbitos del cielo  
De ondoso incienso transparente nube.  
Cierran la pompa espléndidos trofeos,  
Y por delante en larga serie marchan  
Humildes, confundidos,  
Los pueblos y los jefes ya vencidos.  
Allá procede el Astur belicoso;  
Allí va el Catalán infatigable,  
Y el agreste Celtibero indomable,  
Y el Cántabro feroz que a la romana  
Cadena el cuello sujetó el postrero;  
Y el Aldaluz liviano,  
Y el adusto y severo Castellano.  
Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede;  
Y las que antes graciosas  
Fueron honor del fabuloso suelo,  
Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo  
Se esconden silenciosas;  
Y el grande Betis viendo ya marchita  
Su sacra oliva, menos orgulloso,  
Paga su antiguo feudo al mar undoso.

“El Sol suspenso en la mitad del cielo  
Aplaudirá esta pompa.—¡Oh Sol, o Padre,  
Tu luz rompa y disipe  
Las sombras del antiguo cautiverio;  
Tu luz nos dé el imperio;  
Tu luz la libertad nos restituya;  
Tuya es la tierra y la victoria es tuya!”  
Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,  
Y en plácido fulgor resplandecieron.  
Todos quedan atónitos. Y en tanto  
Tras la dorada nube el Inca santo,  
Y las santas Vestales se escondieron.

Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos,  
Humilde musa mía? ¡Oh! no reveles  
A los seres mortales  
En débil canto arcanos celestiales!  
Y ciñan otros la apolínea rama  
Y siéntense a la mesa de los dioses,  
Y los arrulle la parlera fama  
Que es la gloria y tormento de la vida.  
Yo volveré a mi flauta conocida,  
Libre vagando por el bosque umbrío  
De naranjos y opacos tamarindos,  
O entre el rosal pintado y oloroso  
Que matiza la margen de mi río,  
O entre risueños campos do en pomposo  
Trono piramidal y alta corona  
La Piña ostenta el cetro da Pomona.  
Y me diré feliz, si mereciere,  
Al colgar esta lira en que he cantado  
En tono menos dino  
La gloria y el destino  
Del venturoso pueblo americano,  
Yo me diré feliz, si mereciere  
Por premio a mi osadía,  
Una mirada tierna de las Gracias,  
Y el aprecio y amor de mis hermanos,  
Una sonrisa de la Patria mía,  
Y el odio y el furor de los tiranos.



## AL GENERAL FLORES

*Vencedor en Miñarica*

(Pág. 203)

Cual águila inexperta, que impelida  
Del regio instinto de su stirpe clara,  
Emprende el precoz vuelo  
En atrevido ensayo,  
Y elevándose ufana, envanecida  
Sobre las nubes que atormenta el rayo,  
No en el peligro de su ardor repara,  
Y a su ambicioso anhelo  
Estrecha viene la mitad del cielo;

Mas de improviso deslumbrada, ciega,  
Sin saber dónde va, pierde el aliento,  
Y a la merced del viento  
Ya su destino y su salud entrega;  
O por su sólo peso descendiendo,  
Se encuentra por acaso  
En medio de su selva conocida,  
Y allí, la luz huyendo, se guarece,  
Y de fatiga y de pavor vencida,  
Renunciando al imperio, desfallece:

Así mi Musa un día  
Sintió la tierra huír bajo su planta,  
Y osó escalar los cielos, no teniendo  
Más genio que amor patrio y osadía.  
En la región etérea se declara  
Grande Sacerdotisa de los Incas;  
Abre el templo del Sol; flores y ofrendas  
Esparce sobre el ara;  
Ciñe la estola espléndida y la tiara;  
Inquieta, atormentada  
De un dios que dentro el pecho no le cabe,

Profiere en alta voz lo que no sabe,  
Por ciega inspiración. Tiemblan los reyes  
Escuchando el oráculo tremendo;  
Revelaciones, leyes  
Dicta al pueblo; describe las batallas;  
De la Patria predice la victoria,  
Y la aplaude en seráficos cantares;  
De los Incas deifica la memoria,  
Y a sus manes sagrados,  
Si tumbas les faltó, levanta altares.

Mas cuando ya su triunfo absorta canta,  
Atrás la vista torna,  
Mide el abismo que salvó, y se espanta;  
Tiembra, deja caer el refulgente  
Sacro diadema que sus sienas orna,  
Y flaco el pecho, el ánimo doliente,  
Cual si volviera de un delirio, siente;  
Y de la santa agitación rendida,  
Queda en lento deliquio adormecida.

En vano el bronce fratricida truena,  
Y de las armas rompe el estallido;  
Y al recrugar el carro de la guerra  
Se siente en torno retemblar la tierra.  
Y el atroz silbo de rabiosas sierpes  
Que la Discordia enreda a su melena,  
En sed mortal los pechos enfurece;  
Y de la antigua silla de los Incas  
Hasta do bate el mar los altos muros  
De la noble heredera de Cartago,  
Todo es horror y confusión y estrago.

En vano ¡oh Dios! del medio  
De las olas civiles, con sorpresa,  
Joven, graciosa, de esperanzas llena,  
Una nueva República aparece:  
Cual la diosa de amor y de belleza,

Coronada de rosas y azahares,  
Con que el ambiente plácido perfuma,  
Surgió sobre la hirviente y alba espuma,  
Del mar nacida a serenar los mares;

Y en vano sobre el margen populoso  
Del rico Tames y bullente Rima,  
En verso numeroso,  
Canoras voces se alzan despertando  
La Musa de Junín. . . . . que el sacro fuego  
De inspiración cesó: lánguido espira,  
Y el canto silencioso  
Duerme sobre las cuerdas de su lira.

Mas nunca el Genio muere, y con su aliento  
La tierra, el firmamento,  
El mármol y cadáveres anima.  
Ya está dentro de mí.—Veloces vientos,  
Anunciad a las gentes  
Un nuevo canto de victoria. Dadme  
Laurel y palmas y alas esplendentes;  
Volvedme el estro santo,  
Que ya en el seno siento hervir el canto.

¿A dónde huyendo del paterno techo  
Corre la juventud precipitada?  
En sus ojos furor, rabia en su pecho,  
Y en su mano blandiendo ensangrentada  
Un tizón infernal, cual civil Parca,  
Ciega discurre, tala y sus horrendas  
Huellas en sangre y en cenizas marca.

Leyes, y patria y libertad proclaman . . .  
Y oro, sangre, poder. . . . . esas sus leyes,  
Ésa es la libertad de que se llaman  
Inclitos vengadores. . . . .

Y en los enormes montes interpuestos  
Y en el soberbio inexpugnable alcázar,

Que de lejos ostenta  
La Reina del Pacífico opulenta,  
La insolente esperanza  
Ponen de triunfo cierto y de venganza.

Corren al triunfo cierto . . . . . y un abismo  
Se abrió bajo sus pies . . . . . que los horrores  
De tanta sedición, los alaridos  
Que entre las ruinas salen, los clamores  
De tantos pueblos íntegros y fieles,  
El rayo concitaron que dormía  
Allá en el seno de su nube umbría.

Ese es el adalid a quien dió el Cielo  
Valor, consejo, previsión y audacia.  
Al arduo empeño, o la mayor desgracia  
Le sobra el corazón. Todo le cede:  
Sirve a su voz la suerte; ante su genio  
El peligro espantado retrocede.

*Flores* los pueblos claman, y los montes  
Que la escena magnífica decoran,  
*Flores* repiten sin cesar. Los ecos  
Avidos unos a otros se devoran  
Y en inquietud perpetua se suceden,  
Como olas de la mar. Sordos aterran  
La turba pertinaz que espavorida  
Huye y no sabe dónde—que doquiera  
Los ecos la persiguen, y doquiera  
El espectro del héroe la intimida.

Así cuando una nube repentina  
Enluta el cielo, cuando el sol declina,  
Se afanan los pastores recogiendo  
El rebaño que pace descuidado;  
Mas si improvisó estalla un trueno horrendo,  
El tímido ganado  
Se aturde, se dispersa, desoyendo  
Del fiel mastín inútiles clamores;

Se pierde en precipicios espantosos,  
Que más lo apartan del redil querido;  
Y entre tantos horrores  
Vagan, tiemblan, y caen confundidos  
Ganados, y mastines, y pastores.

Oyó la voz doliente de la Patria  
Su siempre fiel guerrero,  
Y desnudando el invencible acero,  
Se avanza: y los valientes capitanes  
En cien lides gloriosos le rodean,  
Y dar paz a la Patria, o morir firmes,  
Sobre la cruz de sus espadas juran.....  
El habla, y a su acento  
Todo en torno es acción y movimiento.  
Armas, tormentos bélicos.....y cuanto  
Elemento de guerra y de victoria  
Da el suelo, forma el arte, el genio crea,  
Se apresta o aparece por encanto.  
Gime el yunque, la fragua centellea,  
Brotan naves el mar, tropas la tierra.....  
Aquí y allí la juventud se adiestra  
A la terrible y desigual palestra.....  
Y el caballo impaciente  
De freno y de reposo,  
Se indigna, escarba el suelo polvoroso;  
Impávido, insolente  
Demanda la señal; bufa, amenaza,  
Tiemblan sus miembros, su ojo reverbera;  
Enarca la cerviz, la alza arrogante  
De prominente oreja coronada;  
Y al viento derramada  
La crin luciente de su cuello enhiesto,  
Ufano da en fastástica carrera  
Mil y mil pasos sin salir del puesto.

Mayor afán, agitación, tumulto,  
Reina en el bando opuesto.

Armas les da el furor, la ambición ciega  
Constancia... obstinación. ¡Cuán impotente  
Dió voces la razón!... Y en vano el Cielo  
Los aterra con signos portentosos:  
Nocturnas sombras vagan por el suelo  
Exhalando alaridos lastimosos;  
Rayos sanguíneos las tinieblas aran  
En pálido fulgor, y por la noche  
Sones terribles de uno al otro extremo  
De la espantosa bóveda se oyeron;  
Se hiende el monte, el huracán estalla,  
Y es todo el aire un campo de batalla!  
Y en medio de la pompa más solemne  
Las imágenes santas derribadas,  
¡Qué horror! del alto pedestal cayeron,  
Del incienso sacrílego indignadas.

¿Veis allá lejos ominosa nube  
Ondeando en polvo de revuelta arena,  
Que densa se derrama y lenta sube?.....  
Allí está Miñarica. La Discordia  
Allí sus haces crédulas ordena,  
Las convoca, las cuenta, las inflama.....  
Las inflama..... después las desenfrena.

Flores vuela al encuentro, y cuando alzada  
Sobre la hostil cerviz resplandecía  
Su espada, reconoce sus hermanos,  
Lejos de sí la arroja, y les ofrece  
El seno abierto y las inermes manos.

Mas, fiera la facción se enorgullece:  
Razón, ruego, amistad y paz desdeña,  
Triunfa al verse rogada,  
Y en ilusión y en arrogancia crece:  
Que rara vez clemencia generosa  
El monstruo del civil furor domeña,  
Y aun más los viles pechos escandee.

Tornó del heroe a relumbrar la espada,  
Y esta fue la señal. Los combatientes  
Con firme paso y exultantes frentes,  
Se acometen, se mezclan... De una parte  
El número y el ímpetu... de la otra  
Arte, valor, serenidad; do quiera  
Furor y sangre... y las armas sangre,  
Aun más infame que el orín, empaña,  
Y los pendones patrios encontrados  
Rotos y en sangre flotan empapados.  
Cristados yelmos, miembros palpitantes  
Erizan la campaña...  
Y los troncos humanos  
Se revuelcan, amagan,  
E impotentes de herir, siquiera insultan,  
Mientras los restos de vital aliento  
Entre sus labios macilentos vagan.

Los antiguos amigos, los hermanos  
Se encuentran, se conocen... y se abrazan  
Con el abrazo de furente saña!

Ni tregua, ni piedad... ¿Quién me retira  
De esta escena de horror?... Rompe tu lira,  
Doliente Musa mía, y ántes deja  
Por siempre sepultada en noche oscura  
Tanta guerra civil. ¡Oh! tú no seas  
Quien a la edad futura  
Quiera en durable verso revelarla:  
Que si mengua o escándalo resulta,  
Honra más la verdad, quien más la oculta.

Como rayo entre nube tormentosa  
Serpea fulminando y veloz huye;  
Vuelve a brillar, la tempestad disipa,  
Y su esplendor al cielo restituye:  
Así la espada del invicto Flores

Por entre los espesos escuadrones  
Va sin ley cierta, brilla.....y desaparecen.  
A los unos aterra su presencia;  
Otros piedad clamando, se rindieron;  
Y a los que fuertes para huír, huyeron,  
Los alcanzó en su fuga la clemencia.

¡Salud, oh claro vencedor! ¡Oh firme  
Brazo, columna y gloria de la Patria!  
Por tí la asolación, por tí el estruendo  
Bélico cesa, y la inspirada Musa  
Despertó dando arrebatado canto;  
Por tí la Patria el mercedido llanto  
Templa al mirar el hecatombe horrendo  
Que es precio de la paz; por tí recobran  
Su paz los pueblos y su prez las artes,  
La alma Temis su santo ministerio,  
Su antiguo honor los patrios estandartes  
La Ley su cetro, Libertad su imperio;  
Y las sombras de Guachi desoladas,  
De su afrenta y dolor quedan vengadas.

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,  
Que pasa el Vencedor. A nuestras playas  
Dirige el paso victorioso, en tanto  
Que el himno sacro la amistad entona,  
Y fausta la Victoria le destina  
Triunfales pompas en su caro Guayas,  
Y en este canto espléndida corona.

## PRIMERA EPISTOLA

### Del "Ensayo sobre el hombre"

(Pág. 205)

#### SUMARIO

La razón no puede formarse idea de Dios, sino por las cosas visibles; ni del hombre, sino considerándole como parte de este mundo, cuyas relaciones con el universo nos son desconocidas.—Esta ignorancia es la fuente de nuestras quejas contra la Providencia.—Necedad e injusticia de estas quejas.— Para conocer la sabiduría de Dios en la formación del hombre, era preciso comprender toda la economía de sus designios.—El hombre tiene toda la perfección que conviene a su fin y al lugar que ocupa entre los seres creados.—En la ignorancia de los sucesos futuros de la vida, y en la esperanza de una felicidad futura se funda nuestra felicidad presente.—Nuestros errores y nuestra miseria provienen del orgullo que aspira a una perfección de que el hombre no es capaz.—El se mira como el objeto final de la creación, y quiere en el mundo moral la perfección que no hay en el mundo físico, y que no puede haber en las cosas creadas.—En el universo visible hay un orden, una gradación de perfección entre las criaturas, de donde resulta la subordinación de unas a otras, y de todas al hombre.—Gradación de sentidos, instinto, pensamiento y razón.—La razón da al hombre la superioridad sobre todos los animales y le compensa con ventaja todas las cualidades que ellos tienen sobre él.—Facultades sensitivas más delicadas nos harían miserables.—La conservación, la felicidad de las criaturas, pende del orden y mutuo enlace de todas: la menor dislocación causaría la destrucción del todo.—El hombre para ser feliz en este estado presente y futuro debe someterse a los designios de la Providencia y concluir que *todo cuanto existe está bien en el mundo.*

Despierta, amigo, y generoso deja  
Las necias esperanzas, los caprichos  
De la ambición al vulgo de los reyes.  
Y pues el soplo de la vida apenas  
Nos permite observar lo que nos cerca,  
Y se extingue después, ven y corramos  
Sobre esta escena rápida del hombre.—  
¡Qué laberinto! exclamas.—Mas no pienses  
Que carece de plan. Arbol que tienta  
Con sus hermosos y vedados frutos:  
Campo do rosas entre abrojos nacen,  
Recorrámosle pues; y cuanto muestra  
Sobre su faz, o dentro el seno guarda  
Conmigo indagarás, y las tortuosas  
Sendas que sigue quien se arrastra ciego,  
O el loco aturdimiento del orgullo  
Que en su mentida elevación se pierde.  
Seguir tu clara voz, Naturaleza,  
Es nuestro fin: la necedad humana  
Confundir en su error; y ver las causas  
De quejas y opiniones siempre dignas  
De risa o de censura. Al Dios del hombre  
A los ojos del hombre vindiquemos.

Sobre Dios, sobre el hombre alguna idea  
Sólo por lo que vemos nos formamos.  
¿Qué vemos en el hombre? Un sér dotado  
De reflexión, que su lugar prescrito  
Con los demás en la Creación ocupa:  
Y toda nuestra ciencia sobre el hombre  
A estos solos principios se reduce.

Que a Dios conozcan mundos infinitos  
Que ni los puede divisar la vista,  
Ni el alma imaginar. Que allá le adoren.....  
Nosotros conocerle y adorarle  
Debemos en el nuestro. En audaz vuelo  
Quien el espacio penetrar pudiere

Y mundos sobre mundos ver girando  
Para formar el universo, y nuevos  
Planetas descubrir, y nuevos soles,  
Y ver qué seres las estrellas pueblan;  
Ése podrá decir por qué Dios hizo  
El mundo tal como es. . . . Mas, di, tú sabes  
Cuáles de esta obra son los fundamentos?  
¿El mutuo lazo que sus partes une?  
¿La justa proporción, y la insensible  
Gradación de los seres? O bien, dínos,  
¿Podrá una parte contener su todo?

Y esta cadena que lo enlaza todo,  
Y lo sostiene todo, ¿de qué manos,  
De las de Dios, o de las tuyas pende?  
¿La razón indagar inccio! pretendes,  
Por qué eres ciego y débil? ¡Eh! debías  
Antes buscar la causa más oculta  
Porque no eres más débil y más ciego.  
Ve a tu madre la tierra a preguntarle,  
¿Por qué el roble será más alto y fuerte  
Que no las zarzas que a su sombra crecen?  
O pregunta a los Cielos ¿por qué causa  
Son menores de Júpiter las lunas  
Que en torno giran de él? ¡Ah! si es muy justo  
Que de cuantos sistemas son posibles  
Prefiera la eternal sabiduría  
El que fuere mejor, donde las partes  
Sin la menor interrupción se adunen  
Para no disolverse, y donde ocupe  
Cada sér su lugar; fuerza es que el hombre  
Tenga el suyo también en esa escala  
De los seres que viven y que sienten.  
Y aunque ardan en disputas las escuelas,  
Ya sólo resta investigar si el hombre  
Está con relación a su destino  
Mal colocado en el lugar que ocupa.

Lo que es mal para el hombre, puede y debe  
Ser un bien para el todo: el arte humano  
Cuando se esfuerza más, produce apenas  
Aun con mil movimientos un efecto;  
Pero Dios con un sólo movimiento  
Llena todo su fin, y aun otros fines  
Prepara y perfecciona . . . Y así el hombre  
Que es aquí el móvil primordial y solo  
En este orden, quizá subordinado  
A otra esfera mayor, mueve una rueda  
Y concurre a otro fin que él no conoce.  
¡Quién, pues, comprenderá de este gran todo  
El plan y fin y dirección y leyes,  
Si una mínima parte sólo vemos!

Cuando el fiero caballo reconozca  
La mano que le doma, y mal su grado  
Le refrena o le aguija en su carrera;  
Y cuando sepa el lento buey que abre  
Ora la dura tierra, ora es llevado  
Cual víctima al altar, ora ceñido  
De flores, cual un Dios, Menfis le adora;  
Entonces conocer, hombre orgulloso,  
Podrás también tu fin, y a dónde tienden  
Tu acción y tu pasión; cuáles las causas  
Son del bien y del mal? ¿qué te reprime  
O qué te impele a obrar? ¿por qué unas veces  
De una deidad te elevas a la esfera  
Y otras de un siervo a la vileza bajas?

No digas, pues, que el hombre es imperfecto,  
Y que Dios hizo mal: antes confiesa  
Que el hombre, a quien es dado solamente  
Gozar del tiempo un fugitivo instante,  
Y ocupar del espacio un solo punto, . .  
Debe ser tan feliz y tan perfecto  
Como su ser y condición exige.

Del libro del Destino, nadie puede  
Leer sino la línea en que está escrito  
Lo presente no más. Pródigo el cielo  
Al bruto oculta cuanto inspira al hombre;  
Y a éste cuanto a los ángeles revela.  
¡Quién pudiera jamás vivir tranquilo  
Sin esta obscuridad! . . . . . Cuando el cordero  
Es por su gula condenado a muerte,  
¿Si él tu razón tuviera, lo verías  
Tan alegre y lascivo en la pradera  
Pacer, brincar, y en inocente halago  
Lamer la dura mano que le hiere?  
¡Oh feliz ceguedad de lo futuro!  
Gracioso dón, a todo sér prestado  
Porque llene mejor su fin; en tanto  
Que el sabio autor en plácido reposo,  
Su obra sublime conservando, mira  
Con ojo siempre igual un vil insecto,  
O un héroe perecer; en el espacio  
Ya un sistema, ya un átomo perderse;  
Y ampollas de aire, o mundos disolverse.

Refrena, pues, el vuelo de tu orgullo;  
Y espera que la muerte esos misterios  
Te venga a revelar, y a Dios adora.  
El ignorar te deja sabiamente  
Cuál tu felicidad futura sea;  
Mas para la presente, una esperanza  
Que no muere jamás puso en tu seno.  
Si aquí no eres feliz, tú debes serlo  
En otro orden de tiempos y de seres.  
¡Oh, cómo el alma inquieta y limitada  
Reposa y se engrandece en esta idea.

El Indio pobre en su rudez sumido  
Ve en las nubes a Dios, le oye en los vientos;  
Ni vanas artes ni orgullosa ciencia  
Su alma inerte excitaron a elevarse

Más allá de la esfera en que el sol brilla.  
Su pensar, su saber, no van más lejos .  
De lo que alcanzan sus sentidos torpes;  
Mas la simple natura, de esperanza  
No le privó; y allá tras de aquel monte,  
Cuya cima se pierde entre las nubes,  
Un cielo él se promete; se imagina  
Un mundo en cuyos bosques solitarios  
Libre pueda vagar; o ya en el medio  
Del mar una isla más dichosa, donde  
Un cruel conquistador jamás arriba  
Por saciar la sed de oro, derramando  
Sangre do quier y servidumbre dura  
En nombre de su Dios; donde el esclavo  
Ve su tierra natal, y alegre vive  
Sin que su amo feroz y avaricioso  
En mil modos le oprima, y sin que espectros,  
Que la superstición crédula forja,  
La paz del sueño y de la noche turben.  
Contento de existir, él no desea  
Ni las alas del ángel, ni la llama  
En que arde el serafín; mas se complace  
En la dulce ilusión de que su amigo,  
Su perro fiel será su compañero  
Allá en el mismo ciclo que se finge.

Pero tú eres más sabio. . . . En tu balanza  
Pesa, pues, tu opinión contra la ciencia  
Del pródigo Hacedor, y señalando  
Do está la imperfección, di que unas veces  
Se muestra liberal, otras avaro;  
Y para darle perfección a su obra  
Pon lo que falta, y quita lo que sobra.  
Destruye a tu placer todos los seres,  
O nuevos cría: y en tu orgullo exclama:  
"Si el hombre no es feliz, si no es perfecto,  
Y si no es inmortal; si en él no emplea  
Todo su amor y tu cuidado el Cielo,

Dios es injusto:” Y arrancando osado  
El cetro y la Balanza de sus manos,  
Sé Dios de Dios, y juzga su justicia.

Amigo, vuelve en tí: de nuestro orgullo  
Nace todo el error. Nadie en su esfera  
Se puede contener; todos aspiran  
A otra mayor. Los ángeles ser dioses,  
Y los hombres ser ángeles quisieran.  
Si aspirando a ser Dios, se perdió el ángel;  
Aspirando a ser ángel se hace el hombre  
De aquella misma rebelión culpable:  
Pues invertir la eterna ley del orden  
Es pecar contra Dios, es oponerse  
A su eterno designio. . . . . y se prepara  
La universal disolución del mundo.

Si preguntas, ¿por qué los astros brillan?  
Si preguntas, ¿por qué la tierra existe?—  
“Sólo es por mí”, responderá el orgullo:  
Por mí derrama liberal natura  
De frutos y de flores coronada  
Todos sus dones del fecundo seno:  
Por mí da en su estación la vid, la rosa  
Su néctar y su aroma; por mí encierran  
Las minas mil tesoros; y los vientos  
Sobre la mar me llevan obedientes.  
Nace el sol a alumbrarme; y es la tierra  
Mi pedestal, y mi dosel el ciclo.

Mas cuando el sol en sus letales rayos  
Asoladora peste al mundo envía;  
Cuando las tempestades, terremotos  
Y erupciones volcánicas arrasan  
Y sepultan los pueblos y naciones;  
¿No podrá decir que se extravía  
Natura de su fin, y que en el mundo  
Reina el Genio de mal?—“No, no, (responde

La voz de la razón que nunca engaña }  
Pues la primera causa omnipotente  
Sólo por leyes generales obra  
Que invierte rara vez, cuando le place  
Y nunca sin razón: y el mal permite  
Si a conservar el todo contribuye.'  
Por esta justa ley, cuanto hay criado,  
Todo cuanto no es Dios es imperfecto,  
Y mudable y mortal. ¿El hombre sólo  
No sufrirá esta ley? . . . . . Naturaleza  
Talvez del grande fin que se propuso  
De hacer feliz al hombre, se desvía;  
Y aun el hombre también: ¿qué importa? . . . . . El orden  
De ese desorden aparente nace.

Aquel gran fin en sucesión perenne  
Lluvias, calor, seronidad requiere,  
O más bien una eterna primavera;  
No menos que en los seres racionales  
Moderación, fragilidad, templanza,  
Y un orden regular en sus deseos.  
Pues si en el orden natural no alteran  
El designio de Dios las tempestades,  
Las pestes, y violentos terremotos;  
¿Lo han de alterar los crímenes nefandos  
De un Borja, de un Nerón? . . . . . Así lo piensa  
En el delirio de su orgullo el hombre,  
Sin ver que puede Dios hacer que el vicio  
De su justicia a los designios sirva.  
¿Quién osará inculpar la Providencia  
En el orden moral, si vindicada  
Siempre en el orden natural la observa?—  
Por una misma regla juzga de ambos;  
Mas siempre errados vagarán tus juicios  
Del grandioso espectáculo del cielo,  
Si más fino tu olfato y tacto fuera,  
El choque más lijero, la más dulce  
Impresión de una flor te causaría

El dolor o la muerte: un trueno horrible  
Fuera cada rumor: siempre aturdido  
Del armónico són de las esferas  
Sintieras no escuchar la melodiosa  
Queja del ruiseñor, del vago viento  
El grato susurrar entre las ramas,  
Y el tono adulator del arroyuelo.

Adora, pues, la gran sabiduría  
Del muy Alto en los dones que te ha dado:  
Y en lo que niega, su bondad adora.

¡Por la inmensa Creación, cuál va la escala  
De inercia, vida, instinto, pensamiento,  
En insensible gradación subiendo  
Desde la humilde raza del insecto  
A la estirpe del hombre soberano!  
¡Qué modificaciones de sentidos!  
¡Qué grados intermedios desde el topo  
A quien odiosa piel la luz niega,  
Al lince perspicaz! . . . . . ¡De la leona  
Que al ruido de su presa por la noche  
Ciega se lanza, al perro cuyo ollato  
Discurriendo lo lleva por un rastro  
Imperceptible, al más remoto objeto!  
¡Cuál el oído, enál la voz creciendo  
Va desde el mudo pez a las canoras  
Aves de abril en la florida selva!  
¡Qué finura en el tacto de la araña  
Sobre las redes que afanosa teje!  
¡En cada hilo vivir, sentir parece!  
¡Con qué discernimiento va la abeja  
Libando aun de las plantas venenosas  
Un licor saludable y delicioso!

Y en el orden de instinto, si la mente  
Fijas, ¡qué variedad desde el inundo  
Vil cerdo que en el fango se revuelca  
Al casi racional, noble elefantel

¡Y cuán débil barrera se interpone  
Entre ese instinto y la razón humana!  
¡Próximos siempre, y siempre separados! . . . .  
¿Quién conocer podrá la estrecha alianza  
Entre la sensación y el pensamiento?  
¡Oh cuántos seres! ¡cuántas relaciones!  
¿Y quién dirá de sus indefinibles  
Medias naturalezas, cómo tienden  
A unirse siempre sin jamás tocarse,  
Y menos traspasar esa invencible,  
Esa línea sutil que les separa?

Turba la justa gradación de seres:  
Y al punto los verás cómo se impelen,  
Se chocan, se destruyen . . . . . y se rompe  
La unión, la relación de unos a otros,  
Y de todos al hombre: y si tan varias  
Facultades, y dotes, y atributos  
Están subordinados a tí sólo,  
Porque te cupo la razón en parte,  
Cual un destello de celeste llama;  
Di, pues, que tu razón todo lo abraza,  
Que tu razón se sobrepone a todos.

Discurre por los aires; corre el globo;  
Sonda la mar; descubrirás doquiera  
La materia agitándose fecunda  
Y pronta a producir. ¡Cuál se dilata  
La progresión de seres! Hacia arriba,  
¡A qué altura se eleva inaccesible!  
En torno, ¡qué extensión interminable!  
Hacia abajo también, ¡en qué insondable  
Profundidad se pierde! . . . El principio  
De la cadena es Dios: siguen por orden  
Ángeles, hombres, bestias, aves, peces,  
Insectos invisibles. ¡Qué intervalo  
Del infinito a tí, de tí a la nada!

Si al lugar de los seres superiores  
Tú aspiras, al tuyo aspirarían  
Los seres inferiores; y un vacío  
Fuera en la Creación, donde si quitas  
Una grada, la escala se destruye;  
Y roto un eslabón de la cadena,  
La cadena también toda se rompe.

Así un sistema de celestes cuerpos  
Gira obediente a sus centrales leyes  
Que tienen relación con otros mundos  
Que poblarán la inmensidad del cielo.

Altera un tanto este orden porque acaso  
De allí esperas un bien; verás que al punto  
La confusión de un cuerpo se difunde  
A su sistema, y del sistema al todo;  
Y caerá destruído el universo.  
La tierra de su centro sacudido  
Se escapará de su órbita; y los soles  
Y planetas irán ciegos rodando  
Sin ley cierta, ni fin. Precipitados  
Los ángeles que rigen las esferas  
Serán también; los seres sobre seres  
Se abismarán, y mundos sobre mundos;  
Del cielo desquiciándose los ejes  
Vacilará su eterno fundamento,  
Y ante el trono de Dios, Naturaleza  
Temblará horrorizada al ver abierto  
El espantable abismo de la nada.  
¿Por quién desorden tanto? ¡Por el hombre!  
¡Por un gusano vill! . . . . ¡Oh cuánto exceso  
De orgullo, de impiedad y de locura!

¡Que, si rebeldes nuestros miembros niegan  
Su ministerio al alma que lo rige!

Si el pie formado para hollar la tierra,  
Si la mano al trabajo destinada,  
Oler, gustar, oír o ver quisiesen  
Y a cumplir su destino se negasen! . . . . .  
¡Qué confusión!— Pues mucho mayor fuera  
Si en esta inmensa fábrica aspira  
Cada parte a ser otra, desdeñando  
El empleo y lugar que le ha prescrito  
La excelsa mente del Rector supremo.

No son todos los seres sino parte  
De este admirable todo cuyo cuerpo  
Es la naturaleza, y Dios el alma.  
Dios, que igualmente su poder ostenta,  
Grandeza y perfección creando la tierra,  
O la esplendente bóveda del cielo,  
Un átomo sutil, o el sol radioso;  
Un hombre vil que en la miseria gime,  
O el puro serafín que arrebatado  
En éxtasis le adora. Para él nada  
Es alto, bajo, grande ni pequeño:  
Todo ante Dios es nada. Su inefable  
Espíritu penetrá los abismos  
Del cielo y de la tierra; enlaza, llena  
Y lo sostiene todo. . . . . se transforma  
En cada sér quedando siempre el mismo.  
Nos calienta en el sol, y nos recrea  
Con las alas del céfiro; florece  
En cada planta, y en los astros brilla.  
Inextenso se extiende: indivisible  
Se difunde doquier: se comunica,  
Se da vida sin perder nada: en toda vida  
Vive; y anima la materia inerte;  
En nuestra alma respira, siente, piensa;  
Y obrando siempre, nunca se fatiga.

Depón, pues, oh mortal, tu error: no llames  
Imperfección este orden portentoso

Que no conoces bien: tu mayor dicha,  
Quizá de lo que más inculpas, pende.  
Tu misma ceguedad y tu flaqueza  
Son dones a tu fin proporcionados.  
Entra en tí mismo: piensa en tu destino.  
Somete tu razón: espera firme  
Ser tan feliz aquí, o en otra esfera  
Cual conviene a tu sér, pues Dios lo quiere  
Y en amor paternal sobre tí vela  
Desde el alba a la noche de tu vida,  
Y de su diestra poderosa pendes.

Es la naturaleza con sus obras  
Un arte para tí desconocido;  
Lo que llamas fortuna es el efecto  
De un gran designio cuyo fin ignoras:  
Lo que juzgas discordia es armonía  
Cuyo hermoso concierto no percibes;  
Y el mal particular que acaso observas,  
Es un bien general. En fin, concluye  
Que a pesar del orgullo, y en despecho  
De la razón ilusa, *cuanto existe*  
*Todo esta bien aquí, todo es perfecto.*

---

---

## Discurso sobre la abolición de las mitas

(Pág. 212)

Señor:

El dictamen de la Comisión Ultramarina que acaba de leerse, se refiere a la primera de las proposiciones que presentó el señor Castillo, pidiendo la abolición de la mita y de toda servidumbre personal de los naturales de América, conocidos hasta hoy con el nombre de indios. La comisión apoya esta solicitud, y yo la encuentro equitativa, humanísima, justa y justificada.

Señor, tratándose del bien de los pueblos, y de pueblos que sufren, yo creo que toda oración en su favor está por demás ante un Congreso ilustrado, benéfico; ante un Congreso español, del que puede decirse que si en algo procede con prevención, es solamente por hacer el bien. Pero, sin embargo, con esta ocasión tomo la palabra para hacer ver los grandes males que encierra esta idea de mita, para demostrar la necesidad de abolirla y para que las Cortes procediendo con las luces necesarias tengan mayor satisfacción de hacer el bien conociéndolo mejor.

Desde los principios del descubrimiento se introdujo la costumbre de encomendar un cierto número de indios a los descubridores, pacificadores y pobladores de América, con el pretexto de que los defendiesen, protegiesen, enseñasen y civilizasen; y también para que exigiéndoles tributos y aplicándolos a toda especie de trabajo, tuviesen los encomenderos en su encomienda el premio del valor y los servicios que hubiesen hecho en favor de la conquista.

De esta costumbre nacieron males y abusos tantos y tan graves que no pueden referirse sin indignación y sin enternecimiento. De allí vinieron esos nombres ominosos y de indigna recordación, de encomiendás, de mitas, de repartimientos; bárbaras reliquias de la con-

quista y gobierno feudal; fomento de la pereza y del orgullo de los nobles y de los entuñecidos, y esclavitud de los naturales paliada con el nombre de protección.

En esta época nació la opinión tan largamente difundida de la ineptitud, de la indolencia y de la pereza de los indios. Carácter desmentido por sus grandes y prolijas obras que se conservan todavía a pesar de la injuria de los tiempos y de los hombres; desmentido por sus preciosas manufacturas hechas sin auxilio, sin modelos, sin instrumentos, y desmentido finalmente por las mismas venerables y magníficas ruinas de su antigüedad.

Pero aquella opinión nació con justicia; desde esa época el indio se fue haciendo inepto, indolente y perezoso, como naturalmente se hace todo hombre cuando no tiene tierra propia que cultivar, cuando no suda para sí, y cuando ni aun participa del fruto de su trabajo.

La avaricia de los encomenderos y hacenderos crecía en razón inversa de la actividad de los indios; y transformándose en amor del bien público y de la humanidad excitó a esos benéficos sedientos de oro a hacer las más vivas y frecuentes representaciones pintando la natural rudeza y desidia de los indios, y la necesidad de repartirlos, destinándolos al trabajo de las minas y haciendas de los particulares.

De aquí provinieron los repartimientos de indios para todo, que se conocen con el nombre de mitas, así como a los que les sirven con el nombre de mitayos. Repartimiento de indios para fábricas u obrajes; repartimiento para las minas, labranza de tierras y cría de ganados; repartimiento para abrir y componer caminos y asistir en las posadas a los viajeros; repartimiento para las postas y para todos los servicios públicos, particulares y aun domésticos, y hasta repartimiento de indios para que llevasen en sus hombros a grandes distancias y a grandes jornadas cargas y equipajes, como si fuesen animales o bestias domesticadas; y esto aun después de

haberse decidido afirmativamente la ardua y muy agitada cuestión de *si eran o no eran hombres*, y de haberse decidido por una de aquellas personas que han tenido pretenciones o presunciones de infalibilidad.

Horroriza el recuerdo de los malos tratamientos, daños, agravios y vejaciones que sufrieron entonces los miserables: y yo ahora no haré una relación, que por demasiado verdadera sería inverosímil. El que quiera tener una idea de esto, que lea todas las leyes del Código indiano que tratan de la materia; pues como al principio de cada una de ellas se dice la causa o motivo de la misma ley; allí se encontrará el testimonio irrefragable de hechos inauditos, que parecen consignados en tan memorable Código para eterno oprobio de los encomenderos, y para sempiterno motivo de indignación y duelo en la posteridad de las antiguas víctimas de la avaricia.

Verdad es que están abolidos ya muchos de aquellos abusos, y reformadas muchas de aquellas prácticas injuriosas; pero aún quedan restos muy considerables a pesar de las ordenanzas y de las leyes, como dice Solórzano en su Política; cuya autoridad refiero no para creer yo más, sino para ser más creído. Entre esos restos está aun en su primer rigor, o poco menos, la mita para el laboreo de las minas. Por ella la séptima parte de los vecinos de los pueblos son arrancados de sus hogares y del seno de sus familias, y llevados a remotos países, donde en vez de regar de un grato y voluntario sudor sus pocas y miserables tierras (pocas y miserables, pero suyas), regarán con lágrimas y sangre las hondas y espantosas y mortíferas cavidades de las minas ajenas.

Para este viaje los indios se ven precisados a vender vilmente sus tierras, sus ganados, sus sementeras, sus cosechas futuras, pues todo perecería sin su asistencia en el tiempo de su destierro. También se ven obligados a llevar consigo toda su familia, que abandonada moriría de hambre y de frío. Señor, ¿habrá algún hombre que no se enternezca al ver un delincuente salir de

su patria para un destierro, aunque no sea muy horroroso, aunque no sea perpetuo? No, nadie. Pues ¿quién podrá ver con el alma serena numerosas familias inocentes y miserables, despidiéndose de la tierra que las vió nacer, y arrancándose para siempre de los brazos de sus parientes y amigos? ¿Quién verá sin lágrimas a esos infelices, peregrinando por aquellos horribles desiertos, hambrientos, semidesnudos, taciturnos, los pies rajados y sangrientos, encorvados bajo el peso de sus hijos y padres ancianos, tostados por el sol, transidos de frío, y su alma y su corazón (porque los indios tienen alma y corazón), hondamente oprimidos con el presentimiento, con la cierta previsión de males mayores, y con los dolorosos e importunos recuerdos de su patria ausente? . . . . ¿Y qué les espera llegando a su destino? Amos orgullosos, avariciosos intratables, mayordomos crueles, poco pan, ninguna contemplación, grandes fatigas y mucho azote. Aun los jornales señalados por la ley, que en sí son demasiado mezquinos, no se les paga en moneda; se les paga en géneros viles, comprados vilísimamente, y después vendidos al indio por fuerza y a precios tan exorbitantes como quiere el monopolista minero, cuya tienda es la única en el desierto de las minas. También se les paga en licores, a que se han aficionado esos naturales, entre otras causas, por interrumpir algún tanto, o adormecer el sentimiento de su desgracia. Aquí no puedo dejar de observar que aquellos mismos que los han provocado a la embriaguez, pagándoles en aguardiente; aquellos mismos que los han obligado a aborrecer el trabajo, haciéndoselo insufrible; aquellos mismos que los han precisado a robar para no perecer; esos mismos son los que caracterizan a los indios de ebrios, de perezosos y de ladrones.

Mas, en honor de la verdad, debe decirse que aquellos Señores de mitayos en una sola cosa han mirado siempre a sus siervos con mucha piedad y compasión, y es, en no haberles enseñado nada; pues dándoles más

luzes los habrían hecho doblemente desgraciados..... Pero corramos un velo sobre tantas miserias; y aunque tarde, ocupémonos en remediárlas. Esto reclaman la humanidad, la filosofía, la política, la justicia y los mismos eternos principios sobre que reposa nuestra Constitución.

El remedio, Señor, es muy simple, y tanto más fácil, cuanto que las Cortes para aplicarlo no necesitan edificar, sino destruir. Este remedio es la abolición de la *mita* y de toda servidumbre personal de los indios, y la derogación de las leyes mitales. Que se borre, Señor, ese nombre fatal de nuestro Código; y ¡oh, si fuera posible borrarlo también de la memoria de los hombres!

Yo haciendo justicia a la piedad y justificación del Congreso, no me detendré en probar la necesidad de ese remedio; pues con la sola exposición que acabo de hacer de los males que trae consigo la *mita*, queda suficientemente probada y demostrada. Me contraeré solamente a desvanecer dos reflexiones, que son las primeras, las únicas que pueden hacerse contra esta justa, benéfica liberalísima providencia.

Primera. Se dirá que hay *muchas* y muy *buenas* leyes sobre *mita* en el Código indiano, y que no hay mas que promover su ejecución. A lo del número de esas leyes, responderé con Tácito *corruptissima republica plurimas leges*. Y por lo que hace a su bondad, observaré que aquello que es en sí malo, injusto y contra la equidad, no se convierte aun por las mejores leyes del mundo en bueno, justo y equitativo. Pero estas breves respuestas exigen un poco más de extensión.

Sería una injusticia no reconocer el espíritu de amor y beneficencia que dictó las leyes mitales en gracia de los mitayos. ¡Ojalá que esas leyes hubiesen tenido un objeto más justo! Así que, leemos en ellas las recomen-

daciones a los virreyes y gobernadores para que atiendan y protejan a los indios; vemos señaladas las distancias a que sclemente deben ser llevados a trabajar; las leguas que deben hacer al día, las horas de labor; la duración de la mita; vemos designados los jornales que deben percibir, el turno entre todos los vecinos, la cesación del servicio en ciertas estaciones y en ciertos climas; vemos muy encarecidos los modos con que deben ser tratados; en fin todo lo que podría aliviar su servidumbre, si tan ruda servidumbre pudiera aliviarse con algo que no fuese la entera libertad. ¿Y esas mismas leyes que por no cortar el mal de raíz lo han perpetuado con los remedios; esas mismas leyes benéficas se han observado? ¿Cómo habrían de observarse, resistiéndose tenazmente a su observancia el interés personal que regularmente está en contradicción eterna con el bien de los otros? Por eso a pesar de las leyes, ni los padrones se hacen con exactitud, ni se observa el turno; es llevado a la mita un mayor número de indios y a mayores de lo que debía ser; son detenidos en el servicio más allá del plazo; no se atiende a climas ni estaciones, todo porque así lo exige el interés de los mineros; y cuando habla el interés, callan las leyes.

Entre un mil de ejemplos de esta intolerable inobservancia citaré uno sólo que se lee en la relación del gobierno del Conde de Superunda, Virey del Perú. Antes del reinado de este Señor, se había mandado que también *mitasen* los indios forasteros. A su ingreso no se había aun ejecutado aquella orden por los inconvenientes que ofrecía una novedad tan contraria a las costumbres. *Pero los mineros del Potosí* (son palabras literales) *atendiendo únicamente a su propia utilidad*, instaron repetidamente por el cumplimiento de una orden que aumentaba el número de sus mitayos.

El Virey con dictamen del acuerdo, resolvió que por los Corregidores, Curas y Gobernadores se formasen pa-

árabes, en que se incluyesen sólo los forasteros que no tuviesen tierras. Las órdenes circulares se expidieron (así literalmente concluye el capítulo en la página 66); pero hasta el presente no se ha finalizado este negocio, porque el Ministro Director de la mita las detuvo tres años; y esta demora después de tan eficaces instancias hace creer que los mineros temen no adelantar por este medio su pretensión, y que su anhelo era que se aumentase la mita, aunque los indios recibiesen la *molestia* de repetir sus viajes sin los años de descanso que estaban establecidos.” Ruego que se atienda bien a todas las palabras de este testimonio recomendable, y en ninguna manera sospechoso, y que de paso se note la suavidad de la palabra *molestia* con que el Virey quiere significar el sufrimiento de males más horribles que la muerte.

“Las quejas de los mineros (página 67 de la mencionada relación) que quisieran les brotara indios la tierra, y siempre creen que les ocultan muchos, fueron el principal estímulo para las revisitas.” Pero, ¡qué importa a los mineros que haya directores y reglamentos, revisitadores y revisitas, cuando con el sudor y sangre de sus indios resarcen con moderada usura las gratificaciones! Después de esto, que no se hable más de la multitud y bondad de las leyes mitales, que ni se han observado, ni se observan, ni pueden observarse. ¿De qué sirven leyes sin costumbres? Y sobre todo repito, que las leyes por buenas que sean jamás harán justo y equitativo lo que es en sí contra la justicia y contra la equidad.

En segundo lugar se puede decir contra la abolición de la *mita*, que siendo los indios más hábiles y más acostumbrados al trabajo de las minas, si se les diese la libertad, quedarían los mineros sin trabajadores, las minas desiertas, y agotado en breve tiempo ese manantial de la riqueza.—No, Señor. Sean, o nó, por ahora, las minas el manantial de la riqueza; yo creo y aseguro que

jamás faltará quien las trabaje. ¿Hasta cuándo no entenderemos que sólo sin reglamentos, sin trabas, sin privilegios particulares pueden prosperar la industria, la agricultura, y todo lo que es comercial, abandonando todo el cuidado de su fomento al interés de los propietarios?

Nada hay más ingenioso y astuto que el interés; él inspirará a los dueños de minas los recursos y modos de encontrar jornaleros. Páguenles bien, trátenlos bien, proporciénelos auxilios y comodidades en las haciendas, y los indios correrán por sí mismos donde los llame su interés y su comodidad.

Por otra parte, la misma circunstancia de estar avanzados los indios, como se dice, a aquel trabajo, es un nuevo motivo para creer que no abandonarán las minas, porque jamás el hombre en llegando a cierta edad, deja o desaprende el oficio de sus primeros años, si con él puede vivir.

¿Pero, por qué me he detenido en referir los males, los abusos y perjuicios que traen consigo las *mitas*, cuando para ser abolidas les basta el ser en sí injustas, aunque sean ventajosas? Esta injusticia se funda (y ya no son precisas las pruebas) en que la *mita* se opone directamente a la libertad de los indios que nacieron tan libres como los reyes de Europa. Es admirable, Señor, que haya habido en algún tiempo razones que aconsejen esta práctica de servidumbre y de muerte; pero es más admirable que haya habido leyes que la manden, reyes que la protejan, y pueblos que la sufran.

Homero decía que quien pierde la libertad pierde la mitad de su alma; y yo digo que quien pierde la libertad para hacerse siervo de la *mita* pierde su alma entera. Y esta es, poco menos, la condición de los mitayos,

Recordemos que desde la antigüedad se tuvo la labor de minas, y el beneficio de los metales como una

carga más que servil, y como una pena más grave que la de muerte. Véanse sino todas las leyes del digesto que tratan de las penas *in metallum*. Por esto los romanos solamente condenaban a ese trabajo a los facinerosos y de humilde y baja condición; por esto aquellos miserables eran tenidos para todos los efectos del derecho no sólo por esclavos, sino por muertos; en tanto que se llamaban resucitados los que se libraban de ese castigo por indulgencia del príncipe.

Pero la suerte de nuestros mitayos es muy más cruel que la de aquellos romanos siervos, o civilmente muertos; pues estos padecían por su culpa; y la conciencia de la culpa si no modera el rigor de la pena, debe hacerla menos insoportable, *leniter, ex merito quidquid patitur, ferendum est*; mientras que los indios son condenados a esas horribles y famosas fatigas sin otra culpa que la avaricia ajena, sin otro crimen que su humildad y su masedumbre.

Que no se diga entre nosotros que si se coartó la libertad de los indios fue para su bien. A nadie se hace bien contra su voluntad. Además de que es quimérico el bien que las leyes mitales han producido. Y si para derogar esas leyes no es poderosa la razón de que son injustas; sea a lo menos bastante la razón de que son inútiles. En efecto la *mita* se instituyó; y las leyes mitales se escribieron para acostumar a los indios al trabajo, para enseñarles a usar de sus talentos, para darles instrucción, doctrina, civilidad y costumbres. Y ahora pregunto yo: ¿después de 300 años que se observan esa práctica y esas leyes, han dejado los indios su pereza, su indolencia, su rusticidad? Que respondan los mineros: que respondan también esos otros ricos amantes del bien público, que oficiosamente nos representaron poco ha una enérgica y caritativa pintura de aquellos naturales.

Finalmente, Señor, debo observar que la *mita* si no es la única, es la primera causa de la portentosa despo-

blación de la América. Todos saben que proporcionar a los hombres propiedades, y proporcionadas fomentarlas y darles seguridad son los primeros elementos de la población: pues todo hombre ama y no abandona el país en que halla una cómoda subsistencia; y todo hombre teniendo como sostenerse y sostener una familia, lo primero en que piensa es en casarse; y entonces ninguna fuerza hay en el mundo que sea poderosa a hacer que quede en suspensión su natural conyugabilidad.

Comparemos estos principios con los de la *mita* y sus efectos, y ya no nos admiraremos de ver yermas y desiertas muchas y vastísimas provincias de la América. Sería importuno hablar ahora sobre si se ha proporcionado o nó a los indios el tener propiedades; veamos solamente si con la *mita* se han fomentado y asegurado las que han tenido, sean las que fuesen. Cualquiera podrá decir con facilidad esta cuestión recordando sólo lo que dije poco antes: a saber, que para ir al servicio de las minas, los indios son obligados a abandonar sus hogares, a vender sus tierras, sus cosechas, sus ganados y a malbaratar el fruto del sudor de muchos años, y aun del sudor futuro, para los gastos de ida a su destierro, de mansión y de vuelta. Digo *de vuelta* muy impropiamente, pues son ratos los que vuelven a su tierra: muchos mueren en el trabajo y por el trabajo; muchísimos quedan imposibilitados para siempre, y todos, todos se encuentran al fin reducidos a la mayor miseria. Pero a los que no se atienen a principios, que les diga la experiencia, si es práctica, si esas leyes mitales han sido parte para fomentar, aumentar, o siquiera conservar la población de las Américas.

A esas razones generales de despoblación se agregaron otras que naturalmente iban naciendo del mismo principio. Los indios empezaron a aborrecer el matrimonio, porque los desgraciados no quieren engendrar desgra-

ciados; aborrecieron a sus hijos; se holgaban de no tenerlos; y las madres generalmente usaban mil malas artes para abortar!! . . . . Y ¿dónde están hoy esas tribus numerosas que llenaban los valles en sus fiestas, y coronaban las montañas en sus combates? Allí están en las hondas cavidades donde se sacan esos metales ominosos, *irritamenta malorum*: allí reposan donde trabajan tanto: allí están en esas vastas catacumbas americanas. Y cuando por casualidad algún viajero o una familia indiana atraviesa aquellos yermos y tendidos desiertos, no puede divisar estos cerros fatales sin hacer algún triste recuerdo, sin apartar los ojos con horror, sin derramar alguna lágrima, y sin demandarles o un amigo, o un hermano, o un padre, o un hijo, o un esposo.

Que cesen ya, Señor, tantas calamidades. Una sola palabra de las Cortes será poderosa a secar en su origen esa fuente de tantos males y de tantas miserias. Abólanse las *mitas* para siempre; deróguense las leyes mitales, que a pesar de toda la beneficencia que respiran manchan las hermosas páginas de nuestro código. Sea este el desempeño de la primera obligación que por la constitución hemos contraído de conservar y proteger la libertad civil, la propiedad y los derechos de todos los individuos que componen la nación. ¡Qué! ¿permitiremos que hombres que llevan el nombre español, y que están revestidos del alto carácter de nuestra ciudadanía, permitiremos que sean oprimidos, vejados y humillados hasta el último grado de servidumbre? Señor, así no hay medio, o abolir la *mita* de los indios, o quitarles ahora mismo la ciudadanía que gozan justamente. ¡Pues qué! ¿nos humillaríamos nosotros, nos abatiríamos hasta el punto de tener a siervos por iguales y por ciudadanos? . . . . Pero, como este despojo exasperando el sufrimiento quizá produciría malos efectos, y quizá veríamos sobre uno de los Andes repetida la famosa escena del monte Aventino (Aunque no créo que entonces nos faltaría un Agripa), la justicia, la humanidad, la política

aconsejar y mandan imperiosamente la abolición de la *mita* y de toda servidumbre personal de los indios, y la derogación de todas las leyes mitales. Sí, Señor, de las leyes mitales; de esa porción, bajo de otro respecto, muy recomendable de las leyes de Indias. Pues a pesar de que todos los sabios llaman sabias a esas leyes, yo ignorante, yo tengo la audacia de no reconocer su sabiduría. ¿Por ventura esas leyes han llenado en tres siglos el benéfico fin que se propusieron de hacer industriosos y aplicados a los indígenas de América, de instruirlos, de civilizarlos, de hacerlos felices? Pues para mí no son sabias las leyes que no llenan el benéfico fin que se proponen, para mí no son sabias sino las leyes que hacen felices a los pueblos.

---

## Gabriel García Moreno

Mensaje al Congreso Constitucional de 1873

(Pág. 255)

Honorables Senadores y Diputados:

Al daros cuenta del estado floreciente de la República y de las reformas que creo necesarias para la continuación de su prosperidad, permitidme que ante todo presente a Dios en nombre de ella el humilde homenaje de mi profundo agradecimiento; pues dimanando de El todos los bienes de que ella disfruta, a El y únicamente a El se le debe la gratitud y la gloria.

Gracias a su protección paternal, en el Ecuador reina la paz que resulta de la satisfacción y tranquilidad de los ánimos, y del orden fundado en la libertad sin restricción para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores. Por esto, en los dos años de que os doy cuenta, el Gobierno no ha hecho uso de la facultad de declarar en estado de sitio, sino en los pocos días que duró el levantamiento de la raza indígena contra los blancos en la provincia del Chimborazo a fines de 1871, movimiento que, producido por la embriaguez y la venganza, y manchado con varios actos de salvaje ferocidad fue contenido fácilmente por la fuerza armada, castigado severamente por la justicia en algunos de los más culpables, y completamente apaciguado y extinguido por el perdón concedido a los otros delincuentes.

Con los demás pueblos, nuestras relaciones siguen en el mismo estado que ántes, sin que nada haya venido a perturbar la buena armonía que procuramos conservar con todas las naciones por medio del leal cumplimiento de nuestros deberes.

Nuestras rentas se han duplicado en el corto espacio de cuatro años, a pesar de la supresión de algunos impues-

tos, como los honorosos derechos de puerto. Mientras en 1868, año que precedió a nuestra reorganización como estado verdaderamente católico, los ingresos produjeron la suma de..... \$ 1.451,711

|                             |           |
|-----------------------------|-----------|
| en 1869 ascendieron a... .. | 1.678,755 |
| en 1870 ,, a..... ..        | 2.248,308 |
| en 1871 ,, a..... ..        | 2.483,359 |
| en 1872 ,, a ... ..         | 2.909,348 |

Por consiguiente el aumento, comparado con el producto del año de 1868, ha sido:

|                      |            |
|----------------------|------------|
| en 1869 de. ....     | \$ 227,044 |
| en 1870 de..... ..   | 796,597    |
| en 1871 de..... ..   | 1.031,648  |
| y en 1872 de..... .. | 1.457,637  |

aumento que excede en sólo el año último al ingreso total de 1868.

Así, sin emplear capitales extranjeros, ni comprometer el porvenir de la República con empréstitos ruinosos ni dejar de pagar los sueldos, pensiones y censos con estricta puntualidad, la situación ventajosa del Tesoro nos ha permitido en el bienio último amortizar un millón seiscientos doce mil pesos de la deuda interina, flotante e inscrita, incluyendo en esta suma quinientos cinco mil pesos de capitales acensuados radimidos por la décima parte de su valor nominal con arreglo al Concordato, pagar \$ 227,000 de la deuda extranjera (Mackintosh y anglo-americana), invertir \$ 442,000 en instrucción pública y beneficencia, y gastar en construcción de caminos y otras obras públicas \$ 1.208,000.

Lejos, pues, de pedirnos la creación de nuevos impuestos o el aumento de los antiguos, os ruego suprimáis el que tenía por objeto indemnizar a los propietarios de esclavos, cuando éstos fueron manumitidos. Por lo vejatoria y dispendiosa que era esta contribución a causa de los gastos y diligencias judiciales que hacía indispensables, ordené la suspensión de su cobranza desde el primer día del año presente, previo el pago de los

respectivos acreedores, dejándoos a vosotros el honor de suprimirla, una vez que ha cesado la necesidad que obligó a establecerla. No menos injusto y molesto es el impuesto que se exige a los curas, abogados, médicos y boticarios, resto último de la abolida contribución del cinco por ciento que gravitaba sobre la renta de todos los empleados, el cual es hoy una inexplicable inconsecuencia. Por lo tocante a nuestras otras fuentes de ingreso, me parece que basta determinéis los medios de asegurar a la República la principal de sus riquezas y la esperanza de su porvenir, modificando las disposiciones que rigen sobre la venta de las tierras baldías; que reforméis la ley vigente sobre la producción y consumo del aguardiente, la peor sin duda de nuestras leyes fiscales; y que establezcáis en la ley de Aduanas la libertad de derechos para las máquinas que se introduzcan de los países que, como los Estados Unidos, dan o den libre entrada a los productos de nuestro suelo, únicos que podemos ofrecer en cambio a los que nos proveen de sus manufacturas.

En la inversión de los caudales públicos habéis notado ya, por lo considerable de las sumas pagadas a los acreedores del Estado, el esmero que pone el Gobierno en aligerar al Erario del peso abrumador que lo oprimía. Si os dignáis aceptar las indicaciones que os someterá el Ministro de Hacienda, juzgo muy probable la total extinción de la deuda interna en los dos años siguientes, pagándose en dinero lo que se debe por empréstitos arrancados por la fuerza en los desgraciados tiempos que pasaron, y cubriendo con arreglo al Concordato los censos vencidos hasta 1868, pues los de 1869, 70 y 71 están ya satisfechos, y los de 1872 lo serán en el año corriente.

Grato me es anunciaros que el año próximo se pagará el último dividendo de la deuda anglo-americana, y que al mismo tiempo quedará cancelada la deuda inglesa denominada Mackintosh. No quedará por arreglar

sino la enorme deuda indebidamente llamada inglesa, cuya deuda desde su origen es un tejido de fraudes e iniquidades contra el Ecuador, y cuyo pago se suspendió justamente en 1869. Los fondos con que hoy se paga el crédito de Mackintosh pueden destinarse desde 1875 a la amortización de esta deuda, sea que los tenedores de bonos se decidan a entrar en un arreglo equitativo, que merezca vuestra aprobación, sea que los bonos sean comprados por cuenta del Tesoro, como dispuso la Convención de 1869.

El Ministro de Instrucción Pública os dará una razón minuciosa de todos los adelantos conseguidos en este bienio. En la primaria el número de alumnos ha subido cerca de un sesenta por ciento: la renta de los maestros de escuela ha crecido con arreglo a la ley, en las escuelas cuya organización es satisfactoria; y se construyen actualmente en muchas parroquias los edificios de que carecían para ellas; pero lo hecho es muy poco comparado con lo que debíamos hacer, y poca es también la cantidad de \$ 100.000 anuales destinada para este importante objeto. La secundaria, tan superficial e inútil en otro tiempo, se ha uniformado por el programa obligatorio de enseñanza y exámenes; y la superior en la Facultad de Ciencias y Escuela Politécnica se ha completado con el refuerzo de los sabios e ilustres profesores cuya venida os anuncié en vuestra reunión precedente. Para la enseñanza técnica no tenemos todavía sino los establecimientos cuya fundación os indiqué entonces, uno de los cuales, el de niñas dirigido por las Hermanas de la Providencia, nada deja que desear, y el otro, el de niños, bajo la dirección de los Hermanos Cristianos que vinieron de Nueva York, está todavía en germen, y no podrá arreglarse completamente, mientras no entre en posesión del edificio que para esto actualmente se construye. El hermoso Observatorio Astronómico de la Alameda se concluirá el año próximo y al mismo tiempo se colocarán los instrumentos que para él se fabrican en Munich.

Hacemos esfuerzos incesantes para mejorar y aumentar los hospitales y casas de beneficencia; pero las Hermanas de la Caridad no han podido encargarse sino de cuatro hospitales y de la casa de expósitos con la sala de asilo anexa. Espero que al número existente de estas dignas hijas de la Caridad católica, se egregarán este año las que con tenaz insistencia hemos pedido; y confío también en que las compasivas Hermanitas de los pobres vendrán a rivalizar con ellas en su admirable misión de misericordia.

No podría sin salir de los límites de este Mensaje, destinado a presentaros el cuadro fiel y sucinto de la situación de nuestra Patria, entrar en la enumeración completa de todas las obras públicas continuadas, principiadas o concluidas en estos dos años. El Ministro de este ramo os dará cuenta minuciosa de cuanto hemos hecho. Nuestra obra principal, la carretera del Sur, concluida hasta Sibambe en el año pasado, tiene más de 260 kilómetros de extensión, 101 sólidos puentes de cal y canto, y cerca de 400 acueductos de la misma clase; y para unirla con las playas de Guayaquil, se trabaja un ferrocarril de Sibambe al Milagro desde principios de este año, siguiendo en general la orilla derecha del río Chanchán. En el mes anterior se principió a trazar la sección del Milagro, desde Chobo; y si conseguimos el número de peones necesario, el ferrocarril comenzará a servir desde enero de 1875. Su extensión será de 140 kilómetros, la mayor parte en llanura; y de la porción más difícil, que es la que atraviesa las últimas colinas y quiebras de los Andes, hay ya preparados para recibir los durmientes y rieles cerca de 25 kilómetros. Se han comprado 3.000 toneladas de rieles y los carros y máquinas indispensables, todo lo cual principiará a llegar por remesas sucesivas desde setiembre venidero. Un crédito en cuenta corriente, sin prima de ninguna especie, por el cual ha pagado anticipadamente el Tesoro más de \$ 100.000, ha bastado para esta adquisición y para la

del telégrafo que se pondrá en la vía férrea y en la carretera.

La de Cuenca sigue adelantando con la lentitud debida a la escasez de trabajadores. El camino de Otavalo a Esmeraldas pasa ya de 171 kilómetros y estará en servicio antes del próximo diciembre, si bien habrá que construir en el año entrante algunos puentes en reemplazo de los provisionales que se han puesto. En el de Alóag a la Bahía de Caráquez, se ha vencido la parte difícil, el descenso de la cordillera, y se extiende a más de 50 kilómetros, siendo muy probable que a fines de este año llegue hasta el pueblo de Santo Domingo. En el del Arenal a Playas hay una sección concluída, la del Chimborazo, en la cual se están haciendo algunas modificaciones que la dejarán más cómoda; y se abre otra más importante y útil, la de Chimbo al Cristal.

Tres faros y dos luces de puerto alumbran ya nuestras costas, en las cuales se han colocado cuatro boyas de campana para indicar los bajos peligrosos de Manta y Atacames; y al mismo tiempo dos dragas, una de las cuales está en servicio, destruirán los obstáculos acumulados en el Guayas por la acción de la corriente y la incuria de los hombres. Para la mayor seguridad de la navegación y fomento del comercio conviene aumentar el número de faros y boyas, y trasladar el inseguro fondeadero de Esmeraldas a la rada inmediata de Coquito, para lo cual es indispensable establecer en ella un muelle y unirla con la población por medio de un corto ferrocarril de sangre. Si acogéis estas indicaciones, os dignaréis señalar en el presupuesto la suma necesaria.

Considero de justicia que se aumente la dotación de aquellos empleados subalternos que están mal retribuídos, y os recomiendo por tanto la adopción del proyecto reformativo de la ley de sueldos modificada en parte por la Legislatura de 1871. Muchos de los empleados cuyos sueldos es necesario aumentar, pertenecen al Poder Judicial; y no pocas veces están por largo tiempo vacantes

las judicaturas, por que no ofrecen a los que las ejercen, medios suficientes de subsistir. Para compensar en parte el aumento de egresos que habrá por esta causa, sería conveniente la fusión de las dos Salas de la Corte Suprema en una sola, ya que no hay para ambas trabajo bastante; y ya que esta fusión es fácil ahora, si dejándose de proveer la vacante que existe por fallecimiento, se ordena la reunión de los vocales restantes en una sala única, y la consiguiente supresión de una de las secretarías. Así se evitará que se rompa la unidad de la legislación por la diversa y aún contraria interpretación de las leyes; y tendrán los fallos de la Corte Suprema más seguridad de acierto, por el mayor número de magistrados altamente respetables que intervendrán en ellos. Por lo demás, la administración de justicia será completamente digna de este nombre, si encontráis modo de impedir o castigar los frecuentes abusos e injusticias que cometen los alcaldes de algunos pequeños cantones, y la tendencia de los jurados a dejar impunes los delitos.

El Código Penal y el de Enjuiciamiento criminal, que formasteis en vuestras sesiones anteriores, fue impreso en Nueva York y está rigiendo desde el 1º de noviembre de 1872. Un caso reciente ha venido a poner en evidencia que las disposiciones inconsultas que contiene sobre circunstancias atenuantes, alteran y anulan todas sus demás disposiciones, y deben producir con el tiempo el acrecentamiento de los crímenes, por la especie de impunidad que se les otorga. Vuestro ilustrado patriotismo y vuestro amor a la justicia me hacen esperar la pronta corrección de un error que ha de tener forzosamente deplorables consecuencias.

Pequeño como conviene a la República, pero leal, valiente y disciplinado como su seguridad lo exige, es nuestro ejército, digno de vuestra estimación y gratitud. Continuamos adquiriendo cada año las armas de precisión que necesitamos para armar y ejercitar la guardia nacional; y es ya indispensable cambiar nuestro antiguo

y poco útil material de artillería de costa, para lo cual os serviréis señalar fondos suficientes. El Código Militar impone al Gobierno la obligación de colocar en un banco los fondos de montepío; pero todos los establecimientos de crédito se han negado a admitirlos, haciendo imposible el cumplimiento de este deber. Entre tanto, año por año crece el monto de las pensiones que hay que pagar, al paso que no llegan a la tercera parte de ellas los ingresos destinados para satisfacerlas. Sería, pues, muy justo dispusieseis que las pensiones de montepío duren solamente hasta que se consuma el fondo depositado por el jefe u oficial difunto; con excepción de las familias de los que fallecen con honor en el campo de batalla, o por las heridas recibidas sin cobardía, o por enfermedades causadas por la campaña y no por excesos: familias que deberían conservar, como premio justo y honorífico, la pensión que la ley actual les concede con generosidad.

De nada nos servirían nuestros rápidos progresos, si la República no avanzara día por día en moralidad, a medida que las costumbres se reforman por la acción libre y salvadora de la Iglesia católica. Sin embargo, frutos más abundantes se recogerán cuando sean más numerosos los celosos operarios, y no se vean como en la nueva diócesis de Portoviejo, parroquias populosas sin párrocos que las sirvan por la absoluta falta de clero. Debemos, pues, auxiliar a nuestros venerables Obispos para que costeen el viaje de los sacerdotes seculares o regulares que necesitan, y elevar a \$ 300 el insuficiente estipendio de los curatos de montaña, con el cual la subsistencia y residencia del cura son ahora imposibles.

Las misiones orientales reclaman también vuestra generosa protección. En las orillas del Napo, a donde se trasladaron con aprobación del Gobierno los misioneros que inútilmente permanecían en Gualaquiza, penetra de un modo admirable la civilización verdadera, la civilización de la Cruz; y las escuelas fundadas por el celo

apostólico de los infatigables hijos de la Compañía de Jesús, preparan para esas comarcas, ricas pero salvajes, días de luz y de prosperidad. Tengo esperanza cierta de que el número de misioneros se acrecentará en breve.

La ventajosa situación de nuestra Hacienda nos permite cumplir holgadamente el deber impuesto por el Concordato, de fomentar y facilitar las misiones, y la obligación anexa al honor de patrono, de contribuir al reparo y restauración de los templos destruidos por los terremotos, como la Catedral y otras iglesias de la Arquidiócesis, las de la provincia de Imbabura y las del cantón de Alausí, arruinadas las unas en 1868 y las últimas en el año precedente.

No menos imperioso es el que tenemos de socorrer al Padre Santo mientras esté despojado de sus dominios y rentas, para lo cual podéis destinar el diez por ciento de la parte concedida al Estado. Pequeña ofrenda será, pero al menos probaremos con ella que somos hijos leales y amantes del Padre común de los fieles, y lo probaremos cuando dura todavía el efímero impero de la usurpación triunfante.

Pues que tenemos la dicha de ser católicos, seámoslo lógica y abiertamente, seámoslo en nuestra vida privada y en nuestra existencia política, y confirmemos la verdad de nuestros sentimientos y de nuestras palabras con el testimonio público de nuestras obras. No satisfechos, por tanto, con llevar a efecto todo lo que acabo de indicaros, borremos de nuestros códigos hasta el último rastro de hostilidad contra la Iglesia, pues todavía algunas disposiciones quedan en ellos del antiguo y opresor regalismo español, cuya tolerancia sería en adelante una vergonzosa contradicción y una miserable consecuencia. En cualquier tiempo ésa debe ser la conducta de un pueblo católico; pero ahora en tiempo de la guerra espantosa y universal que se hace a nuestra Religión Sacrosanta, ahora que la blasfemia de los apóstatas llega aun a negar la divinidad de Jesús, nuestro Dios y

Señor, ahora que todo se liga, que todo conspira, que todo se vuelve contra Dios y su Ungido, saliendo del fondo de la sociedad trastornada un torrente de furor y de maldad contra la Iglesia y contra la sociedad misma, como en las tremendas conmociones de la tierra surgen de profundidades desconocidas ríos formidables de corrompido cieno: ahora esa conducta consecuente, resuelta y animosa es para nosotros doblemente obligatoria, pues la inacción en el combate es traición o cobardía. Procedamos, pues, como sinceros católicos con fidelidad incontrastable, fijando nuestra esperanza, no en nuestras insignificantes fuerzas, sino en la omnipotente protección del Altísimo. Y felices, mil veces felices, si en recompensa conseguimos que el cielo continúe prodigando sus bendiciones sobre nuestra cara Patria; y más feliz yo si merezco además el odio, las calumnias y los insultos de los enemigos de nuestro Dios y de nuestra fe.

---

## Rafael Carvajal

La Musa Mensajera

(Fragmento)

(Pág. 278)

.....  
¿Y qué? ¿Te ríes al verte  
Transformada en un momento  
En una Venus hermosa  
Capaz de quitarme el sueño?

Pues bien, mi Musa, recibe  
Los afanes de mi afecto;  
Pero aguarda, que te falta  
Lo principal estoy viendo.

Sabes bien que la hermosura  
Sin un interior perfecto  
Hizo decir a la zorra:

“Hermosa es, pero sin seso.”

Quizás te dirá lo mismo  
En vez de zorra algún cuervo,  
O el cabro salta-ventanas  
De un fabulista moderno.

Te dirán, y con justicia,  
En estos benditos tiempos,  
En que las prendas del alma  
Se venden a cualquier precio.

Que en tus labios la mentira  
Y la codicia en tu seno  
Sean el norte seguro  
De tu conducta y tus hechos.

La traición oculta siempre  
Puedes llevar sin recelo,  
Que en el día las traiciones  
Dan fortuna y buen aprecio.

Y si quieres tener algo  
De lo que honor llama el necio,  
Un paseo en los cuarteles .  
Te brindarán mil ejemplos.

De amistad fingirás siempre  
Los más nobles sentimientos.  
Y sacrifica a tu amigo  
Si se atraviesa un empleo.

Jamás te cortes las uñas,  
Ni pongas ley a tus dedos,  
Y ante las aras de Caco  
Quema siempre mucho incienso.

Sca tu arma favorita  
La calumnia y los enredos;  
Nunca enfrenen tus pasiones  
Condición, edad y sexo.

Tus deseos jamás midas  
Por vergüenza o por respeto,  
Que para ser buen ministro  
Es político precepto.

La virtud llama quimera,  
Y al vicio quémale incienso;  
De religión y moral  
Habla poco y con desprecio;

Y sólo cuando pretendas  
Asegurar tus intentos,  
Fingirás que las defiendes,  
Pues ser hipócrita es bueno.

A tu rencor, rienda suelta;  
Como sabia, a nadie el puesto;  
Charla siempre con descaro  
De libertad y progreso.

Enemiga del trabajo,  
Vivirás sólo de empleos,  
Que ya te doy cualidades  
Muy aparentes para esto.

Y aunque enciendas diez mil guerras  
Y hagas víctimas sin cuento,  
Adelante! nada mires,  
Que son recelillos necios.

Y si algún joven incauto  
Llama vicios tus portentos,  
Salta y chilla, y di que es godo,  
Que es enemigo del pueblo;

Arma contra él la calumnia,  
Persecuciones, destierros;  
Y, si es posible, el puñal  
Ponga a sus labios silencio.

¡Ea, mi musa! ya estás lista,  
Nada te falta, completos  
Tienes muy lindos adornos  
Para el alma y para el cuerpo.

Ora deja esos harapos  
Que están sin lustre y son viejos:  
Que si no andas a la moda,  
Te mirarán con desprecio.

Ponte el moño de escritora,  
De política los crespos,  
De patriotismo el afeite,  
La mantilla del progreso.

Unas pulseras de renta  
Y aretes de palaciego  
Con gargantilla de charla,  
Te vendrán muy a buen tiempo.

De liberal el penacho  
Te adornará con esmero,  
Y el prendedor de dos caras  
Con brillos de amor al pueblo.

¡Ah! no dejes esos guantes  
De torna-propio lo ajeno,  
Ni la basquiña de astucias,  
Ni el sobretodo de empleos.

Oye, pues, y no te pares,  
Que me interesa en extremo  
Llegue pronto este mensaje:  
A donde partirás luego.

¡Fácil cosa! tu lenguaje  
Altisonante, indigesto,  
Con galicismos y ripios  
Te dará de bardo el premio.

Y trocando las palabras  
A costa del pensamiento,  
Los oscuros rimbombantes  
Harán mágico tu acento.

Pero, musa, ¿todavía  
Me muestras tus descontentos,  
Después que te he regalado  
Con cuanto he visto y no tengo?

¿Y tiembas? ¿talvez te ha dado  
De salir algún recelo,  
Porque a mía sobre tuya  
Al cuartel irán los presos?

No, mi musa, no receles,  
A fe mía te confieso:  
Pintiparada *roquista*  
Te verán hasta los tuertos.

Puedes salir bien confiada  
De que te guardan respeto,  
Mucho más cuando ya tienes  
De socialista los fueros.

Si encuentras un artesano  
Que viva en paz y sosiego,  
Demostrando en su trabajo  
Sus honrados sentimientos;

Ocultando cuanto llevas,  
Házte patriota en extremo,  
Y fíngete con astucia  
Defensora de los pueblos;

De sociedad habla mucho,  
De medallas y de premios,  
Y con mentidas arengas  
Pon en sus manos el cielo.

Nada importa su miseria  
Con la guerra y los impuestos;  
Nada importa que padezca;  
Dile tú que esto es progreso.

No importa que tus promesas  
Le engañen hasta el extremo,  
Como a costa de su ruina  
Te asegures un empleo.

Seduces, engaña, porfía,  
Edúcale con tu ejemplo,  
Que será feliz la patria  
Con tan felices modelos.

Entonces sí, ya no temas  
De algún *roquista* el encuentro;  
Vete pronto y muy altiva  
Le dirás . . . . . Pero, ¡qué veo!

¡Musa, colérica tiemblas  
Y brotan tus ojos fuego,  
Pálida quedas y mustia,  
De color cambias y gesto!

¡Amenazantes miradas  
Me diriges, y en el suelo  
Dando una fuerte patada,  
Desaliñas tus cabellos!

¡Crujen tus dientes . . . . . los labios  
Te remuerdes . . . . . y al momento  
Separas de mí la vista  
Y la diriges al cielo!

¿Del rubio dios la venganza  
Buscas acaso, y su ceño,  
O de Júpiter tonante  
Los vengadores estruendos?

¿Lloras también . . . y ademanes  
Haces ya de alzar tu vuelo . . . . ?  
Nó, musa: ¡perdón, mil veces!  
Perdón . . . ¡Perdón! te comprendo.

Ultrajada te contemplas,  
Con razón, en estos versos,  
Porque he querido vestirme  
Con las galas de estos tiempos.

Pero, no, musa, detente;  
Ya de veras me arrepiento:  
Conoce que fue una burla  
Y un ligero pasatiempo.

Acabe tu justo enojo  
Y vuelve a tu pobre arreo,  
Despójate de esas galas  
Dejando todo a sus dueños;  
Que yo sencilla y honrada,  
Con tu carácter ingenuo  
Te necesito, aunque sufras  
La rabia de los perversos.



## Miguel Riofrío

### NINA

*Leyenda quichua*

(Pág. 285)

#### I

Descendiente de los Scyris  
Chaloya, padre de Nina,  
Huyendo de Rumiñahui  
Subió a lo alto del Pichincha.  
Al mirar columnas de humo  
Y entender que Quito ardía,  
Alzó sus ojos al cieló  
Y postróse de rodillas.  
Chaloya, aunque de alta estirpe,  
No fue tenido en valía,  
Porque a la corte enojaba  
Su ardiente sed de justicia.  
Alejado de los grandes,  
Sin odio, pena ni envidia,  
En lo invisible ocupaba  
Su mente contemplativa.  
Presagiaba suspirando  
Que la patria acabaría  
Entregándose a extranjeros,  
Devorada por sí misma.  
Para mitigar sus congojas  
Oraba de cima en cima,  
Y, en la suprema desgracia,  
Prefirió la del Pichincha.  
El pensamiento y las huellas  
De su padre siguió la hija,  
Y en esta vez asustados  
Otros a ella la seguían.

Era todo movimiento,  
Confusión, llanto, fatiga;  
Por oír entonces al justo,  
Suben varios al Pichincha.

Resbalando entre la nieve,  
Ante todos llega Nina:  
Ve a su padre, mira al cielo,  
Llora, y como él se arodilla.

Iban los demás llegando  
En confusa vocería:  
Uno maldice al tirano,  
Maldice otro la conquista;

Quien amenaza, quien jura,  
Quien blasfema, quien suspira.  
Chaloya se alza, oye a todos  
Y dirigiéndose a la hija:

—“Llora, dice, el llanto es justo,  
Pues la patria está en cenizas;  
Mas no maldigas a nadie:  
Sólo la culpa es maldita.

“Y ¿quién de culpa está libre  
Ante el Sol de la justicia?  
El valor se torna en culpa,  
Si con culpa se ejercita.

“Es culpa la mansedumbre  
Que ante las culpas se humilla:  
Ejerciéndola en exceso  
Es culpa la virtud misma.

“Tras las culpas hay desgracias,  
Si todo no se equilibra  
Sin nada más, nada menos  
De lo que el Sol determina.

“Rumiñahui, valeroso  
Quiso defender al Inca;  
Mas nuestro monarca, manso  
Se entregó, cual tortolilla.

“Le devoraron milanos  
Que nuestra raza asesinan:  
Librarnos de tal peligro  
Ha intentado el héroe quichua.

“Pero la nación estaba  
En cien bandos dividida:  
Cada bando era una culpa  
Que engendraba cien desdichas.

“En despecho Rumiñahui  
Llegó a la culpa infinita  
De la matanza y el fuego  
Que contemplas pavorida.

“Por las culpas de sus hijos  
Gime la patria cautiva,  
Pues ya miro consumada  
La más sangrienta conquista.

“Infelice, cual ninguna,  
Será la raza vencida:  
Pero nunca la triunfante  
Podrá excitar nuestra envidia.

“Nuestra prole a la indigencia  
Estará siempre sumisa:  
Será la bestia de carga  
De la crueldad y avaricia.

“Pero ¡oh Sol! tú no perdonas  
Crueldades ni alevosías;  
A tí, que a todos alumbras,  
Todos te deben justicia.

“Y tus leyes quebrantadas  
Se llaman guerra, conquista,  
Odio, rabia, furia, celos  
Y frenética codicia.

“El Sol, con la servidumbre,  
A nuestra patria castiga,  
Y deja a la raza intrusa  
Castigarse por sí misma.”

II

Dispersóse el auditorio  
Por las orientales vías:  
Cuál perplejo, cuál bramando,  
Cuál con el alma afligida.

Hacia occidente do arroja  
El volcán lava y ceniza,  
Las montañas solitarias  
Eran del hombre temidas.

Allí trasmontano asilo  
Buscó Chaloya con su hija:  
Bajaron, besando el suelo,  
Como postrer despedida.

III

Era fama que Atahualpa,  
Viendo bella y pura a Niva,  
Quiso al templo consagrarla,  
Y que ella respondió al Inca:  
"Perdí a mi madre en la cuna,  
Mas no la doy por perdida,  
Porque, cuando pienso en ella,  
Junto su alma con la mía.

"Ella era esposa, era madre,  
Y así era la virtud misma;  
Fue para el Sol virgen pura,  
Pues tuvo alma sin mancilla.

"Con arrullo de paloma  
Mi padre, desde muy niña,  
Me enseñó a ver en el cielo  
A mi madre y la justicia.

"Para que en el Sol pensara  
Más que en mí me llamo Niva. (1)  
Yo soy, pues, del Sol la virgen,  
Mas mi templo es la campiña.

---

(1) Niva, palabra quichua que significa lumbre.

“En los prados y en los bosques,  
En oteros y colinas,  
En tantos cerros nevados  
Que por do quier se divisan,

“Difunde el padre sus rayos,  
Con ellos todo ilumina,  
Y todo se muestra en orden  
Y variedad infinita.

“Con ellos todo despierta,  
Se colora, se matiza,  
Se fecunda, se embellece,  
Y a adorarte ¡oh Sol! convida.

“Millares de aves te cantan  
Entre las selvas floridas.  
¿Por qué esconder entre muros  
Tu alta gloria y nuestra dicha?

“Yo seré del Sol la virgen  
Sin verme nunca oprimida,  
Cual si la Bondad Suprema  
Fuera celosa y mezquina.

“Quiero libre, no entre muros,  
Consagrar el alma mía  
Al que mostrando grandezas  
Quiso hacer grande la vida.”

Admirado y temeroso  
De tan extraña doctrina,  
El Rey mandó que en su corte  
Nunca penetrara Nina.

Y ella vagaba en los bosques  
Libre como la neblina,  
Admirando en cielo y tierra  
La eterna sabiduría.

#### IV

El tirano Rumiñahui,  
Aun las teas encendidas,  
Completada la obra horrenda  
De desolación y ruina,

Oyó, sarcástico riendo,  
Esta importante noticia:  
"El hipócrita Chaloya  
Queda en lo alto del Pichincha;  
"Su hija ante el Sol y la Luna  
Postrándose de rodillas,  
Dice que ellos le inspiraron  
Cierta egregia negativa.  
"Pues recordarás que ingrata,  
Rebelde, osada y sacrílega,  
No quiso entrar en el templo,  
Por vagar en la campiña.  
"Al ver que son tus esposas  
Las que en el templo existían,  
Y que tú, justo y severo,  
Con la muerte las castigas.  
"Dice que el Sol la ha librado  
Con su inspiración divina  
De sufrir como las otras,  
Su espantosa tiranía.  
"Su padre, cual Duchicela,  
Quizá ofrezca mano amiga . . . . ."  
Rumiñahui interrumpiendo  
Dió estas órdenes de prisa:  
"Cien chasquis y cien soldados  
Y cien diestros en la pista,  
Con alas en calcañares  
Vuelen en torno al Pichincha;  
"Y, ya veis que aun no anochece,  
Mañana al rayar el día,  
Estarán en mi presencia  
Atados Chaloya y su hija,"  
Con imperiosa guiñada  
Un jefe da la consigna,  
Y oficiales y soldados  
Alzan su arma y su mochila.  
Por grupos de cinco en cinco  
Van los diestros en la pista,

Y los chasquis se colocan  
A razón de uno por milla.

De diez en diez los soldados  
Van con honda, aljaba y pica;  
Los capitanes, oculta  
Llevan bélica bocina.

Con astucia y lijereza  
Que al zorro y la corza imitan,  
Llevan ávidos del premio,  
Ágil planta y ágil vista.

V

Pasada horrenda la noche  
Entre humo, llama y cenizas,  
Con siniestro regocijo  
Rumiñahui la luz mira.

Espera chasquis que anuncien  
La llegada de las víctimas,  
Y entre tanto un plan nefario  
Revuelve en su fantasía.

Un sentimiento piadoso  
Le acomete y se retira,  
Cual si dos almas tuviera  
Una de héroe, otra ferina.

Con extraño movimiento  
Las entrañas le palpitan,  
Al pensar en la inocencia  
De un padre amante y una hija.

Pero luego recobrando  
Su volcánica energía,  
Se goza en el cuadro horrible  
Que su crueldad imagina.

Pronto verá de Chaloya  
La cabeza encanecida  
Inclinarse demandando  
Perdón, piedad para su hija;

Y ya ensaya la respuesta  
Que dará con gallardía,

Haciendo regia y solemne  
Su venganza y su lascivia.

Con señales de impaciencia,  
Al Sol, al suelo, al Pichincha,  
A sus tropas y sus teas  
Lleva alternando su vista.

Mas iba el Sol señalando  
Horas lentas y tardías:  
Unas tras otras pasaban,  
Y ningún chasqui volvía.

El tirano enfurecido  
El exterminio maquina  
De los trescientos enviados,  
Y a enviar mil se disponía;

Pero luego se le anuncia  
Con la lánche bocina,  
Que los trescientos se acercan,  
Mas sin Chaloya ni su hija.

El tirano va al encuentro  
Con su lanza enrojecida:  
Los trescientos al mirarle  
Todos a una se arrodillan.

Temblando el capitán, dice:  
“Puedes quitarnos la vida,  
Mas no por desobediencia,  
Ni flojedad, ni mentira.

“Todos lo hemos presenciado,  
El asombro nos abisma. . . . .  
Te juramos que no existen  
Ni Chaloya ni su hija.”

“Los matasteis o murieron?  
Decid, pues, qué es de su vida?

—Les pregunta Rumiñahui  
Con la voz ya enronquecida.—

En respuesta le refieren  
Insólita maravilla:  
Dicen que frescas las huellas  
Les fue fácil el seguirlas;

Que siguiéndolas miraron,  
A manera de neblina,  
Blanca luz en alta noche  
Por la lluvia enegrecida;  
Que en el rincón escondido  
De donde la luz salía  
Descubrieron una fuente  
Que manaba como hervida;  
Que sólo hasta allí llegaban  
Las breves plantas de Nina;  
Y sólo las de su padre  
Hasta otra fuente seguían;  
Y que de allí en adelante,  
Ni hacia abajo, ni hacia arriba,  
Hallaron vestigio alguno  
Los más diestros en la pista.

## VI

Por el sur ya Benalcázar  
Avanzaba a toda brida,  
Aliado con Duchicela  
De la estirpe de los Incas.  
Por el norte ya Otavalo  
Con ingeniosa perfidia,  
Había dejado indefensa  
Y airada la raza quichua.  
Por occidente un prodigio  
Deja en fuentes cristalinas  
La fecunda memoria  
De la virtud perseguida.  
Mas en tanto sin rendirse  
Del tirano la osadía,  
Dijo: "si unos dan su nombre  
A las aguas movedizas,  
"Yo a mi nombre y mis hazañas,  
Que ya la fama publica,  
Dejaré por monumento  
Lo que cuadra al alma mía.

“Un agrio cerro negrusco  
Que deje por siempre fija  
Con su dureza y sus cortes  
La imagen de la conquista.”<sup>(1)</sup>

Y andando por ruta opuesta  
A la de Chaloya y Nina,  
Llegó a un punto de un estruendo  
Dejó un picacho a la vista.

Desde entonces *Nina-yacu*  
Con puras y ardientes linternas,  
Sirve de brazo al *Chaloya* (1)  
Y agrandándose camina.

El *Rumiñahui* se ostenta  
Inmóvil, estéril, sin vida,  
Con sus ásperos peñascos,  
Negro y rudo hasta la cima.

Y así aún en torno suyo  
Esa majestad domina  
Difundiendo las influencias  
Del tiempo que simboliza.

Mas en tiempos venideros,  
Según viejas profecías,  
Illuminará la patria  
El espíritu de Nina.

---

(1) Nina-yacu y Chaloya, pequeños tributarios del Río Blanco, tributario a su vez del Guailabamba que desagua en el Esmeraldas.

FIN

# INDICE GENERAL

## SIGLO XVI

### PAGINAS

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        |   |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---|
| <b>A modo de prólogo</b> .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                         | 1 |
| <b>Generalidades.</b> — Estado literario de España al tiempo de la conquista. Condición literaria de los conquistadores. Los primeros escritores debieron ser españoles.—Causas que impidieron en los primeros años de la colonia el establecimiento de escuelas públicas.—Las primeras escuelas públicas fueron establecidas por religiosos.—Escuela de San Andrés.—Escuela de San Nicolás de Tolentino.—El primer establecimiento de enseñanza secundaria y superior.—Su fundador y sus primeros directores.—Materias que en aquel se enseñaban..... | 5 |

### § I VERSO

|                                                                                                                       |   |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---|
| <b>Generalidades.</b> —Las poesías hechas en los primeros años de la colonia.—Su carácter y sus autores               | 7 |
| <b>La primera redondilla.</b> —¿Quién fue su autor, en dónde se hizo, con qué ocasión? Su mérito literario            | 7 |
| <b>La primera décima y el primer epitafio.</b> —¿Quién lo escribió, con qué motivo, en dónde se puso? Su mérito ..... | 8 |
| <b>Primeros versos místicos.</b> —Datos biográficos sobre su autor. Asunto, metro y cualidades de aquellos            | 8 |

§ II PROSA

|                                                                                                                                                                   | <u>PÁGINAS</u> |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------|
| <b>Generalidades.</b> —Los prosistas de este siglo son todos españoles. Asunto de sus obras. Cualidades de éstas.....                                             | 10             |
| <b>Sánchez Solmiron.</b> —Datos biográficos. La Historia de Ntra. Sra. de Copacavana. El Formulario.....                                                          | 10             |
| <b>Cabello Balboa.</b> —Época en que residió en Quito. La Miscelánea Austral. Datos que contiene relativos al Ecuador.....                                        | 10             |
| <b>Salazar de Villasante.</b> —Oficio que desempeñó en Quito. Su Relación General de las poblaciones españolas del Perú. ¿De qué poblaciones nuestras habla?..... | 10             |

SIGLO XVII

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                     |    |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| <b>Generalidades.</b> —Época en que aparecieron los primeros escritores ecuatorianos. Influxo de Góngora y de Quevedo. Sus consecuencias. Carácter de las producciones. Recibe nuevo incremento la enseñanza superior. Universidad de San Fulgencio. Colegio de San Fernando. Universidad Real y Pontificia de San Gregorio Magno. Universidad de Santo Tomás... .. | 11 |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|

§ I VERSO

|                                                                                                                                                                                                |    |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| <b>Generalidades.</b> —Las producciones de este siglo revelan siquiera el cultivo de la métrica. Establecimiento en que se enseñaba el arte poético. Carácter de los tres primeros poetas..... | 12 |
| <b>Primera Corona fúnebre.</b> —Ocasión de su composición. Idiomas que en ella se emplean. Mérito de                                                                                           |    |

|                                                                                                                                                                                         |    |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| las composiciones. Autor de las quintillas premiadas . . . . .                                                                                                                          | 12 |
| <b>Primera poetisa.</b> —Escasez de datos biográficos. Escribió en prosa y en verso. Sus poesías fueron celebradas por Lope de Vega en el <i>Laurel de Apolo</i> . . . . .              | 13 |
| <b>Primer poeta.</b> —Datos biográficos. Su Ramillete de varias flores. Composiciones que encierra. Cualidades y defectos. El villancico de <i>La Gitanilla al Niño Jesús</i> . . . . . | 14 |
| <b>Manuel Almeida.</b> —¿Quién es? Su décima mística. Es una hermosa excepción del gongorismo. . . . .                                                                                  | 15 |

## § II PROSA

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                      |    |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| <b>Generalidades.</b> Defecto general que mancilla a la prosa. Asuntos sobre que ésta versa. ¿Qué género literario fue el peor librado? Cotejo de los prosadores de este siglo con los poetas. Prosadores principales. . . . .                                                                                       | 16 |
| <b>Sor Teresita.</b> —Algunos datos biográficos. ¿Su viaje a España favoreció a su formación literaria? Cualidades de sus escritos. Sus cartas y declaraciones procesales. La carta a la Madre Leonor de San Bernardo. . . . .                                                                                       | 16 |
| <b>El Ilmo. Villarreal.</b> —Datos biográficos. Aspecto religioso, político y literario. Sus obras. El Gobierno Eclesiástico Pacífico. Los Comentarios al libro de los Jueces, a los Evangelios de la Cuaresma y a los Domingos de Adviento. Las Coronas de la Virgen Santísima. Sus Sermones y Panegíricos. . . . . | 19 |
| <b>Machado de Chávez.</b> —Datos biográficos. El Perfecto confesor de almas. Partes que comprende. Sus cualidades. . . . .                                                                                                                                                                                           | 30 |

|                                                                                                                                                                                                                             |    |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| <b>Alonso de Peñafiel.</b> —Datos biográficos. Sus obras en latín y en castellano. Sus ensayos poéticos. Caracteres de sus escritos. Fragmento de las <i>Obligaciones y excelencias de los tres Ordenes Militares</i> ..... | 31 |
| <b>Alonso de Rojas.</b> —Datos biográficos. Su oración fúnebre pronunciada en la muerte de la Beata Mariana de Jesús. Cualidades y defectos. Fragmento .....                                                                | 33 |
| <b>José Maldonado.</b> —Datos biográficos. Su <i>Armamentarium Seraphicum</i> . Cualidades y defectos de su obra mística «El más escondido retiro del alma.» Fragmento.....                                                 | 34 |
| <b>Fray Laureano de la Cruz.</b> —Datos biográficos. Su obra                                                                                                                                                                | 35 |
| <b>Sor Gertrudis de S. Indefonso.</b> —Datos biográficos. Su autobiografía. Sus versos.....                                                                                                                                 | 35 |
| <b>Autores extranjeros</b> —Antonio de Morga. Cristóbal de Acuña. P. Rodríguez.....                                                                                                                                         | 35 |

## SIGLO XVIII

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        |    |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| <b>Generalidades.</b> —Aridez literaria en la primera mitad del siglo XVIII. Causas del reflujo en la segunda mitad. Mejoramiento del sistema de instrucción pública. Su autor principal, el Ilmo. Sr. Pérez y Calama. La primera imprenta, sus introductores, y lugar en que funcionó. El primer impresor ecuatoriano y la segunda imprenta. La comisión geodésico-francesa. D. Vicente Maldonado. Las obras del benedictino Feijóo. Las bibliotecas de los conventos y de las casas particulares. La Biblioteca de los Jesuítas..... | 36 |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|

§ I VERSO

PAGINAS

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                              |    |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| <b>Generalidades.</b> —Escasez de poetas. Los Jesuítas desterrados por Carlos III. Juicio de D. Juan Varela .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            | 40 |
| <b>Juan Bautista Aguirre.</b> —Datos biográficos. El poema de <i>Monserate</i> y sus décimas satírico-burlescas. Sus obras filosóficas y su Oración fúnebre. Un fragmento de ésta. Una rectificación. Vindicación contra Espejo.....                                                                                                                                                                                                                                         | 41 |
| <b>Ramón Viescas.</b> —Datos biográficos. Escuela poética a que pertenece. Cualidades que le distinguen. Cotejo con los poetas hispano-americanos sus contemporáneos. Poesías originales: <i>El Sueño sobre el sepulcro de Dante</i> . Sus sonetos. <i>La Musa Scéptica</i> . <i>A un poeta que en el invierno se ocupa en hacer versos</i> . Traducciones: <i>La Canción en la muerte del P. Ricci</i> . <i>Las Liras</i> . <i>La muerte elige su primer ministro</i> ..... | 46 |
| <b>José Orozco.</b> —Datos biográficos. Sus octavas líricas. <i>La Conquista de Menorca</i> . Su filiación épica. Argumento y plan. Cantos de que consta. Sus cualidades y defectos. Juicio sintético que debe formarse de ella.....                                                                                                                                                                                                                                         | 57 |
| <b>Ambrosio Larrea.</b> —Datos biográficos. Sus facultades poéticas. Sus poesías castellanas e italianas. La composición en italiano <i>A Nuestra Señora de la Luz</i> .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                 | 69 |
| <b>Joaquín Larrea.</b> —Datos biográficos. Sus composiciones castellanas e italianas. Paralelo con Ambrosio Larrea.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                      | 75 |
| <b>Manuel Orozco.</b> —Datos biográficos. Su importancia poética. Sus décimas. Sus cualidades.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           | 77 |
| <b>Mariano Andrade.</b> —Datos biográficos. Cotejo con Manuel Orozco. Su <i>Despedida de Quito</i> .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                     | 79 |

|                                                                                                                                                                                                                                                                                       |    |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| <b>Rafael Goyena.</b> —Datos biográficos. Juicio general sobre sus <i>Fábulas, La araña y la oruga, Los perros, Los muchachos, los Sanates y el Loro, El mulo, el potrillo y la picaza, El macho de arriero y el caballo de carreta, Los animales nocturnos y la golondrina</i> ..... | 80 |
| <b>A Las Siete Palabras.</b> —Su autor. Sus cualidades literarias .....                                                                                                                                                                                                               | 86 |
| <b>A una dama.</b> —Argumento. Cualidades y defectos. Rareza de la estrofa empleada.....                                                                                                                                                                                              | 86 |

## § II PROSA

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                  |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>Generalidades.</b> —Número de prosadores. Clasificación de sus obras. Obras propiamente literarias..                                                                                                                                                                                                                                                          | 87  |
| <b>Sor Catalina.</b> —Datos biográficos. Su autobiografía..                                                                                                                                                                                                                                                                                                      | 87  |
| <b>Riofrío y Peralta.</b> —Datos biográficos. Su <i>Informe</i> . Un fragmento.....                                                                                                                                                                                                                                                                              | 88  |
| <b>Sancho de Escobar.</b> —Datos biográficos. Alegatos y discursos. Un fragmento. ....                                                                                                                                                                                                                                                                           | 88  |
| <b>Mariano Echeverría.</b> —Datos biográficos. La <i>Descripción de Mainas</i> . Un fragmento.....                                                                                                                                                                                                                                                               | 89  |
| <b>Antonio de Alcedo.</b> —Datos biográficos. Su <i>Diccionario Geográfico-Histórico</i> . Su importancia. Un fragmento .....                                                                                                                                                                                                                                    | 90  |
| <b>Santacruz y Espejo.</b> —Datos biográficos. Sus creencias religiosas. Espejo como político, médico, crítico, teólogo, filósofo, literato, periodista y orador. <i>El Nuevo Luciano de Quito, Marco Porcio Catón, Las Cartas Riobambenses, Las Primicias de la cultura de Quito</i> . Su <i>Discurso</i> dirigido a la Sociedad Patriótica. Sus sermones ..... | 92  |
| <b>De la Fita.</b> —Datos biográficos. La <i>Alegación jurídica</i> . Un fragmento.....                                                                                                                                                                                                                                                                          | 100 |

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                              |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>Juan de Velasco.</b> — Datos biográficos. <i>La Historia del Reino de Quito. La Historia Natural, Antigua y Moderna.</i> Mérito y deficiencia de cada una de estas partes. Velasco no es un historiador improvisado. Su veracidad, buena fe e imparcialidad. Su credulidad. Otros defectos secundarios. Estilo y lenguaje de su Historia                                  | 101 |
| <i>La Historia Moderna del Reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reino.</i> Partes que comprende. Método seguido en ella. Sus defectos.....                                                                                                                                                                                             | 110 |
| <i>La Colección de poesías varias hecha por un ocioso en la ciudad de Paenza.</i> Su importancia histórica. Sus partes. Carácter de las piezas que contiene.....                                                                                                                                                                                                             | 113 |
| Número de las traducciones poéticas. Su mérito. <i>La Canción: Los sonetos A la yotana de la Compañía, A la prisión del P. Ricci y A la protección de la Emperatriz de Rusia.</i> Las décimas <i>A Cristo Señor Nuestro en la Cruz.</i> El soneto del Conde de San Pietri. <i>La Traducción glosada.</i> Los himnos sáficos al Patriarca San José y a San Juan Bautista..... | 114 |
| Velasco compuso seis poesías originales en castellano y cuatro en italiano. Juicio general sobre unas y otros. Crítica general de cada una de ellas. La dedicada <i>A Nuestra Señora de la Luz</i> es la mejor.....                                                                                                                                                          | 120 |
| <b>Joaquín de Ayllón.</b> — Datos biográficos. Su <i>Arte Poética.</i> Es la primera obra didáctica de esta época. Su mérito. Ha sido traducida por D. Luis Cordero.....                                                                                                                                                                                                     | 123 |
| <b>Morán de Butrón.</b> — Datos biográficos. <i>La Vida de la Bienaventurada Mariana de Jesús.</i> Su mérito                                                                                                                                                                                                                                                                 | 124 |

## SIGLO XIX

PAGINAS

|                                                                                                                                                                                                             |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>Generalidades</b> — La instrucción pública en el primer tercio del siglo. Causas que la retardaron. Restablecimiento de los planteles de instrucción pública. Presidentes que más la han impulsado ..... | 125 |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

### § I VERSO

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                              |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>Generalidades</b> — La poesía de principios del siglo. La Sociedad Filantrópico-Literaria. Extranjeros que contribuyeron al cultivo de la poesía. <i>La Lira Ecuatoriana</i> . <i>La Ojeada Histórico-Crítica sobre la Poesía Ecuatoriana</i> . Los poetas de la segunda mitad del siglo. El <i>romanticismo</i> en el Ecuador. El <i>Modernismo</i> . Causas de su tardía aparición. Géneros literarios cultivados en el Ecuador. Defectos de la poesía ecuatoriana..... | 126 |
| <b>Cántico lúgubre</b> .— Su autor. Ocasión en que se compuso. Sus cualidades y defectos principales .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                   | 131 |
| <b>Protesta patriótica</b> .— Autor y asunto de esta composición. Juicio que debe formarse de ella.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                      | 131 |
| <b>Eco de gratitud</b> .— ¿Con qué ocasión se compuso? ¿Cuál es su mérito?.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                              | 132 |
| <b>Juan Larrea</b> .— Escasas noticias acerca de este poeta. Carácter de sus composiciones. Sus incorrecciones. <i>Letrilla</i> .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        | 133 |
| <b>Benigno Larrea</b> .— Carácter y defectos de sus cuartetas .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                          | 136 |
| <b>Lidia de gallos</b> .— Su autor es anónimo. En medio de su rareza no le falta gracejo.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                | 137 |

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                  |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>Los dioses tunantes.</b> —Su autor, aunque desconocido, no fue un principiante. En sus cuartetas hay soltura, novedad y gracia.....                                                                                                                                                                                                                                                                                           | 137 |
| <b>Lección a los inocentes.</b> —Probablemente la escribió un poeta guayaquileño. Forma en que está escrita. Vicios y cualidades más notables....                                                                                                                                                                                                                                                                                | 138 |
| <b>Pedro Berroeta, S. J.</b> —¿Quién es? ¿En dónde vivió? Escribió en los géneros épico, lírico y jocoso-satírico. El <i>Resumen Histórico de la Pasión de Cristo Señor Nuestro</i> . Sus <i>décimas y sonetos</i> . Sus acertijos.....                                                                                                                                                                                          | 138 |
| En el APÉNDICE háblase de otras nuevas composiciones: <i>Elogio de un pajarillo buen cantor</i> , <i>A Ricardo Montero</i> , <i>Liras y Lamento. De la vulpeja y del espino. Del labrador y Júpiter</i> . Sus poesías italianas. Sus traducciones del latín y del italiano.....                                                                                                                                                  | 74  |
| <b>José Joaquín de Olmedo.</b> —Algunos datos biográficos. Sus ideas religiosas, filosóficas y políticas. Olmedo como literato y como poeta. Escuela a que pertenece. Cotejo con varios poetas españoles e hispano-americanos. Estilo, lenguaje y versificación de Olmedo .....                                                                                                                                                  | 144 |
| Número de sus poesías. Clasificación de éstas según su génesis cronológica y mérito literario .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                              | 153 |
| Análisis, precedido del correspondiente resumen, de las composiciones: <i>En la muerte de Doña María Antonia de Borbón</i> ; <i>El Arbol</i> ; <i>A un amigo en el nacimiento de su primogénito La Victoria de Junín</i> . Su excelencia. Su génesis. Ediciones hechas en vida del autor. ¿Cuál es su plan y cuáles sus partes? ¿Carece de unidad artística? Los pareceres de los críticos, señores Miguel Antonio Caro, don Ma- | 155 |

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                              |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <p>nuel Cañete y los hermanos Amunátegui, en contraposición a don José Joaquín de Mora, don Andrés Bello y Menéndez Pelayo. Demuéstrase la unidad de plan por la unidad del fin artístico <i>ulterior</i> y <i>mediato</i>, que Olmedo se propuso al componer su canto. La <i>Aparición del Inca</i>. Diversos juicios sobre ella. Sus defectos, sus cualidades. En la ejecución, éstas se sobreponen a aquellos. Pasajes más notables de <i>La Victoria de Junín</i>. Los hermanos Amunátegui niegan la inspiración y la originalidad al canto de Olmedo. Las vindica Miguel A. Caro. Olmedo y sus imitaciones. Clasificación técnica del <i>Canto a Bolívar</i>. Es una oda pindárica según los críticos más célebres. Eslo igualmente por su íntima estructura y forma artística.....</p> | 171 |
| <p>La oda <i>Al General Flores vencedor en Miñarica</i>. Es un modelo de oda heroica. Cualidades que la adornan. En igualdad, proporción y corrección supera a <i>La Victoria de Junín</i>. Pasajes más notables. Los cargos contra el tema y contra el <i>héroe</i>.....</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                | 198 |
| <p>La traducción de las tres primeras Epístolas del <i>Ensayo sobre el hombre</i> del poeta inglés Alejandro Pope. Juicio general acerca de ellas emitido por D. Marcelino Menéndez Pelayo. La primera es la mejor.....</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                  | 204 |
| <p>El soneto <i>En la muerte de mi hermana</i>. Su fondo es de todo punto censurable. Su forma es buena, aunque no perfecta. El final, que es lo mejor de él, carece de originalidad.....</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                | 205 |
| <p>Caracteres de la prosa de Olmedo. No escribió ninguna obra de aliento. Lista de sus obras.....</p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        | 207 |

- El artículo sobre la *Libertad*. Tiene más trazas de oda que de obra en prosa. Es un ensayo retórico. . . . . 207
- Discursos de Olmedo*. Nuestro compatriota es un gran poeta, mas no un orador. Caracteres de sus discursos. Sus defectos. El *Discurso sobre los epitalamios*. El discurso político sobre la abolición de las *Mitas*. El que dirigió a Bolívar como comisionado del Gobierno del Perú. Los dos discursos que pronunció en la Convención de Ambato como Presidente de ésta . . . . . 208
- Cartas*. Olmedo manejó este género con felicidad. Personajes a quienes dirigió sus cartas. Clasificación de éstas en *políticas, literarias y familiares*. Un ejemplar de cada una de ellas. . . . . 216
- El *Manifiesto del Gobierno Provisorio del Ecuador*. Es el escrito más importante en prosa. Su contenido. Sus cualidades y defectos. . . . 219
- Dolores Veintemilla de Galindo**.—Biografía. Sus dotes poéticas y sus defectos. Número de poesías. *Quejas. A mis enemigos. La noche y mi dolor. Letrilla. A un reloj. A Carmen. Sufrimiento. Aspiración. Desencanto. Anhelos. A mi madre. Mis visiones*. . . . . 221
- Obras en prosa: *Recuerdos. Mi fantasma. Al público*. . . . . 232
- García Moreno**.—Datos biográficos. Su importancia política y literaria. Sus obras poéticas: *El abogado pirata. El soneto burlesco. El Epigrama a Aurelia. El Soneto y Soneto Bilingüe. La Sátira. El Romance Satírico. El perro y los ratones*. La epístola *A Pablo. A la memoria de Rocafuerte. A la Patria. Dos estrofas de*

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>Lamartine</i> . La traducción de tres salmos penitenciales.....                                                                                                                                                                                                                                                                        | 235 |
| Escritos en prosa: <i>La Defensa de los Jesuitas</i> , <i>Los animales rojos</i> , <i>La verdad a mis calumniadores</i> , Proclamas, Discursos parlamentarios, Mensajes presidenciales, Relaciones científicas, <i>El Zurriago</i> , <i>El Vengador</i> , <i>La Nación</i> , <i>El Diablo</i> , Necrologías, Notas oficiales, Cartas..... | 247 |
| <b>Vicente Piedrahíta</b> .—Algunos datos biográficos. Su importancia literaria. Caracteres de sus producciones. <i>La Oración en el día de mi natalicio</i>                                                                                                                                                                              | 272 |
| <b>Rafael Carvajal</b> .—Datos biográficos. Cualidades y defectos de sus composiciones en verso. <i>El Jilguerrillo</i> , Fragmento de <i>La Musa Mensajera</i> , <i>El Niño y los juguetes</i> , <i>El sueño de un proscrito</i> , <i>A una poetisa</i> , <i>Una esperanza</i> , <i>Impresiones a la vista del mar</i> .....             | 275 |
| <b>Miguel Riofrío</b> .—Datos biográficos. Sus alcances poéticos y su cultura literaria. Sus poesías. Análisis de <i>Nina</i> .....                                                                                                                                                                                                       | 281 |

# APENDICE

## SIGLO XVII

Página

### Sor Gertrudis de S. Ildefonso

|                                     |   |
|-------------------------------------|---|
| Fragmento de su Autobiografía ..... | 1 |
|-------------------------------------|---|

## SIGLO XVIII

### Ramón Viescas, S. J.

|                                         |    |
|-----------------------------------------|----|
| Sueño sobre el sepulcro de Dante .....  | 4  |
| Canción en la muerte del P. Ricci ..... | 7  |
| Liras .....                             | 10 |

### José Orozco, S. J.

|                                                       |    |
|-------------------------------------------------------|----|
| La Conquista de Menorca ( <i>Canto Cuarto</i> ) ..... | 16 |
|-------------------------------------------------------|----|

### Ambrosio Larrea, S. J.

|                                  |    |
|----------------------------------|----|
| Endechas .....                   | 27 |
| A Nuestra Señora de la Luz ..... | 28 |

### Rafael García Goyena

|                              |    |
|------------------------------|----|
| La araña y la oruga .....    | 32 |
| Los perros .....             | 35 |
| Los animales nocturnos ..... | 37 |

### Poeta Anónimo

|                            |    |
|----------------------------|----|
| A las Siete Palabras ..... | 38 |
|----------------------------|----|

### Poeta Anónimo

|                                    |    |
|------------------------------------|----|
| A una dama de travieso genio ..... | 40 |
|------------------------------------|----|

### Santacruz y Espejo

|                                |    |
|--------------------------------|----|
| Fragmento de un discurso ..... | 43 |
|--------------------------------|----|

### Juan de Velasco, S. J.

|                                                   |    |
|---------------------------------------------------|----|
| Fragmento de la Historia del Reino de Quito ..... | 45 |
| Canción .....                                     | 48 |
| A Nuestra Señora de la Luz .....                  | 51 |

**SIGLO XIX**

|                                                         | <u>Página</u> |
|---------------------------------------------------------|---------------|
| <b>Anónimo</b>                                          |               |
| Canto lúgubre.....                                      | 54            |
| <b>Anónimo</b>                                          |               |
| Protesta patriótica.....                                | 58            |
| <b>Anónimo</b>                                          |               |
| Lidia de gallos.....                                    | 60            |
| <b>Anónimo</b>                                          |               |
| Los dioses tunantes.....                                | 63            |
| <b>Anónimo</b>                                          |               |
| Lección a los inocentes.....                            | 64            |
| <b>Pedro Berroeta, S. J.</b>                            |               |
| Elogio de un pajarillo buen cantor.....                 | 74            |
| A Ricardo Montero.....                                  | 74            |
| Lamento .....                                           | 76            |
| Del labrador y Júpiter.....                             | 78            |
| Paráfrasis de la Oda 2ª de Horacio.....                 | 81            |
| Stabat Mater Dolorosa.....                              | 85            |
| De la verdad.....                                       | 87            |
| Del jilguerillo y el ciprés.....                        | 89            |
| <b>José Joaquín de Olmedo</b>                           |               |
| La Victoria de Junín—Canto a Bolívar.....               | 94            |
| Al General Flores.....                                  | 120           |
| Ensayo sobre el hombre ( <i>Primera epístola</i> )..... | 128           |
| Discurso sobre la abolición de las mitas.....           | 141           |
| <b>Gabriel García Moreno</b>                            |               |
| Mensaje al Congreso Constitucional de 1873.....         | 153           |
| <b>Rafael Carvajal</b>                                  |               |
| La Musa Mensajera ( <i>Fragmento</i> ).....             | 163           |
| <b>Miguel Riofrío</b>                                   |               |
| Nina ( <i>Leyenda quichua</i> ).....                    | 169           |

## INDICE DE AUTORES

|                                  | <u>Págs.</u> |
|----------------------------------|--------------|
| <b>A</b>                         |              |
| Acuña Cristóbal de.....          | 36           |
| Aguirre Juan Bautista.....       | 41           |
| Alcedo Antonio de.....           | 90           |
| Almeida Manuel.....              | 15           |
| Andrade Mariano.....             | 79           |
| Ayllón Joaquín.....              | 123          |
| <b>B</b>                         |              |
| Berroeta Pedro.....              | 138          |
| <b>C</b>                         |              |
| Cabello Balboa Miguel.....       | 10           |
| Carvajal Rafael.....             | 275          |
| Cepeda Lorenzo de.....           | 8            |
| Cruz Fr. Laureano de la.....     | 35           |
| Chávez Machado de.....           | 30           |
| <b>D</b>                         |              |
| De la Fita Francisco Javier..... | 100          |
| <b>E</b>                         |              |
| Echeverría Manuel Mariano.....   | 89           |
| Escobar Sancho.....              | 88           |
| Evia Jacinto de.....             | 14           |
| <b>G</b>                         |              |
| García Goyena Rafael.....        | 80           |
| García Moreno Gabriel.....       | 235          |
| <b>H</b>                         |              |
| Hurtado Manuel.....              | 12           |
| <b>L</b>                         |              |
| Larrea Ambrosio.....             | 69           |
| Larrea Benigno.....              | 136          |
| Larrea Joaquín.....              | 75           |
| Larrea Juan.....                 | 133          |

|                                     | <u>Págs.</u> |
|-------------------------------------|--------------|
| <b>M</b>                            |              |
| Maldonado José.. .. .               | 34           |
| Maldonado Pedro Vicente.....        | 38           |
| Montenegro Ilmo .....               | 36           |
| Morán de Butrón.....                | 124          |
| Morga Antonio de.....               | 36           |
| <b>O</b>                            |              |
| Olmedo José Joaquín de.....         | 144          |
| Orozco José.....                    | 57           |
| Orozco Manuel.....                  | 77           |
| <b>P</b>                            |              |
| Peñafiel Alonso de.....             | 31           |
| Pérez y Calama Ilmo.....            | 37           |
| Piedrahita Vicente.....             | 272          |
| <b>R</b>                            |              |
| Riofrío Miguel.....                 | 281          |
| Riofrío y Peralta Diego.....        | 88           |
| Rodríguez .....                     | 36           |
| Rojas Alonso de.....                | 33           |
| <b>S</b>                            |              |
| Salazar de Villasante Juan.. .. .   | 10           |
| Sánchez Solmirón Miguel.....        | 10           |
| Santacruz y Espejo Francisco J..... | 92           |
| Sor Catalina.....                   | 87           |
| Sor Gertrudis de San Ildefonso..... | 35           |
| Sor Teresa de Jesús.....            | 16           |
| <b>V</b>                            |              |
| Veintemilla de Galindo Dolores..... | 21           |
| Velasco Jerónima de.....            | 13           |
| Velasco Juan de.....                | 101          |
| Viescas Ramón.....                  | 46           |
| Villarroel Ilmo. Gaspar de....      | 19           |

## Erratas más notables

---

| Pág. | Línea | Dice                       | Debe decir           |
|------|-------|----------------------------|----------------------|
| 37   | 23    | Algunos de los cuales..... | Alguno de los        |
| 58   | 17    | Mucha mayor importancia.   | Mucho mayor          |
| 72   | 30    | Mandado a fabricar.....    | Mandado fabricar     |
| 86   | 35    | Forman en estribillo.....  | Forman un estribillo |
| 87   | 3     | Al fin ella.....           | Al fin de ella       |
| 96   | 5     | Menos defectuoso.....      | Menos defectuosa     |
| 98   | 6     | Traza cuadros.....         | Trazan cuadros       |
| 107  | 23    | La credulidad.....         | La credibilidad      |
| 112  | 15    | Sus sucesos.....           | Los sucesos          |
| 114  | 20    | Que las poesías.....       | Que en las poesías   |
| 233  | 4     | Menguado.....              | Menguada             |

---